



Caballo de Oros

VÍCTOR F. FREIXANES



Lectulandia

«Caballo de Oros tiene toda la intensidad sonora del galope en campo abierto y toda la fascinación del calor del sol». Delfín Caseiro, proPostas.

Con Caballo de Oros Víctor F. Freixanes, uno de los grandes escritores de la lengua gallega, trasciende su territorio para convertirse en un consolidado autor de nuestra narrativa actual española.

Una historia de amor. La música de la memoria recuperada en los viejos cantares de tradición oral. Rosaura Castro, la niña de la Gaiosa, espera en el cafetín de artistas noticias de su enamorado. Lluve a cántaros. El maquis acecha en el matorral. En la Galicia feroz de la postguerra, en un apartado lugar en medio de las montañas, dos bandos se enfrentan en una enloquecida partida de cartas que dura tres días con sus noches, y en la que se juegan la vida. ¿Quién se acuerda de lo que alguna vez fuimos? Los nuevos amos se reparten el mundo. Don Floro mueve sus peones para que nada escape a su cuidado, mientras don Ramiro, el cura de Boullón, afina el naipe y el narrador, cuarenta años después, busca la razón de las cosas en la memoria exiliada de la ciudad de Caracas.

Lectulandia

Victor Fernández Freixanes

Caballo de Oros

ePub r1.0

Titivillus 14.02.2018

Título original: *Cabalo de ouros*

Victor Fernández Freixanes, 2012

Traducción: Victor Fernández Freixanes & Xosé Antonio López Silva

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Fina y Mariano, hermanos.
Para el señor Benigno, *in memoriam*.
Para los que se quedaron al otro lado del silencio.

*O negocio é amor
O resto é conversa fiada
Amanhã a gente morre
Da terra não leva nada.*

Joãoquino da Pecadora

*Tantum interest, non qualia, sed qualis quisque patiatur. Nam
pari motu exagitatum et exhalat horribiliter caenum
et suaviter fragrat unguentum.*

Agustín de Hipona, De civitate Dei

*Para hablar del infierno, mi querido amigo, hay que
contentarse con símbolos, porque en el infierno termina todo,
no solo la palabra definidora, sino todo, absolutamente todo.*

Thomas Mann, Doktor Faustus

Quintín de Borela.

Tiempo de afinación y fuga

Esto es un cantar de ciego. Le he dado muchas vueltas a cómo afrontar el relato y ordenar los hechos, no exactamente lineales sino bastante complejos; la voz del narrador, por ejemplo, que ha de ser capaz de dar cuenta del recado y encontrar el punto justo del compás, el aliento y sus derivadas, para que la historia consiga la atmósfera necesaria, eso que llamamos credibilidad, que está hecha de palabras, pero también de silencios, alusiones, acordes afinados, ocultamientos. Le he dado vueltas y no consigo encontrar género que mejor encaje. Cantar de ciego. Seguro que le habría gustado al de las Viñas entrarle por lo derecho, armar su tinglado en la plaza, afinando el violín, dejando que el lazarillo anotara con el puntero el discurso de las estampas. O al viejo Quintín... Supongo que debo empezar por este. En cierta manera le debo la presente historia. Solo en cierta manera, pues la historia andaba suelta, como garañón de montaña, y no había más que saber echarle el lazo. Quintín de Borela estaba allí para hacerlo, o para ponerla ante nosotros, no lo sé. Las primeras artes son suyas. Cuando lo conocí, en tierras de Carballedo, venía ya de retirada. Vivía de alquilar su oficio en los entierros, ensalzando méritos de difuntos, él, que en otro tiempo había cantado las más grandes hazañas, mundos que se han perdido para siempre (y que a nadie le interesa ahora recordar). Al Ciego de las Viñas lo dejé hace años extraviado en las playas, perdido en el Mar de los Espejos, detrás de la memoria de aquel heroico don Bartolomé Mariño, el más grande de los vilanoveses. Lo recuperé después, en un relato de saudades diferentes: maestro de escuela y muchacha enamorada, que acaso en parte tenga algo que ver con lo que en la presente se cuenta. Por aquel entonces andaba cantando la historia del príncipe Roldán, paladín de Francia, que ganó la gloria, aunque dejó la vida, en la plaza de Zaragoza en los días terribles de la morería. Hubo un tiempo en que el mundo creía en estos relatos, historias ejemplarizantes, bastante antes de que don Aníbal Salazar, el Maragato, plantase el primer televisor en el escaparate de los Castellanos para admiración de autóctonos y visitantes. Quintín de Borela, que no era ciego, pero que durante un tiempo vivió también de cantar historias por las ferias, era de Borela, como cabe deducir, aldea de las tierras de Cotobade, en el antiguo reino de Galicia, donde corre el río Alfofrei al pie de la Peña Moa. Siendo yo un chavalote, le anunciaron a mi madre que había muerto un vecino en aquella parte del mundo, y allá nos fuimos con ella mi hermano y yo, en una noche de tronada, atravesando el barrizal, con el agua desatada a nuestro alrededor, mientras alumbrábamos con una linterna el camino de macadán hasta la casa del finado, que parece que tenía algo que ver con la familia, de los días del abuelo Mariano, cuando puso escuela por aquellas

lejanías. En la casa había dos cuartos: la cocina, con una gran mesa corrida alrededor de la bilbaína, donde se sentaban los viejos patrones; y una segunda habitación a la que se accedía por una puerta que daba también al pasillo, donde tenían al difunto, acostado en el ataúd, con la gorra entre las manos y la barbilla erguida, como dicen que se retrataba a los generales en las monedas y en los cuadros antiguos. Fue lo que más llamó mi atención: la barbilla recia, dura de afeitar, y la sotana. Recuerdo que mi madre hizo algún comentario en voz baja a las mujeres respecto a la sotana, comentario que entonces no supe interpretar. Pero la imagen se me quedó grabada, y todavía hoy, si cierro los ojos, la veo, a pesar de los años que han pasado desde entonces: el muerto estirado en la caja, tieso como el palo de una escoba, enjuto de cara, cuatro velones alrededor del féretro y la boina cogida entre las manos, unas manos fuertes pero también finas, de dedos largos y bien torneados. Los hombres entraban a echar un vistazo, se paraban ante el ataúd, y de allí a poco, una vez cumplido el trámite, se instalaban en la cocina, en torno a la bilbaína. Las mujeres no. Las mujeres se quedaban a rezar el rosario, mi madre entre ellas. Llovía a cántaros. El agua azotaba los árboles. No paraba de llegar gente. Preguntó una voz: «¿No viene el señor Quintín?». Nosotros no habíamos oído nunca de tal autoridad, pero parecía importante su presencia por lo mucho que la requerían. Las sobrinas del difunto —en el suponer de que fuesen sobrinas, que no lo sé, estos detalles tampoco importan demasiado, algunas caridades próximas a la familia en cualquier caso— servían tazas de caldo y copas de aguardiente. Reparé de entre todas ellas en una más singular. Andaría por el medio siglo. Me pareció distinta. Cuerpo espigado, aunque sin arrogancia, un poco retirada del grupo. A la hermosura de antaño, que conservaba, se le sumaba la belleza serena de las primeras otoñadas. Siempre me han gustado las señoras mayores, más que las princesitas. Tal vez por eso la recuerdo tan bien. No parecía del lugar. Incluso me atrevería a decir que venía de lejos, y que estaba de paso. Aunque había en ella algo diferente, que lo había, las otras no la evitaban, más bien la trataban como de la casa o, cuando menos, con la misma confianza. Luego supe que le decían la Americana. Así, la Americana. Se lo oí decir a mi madre cuando hablaba con mis tías. La Americana. Se fueron animando las conversaciones con el licor café, al arrimo de la cocina, y ya metidos en noche cerrada anunciaron al fin la visita del de Borela, bien trajeado, con las trazas de la gente de la montaña, chaqueta de pana forrada de las que por entonces gastaban todavía los tratantes, camisa blanca abotonada hasta el cuello, sin corbata. Le calculé unos ochenta años, aunque tal vez pudieran ser más. Se conservaba bien, firme como un poste, pero se le notaba la edad. Se sacudió la lluvia, y se quitó la gorra de la cabeza para saludar. Entró a visitar al finado y permaneció durante un buen rato con él en el cuarto, retirado de las mujeres, mirándolo fijamente, como si lo escrutase. Fue un buen rato, lo recuerdo bien. La gente se apartó para dejarlos estar: el muerto en la caja y el visitante. Finalizada la cortesía, el viejo Quintín se acomodó en la cocina, junto al fuego, igual que el resto de los hombres, y enseguida le sirvieron sin que tuviese que pedirlo. Entonces

empezó a contar historias. Eran relatos de fiesta, de fantasía, también de amores, de los tiempos de la guerra, cuando la de Teruel, aquella retirada de los ejércitos del Caudillo desde Valencia a Coruña, después de la Victoria, acompañando la artillería pesada en un tren que cruzó media España de punta a punta, y aquel otro suceso terrible del lobo que se le había aparecido en medio de un tojal cuando regresaba de los Milagros de Amil... Pronto nos dimos cuenta de que en todos los casos, de una forma o de otra, el protagonista de los relatos era el finado, de cuerpo presente en el cuarto vecino. Cuanto más aguardiente corría, más grande era la alabanza al difunto, ejemplo de todas las virtudes, capitán de todas las cruzadas, príncipe de todas las romerías. Quintín de Borela era un profesional. Lo supe después. Su oficio, que en otro tiempo había sido el de rimar historias, se centraba por aquel entonces, ya en horas de decadencia, en consolar velatorios. Las historias eran las mismas, estuviese en casa de quien estuviese. Lo único que cambiaba era el nombre de la persona principal. Todos sabían que era así, pero lo consentían, homenaje póstumo, definitiva despedida por los días que fueron y por los que ya nunca más volverían a ser. Fue allí donde escuché por primera vez la historia de las tres noches del Pasamundos. Tal vez no con tantos detalles ni con tanta información como la que en la presente se anota; ninguno de los que allí estaban tenía las fuentes tan vivas, salvo la memoria, que es selectiva y traidora, mucho más si es memoria del común, que anda de boca en boca, cuando no de generación en generación, levantada de uñas como fiera de monte, pero el relato que el lector tendrá ocasión de seguir en las siguientes páginas, si tiene voluntad de continuarlas, lo escuché entero por primera vez allí, en el velatorio de la Camposa —que tal era el nombre del lugar—, aunque tendrían que pasar algunos años hasta que me decidiese a ponerlo por escrito. Digo entero y tal vez no acierte a explicarlo bien. El relato, aunque a jirones y algo deshilachado, venía de antes. La historia de la partida de cartas en la posada de la montaña, con sus nombres y sus protagonistas, con sus furias y su cataclismo, bullía en la música popular, andaba en el cantar de las gentes, quiero decir. Pero como en los romances viejos, lo que entonces podíamos entrever, la noticia de los hechos narrados, era más bien una masa inconexa, transmitida a retazos, no siempre fácil de manejar. Transcurrió algún tiempo hasta que conseguí ir encajando las piezas. Pero la primera vez que sentí el relato real y verdadero, alzado como un gigante, no como una invención o una fantasía, fue en el velatorio de la Camposa, en boca del viejo Quintín, el contador de historias. No era embuste ni desvarío. El de Borela sabía de lo que hablaba, y los que escuchaban, también. Los acontecimientos que aquí se narran ocurrieron de cierto: comprobados y documentados. Nada de lo que a continuación se cuenta es invención, excepto los adornos del caso y unos pocos nombres cambiados. En los días de mi infancia, se ponían los ciegos a cantar historias en la plaza de Varela o a la entrada del Campo de la Feria, el día primero y el día 15 de cada mes, acompañados de un chiquillo o de una muchacha, que vendían los cantares en papel de color, octosílabos romanceados según la tradición, a real el folleto, moneda corriente en aquellos

tiempos. Siendo yo estudiante en Compostela, hacia el final de la década de los sesenta del pasado siglo, todavía se podían ver algunos en la puerta de la Ferradura, al pie de Santa Susana. Historias terribles. Crímenes y casos semejantes en boca de los juglares, que nos impresionaban mucho. Quintín de Borela era uno de ellos, por más que aquella noche su oficio lo ejerciese en territorio privado, para honra o memoria del difunto. Allí escuché también, entre los relatos varios que se fueron trenzando, enredados unos con otros como ramos de cerezas, la historia de Matías de Amaral y de las tres Marías, el relato de Benitiño Silva, los días gloriosos del mineral, la fantasía del wolfram, que tanto capital hizo correr por estas tierras, levantando fuegos aquí y allá hasta incendiarlo todo... La Carta del Fin del Mundo no. La Carta del Fin del Mundo es una historia de la tía Encarnación, pero me pareció que venía al caso, pues agitó mucho a los vilanoveses de aquellos días, principalmente los de la memoria del mar, como todo lo que tenía relación con Fuco Fariña. Tampoco la leyenda del moro de Mourente, aunque es de las mismas tierras. Unas y otras están unidas entre sí, al igual que los vasos comunicantes de los que nos hablaba don Luis en la escuela primaria. De la Banda del Río ya por entonces no quedaba nada. Donde estaban las humildes casuchas del barrio de la Seca, levantaron las nuevas casas de la Sindical. No del sindicato, de la Sindical, que era el modelo de los nuevos amos. Mucho dinero metió el Serrano en ese negocio, sobre todo en los solares, al parecer de la mano del que llamaban don Floro, patricio benefactor. Las casuchas de la Junquera fueron quedando en ruinas cuando echaron a la gente, pero los vilanoveses se acordaban de ellas. ¿Cómo no iban a acordarse? Igual que de los barrancos de la Gaiosa, con su riqueza saliendo de las entrañas de la tierra. Mi padre hablaba de aquellos pozos como de un profundo misterio, y alguna vez, cuando éramos unos chiquillos, llegamos a acercarnos a ellos, mirándolos desde lejos, un sábado de excursión, pero ya todo eran zarzales. Del viejo de Amaral algo pude saber más tarde, como se ha de ver. Mi padre y el tío Moncho se dedicaban entonces a la construcción, arimándose a lo que podían. El lector debe tener claro el mundo en el que nos instalamos. El relato es una música. También un río, y un viento, con la lluvia golpeando en los cristales, el trueno rugiendo en las vigas del corral y en los pajares. El relato es la memoria de lo que somos, agonía que se desliza como el Gato Miserias entre las botellas, por entre el limo y la cacharrería, para acabar fluyendo entre los restos del naufragio. Hace tiempo que el Gato Miserias no caza ratones. En realidad no llegó a cazarlos nunca, jamás fue murador. El Gato Miserias, igual que la memoria, se alimenta de agonías, y, si acaso, de las raspas que la señora Antonia arrojaba al otro lado del vertedero, purín de la misericordia. ¿De qué parte está el narrador? O, si no de qué parte, que quizá no haya que pedirle tanto, ¿qué postura debe adoptar respecto a la veracidad de los acontecimientos que en la presente se tratan? Son hechos probados, como he dicho. Probados y confirmados. De esto puedo dar fe. Probados en los estantes y en las crónicas, en los cartapacios y en los atestados, en el testimonio de los que tal vivieron —todavía quedan algunos para

contarlo— y en los archivos públicos y privados, incluidos los de la Gobernación de la provincia. Años después, metido ya en otras faenas, volví a tener ocasión de recuperar la historia. En parte por un casual, en el caso de que las casualidades existan. También puedo preguntarme por qué de entre los recuerdos de mi primera juventud dejó una huella tan fuerte la figura del señor Quintín sentado junto a la bilbaína aquella noche de lluvia, mi hermano y yo sosteniendo la linterna para no meter el pie en los charcos, la historia del Pasamundos, los días desordenados del wolfram, la presencia misteriosa de la Americana... Eran cosas de las que nunca se hablaba en casa. Cuando las supimos, las supimos por fuera, porque flotaban en el aire, no porque nadie hablase de ellas. «Hubo un tiempo en que el mundo era un infierno», le oí decir un día a la tía Encarnación, casi murmurando para sí, cuando ya los sobrinos empezábamos a volar fuera del nido, «y nosotros nos acostumbramos a vivir en el infierno, braceando entre las llamas». El tío Antonio, a quien yo no llegué a conocer, murió en Venezuela. Algunos lograron escapar, los que tuvieron más suerte, o más arrestos para hacerlo. El principal mérito que se contaba del tío Antonio era su condición de autoridad señalada del Sindicato de Músicos. Por aquel entonces, en Vilanova de Alba, antigua capital de las rías, había dos frentes sindicales, organizaciones de base, podríamos decir: los marineros y los músicos, y no se me pregunte por qué estos y no otros habiendo tanta diversidad de oficios. Era la tradición. Otros sindicatos, que también los había, venían de fuera, de Vigo y de Pontevedra principalmente. Los sindicatos vilanoveses eran estos dos. De la gente de mar algo sabemos, por más que entonces anduviese ya bastante decaída, con la memoria extraviada en los viejos escudos de la Casa de Santa Cruz, prácticamente en la ruina, los antiguos galeones pudriéndose en las junqueras. Fuco Fariña, que procedía de la Banda del Río, era su capitán, cuando menos el más conocido. Le apodaban el Anticristo. El Sindicato de Músicos, que se reunía en la Casa de los Catalanes, vinculado a las corrientes laicas del libre pensamiento, pastoreaba su oficio por toda la costa, incluidas algunas poblaciones de Portugal, hasta Caminha y Viana do Castelo, y en eso andaba metido el tío Antonio. El tío Antonio y el tío Saturno. Cuando en julio del 36 se levantó la que se levantó, vinieron a por todos. Tío Saturno, que militaba en el Socorro Rojo, pasó un montón de tiempo en la cárcel. Dicen que hacía trajes de paño fino sentado en un portal de la plaza de la Galera: trajes que le pedían de encargo los de Olmedo o los del Corte de París. Se había casado con una muchacha de las junqueras, tía Amadora. Pero después dijeron que allí tenía escondida la propaganda, que se la pasaban desde los barcos de Vigo, y se acabaron los encargos de la sastrería. Igual que se acabó lo de abuela Elvira cuando le cerraron la tienda: una tabernuca de cuatro pasos en la que vendía pan, molletes, bollos y otras menudencias, delante del convento de Santa Clara, y en la que la señora Antonia, por cierto, la de la Gaiosa, paraba el carrito de las calderetas cuando venía a repartir la leche por las casas de la villa. Le cerraron la tienda los falangistas, los amigos de don Floro, después de arrancarle el hijo de las entrañas, tío Joaquín, la

noche terrible del 29 de agosto del 36. Cuando se llevaron preso al tío Saturno, al parecer le pusieron delante la fotografía del hermano, que estaba también en el sindicato y era el mayor de todos. Los más jóvenes eran mi padre y tío Moncho. Le pusieron el retrato delante de los ojos, ya bien tundido que estaba el nazareno, y le dijeron: «No hay sitio en este mundo para la estirpe de Caín. Deberíais saberlo tú y los de vuestra ralea. Estamos aquí para purgar la tierra de la mala peste y no vamos a parar hasta haberla arrancado de raíz». Así dijeron. Mi padre y tío Moncho doblaron la cerviz. Si no llega a ser por ellos, no estaríamos nosotros en este mundo. Tío Saturno quedó cojo. Arrastraba una pierna por las calles, que fue la marca que le dejaron después de salir de presidio. Eran historias terribles. Pero en casa nunca se hablaba de ellas, ya digo, mucho menos delante de los niños. En cierta manera, el silencio nos protegía como una losa, como una muralla, para impedir que supiésemos qué había detrás, los días feroces que les había tocado vivir a ellos, los mayores, y que no querían que nosotros llegásemos a conocer. Recuerdo a mi padre sentado a la mesa del comedor, con mi tío Moncho, haciendo las cuentas que malamente nos permitirían llegar a fin de mes, porque cuando había, había, y cuando no había, no había. El abuelo Mariano bajaba los viernes desde la Camposa en bicicleta. Poco a poco, Vilanova de Alba, nuestra pequeña patria, fue apagándose como una vela. Esta historia es de aquellos tiempos, últimos restos de la memoria recuperada parcialmente años después, cuando los niños nos hicimos mayores y empezamos a preguntar cosas para las que no siempre había respuestas. En parte porque ya tampoco ellos las tenían. Mejor no mirar atrás. Cuando quise ir junto a Quintín, el viejo contador de historias ya había muerto. Di con una hija suya, la única que tenía, que me miró como quien mira a un fantasma. «¿Sabe quién soy?», le pregunté. Se le encendió la mirada. «¡No voy a saberlo! Tú eres de la casa del Rouco». Nos decían así, de la casa del Rouco, cuando el mundo era entonces de otra manera, y ella, la hija de Quintín, lo recordaba. Igual que recordaba cuando andaba con su padre de casa en casa los días de fiesta, cargando con el acordeón: el viejo delante y ella detrás, con el artefacto de las músicas a la espalda, una chiquilla. «¡Cómo no voy a acordarme!». Quintín llamaba a las puertas y anunciaba las noticias: «Buenos días tenga el señor Ramón en el día de su onomástica. ¡Buenos días para el señor Manuel y la señora Aurora que vienen de casar a su hija! ¡Buen día para la gente toda en el día grande del Patrón!». En una libretilla que traía siempre consigo llevaba cuenta detallada de cumpleaños y celebraciones, bodas y bautizos, reuniones y romerías. Los entierros no. Los entierros son otra cosa. Los entierros no se anuncian, no tienen fecha, se gobiernan por otras leyes, cuando no caen sobre uno como mazazos. Pero las fiestas sí. Las fiestas y los cantares, plantados los dos en medio del campo de la feria, ella y su padre. La gente les abría la puerta y dejaba que el viejo tocase, con todo aquel barullo a su alrededor, para dejar luego dos pesetas en el plato de la chiquilla. De eso se acordaba la hija de Quintín cuando fui a verla. Pero de poco más. Por la manera en que me miraba, me di cuenta de que ya estaba en otras historias. «Aquel mundo se acabó». Volvió a sonreír

y, al cabo de un rato, balanceó la cabeza y añadió: «No levantabas dos palmos y mira qué grande y qué mayor te has hecho». Me miraba y no me veía, castigada por el peso del acordeón. Pero esto ya fue después, bastante tiempo después, cuando me dio por seguir los pasos de aquella noche del velatorio: la memoria de don Ramiro, Siete al Caballo, como también le decían, capitán de los vilanoveses en el trance heroico del Pozo de la Señora; la historia de la niña Rosaura y de Pancho Cibrán, el muchachote de Amaral; el licenciado Lobeiras, pobre desgraciado; el Herrero de Lombados, aquel cabrón de la Leonesa, y los saraos de la Bella Romana, con las viejas pilas de salazón abarrotadas de champán, y las finuras de la Portuguesa, la casa llena de gente, espoleados todos por la hartura del mineral, la última locura... Pasan ante nosotros las máscaras con sus nombres, sus figuras y sus representaciones, como pasa una secreta procesión de fantasmas; apenas son sombras, pero viven en el cantar, que es la música de la memoria. Luego de aquello, todo se acabó. Las casas fueron cerrándose, y ahora, después de tanto tiempo, no queda nada. «Mejor dejarlo ir», insistía la de Quintín. De esto trata la presente historia, este cantar, con el viejo sentado a la mesa de la cocina de la Camposa, junto a la bilbaína. Sería cosa de escucharlos: a él o al ciego de las Viñas, dondequiera que ande extraviado, afinando su violín, con el lazarillo moviendo el puntero frente al tinglado de las estampas. En parte, esta historia es de ellos. Pero no están. Se fueron, igual que se fueron todos, como también nos iremos nosotros, arrastrados por el viento. Vilanova de Alba se desvaneció lentamente y nunca más hemos vuelto sobre los viejos pasos. En realidad dejó de existir a mediados del pasado siglo. Encaja con los acontecimientos que aquí se narran. Mi padre levantó el campamento y nos marchamos todos a la capital. Es entonces cuando podemos decir que aquel mundo empieza a dejar de aparecer en los mapas, olvidado de Dios y olvidado de las humanas criaturas, hasta acabar perdiendo toda noticia. Ni la historia, ni la memoria, ni los papeles que quedan en los archivos consiguieron mantenerla viva. No consiguieron mantenerla viva porque a las ciudades, al igual que a las patrias, no las sostienen las crónicas ni la memoria ni los papeles, sino la voluntad de los hombres y las mujeres que las habitan, y los vilanoveses perdieron un día la voluntad de vivir, despacharon sus haberes, levantaron los muebles, aquellos que podían tener algún interés, y cerraron las puertas para siempre. Así fue el final, sin estrépito, sin titulares en los periódicos, sin un mal gesto, como esas casas que se cierran, extinguido el último aliento, tras cubrir con sábanas de sudario las viejas estancias. Los últimos vilanoveses, que por ahí andan y seguro que al lector o lectora inteligente no les será difícil reconocer, no se esconden ni tienen vergüenza de ser lo que fueron. Asumen su condición. Fue un abandono consciente, renuncia radical podríamos decir, sin melancolía, con la cabeza fría y la conciencia del camino andado, sin torcerle la cara al diagnóstico que les anunció el final y que en gran medida ellos mismos labraron. Disimule el lector los defectos y los silencios, acomódese en medio de la plaza y disponga el ánimo para lo que a continuación se narra. Nada es invención. Nada es producto de la fantasía.

Caballo de Oros.

Cantar de ciego para supervivientes, banda sinfónica y pólvora

En Vilanova de Alba, antiguo reino de Galicia,
hoy sin reyes ni memoria de que tal hubiese,
sucedieron los hechos que a continuación se relatan
hacia finales de la década de los cuarenta
y primeros años cincuenta del pasado siglo,
días de grandísima calamidad.

Primera parte

Donde se da noticia de los personajes
y de algunas circunstancias

1

Sepa el lector que la historia que narramos no fue catástrofe alguna, más bien al contrario: muchos la tuvieron por desquite, otros por ajuste de cuentas, reclamo de justicia universal, que a veces no olvida a los desamparados, y aunque sus protagonistas no son generales ni grandes de la patria, sino gente del común, la mayoría bastante derrotada, y aunque tampoco podíamos esperar entonces grandes milagros, pues todos los milagros posibles habían sido sobradamente gastados, un leve aliento de orgullo estremece estas páginas.

Eran siete, contando al de Boullón, que tendrá consideración aparte.

Siete son los nombres de Cristo. Siete los días de la Creación. Siete el calendario que gobierna la semana. Siete las maravillas del mundo. Siete las virtudes. Siete los pecados capitales. Siete la comunión absoluta: unión del ternario y del cuaternario, símbolo del espíritu (tres) y símbolo de la tierra (cuatro), camino de perfección. Siete son las direcciones del espacio y las puntas de la estrella. Siete son las medidas de la música y los colores esenciales. Siete las esferas. Siete el orden de los planetas. Siete las espadas que laceran el corazón. Siete fueron los sabios de Grecia, siete las ciudades, siete los desiertos que las circundan, siete los mares y los círculos sagrados, siete los principios de las criaturas... Todo está en los números, decía el filósofo. Y siete son las trompetas del Apocalipsis: número del Gran Perdón.

Pico Serrano, también llamado Francisco Serrano, Primitivo para otros, casado y sin hijos, comenzó con los vendedores de ganado en la montaña, donde amasó los primeros dineros, entró luego en el mineral y acabó en las contratas. Aunque en realidad hacía de todo: bobinas de cobre, grasas de Portugal, matutes de Zamora, partijas... Tenía trato con la gente de las sierras, así como con los pasos de la frontera, pero su querencia eran las rías. En el 46, en plena época del hambre, a punto estuvo de caer. Fue muy sonada. Lo pillaron con tres camiones en la raya, a la altura

de Guillarei, cargado hasta la bandera con sacas de café torrefacto. Parece mentira. No sé si por apurar el negocio, o porque confiase de más en el trato, o porque la avaricia rompe el saco, el caso es que una parte de la mercancía había pasado por la refinería y estaba lista para consumirse. El olor era un escándalo. Se dice que los parroquianos salían a las puertas de las tabernas para verlo pasar, y no pudo ni llegar a Porriño. Lo pillaron antes. Hubo que mover influencias. No fue fácil sacarlo del apuro. En Pontevedra se cerraban en banda, porque llovía sobre mojado. Hasta al gobernador civil llegaron los recados que pedían clemencia. Un atrevido. Su mujer se llamaba Amalia. Señora Amalia, le decían algunos, porque cuando hay dinero hay señorío, y los Serrano acabaron juntando dinero, ¡vaya si lo juntaron! Señorío no, que ambos venían de donde venían, pero el dinero corría, y con el dinero, las influencias, el trato de favor, la voz de mando, las reverencias... También las envidias y los embustes. Pero esto al Serrano se la soplaban. Marrullero, temerario, hierro castigador, entonces era uno de los grandes, de los que no se paraban, olía el negocio a kilómetros y le gustaba traer los billetes atados en fajos para que se notase, para presumir de que podía ponerlos a engordar como los gallos en la caponera. O como las putas. «El dinero es como las putas», proclamaba, «hay que ponerlo a trabajar para que rinda, nunca parado». Eso también le tiraba mucho, el puterío.

Ya bien entrada la década siguiente, bastante después de los hechos que aquí se cuentan, se metió en negocios de más empaque, en la construcción, que era lo que mandaba, primero en el sur de España y después incluso en las Américas, en Caracas, aunque esta parte está algo confusa. Por entonces había un montón de gente marchando para allá, a las Américas. Quizá no tanto a Uruguay o Argentina, que eso fue más bien antes del 45, pero sí a Brasil y a Venezuela. Venían los de las compañías, ponían anuncios en los periódicos de Vigo y la gente salía por oleadas. Era como si alguien hubiese abierto una espita para aliviar el aire y evitar que el mundo reventase. Por lo que se sabe, el Serrano tardó en recuperarse de la grave deuda que tuvo que asumir a la vuelta de los sucesos que tanto conmocionaron a los vilanoveses, él y su señora, pero siempre supo adónde arrimarse. Al final, don Floro le dio una nueva oportunidad. Don Floro era una garantía. Por aquel entonces ya habían roto él y el administrador de la Leonesa, Martín García, su antiguo socio y amigo. Muchos dijeron que Serrano, el Primitivo, había traicionado al de Lombados, al tal Martín García. Está por ver quién se la jugó a quién. Cuando la ambición anda por medio, los hombres se ciegan. Pero es curioso: tanto dinero, tanta sinvergüencería, tanta abundancia, y lo mal que le fue. Su mujer se marchó en un embarque del *Guadalupe*, la señora Amalia, así, sin avisar, de la noche a la mañana, aprovechando una de las últimas escalas que el transatlántico hizo en el puerto de Vigo. Pudo ser el *Guadalupe* o quizá el *Montserrat*, da igual: eran los que hacían la ruta de la Guaira con la Transatlántica Viguesa. Ella andaría por los cuarenta pasados. Una edad difícil. Ya no era una jovencita, pero tampoco una vieja. Tenía maneras. Era cosa de ver cómo administraba el despacho en los días de la abundancia, metida en

pleitos y disputas, que bien que el Serrano se aprovechaba. A lo mejor de allí les vino el desencuentro. O por darle vueltas a lo que había ocurrido antes, diría yo, que nunca llegó a perdonárselo. Mala cosa es el despecho de la mujer cuando queda dentro la herida y no consigue curarse. Cuentan que había ido toda la familia a ver el mar, los cuñados y los sobrinos, porque ya dije que hijos no había; el mar mayor, el de las grandes travesías, que él presumía mucho de ello, el Pico Serrano: asuntos en las Américas, socios que tenía allá, cartas, pagarés... El caso es que allí desapareció la señora Amalia, en el puerto de Vigo, como quien se va al fin del mundo, un suponer. Pasaron mucho tiempo esperando por ella en el café de las Avenidas. El propio Serrano fue a informar en comisaría. Le dijeron que presentase una denuncia. Pero qué denuncia presentar, a quién acusar, qué razones poner en la instrucción del atestado. Es muy posible que Pico supiese más de lo que decía. Eso comentó también la gente. Repare el lector en que no se nombra hombre alguno para la señora Amalia. Que no fuese su marido, quiero decir. Ni se le asignó entonces ni se le conoció después. Un misterio. Ya ven cómo empiezan las cosas. El caso es que volvieron sin ella. Cuando el asunto del Pasamundos, o del Pozo de la Señora, que también así se conoció el suceso, con la demorada resaca que vino a continuación, Serrano y la señora Amalia pasaban por casados y bien matrimoniados, aunque a él le gustasen los cohetes en campo ajeno, como a tantos. No son estos asuntos que deban desviarnos del principal, ni tampoco es cosa de cruzar unas historias con otras, por más que el lector (o lectora) deba saber la naturaleza y la condición de los actantes. Tampoco aconseja la preceptiva enredar el relato, ya de por sí enmarañado, como luego se verá, propio de la memoria del común, que no es lineal, ni única, mucho menos transparente, sino que circula como el discurso de la vida, lleno de rodeos y atravesado por noticias varias. Pico Serrano acabó mal, ya digo. Se pegó un tiro a la desesperada en una pensión de Vigo, sin más datos ni referencias, sin un aviso, sin un papel... Pero cuando los sucesos que recoge el cantar estaba lleno de vida. Tal vez incluso demasiado.

A Agustín Salgado, Agostiño, le apodaban el Agonías no por el nombre, sino por el ahogo que se le ponía en los trances, no sentado frente al naipe, que eso pocas veces ocurría, sino acompañando las apuestas de los compañeros. Se le iba la vida. Había que sacarlo afuera para que pudiese respirar. Entonces lo auxiliaban el de Muras, don Manoliño, y don Evaristo, que eran los que tenían la ciencia, y un poco también el Serrano, para levantarlo cuando se descomponía. Funcionario municipal. Oficina de servicios. Pasaba por gente de bien, pero era un pobre mandado y, por tanto, poco de fiar. Según de quien viniese la orden, así podíamos esperar las consecuencias que, en cualquier caso, el Agonías ejecutaba con una mecánica implacable, aunque siempre con el miedo en el cuerpo, siempre temblando, pero eso sí, sin pestañear. Cuando las expropiaciones de la Banda del Río y de las tierras de la Gaiosa, que aramblaron de la noche a la mañana con todas las casuchas del Malecón por orden del gobernador de la provincia, para ampliar la fábrica de carburos y la

explotación de las minas, aunque después no hubo ni ampliación ni nada, pasó el tiempo del mineral y allá quedaron las ruinas..., cuando reventaron las casas del río, digo, para allá se fue el funcionario Salgado con los papeles, llamando a las puertas, asustando a las criaturas incluso sin quererlo, pegando en las paredes el bando de la autoridad. Y la gente no se lo tomó a mal. Estoy por decir que ni siquiera los afectados se lo tomaron a mal. «Pobre Agonías», decían algunos, «qué tragos tiene que pasar». Iba Salgado con la Benemérita, llamaba a la puerta y entregaba la notificación oficial: treinta días para levantar el campamento, último aviso; si era el caso de hacer reclamación, los interesados debían presentarse en las dependencias municipales, no en el Gobierno Civil, que estaba en Pontevedra; en la Casa del Ayuntamiento, con cartas de propiedad y documentos probados. Pero ¿qué cartas de propiedad cabía esperar de aquella gente, cantera del común, marineros de secano? ¿Qué documentos? Vinieron señores de Vigo, personajes de Madrid, y los más inquietos preguntaban: «¿Qué papeles pueden tener esas almas perdidas, que están ahí desde el principio de los tiempos, porque nadie quiere esa angostura, ese cenagal, ese páramo abandonado de Dios?». Preguntaban unos y respondían los otros: «Sin papeles no hay propiedad. Si no hay propiedad, hay ocupación. Y la ley es la ley para todos. Favor que les hacemos sacándolos de semejante insalubridad». Los que no firmaban, porque no sabían firmar, ponían una cruz, o un aspa, y los que no estaban, no estaban, así que el Agostiño volvía con la encomienda y dejaba de cada vez el papel clavado en la pared de la casucha para que todo el mundo tuviese conocimiento de la disposición. Parece que en una de esas lo encontraron echado en el camino, a medio morir, con la angustia que le daba el caso: tener que aplicar la ley a aquella gente, brazo ejecutor, obligado por la fuerza de la autoridad. Pero no se echó atrás. «Tengo cuatro hijas», exclamaba. Tampoco los otros, que asistían a los acontecimientos escondidos tras las vidrieras del café Suizo, hicieron nada para evitar el trance, si es que verdaderamente querían evitarlo, que está por ver. En este punto, los vilanoveses estaban divididos: por un lado, los partidarios del progreso y la transformación de la villa, ¿adónde vamos con esta pereza, con este secular abandono?, ¿queréis vivir de las piedras, de la melancolía de lo que un día fuimos, lamiéndonos constantemente las mismas heridas?, ¿cuándo nos daremos cuenta de que el viento de la historia no se para, que o te pones de su lado o te lleva por delante? Pero también estaban los atravesados, los de la cáscara amarga, los de siempre, entre la impotencia y la rabia de que no se contase con ellos y viniese gente de fuera, principalmente de Vigo y Pontevedra, a disponer de lo ajeno y ordenar lo que de siempre teníamos así. Discusiones de café. Aún hoy, cuando reviven en los papeles las luchas del progreso y el precio que tal determinación exige, tradición o modernidad, cuestión retórica a la que los vilanoveses fueron siempre tan aficionados, hay quien tira del asunto de la ampliación de la Gaiosa y de las casuchas de la Banda del Río, y otra vez vuelven las viejas cuentas: que a quién aprovechó lo que aprovechó, que quién sacó beneficio después de haber espantado a toda aquella

pobre gente, que adónde fueron las promesas y los anuncios que se habían hecho cuando ya no quedaba nadie que reclamase nada. El Agonías no era mala gente, ya se ha dicho. Un desgraciado y un pobre hombre sí, pero no mala gente, marcado como estaba por aquella desgracia anterior que lo había arrastrado por las calles de la villa cuando derribaron la República, humillado, escarnecido, los militares en la plaza, los papeles volando por las ventanas, sin que nadie viniese a ayudarlo, ni a él ni a otros. Nunca más desde entonces consiguió arrancar el miedo del cuerpo: miedo a hablar, miedo a pensar, miedo a decir y a mirar de frente, miedo a respirar, miedo a cruzar la calle, del Ayuntamiento a casa y de casa al Ayuntamiento. Es difícil explicar cómo pudieron liarlo, cómo lo convencieron para entrar en el grupo. Si acaso lo perdió la locura, aquella fiebre que les dio a todos, y no supo decir que no. Aunque también se habló de los bonos: cartas de compensación para los desahuciados, que nunca aparecieron y que estaban de su mano. Nadie queda libre de culpa, como se puede ver. Después de los sucesos, se metió en casa y fue marchitándose como una hoja seca, el desgraciado. Cuatro hijas, solteras todas. «Feas como rayos», lo castigaba el Serrano cuando quería provocarlo, o para humillarlo. Y añadía: «O para santas, o para putas». Y allá se fue. Lo internaron en el Hospital de la Caridad una mañana de noviembre, muy acabado ya, y en dos semanas, sin una queja, casi sin un suspiro, se apagó.

Don Evaristo era médico, igual que el de Muras, de quien hablaremos a continuación. Médico en Santiago. No es que la gente le tuviese mucha ley. Lo trataban de don por lo de Compostela. Por la villa venía más bien poco, siempre de paso y por propio interés, o para arreglar asuntos con el gobernador, cosas de elevado trato en los despachos de Pontevedra. Los médicos de Compostela no eran entonces como los de cualquier otro sitio, ni como los de ahora. Cómo lo explicaré: los médicos de Compostela eran de estudios, médicos de ciencia, como se decía. Iba uno a ellos a la desesperada, o cuando la cosa era muy seria y los de aquí no eran capaces de dar cuenta del recado: se ponía uno en camino, cogía el tren, o la línea de la costa, y se entregaba. Digo bien: te entregabas, sin condiciones, a lo que dijese los sabios —estamos hablando de mucha necesidad la de aquellos tiempos—. Un mal paso, un revés sobrevenido, una mala caída, un aire atravesado, y allá se iba la salud, y con la salud la vida: la propia y la de los tuyos, las tierras, la hacienda, la casa y la familia, todo por el vertedero abajo, en un momento, antes de que te dices cuenta y pudieses hacer nada, excepto coger el camino de Compostela, bien cargado de dinero, eso sí, para ponerte en manos de la altísima ciencia, «fuente limpia», decían. Don Evaristo no era de tanto mérito. La gente lo tenía por rastrero, interesado y ruin. Pero tenía consulta en Santiago, y por entonces eso era un título. Todo lo contrario de don Manoliño, el de Muras, también llamado el Médico de los Pobres.

Don Manoliño era otra cosa. Sustento de los cristianos, y cuando se le demandaba, en caso de necesidad, de todas las criaturas de Dios Nuestro Señor con tal de que se las pusiesen delante. Un suponer: la vaca del señor Armando, que había

tenido un mal parto; la peste que entraba sin avisar en las cuadras de Vegadáns, los cerdos que no conseguían salir adelante después de haber pagado tanto por ellos en la feria, las cartas que venían de América. Cuando lo de las casuchas de la Banda del Río, don Manoliño fue de los pocos que se enfrentó y habló de ir a ver al gobernador. Pero no lo secundaron. Se quedó solo. Pequeñajo como era, se alzaba como un titán cuando se ponía bravo, aunque también es cierto que poco le duraba. La armó en el café. Golpeó recio en la mesa. Plantó la partida a medio jugar, que no era poco, porque se le indignó el alma, decía, «¿cuánta vergüenza tendremos todavía que soportar?, ¿cuánta desproporción?, ¿cuánto capricho?», fueron sus palabras. La gente de la Banda del Río era suya, o cuando menos él así lo proclamaba. En el gobierno civil dieron parte: «¿Procedemos?», preguntó alguien. Pero la autoridad hizo un gesto, quizá porque lo conocían. «Dejadlo estar. Mañana se le pasa...». Y así fue. Se dice que esa noche quedó enganchado en una vuelta del camino. Era lo que tenía. Cinco hijos. Otra santa en casa. Para la parte de Vilaxoán vivía una viuda suntuosa, discreta y soñadora. Don Manoliño pasó la noche con ella y se desahogó. Según parece, al día siguiente no se acordaba de nada. Se sentó a la mesa en el café y pidió cartas. Tampoco nadie intentó provocarlo. Si acaso, de vez en cuando, entre mano y mano, siete de copas, cuatro de bastos, lanzaba un suspiro, mientras repasaba el mazo con los dedos. Solo el Serrano, lenguaraz como era, dejó caer en el tercer pase un comentario: «Parece que anda la gripe algo desatada por la parte de la costa...». Sin levantar los ojos de las cartas, el de Muras recetó: «Ponche de vino quinado y mucha cama». Cuando la gente del común llamaba por don Manoliño, fuese por razón de salud o por cualquier otra circunstancia, el de Muras recorría la comarca toda y, a veces, tardaba dos o tres días en volver al lado de la parienta. Nadie hacía preguntas. Su consulta era él, dondequiera que estuviese o donde la ocasión se presentase. Le gustaba el aguardiente del país. Siempre que salía de la habitación del enfermo pedía una copa, o se la tenían ya dispuesta, pues le conocían la querencia; vertía un poco en las manos y se daba friegas, por la cara también, para desinfectarse. El resto lo ventilaba de un trago. Y si era casa de pobres, pues la mayor parte de las veces era así, no aceptaba honorarios. Si acaso unos ojos de mujer. Viéndolo tan redondo, tan achaparrado, oliendo a licor casero, echándose hacia atrás en el naipe y vestido con su chaleco de paño, siempre el mismo, parecía imposible explicar su éxito. Pero lo tenía. El mujerío suspiraba por él. Era su grandeza. Don Evaristo no. Don Evaristo despachaba en la consulta de la capital, muebles de castaño tintado, con la gente esperando en la antesala, muy arreglada, siempre con la ropa limpia. Nunca el de Santiago pisó una feria. Para hacer una cura o despachar remedios, quiero decir. Don Evaristo pertenecía al gremio de Compostela. De allí le venía el don, que también concedían al de Muras, aunque en este caso aliviado por el diminutivo, don Manoliño, que lo dejaba más próximo a nosotros, sin contar otras fantasías.

Quedan el Herrero de Lombados, Martín García, y el licenciado Lobeiras.
Ya hablaremos luego del de Boullón.

Martín García no era herrero, ni de Lombados, sino capataz de minas. Lo de herrero le venía del padre y del abuelo, que tenían el mismo oficio. Lo de Lombados no se sabe. Quizá la explicación sea parecida, cosa de familia, gente de la sierra, o que alguna vez vino de la sierra para acampar en las rías, igual que el Serrano. Aunque el caso de Martín García era distinto, porque él ya era de aquí. Si no de las playas, ni de la Galera, tampoco de la plaza de Santa Cruz, sí de la parte que dicen de la Camposa, que eran los pasos que bajan del Alba y del Almofrei. Bajan o suben, según se haga el camino. Por entonces, para los vilanoveses el mundo se dividía en dos mitades: lo que sucedía alrededor o intramuros de la villa y todo lo demás. Lo demás lo mismo podía llegar a Madrid que hasta Buenos Aires. La frontera que separaba ambas partes la establecía el puente de Santiago. Martín García era de casa, pero al mismo tiempo no lo era, venía de fuera, del otro lado del puente, que era como decir de la aldea, para algunos el principio de las sierras, para otros los confines del mundo. Ser del otro lado del puente era como ser de la montaña. Aunque luego los que decían de la montaña fuesen los que mandaban. Territorio confuso, como se puede ver, al igual que confusos son los orígenes del personaje, del que sabemos más por los hechos y por la parte que le toca en la presente historia, que no es poca, que por antecedentes de otra clase. Pero era así. La gente lo conocía o por Martín García o por el de Lombados y el antiguo oficio de la forja. De jovenzuelo se decía que había andado en aquellos trabajos, y que le daba maña al yunque, debemos suponer que también a otras tareas.

Traía la cara picada de vejigas. Unos decían que a causa de las viruelas, que le habían entrado de niño y no las había curado del todo. Otros que por las chispas del hierro, que le habían saltado de repente y le dejaron señal. O por un salivazo de metralla, en el frente de Asturias. De las tres razones posibles, la tercera era la más difícil de defender, por mucho que al de Lombados le gustasen las medallas, que le gustaban. Cuando movilizaron su quinta, que fue de las primeras, la suerte empezó a correr de su lado. Un tipo con suerte, así era como lo consideraba la gente. Ambicioso y con suerte. Cierto que la suerte hay que trabajarla, pero hay a quien el viento le viene de través y hay a quien le nace de cara. Tres años metido en el infierno y ni en una sola ocasión bajó a las trincheras, jamás tuvo que levantar una mina, ni se abocó en ninguna zanja acorralado por el enemigo, hurón de retaguardia, acostumbrado a los laberintos de la rapiña y el escaqueo, además del estraperlo. La

ambición le venía dada. Los pobres también tienen derecho a sobrevivir, y el de Lombados aprendió deprisa. No era poco mérito volver entero de semejante zapatista. En el frente de Guadalajara enganchó con un capitán de regulares, un tal Taboada, acostumbrado a arrear mohamés en África, destinado entonces en el cuerpo de intendencia, y con él hizo carrera. Tráfico de harinas. Coñac revientaparapetos. Por lo visto, le venía de entonces el trato con el Serrano, enredados los dos en alguna parte de aquellos extramundis. Pudiera ser. La Cruzada, como gustaba don Teodoro llamar a lo que para tantos fue desastre, cataclismo y carnicería, los sacó de la montaña y los bajó al valle, como bajan las vacadas a los pastos tiernos, e hizo de ellos unos hombres, a los dos: Martín García y el Serrano. Qué clase de hombres está por ver, pero al contrario que otros, que se amilanaron, la furia de la batalla los alzó como gavilanes, acostumbrados desde entonces a volar con las garras hacia fuera. Pudo ser mayor la desgracia. Hubo quien nunca regresó, o regresó despellejado. El tal capitán Taboada iba y venía, subía y bajaba, cargaba y descargaba, y el de Lombados aprendió las cinco reglas básicas: en primer lugar, a sobrevivir, decidido como fuese a volver a casa. No a la montaña, a casa, no se concreta qué debemos entender por tal. Pero si el mundo ardía, ya sabría él qué hacer para no quemarse. En segundo lugar, no perderse en fantasías. Eso también lo entendió deprisa. Nada de dejarse crucificar, ni por una causa ni por otra. Los pobres no tienen causa. La tercera regla consistía en saber a qué lado arrimarse según corriera el aire, adivinar el viento antes de que lo hicieran los demás. La cuarta, adelantarse a la jugada, cualquiera que fuese; pan que se pilla, bollo que entra en la artesa, donde hay un hueso hay mil perros enseñando los dientes. La quinta regla resumía todas las anteriores: lo que puedas para ti no lo enredes con el vecino, que tampoco te lo va a agradecer y una tumba en medio del descampado, o una mala coz de percherón, acaba igualándonos a todos. «Líbrete Dios de ponerte de la parte que a él no le convenga», comentaban los que no eran de su cuerda. Y alguna razón tenían.

Las picadas de la cara le daban un aspecto bravo, de gato castigador, con un aire de autoridad que lo hacía parecer más viejo de lo que era. A poco que aparecieron las primeras compañías del wolfram, las antiguas herrerías cerraron, y como ya era un hombre hecho y derecho, obsequiado con los galones de excombatiente, entró a trabajar en la Leonesa. Era la casa más fuerte, la que explotaba los pozos de la Gaiosa. Entró para estibar mineral y al poco tiempo ya era capataz, se le veían las trazas, y enseguida encargado de obras, hasta llegar a administrador general, instalado entre papeles y con mando en plaza. Por aquel entonces empezó a gastar bigotillo fino, muy pegado al labio, que recortaba demoradamente frente al espejo, ya fuese para acudir al trabajo de la administración o para las noches de juerga en los saraos de la Portuguesa. Era lo que había. Por el dinero no se rebajaba. Donde llamaba, gustaba que le respondiesen. Los asuntos que se traía con el Serrano, no todos eran a la vista de la gente. Más bien al revés. Pero eran rentables. El principal negocio de las minas se hacía fuera de la ley. Quien sabía moverlo conseguía

beneficios sobrados, y ya entonces había auténticas fortunas. Cierto es que no se hacían sin ayuda, sin padrinos que lo sostuviesen a uno, quiero decir, cubriendo riesgos y ordeñando apoyos en las alturas. Pero para eso estaba don Floro. Don Floro era el aval superior, igual que Taboada en el frente de Teruel, en la capitania de Burgos o en Guadalajara. Para tocar la música hay que saber la partitura, o cuando menos la melodía, pero también disponer de un instrumento en condiciones, afinado y reconocido. Él no era músico. No se fiaba de los músicos. Mala experiencia tenían los vilanoveses con el gremio. Pero sabía las artes y la mecánica del oficio. Las había aprendido con el capitán en las cantinas, trabajando mohamés, y poco a poco las había ido afinando, cuando tocó administrar la victoria. Martín García había nacido para ganar, nunca se le había atravesado una mano, cuando menos hasta aquella ocasión. Se jactaba de eso. Cuando pillaba la oportunidad, no se andaba con remilgos ni se enredaba en escrúpulos estúpidos: iba derecho al asunto. En el reparto de papeles, Serrano hacía la parte más arriesgada, contactos con Portugal y cosas así, mientras el de Lombados distraía las partidas y arreglaba los albaranes cuando había que hacerlo, que tampoco era tan necesario. Todo el mundo sabía de qué iba el negocio. Y la propiedad confiaba en él. Se le daba bien el toque de corneta, aunque con el de Boullón no le sirvió de nada. Donde estuviese el de Boullón, sentado a la mesa, no mandaba nadie más. Era parte del trato y todos lo respetaban. A ver quién no.

Con el tal Martín García andaba entonces el licenciado Lobeiras. Distintos y, sin embargo, inseparables. Una parte importante de esta historia se centra en ellos dos, en su relación y en sus diferencias, pese a parecer tan próximos; no en la amistad, que jamás existió, si acaso en la conveniencia. La gente los tenía casi por la misma cosa, porque donde andaba uno andaba el otro, principalmente en la administración de los negocios del primero. El licenciado ponía pasantías para las reválidas de grado medio y grado superior: latín y griego, que era la ciencia que había traído del seminario. Magro de cuerpo, bastante destartado, poco agraciado de ver y con la salud escasa, cuatro pelos detrás de las orejas, no se le conocía familia a la que arrimarse. Vivía solo en una especie de conejera detrás de la Rúa Nova, en una primera planta que daba a un huerto de cerezos. Allí era donde daba las clases. Algo sabía también de cuentas elementales, lo suficiente para lo que se le requería, pero su condición principal eran las letras, y sobre todo gozaba del arte de la palabra, regalo de los dioses, que si la dejaba correr, cosa que algunas veces sucedía, adornaba con mucho floreo, entrándole a la prosa y al verso: Rubén Darío, Bécquer, Campoamor, los clásicos, nada de modernidades. No se prodigaba mucho, pero cuando se ponía causaba admiración, al contrario que Martín García, más dado a gallear en el corral siempre que tenía oportunidad de hacerlo. Todos sabemos que el mundo está mal repartido, lo que viene para unos no viene para todos, y Dios le da peine al calvo, según nos recuerda la sabiduría popular. Pero las cosas estaban así. No es fácil hablar de uno sin hablar del otro. El de Lombados tenía instinto depredador. Le vendría de

nacimiento, debemos suponer, agrandado por los días de la milicia, el ejemplo del capitán Taboada y, quizás, por las vejigas. Enseguida se levantaba de manos, a poco que le daban aliento. Pero ante la palabra excelsa humillaba la cerviz. Ante la palabra y ante la superioridad, cualquiera que esta fuese, civil o militar, incluso eclesiástica. Allí donde hubiese látigo o jefatura, allí estaba el capataz, ahora administrador de minas, depredador de economatos, para mandar o para obedecer al mando. Tenía ese natural, del que se aprovechaba. Pero también sus debilidades. Ya le gustaría, en los saraos de la Portuguesa, incluso en las discusiones del café Suizo, donde se argumentaban las razones del señorío y se cagaban las sentencias más lucidas, ya le gustaría, digo, poner él también los huevos en aquel cesto, en la casa de doña Hermitas sobre todo, territorio de la adoración nocturna, según frase no muy afortunada de don Manoliño que no gustó nada ni a la jerarquía civil ni a la otra, salida de tono impropia de estos tiempos, consentida por venir del de Muras, que ya se sabe, todo corazón y ninguna malicia, pero que no procedía, comentario que el médico de los pobres tuvo que retirar llegado el momento con las disculpas pertinentes; ya le gustaría al de la Leonesa, repito, poder florear en los saraos y en los discursos, dueño de la palabra cumplida, el arte de la retórica que el común concedía sin embargo al licenciado, tampoco a otro cualquiera. Pero no estaba para él. El arte del discurso era para aquel infeliz, que andaba tras sus pasos como el rabo detrás de la zorra, como el perro busca cobijo en el pajar, milagro de Dios que no lo llevase un mal aire. Avelino Mediano, que aparece de pasada en el relato, sabía de estas artes porque a veces coincidían, el Lobeiras y él, en la Moureira de doña Hermitas, en casa de la Bella Romana, desahogo de los sábados vilanoveses, entonces muy concurridos, hoy una ruina, como casi todo lo que queda de aquellos tiempos. Más de una vez y de dos había tenido el tal Mediano que esperar servicio porque el mujerío estaba ocupado con las pláticas del de las pasantías, que las embobaba.

Era así. Las chicas de la Bella Romana suspiraban por el licenciado Lobeiras, al que en la intimidad trataban de poeta, no sin cierto recochineo, pero a quien encargaban cartas, billetes y otras licencias que el antiguo seminarista, cuando podía, cobraba en especie. La Portuguesa, sobre todo, moza de altísimo tronío, se dice que tenía debilidad por él, debilidad que alternaba con un tal Lamparillas, sargento de la Benemérita, y con las obligaciones del oficio, pero debilidad al fin y al cabo, que el celebrado vate se atrevió a proclamar en una ocasión con fervorosos y públicos hemistiquios. Ya pueden entenderse los celos del Mediano y otros asiduos del local: tan poca cosa el de letras y tanta devoción por parte de ellas, las pupilas. Fue sonado el suceso de una noche, en el cabaré, cuando alguien puso sobre la mesa un montón de dinero para cerrar el establecimiento y una de las internas dijo que no, secundada por otras dos, ocupada que estaba en dictar una carta triste, muy triste, para el novio que estaba haciendo el servicio en Albacete. El cliente, un negociante de ganado de la parte de Montes metido en los negocios del mineral, como casi todos, se puso bravo, apelando a los derechos que le daba el dinero, y las mozas se le revolvieron, no sin

cierta aquiescencia por parte de doña Hermitas, la generala, a la que en el fondo quizá tampoco le gustaba el tratante. La pupila se ahogaba en un mar de lágrimas, por causa de los amores contrariados, y su único consuelo era el Lobeiras, las palabras del licenciado, quien, instalado en el cuarto y rodeado de material femenino, redactaba carta de amor salpicada de reproches, razones de obligación, súplicas y quebrantos. Desde el salón subía la música de las comparsas, las voces de los parroquianos mezcladas con vaharadas de licor café y las protestas cada vez más airadas del demandante, espoleado por la calentura del aguardiente y el desprecio que decía le daban en la casa, haciéndolo de menos a él y a sus amigos, frente a un miserable componedor de versos que malamente tenía donde caerse muerto. Doña Hermitas no lo veía así. Lobeiras hacía en la casa un trabajo de consolación, cuando no de improvisado confesor o psiquiatra, oficio este último innombrable por aquel entonces. Las penas que a nadie se le contaban, o que no sabían contarse, mucho menos poner por escrito, se las contaban las pupilas al licenciado, costumbre que con el tiempo se fue volviendo tradición, uso doméstico, y que la gobernanta aceptaba porque las mujeres de esta condición, según ella decía, siempre precisaron de querencia distinta a la de los malandros que las castigaban, y porque, además, el licenciado tampoco tenía grandes exigencias, se conformaba con bien poco. Se alborotó, no obstante, el gallinero; subieron las voces, pararon de tocar los músicos, se enfrentaron los afectados, y ya estaba la caldera a punto de estallar cuando apareció en lo alto de las escaleras la figura rumbosa de la Portuguesa, con los puños apoyados en las caderas, mirando desde arriba al ganado, y según parece dijo aquello de «no se hizo la miel para tanto cuadrúpedo». Lo dijo así: para tanto cuadrúpedo, y hubo que buscarle al licenciado una salida rápida por la trasera de la casa, que daba a las viñas, y por las viñas un escape hacia el río, porque la furia de la parroquia arrambló con los parapetos y, por más que algunos quisieron calmar los ánimos, ni las voces de doña Hermitas ni los gritos de las pupilas, arrebatadas como gatas, pudieron contener el asalto de habitaciones, gabinetes y barandas. Avelino Mediano, presente en la refriega, aunque en ningún caso incitador de la misma según el parte oficial, tuvo que hacer valer sus influencias ante el jefe provincial del Movimiento y gobernador civil de la provincia, desplazándose personalmente a Pontevedra, para que no se cerrase el local, que era lo que algunos pedían (don Teodoro desde el púlpito de la Colegiata el domingo siguiente, por ejemplo, aunque sin nombrar el suceso, mucho menos a los participantes, varios de ellos respetables padres de familia), y el licenciado tardó más de ocho días en aparecer por el café Suizo, acompañado entonces por el de Lombados, el administrador de la Leonesa, que según parece fue a sacarlo del desván de la Rúa Nova «porque no vas a quedarte aquí hasta el fin del mundo, digo yo, que si alguien quisiese venir a por ti bien sabría dónde encontrarte y ya lo habría hecho».

Digo bien, el licenciado Lobeiras tenía fama de disponer de un extraño encanto para enloquecer a las mujeres, como quien gobierna una magia, arte de brujería,

aunque en realidad el tal éxito le aprovechaba únicamente con las muchachitas del meretricio, pues otra clase de féminas tampoco conocía, ni tenía experiencia, más bien era todo un floreo de penas rimadas, retórica sentimental, palabras y consejos que manejaba en la intimidad, siempre en las distancias cortas, nunca en público, excepto los mencionados hemistiquios a la Portuguesa, declamados una noche en medio de la parroquia privada, coincidiendo con la fiesta de cumpleaños de la favorita, pero que luego alguien mandó al periódico de Pontevedra sin que el licenciado lo supiera ni diese autorización, seguramente por venganza, o por despecho, y allí aparecieron, en latín, tal como él los había recitado. Una vez cotejadas las fuentes, resultaron ser versos de Marcial, poeta latino, clavaditos, letra por letra, según se explicó luego en el café, no inspiración propia, lo que el Lobeiras tampoco negó, sino que más bien aceptó públicamente, y que tampoco incomodó a la agasajada, que quedó encantada del trato y de la publicidad, porque en latín es más seductora la palabra, y porque, si era cierto que el profesorucho había echado mano de aquel altísimo latino, habría de ser porque ella también lo merecía. Se le sentó en el regazo al día siguiente, en el privado del salón, haciéndole un aparte, y le susurró al oído, como una periquita enamorada: «Tendrás que ponérmelo de manera que lo entienda, ladrón...». Tenía crédito el Lobeiras, y doña Hermitas, la patrona, lo apreciaba.

Todo transcurría sin grandes sobresaltos hasta que un día surgió en la vida del licenciado la linda Rosaura, sobrina de Martín García, muchacha de gentil figura y de aldeana belleza, que apareció en la casa grande de la Administración de Minas en compañía de la tía Felisa. Cuentan que la muchacha debía de andar entonces por los dieciséis años. Unos aseguran que menos, otros que alguno más. El cantar no lo precisa. Hay que advertir, si no lo hemos hecho ya, que Martín García era soltero, igual que el profesor, y que tampoco se le veían trazas de fundar familia. Fuera de eso, nada más tenían en común. La diferencia entre el licenciado y el administrador, que en algunos círculos pasaban por criado y amo, nunca amigos, era de carácter, pero también de presencia. Frente a la escasez de Lobeiras se alzaba, como un castillo, la energía del Herrero de Lombados. Frente a la querencia amorriñada del licenciado, la soberbia del picado de viruelas. Frente al mísero desván de las pasantías, la casa de piedra de la Leonesa... Sin embargo, siempre se les veía juntos, o casi siempre, incluidos los saraos de los sábados en la Bella Romana, lo que para algunos no era fácil de entender, más allá de las encomiendas que de vez en cuando Martín García encargaba al escribano, la mayor parte relacionadas con la administración del negocio del mineral, cartas a las propiedades de Madrid, algún viaje a Vigo y la organización de papeles varios. El poco dinero que le daba el de Lombados, unido a lo que malamente iba arañando en las pasantías, arreglaba el pasar del licenciado.

Una mañana de marzo, cerca del mediodía, lo recuerda muy bien por el asombro que le causó la luminosa presencia, que enseguida relacionaría para siempre con la música de los mirlos en las ramas de los cerezos, el administrador se anunció en el desván de Lobeiras acompañado de la sobrina. Ella no levantaba la vista, temerosa de tropezar con un extraño, quizá poco acostumbrada a la gente de la villa, por lo que Martín García la empujó hacia delante, para que el otro la viese, y le espetó al maestro, casi sin mirar a la muchacha:

—A ver qué puedes hacer con esto.

Llamada cegadora. Aquí empieza el calvario del licenciado Lobeiras, las estaciones del Gólgota, dirán algunos, también la esperanza de resurrección, ¿por qué no?, gloriosa epifanía. Gloriosa y lacerante, que no hay triunfo sin sacrificio, luz sin oscuridad, blanco sin negro, herida sin puñal, clavo sin martillo. Aunque bien mirado, con la perspectiva del tiempo, más hubo de martillo, puñal, negrura y sacrificio que de compensación y alegría en este asunto. La muchacha, que estaba hecha una mujercita, apuntando en la flor de las primaveras, caía como una luz del cielo, tal que

un regalo de los ojos. De los ojos y de todos los sentidos. También del entendimiento, que tonta no era. En dos meses rompió a leer, primero por el catón de las letras y luego de corrido. A los tres meses multiplicaba. Al quinto mes dividía por varios números. Sentada en un taburete entre los chavales, la mayor parte de ellos atareados con las declinaciones y las conjugaciones de los verbos latinos, la sobrina del de Lombados se aplicaba a las tareas que se le encomendaban con una diligencia y un ansia que admiraba, muy principalmente a su preceptor, que empezó a escribir en ella como quien escribe con la tiza en una pizarra. Entre tanto vago, entre tanta burra parda que le entraba por la puerta, en medio de tanto esqueje atolondrado del señorío local, Rosaura era una maravilla. Después de aprender a leer y las cuatro reglas, enseguida pasó a los quebrados, y de los quebrados a los ríos y cabos de España, y a las principales ciudades del mundo: Francia capital París, Italia capital Roma, Turquía capital Estambul, antes Bizancio, también Constantinopla... Aprendía de prisa y le gustaba. Mejor allí que fregando en casa.

Los sábados, en la mansión de la Bella Romana, cuando no en las mesas del café Suizo, el de Lombados preguntaba por la sobrina: «¿Qué tal va la pequeña?». Y Lobeiras respondía: «Progresas», lacónico, sin dar más pistas. Pero no lo miraba a los ojos, y es posible que el de las minas comenzase entonces a desconfiar. Nada de lo que aquí se cuenta es gratuito ni sucede porque sí. Todo tiene su aquel en la trama. Amor teje sus redes con recios cabos de acero, incluso sin que los amantes se den cuenta. El licenciado Lobeiras se vio atravesado de repente por una especie de lanzada, un deslumbramiento total. Como el san Sebastián del altarcillo de la Colegiata, desnudo y amarrado a la columna del martirio, las flechas le laceraban la carne y no lo dejaban respirar. Alguien debió haberlo avisado, pero nadie tuvo esa precaución. Cuando aquella mañana de marzo, a punto de entrar la primavera, abrió desprevenido la puerta de su casa, allí estaba ella, la fantasía, como quien abre el telón de un teatro y descubre, de pronto, el principio del mundo, la razón de las cosas todas, las leyes del universo, la música de las esferas... Dejó de ir por donde doña Hermitas, o cuando menos dejó de hacerlo con la frecuencia de otro tiempo, que no había sábado que faltase, y cuando iba ya no apuraba la noche como otras veces, para ver si caía algún consuelo. Esa fue otra señal. Su mundo estaba en otro mundo, como quien dice. Tan fuerte llegó a ser la querencia, tan intensa y apasionada, que una tarde, sin más segundas, aunque tras haberlo pensado mucho, decidió anunciarle al capataz que quería relaciones formales con la sobrina. No fue sin falta de tiempo. Había pasado algo más de un año desde que Martín García se presentó con ella en el desván de la Rúa Nova. Para entonces Rosaura andaba ya en los diecisiete. Fruta granada. La tendría prendida por las palabras, digo yo, igual que hacía con las pupilas, porque si no tampoco se explica. Ella tan joven, tan lozana de cuerpo, tan bien hecha, y él tan escaso, tan poca cosa... Se lo anunció al capataz antes que a la muchacha, por ver de recibir la autorización del tío antes de decidirse a ir más allá.

Martín García se quedó sorprendido.

—¿Estás seguro? —le preguntó, luego de pensarlo un rato.

—Lo estoy.

—¿Seguro, seguro?

—Seguro.

—¿Y ella qué piensa?

En opinión del licenciado, la muchacha le correspondía, o tenía la convicción de que habría de corresponderle.

—¿Se lo has dicho? —volvió a preguntar el otro.

—Todavía no. Pero se lo diré.

—¿Cuándo se lo dirás?

—Cuando llegue el momento.

Estas cosas requieren su tiempo, no se hacen de improviso. Primero el consentimiento del tío. Recibida la aceptación, o lo que el licenciado Lobeiras considerara que tal fuese, ya podía pensar en la segunda fase: ensayar las artes del cerco. Pero pasaron otros seis meses. La muchacha iba para los diecisiete y medio, casi dieciocho. Seis meses con otros doce detrás es mucho tiempo. A ver si me explico: puede ser mucho o no, depende de las circunstancias, pero en el caso de Lobeiras y de la moza Rosaura era una eternidad: la chiquilla en el desván, cada vez más vistosa; las burras pardas recitando latines, la tía Felisa en la iglesia, que tampoco parecía preocuparle gran cosa la instrucción de la sobrina, el licenciado repasando las reglas, los quebrados, cuentas de interés simple y compuesto, de las que poco o nada se acordaba, pero con las que debía justificar su condición de escolante, el de Lombados en el despacho de la compañía...

A cada poco Martín García preguntaba:

—¿Hay progresos?

Y entonces al pobre Lobeiras le faltaba la respiración, como a un chiquillo. Le sudaban las manos. Tartamudeaba. Un hombre hecho y derecho, que se crecía con las palabras, temblaba como un junco solo de escuchar el nombre de la muchacha, no digamos su proximidad en las pasantías.

—¿Entonces, qué? —insistía el administrador.

«De la próxima semana no pasa», pensaba el Lobeiras.

No lo decía, lo pensaba, se castigaba a sí mismo, como quien remacha un clavo: las flechas de san Sebastián. A Martín García lo enredaba con otras razones. Una vez intentó justificarse con la juventud de la criatura, que si era muy joven y no quería asustarla, ni apurarla... Pero cuando tropezó con la mirada del tío, hombre de mundo, cambió de camino y entró en otras consideraciones, más ajustadas a su circunstancia, preocupado por dar con un avío desde el que acometer el siguiente paso: ingresos estables para fundar una familia, más allá de la fragilidad de las pasantías, porque él quería fundar una familia, un hogar con la sobrina del administrador, acaso también amigo, ¿por qué no?, y el de Lombados, con el poder y las influencias que tenía en la industria del mineral, quizá pudiese hacer algo por ellos: por el enamorado y la

enamorada.

Pero no era eso lo que el de Lombados traía en la cabeza. El administrador de la Leonesa estaba en otras. Quizá había dejado correr más de la cuenta la fantasía. ¡Vaya con el señor poeta! Parece que iba en serio con la pequeña. En cuanto escuchó aquello, el Herrero dio un salto atrás y cambió de rumbo: en parte para no comprometerse, porque el Lobeiras ya le llevaba algunos papeles, labores de secretario, como se ha dicho, aunque fuese de modo privado y con retribución escasa, y en parte porque el trato del de letras tampoco le interesaba demasiado, no porque le tuviese una gran querencia a la sobrina, que se la tenía, hija de una difunta hermana que la había parido de soltera y que, cuando la pobre falleció, se le presentó en casa con la tal Felisa: una metida todo el día en las misas, la otra sin saber leer ni las primeras cuentas, pobre palurda, a medio vestir y descalza, con una mano delante y otra detrás, como quien dice; tuvo que hacerse cargo de las dos, no iba a dejarlas a la misericordia de Nuestro Señor, cuanto más en estos tiempos y por esos mundos, y cuando todos sabían lo que sabían, también las susodichas: que parte del negocio y del compromiso había estado en la ampliación de las minas, que hubo que expropiar las laderas de Goián, los ramales de la Gaiosa, y entrar en la parte de monte sin cultivar, en las agras mayores y en las menores, y allí estaban ellas, la difunta y las otras dos. No era tanto la querencia que podía tenerle a la muchacha, digo, cada día más lozana, cuanto el asunto de las tierras, ocupadas a la brava, debemos advertir, lo que vino a coincidir con el tiempo de la Banda del Río, días de mucha ambición y de mucha abundancia. «Déjalo todo de mi cuenta», parece que intentó tranquilizar a la hermana, casi dos años en el lecho de la agonía, «que no ha de faltarnos de nada». Pero no se refería a la difunta, ni a la cachorrilla, ni a la tía Felisa, revoloteando día y noche de aquí para allá por la casa, sino al arreglo de las fincas, que era detrás de lo que él andaba. El negocio del mineral, cada día más apurado, pasaba por la disposición de aquellas propiedades, no sin las mañas del zorro, aprovechando la confianza y el desamparo de las pobres mujeres, igual que en los economatos cuando las artes del capitán Taboada. Carta en la mesa, baza cerrada. Si además el negocio queda en familia, miel sobre hojuelas. Fueron muchos meses de cercar la presa, mucha consideración, mucha paciencia, tampoco pensemos que resultó fácil; la hermana tenía sus vueltas, no era ninguna bendita, hubo que saber ablandarla, hacerle la corte, acotarle los pasos... Pues no había invertido poco tiempo el administrador soltando y recogiendo sedal como para dejar que le levantase ahora la pieza el licenciado, hombre de ensoñaciones, fantasioso e idealista, más dado a los versos y al parloteo con las pupilas que a lanzarse a la batalla de la vida, que exige otras condiciones. «No tengo bastante con las dos que, a poco que me descuide, me entran los tres por la puerta y, detrás, el canil entero», pensaba el de la Leonesa, y entonces Lobeiras se quedaba solo, con su pasión desatada y sus inseguridades.

Las clases de la muchacha eran por la mañana. Por las tardes, Rosaura se ocupaba de la casa del tío, y de los deberes y lecturas que el maestro le encargaba: romances

rimados, historias de caballeros antiguos, paladines de la cristiandad, arrebatos y suspiros que la chiquilla aprendía de memoria, como aquel que rezaba: «¿Qué es poesía, dices mientras clavas en mi pupila tu pupila azul?». La pupila del poeta era la niña de los ojos de Rosaura, luminosos como el cielo de la mañana. Así lo explicaba el licenciado, pues la lengua en la que aprendía a leer la sobrina y en la que venían escritas aquellas palabras no era la misma que hablaban entre sí, no era el habla brava de la Gaiosa, ni el verbo de las junqueras, sino la lengua del señorío, la lengua de los papeles del administrador y de las cartas de propiedad, las que ella no tenía, arrebatadas por las artes del capataz junto al lecho de la difunta; no era el habla de los derrotados, sino la lengua de los discursos del señor gobernador cuando visitaba la villa, encaramado al balcón del Ayuntamiento, la lengua de los músicos y las banderas que desfilaban por la plaza, la lengua de los libros, y a ella, a Rosaura, le gustaba aquella música distinta, y también la voz alelada del licenciado cuando continuaba: «¿Y tú me lo preguntas?», mirándola fijamente, como ante una aparición. Era una calentura dulce, la fantasía de las palabras, que le subía por todo el cuerpo y la reconfortaba. Visto así, desde fuera, el brote de la muchacha parece que prendía. Las tardes de los sábados, el licenciado la paseaba por la orilla del río y ella se dejaba pasear, presa de aquellas músicas y de las lecturas: sentidas historias de amor que el preceptor disponía para ver si de ese modo la ablandaba. Y algunas promesas mayores quizá también hubo, por lo que podemos suponer, y por algún alboroto en la casa de piedra de la compañía, según comentaron luego los vecinos, que todo se sabe y todo se parlotea, y porque la moza también tenía su propia opinión y con diecisiete primaveras, tan bien dispuestas, no hay misas que conformen ni correa que doblegue la voluntad de estar viva.

Pero fue como ese pez que, cuando parece que lo tienes, se te descuelga en un imprevisto, acaso por falta de pulso, un punto que había que darle y que queda suelto de repente. Cada cosa requiere su tiempo y su sazón. Quizá el Lobeiras no supo calcular ninguna de las dos, ni la sazón ni el tiempo. Como en las cartas que el de Muras pedía en la mesa del café Suizo, o te pasas o te quedas. Un día corrió la noticia de que la muchacha de Martín García, la sobrina del Herrero de Lombados, se marchaba para Vigo, a trabajar en la conserva, decían.

Esta parte tampoco está muy clara, como después se verá. Pero por ahora es lo que sabemos. Lobeiras recibió el anuncio como quien sufre un mazazo, coz de caballo percherón. ¡Se había ido Rosaura, la flor de la maravilla, la música de los mirlos en los cerezos! Faltó de repente su presencia en el desván, y cuando quiso ir a por ella, ya no estaba. Todo sucedió en un instante, visto y no visto. El mundo se le vino encima. ¿Cuánto tiempo hacía que no visitaba la casa de la Bella Romana? Las chicas del trato lo echaban de menos. Avelino Mediano también, acostumbrado como estaba a sus rimas y floreos. Se presentó el desgraciado medio descompuesto en el despacho de la compañía por si el de Lombados podía darle una explicación, que quizá se la debía, y el administrador no le dijo nada; o no supo, o no quiso hacerlo. La

sobrino había desaparecido sin dejar rastro, como si la hubiese llevado el diablo. Allí estaba su cuarto, la marca de su cuerpo en el jergón, oliendo todavía a ella. ¿Dónde se había visto semejante ingratitud, después de haberla acogido en su casa con los brazos abiertos, como un padre, el que al fin y al cabo no tenía la descastada, que quizá de eso le venía aquel carácter atravesado, aquellos arrebatos de gata furiosa, cuando todo el mundo sabía lo que había hecho por ella, una caridad, una misericordia, que tampoco tenía obligación alguna? Así hablaba el capataz. Y tampoco de la tía Felisa sacaron nada. La mujer no salía de sus misas, componiendo altares y sacristías. Desde que la sobrina había entrado en el asunto de los libros y las poesías, le resultaba una extraña. Es más: uno y otra, el administrador y la beata, se revolviéron contra Lobeiras, al que hacían responsable del desaguisado. ¿Acaso él no la tenía de su mano? ¿No habían puesto a su cuidado el rumbo de la chiquilla? ¿No era él quien le venía haciendo la corte con idea de atraerla, a saber con qué intenciones, con qué mañas, a juzgar por los resultados que ahora se veían?

Coz de caballo percherón. La música de los mirlos enmudeció de repente. El mundo, negro de por sí, se volvió más negro y más ingrato todavía. En el desván de las clases se había apagado la luz. Los versos de Virgilio, las rimas de Marcial, los suspiros de Darío y de don Gustavo perdieron de pronto toda significación. Las voces y los rostros de los escolares se volvieron insoportables. ¡Rosaura había desaparecido! ¿Qué razón había para vivir? ¿Cómo afrontar la existencia a partir de ahora: la luz del amanecer, la lluvia golpeando en los cristales, las largas noches de invierno, el agua bajo los arcos del puente, las ramas secas de los cerezos? Pero no se vino abajo. Con arriesgada terquedad, como quien sufre la más dolorosa de las traiciones, cuchillada inesperada, acomodó el enamorado en un paquete las cuatro cosas que tenía y se marchó tras la muchacha. Diecisiete años. ¿Adónde va una flor de esa manera? Todo el mundo estaba en el caso. Vilanova de Alba era una aldea. Despachó compromisos. Cerró las clases. Pensó en poner un anuncio en el periódico, el mismo que había publicado en otro tiempo los hemistiquios latinos, el único que había. Si no lo hizo fue porque le dio rabia mezclar ambas cosas, amores tan diferentes, si es que el de la Portuguesa podía llamarse amor, y sobre todo por no violentarla a ella, a Rosaura, exponiéndola de esa forma en público. Empezó el camino solo, sin guía ni ayuda alguna. Tres horas lleva en la línea de la costa llegar a la capital de las rías. Pasó varios meses tras ella. Era humillante. Iba y venía. Los papeles empezaron a amontonarse en la Leonesa. Martín García tuvo que ponerse bravo. Decía la gente que, puesto que Lobeiras nunca había conocido mujer, fuera de las putas vilanovesas, andaba prendadísimo de la pequeña y penaba por el mundo como un nazareno, arrastrando la cruz por los caminos. La gente dice estas cosas y no se sabe por qué las dice, pero quedan. Puede que fuese por él, por el amor del licenciado, que la ahogaba, puede que por la corneta del tío, que no se puede vivir en una casa como en un cuartel, o por otras razones que algunos también sospechaban, ¿qué importa?, el caso es que la muchacha se había ido, le perdieron el rastro, se

extraviaron las noticias, nadie daba recado de ella, y detrás de la muchacha se marchó también el enamorado. Durante casi un año, diez meses exactamente, Lobeiras desapareció de Vilanova de Alba, aquel pozo de miserias. Diez meses son muchos meses. Pero fue así. Diez meses sin noticias de su paradero, aparte de rumores y especulaciones, que estos tampoco faltaron nunca, ¿qué sería de los vilanoveses sin murmuración con que entretenerse?, hasta que un día, sin más aviso, con el mismo misterio con que se había marchado, apareció de repente el licenciado en el café Suizo, otra vez junto al administrador, aunque sin la pequeña. No sabemos qué explicaciones, reproches o conversaciones pudo haber entre los hombres: el patrón y el pobre malherido, el Herrero sentado a la mesa y pidiendo cartas, atento a los movimientos de la concurrencia, y el Lobeiras a su lado, como el podenco a la vera del amo, tal era la estampa.

—Un sol y sombra para los señores y otro para la compañía —gesticulaba el capataz mientras se volvía hacia el mozo Valentín, que atendía en la barra—. Beba también usted, señor escribano, que no hay como el anisete para enterrar las melancolías.

Quien cuenta esta historia sabe lo que sabe, no otras habladurías. Ocasión tendremos para volver por estos pasos.

Aquí están, pues, los de esta parte, a la espera de noticias del de Boullón. Habrá que presentar a la parte contraria, que no es cosa menor, para tener la partida completa. Decía don Evaristo, cuando se ponía solemne, y le brillaban mucho los ojos entonces, que los grandes hombres se miden por el tamaño de sus enemigos. Ningún gigante se para a matar lombrices. ¿Quién hizo grande a Cortés? Moctezuma. ¿Quién ensalzó a Viriato? La gloria y los ejércitos de Roma, que no pudieron con él. ¿Quién le rompió un brazo a Jacob al pie de la escalera? Un ángel de Nuestro Señor. De estas cosas sabía don Evaristo, igual que Lobeiras, y puestos a comparar, igual que el cura de Asados, don Ramiro, el de Boullón, que también era hombre de letras, aunque los libros que de verdad gobernaba mejor eran otros, como luego se verá.

En los confines de la sierra, en la parte que llaman del Pasamundos, o Pozo de la Señora, antiguo camino real que lleva a las tierras de Castilla, calzada de los maragatos, señores de las viejas carretas, el pimentón y los pellejos del vino de Zamora, ahora del tren y los paños que vienen de Cataluña, aunque ya tampoco para ellos las cosas habrán de ser nunca como antaño fueron..., en el lugar del Pasamundos, digo, junto a la barca del señor Tomé, que todavía la gente se acuerda de ella, lejos del mar de las rías en cualquier caso, metidos tierra adentro, se anuncia la más arriesgada partida que las crónicas recuerdan. Y hay crónicas para recordar. Partida de cartas, quiere decirse. No concreta el cantar si julepe o subastado, tute o brisca, chinchón o tresillo, truco o siete y media, arte mayor o menor. Podría decirse, puestos a concretar tanto, que altísima montería: por los tiradores y por la condición de las piezas a abatir. De la memoria del suceso y la significación que tuvo para los vilanoveses, ciertamente sonada, damos cuenta en la presente función, también relato, con el ciego de las historias plantado en medio de la plaza y el lazarillo de las estampas moviendo el puntero para señalar a los que semejante armaron, y los días enfurecidos en que tal aconteció. De este lado ya hemos visto la relación. En principio, la parte contraria era algo más numerosa. De primeras contaban doce. Pero el de Lombados se negó. «Siete de cada parte», advirtió. Siete de cada parte y en campo neutral. No fue fácil. Se trataba de otorgar poderes. Tampoco era la primera vez que se hacía. Todos conocían el trámite. De hecho, llegada la hora, y tan pronto como empezó a correr la noticia, de este lado reunieron un montón de representaciones. Casi no hubo nadie que no entrase. En parte porque estas cosas, cuando se encienden, por mucho que ande encima la autoridad, no pueden pararse, y en parte porque el cura de Asados, que así llamamos también al de Boullón, era una garantía. Había que verlo en la mesa. Una máquina. No se trataba solo de la cabeza;

eran las manos, los ojos, la manera de mover los dedos o de estar sentado en la silla, recostado hacia atrás, como quien mide distancias, y luego, ¡zas!, te clavaba los ojos y ya no se movía, se quedaba quieto, tieso como un poste, y tú no sabías por dónde podía salir, qué tenía detrás de la mirada, y entonces adelantaba los dedos por encima de la mesa y pedía carta, sin pestañear, o aguardaba a la siguiente, dejaba correr la mano y anunciaba: «Siete al caballo».

Tal le decían al de Boullón. Siete al Caballo. El cura no se lo tomaba a mal, aunque también es cierto que nunca se supo de nadie que pronunciase el título en su presencia. Apodo de matador. Su jugada favorita. Eran tal el vicio y la ciencia que tenía que en una ocasión, mientras oficiaba una misa de funeral, apurado por la cita de una partida que iba a librarse hacia la parte de Noia, mar de Compostela, con mucho dinero de señorío encima de la mesa —debemos suponer que igual que ahora—, y mientras los compadres de montería esperaban por él a la puerta de la iglesia con un coche de punto, porque la tirada era larga y les llevaría algún tiempo si querían llegar a la hora concertada avanzando por los vericuetos de la montaña, absorto el de Boullón en las estrategias que tenía ensayadas, digo, tanto aceleró la ceremonia, saltando por encima de responsos y letanías, que se volvió hacia los presentes y, en vez de la despedida: *ite missa est*, dicen que soltó aquello de «siete al caballo», y allá se quedaron, el difunto y los parientes, el sacristán y el sepulturero, pues no había tiempo para más, dado que el compromiso apuraba. Siete al caballo. La gente inventaba estas historias. ¿Cómo no iba a inventarlas? Ciertas o no, hasta el arzobispo de Santiago se revolvió en la mitra y mandó una inspección —inquisición general, decían los enemigos— para ver si se le abría expediente al cura, que después no se lo abrieron. No se lo abrieron porque las habladurías no pudieron demostrarse, y porque el de Boullón tenía muchos asideros, asiduo como era a mesas de copete fino, donde la plata corría a espuestas, plata de la de antes, amasada en el estraperlo, cuando no pesos argentinos, recién llegados de Buenos Aires, golpeando recio en las mesas, que daba gusto oírlos. En esta parte del mundo, la mitad de la nación estaba al otro lado del océano, a veces yendo y viniendo, entrando y saliendo, la cartas y los barcos en los puertos de Vigo, que más sabíamos de allá, de la calle Corrientes y de Avellaneda, que de la Real de Coruña, por poner un caso, no digamos de Madrid.

Costó convencer a los de la Ponte Nova de que se aviniesen a siete, igual que ellos. Siete de cada parte, contando los capitanes de la partida. No era un mal número. Por la banda de acá, el cura de Boullón, don Ramiro, párroco de Santa María de Asados, que hasta allí fueron a buscarlo y desde allí corría su fama por toda la costa. Lo de Boullón le venía de la primera parroquia que había tenido a su cargo, al poco de salir del seminario, hacia la parte de la Camposa, pues fue en aquellas tierras donde empezó a labrar su condición de Gran Maestro de la baraja, el tresillo, el tute subastado, la brisca, el envite inglés, y se dice que fue allí donde le pusieron el apodo: Siete al Caballo. Por la parte contraria: el viejo Santiso, alcalde que había sido de la Ponderosa, matarife y capador de oficio, bregado en cien batallas y otros tantos

celebrados lances. Un general para cada parte.

—¡El viejo Santiso!, —se estremeció don Evaristo, que algún mundo también había corrido—. Pican alto los lugueses.

Se le notaba la preocupación cuando le llegaron con la noticia. Pero no se arredraba. Él estaba en aquello desde el principio. Y contestó el de Boullón, casi como quien no quiere la cosa, mirándose los dedos finos:

—Pican alto y pican bien. Se les ven las trazas —para añadir después—: El Santiso tiene un defecto. Carga mucho en los treses.

La primera noticia entró por Serrano y por el médico de Compostela, don Evaristo. Ellos informaron a Martín García, en el despacho de la Leonesa. En la Ponte Nova preparaban una buena. Una de las de verdad, quiere decirse: de las grandes, de las que hacen historia.

—Andan por medio los Berdullas —anunció el antiguo tratante—, y si están los Berdullas están los de Santiago, y si están los de Santiago va a correr dinero a espuestas, como río de montaña. Se lo digo yo, que sé de estas y he andado en otras —le habían pasado el aviso en la línea de Freire, mientras embarcaba terneras la semana anterior en la feria de San Cosme, que cae hacia primeros de septiembre. Pero no quiso contarlo hasta que tuvo la certeza—. Si andan los Berdullas, hay dinero.

Don Evaristo también había recibido la noticia, aunque por otra fuente. Los Berdullas eran tres hermanos: Manuel, Segundo y Arturo, el mayor de todos, al que la gente llamaba unas veces don Arturo y otras veces simplemente Arturito, o don Arturito, dependiendo de la confianza. Venían de la costa, pero habían hecho dinero tierra adentro, se habían casado en las sierras del interior, en la parte de Agolada, y de las sierras habían pasado a Lugo, asentados hacia Monforte, desde donde movían mercados para León, El Bierzo, Ponferrada y la Maragatería. Por eso les decían los lugueses, no por otra razón. Incluso llegaban hasta Asturias y Madrid. Eran gente de muchas relaciones y de competencia probada. En Monforte y en Guillarei hacían desviar para ellos dos trenes, uno para las líneas del norte y otro para Portugal. Amasaban dinero como quien cuenta lentejas. Don Arturito, grandote y marrullero, tenía, según parece, una querida en Madrid y entrada directa con los ministros de Franco. Negocios de gran aparato. Se contaba que en una ocasión lo habían invitado a una cacería entre Salamanca y Extremadura: cabras de monte que brincaban entre las peñas, como un ejército de condenados, que se las ponían al Caudillo a tiro de veinte metros con un rifle de matar búfalos, y en dos días que allí estuvo, entre los grandes, amasó una fortuna. Providencia de los nuevos tiempos, labrados al abrigo de la España que renace. Trato entre iguales. También méritos de la Cruzada, que los viejos camaradas están para lo que están y los servicios dados nunca se olvidan, sobre todo si aprovechan a las dos partes: a quien da y a quien recibe.

La gente se regodeaba en estas historias, ya digo, algunas difíciles de probar, pero el Berdullas no las negaba. Cuando escuchaba algún comentario al respecto, reía con

mucho estruendo, palmeando las espaldas de los presentes y mostrando el canino de oro, que era otra fantasía, presunción de nuevo rico. Arturito Berdullas. Camisa vieja. Había hecho la guerra en el frente de Asturias. Entonces marchaban vagones enteros cargados de carne para los nacionales. ¿Qué sería del Caudillo sin la carne de los gallegos? No se gana una guerra pasando hambre. Los otros dos hermanos, Manuel y Segundo, eran más dados, más propios del común, pero andaban a lo que el más viejo decía. Quien tenía el mando, quien disponía de los negocios, quien revisaba las contratas y despachaba los pagarés era don Arturo. En cualquier caso, si estaban ellos, los tres Berdullas, estaba el mundo entero. Y no solo los médicos de Compostela y los amigos del arzobispo. Esta vez se hablaba de los señores del wolfram. Palabras mayores. Y eso era lo que más descomponía a don Evaristo. Lo que más lo descomponía y lo que más lo excitaba: aquel escalofrío recorriéndole la espina dorsal.

—El dinero del wolfram...

Mucho dinero levantó el wolfram en esta parte del mundo. Por delante y por detrás. Por derecho y de tapadillo. Fontao, Lousame, San Fins, Santa Comba. Bajaban los camiones las cuestas de Urdilde con las luces apagadas, sembrando zanjas y caminos, vegas y escarpas, y el mineral salía en bolsas, cestos, pañales, sacos, carros y carretas, bajo los refajos de las mujeres y en los cántaros de las lecheras. Cuando había, había para todos, así eran los tiempos, por lo menos entre los pobres, que los otros ya se las apañaban sin nosotros. Al llegar a la raya de Tui y a la estación de Caldelas, ya los estaban esperando para recogerlo todo y pasarlo a la parte de Portugal, y entonces se hacía la misma maniobra pero al revés: los que lo perdían aquí lo reencontraban allá, nunca tanta derrama corrió por los caminos, y los que lo apañaban allá eran los mismos que lo habían distraído antes aquí, bien untados los guardias y los guardiñas, arbitrios y fielatos, altas autoridades y medianos alfeñiques, que así se repartía el condumio cuando había para repartir. Y de Portugal a Francia, y de Francia a Inglaterra, qué sé yo, dejando en el viaje las raspas: una piedra catorce duros, un canto grande veintisiete, consuelo de vagabundos y provecho de galopines. Media Compostela era del wolfram: casas de cantería labrada, saraos de los señores, predios de nuevo asentamiento, contrataciones, empleos, y después, las partidas del casino, las señoritas de Mendaña, coches de punto en Noia, A Coruña, Carril... También a Vilanova de Alba llegó la furia del mineral. Las noches de la Bella Romana eran memorables. Bajaban los de la montaña con gabardinas nuevas, sombreros de fieltro, camisas acabadas de cortar, encargadas a la medida en las sastrerías de don Julián y en la calle del Comercio, Corte Fino de París, las casas de más exigente servicio; bajaba el mineral de la sierra, digo, y se mezclaba en los saraos del lenocinio con el más requintado señorío, que a veces venía también de Vigo y de las otras villas de la costa. Champán del mejorcito refrescándose en los patines, en las viejas pilas de salazón, ocupadas a esa hora por el hielo de Carro González, abastecido especialmente por el industrial maragato para tales menesteres.

Celestino Serantes, apodado Tino Fantasías, tocaba el acordeón con tres músicos de oficio. Más daba una noche de aquellas que cincuenta conciertos en la municipalidad. Tango porteño, vales de Montmartre, fados de Lisboa. La Portuguesa lo señoreaba todo, de acá para allá, enjaezada como una reina, aupada por la más selecta concurrencia. Billetes de veinte duros que se convertían en antorchas, encendiendo los habanos directamente traídos de Cuba en los barcos de don Floro, exhibición que mucho impresionaba a las pupilas. «Cierre las puertas, doña Hermitas», anunciaba el principal. «Casa llena y fiesta por todo lo alto. Que no falte nada». Al licenciado Lobeiras no le gustaban tales fantasías, hay que decirlo. Sus visitas eran más discretas. Lo suyo era la palabra consoladora, que poco se aviene con el griterío y la brutalidad. Pero la abundancia era mucha, y las muchachitas perdían la cabeza, las pobres. El wolfram fue un tiempo de extremada locura que, mezclado con el hambre y la necesidad, que vaya si la hubo, pasó como un cataclismo también por las rías. Así eran los días de la historia que aquí se cuenta. Estando la gente de Santiago y habiendo dinero del mineral por medio, anunciaba Pico Serrano, el envite va a ser de los que hacen época, grande de verdad.

—¿Cuánto de grande? —preguntó el Agonías.

—No se lo digáis que le da —atajó el de Muras—. Ya que estamos, ¿no habrá por ahí una garrafiña para celebrarlo?

El de Muras, don Manoliño, todo lo solucionaba con vino y mujeres. Mejor estas que aquel. Pero si iban juntos, fiesta completa. En su caso, el juego era cuestión menor. Entró en el asunto porque lo empujaron los otros, los compañeros; iba porque iban ellos, y porque al ser excursiones tan largas, las de las partidas, que podían durar hasta cuatro y cinco días en cualquier parte del mundo, cuando no la semana entera, se encendían los cohetes y había pólvora fresca, que era como él llamaba al mujerío, y entonces no había nadie como él para el sarao, pequeñajo y terrible, como un caballón de feria.

Serrano hizo un aparte con el de Lombados.

—Tú y yo somos el capital —advirtió—. Los otros vienen porque nosotros queremos.

El capital es importante. Sin capital no hay negocio, ni apuesta, ni riesgo que correr, ni fiesta que merezca la pena, mucho más en aquella circunstancia. Y no cualquier capital. No era asunto de poca monta. Martín García no lo dudó. Como tenía la confianza de las propiedades de la compañía, la Leonesa, podía mover poderes y contactos con gente grande, que fue lo primero que arregló: poderes para quien quisiera jugar, estuviese o no presente, fírmense con testigos y procédase, que para eso estaba el señor licenciado, para llevar la ley en los papeles, que iban a ser necesarios, según se empezaba a ver. El Agonías era un apocado, ya se ha dicho. Pero daba suerte. Eso decía Serrano. Los apocados dan suerte, como las mariposas nocturnas. Igual que los jorobados, que hay que pasarles la mano por el espinazo varias veces, y ya quisiéramos que se nos cruzase alguno al llegar la hora verdadera.

Los gafes no. Los gafes son mala cosa. Mejor lejos y bien fuera de nosotros, crucemos los dedos. A falta de jorobados estaba el Agonías, ahogándose en la puerta cada vez que pedían cartas y oía subir la marea. Sesenta duros. Voy con otros sesenta. Quiero verlos. El de Muras lo sacaba al exterior, para que le diese el aire.

—Se me va la vida, don Manoliño, lo tengo todo encima de esa mesa, el pan de mis hijas, mi vergüenza de hombre, todo en ese caballo, ¿cómo es que lo deja pasar y no lo coge? La vida por un caballo, don Manoliño, ¿quién fue el que dijo eso?

—Un rey de Francia.

Y dentro no se oía respirar. Nueve horas. Las cuatro de la mañana.

—¿No habría que hacer una parada? —propuso el mayor de los Berdullas.

—¿Cuánto hay en la mesa? —preguntó Serrano, el Primitivo.

Once mil duros. Doscientos veinte mil reales. Una vaca en la feria de Padrón eran setecientos duros, para hacerse una idea. Diecisiete vacas y media por una vuelta de mano. Una finca de labranza podía andar por las cinco mil pesetas, bien aprovechada. Casa mediana de piedra, trece mil seiscientas: ocho hombres a jornal. Tenían fama las cuadrillas de la Chamosa, que arrancaban los bloques de las canteras de Carballedo y compraban la pólvora en la de Salazar: carbón de Ávila, sal de nitrato, azufre y algo de azúcar, que según parece así arde mejor. Un kilo de carburo, cuarenta céntimos. Un día de trabajo en el pozo de la Gaiosa, veinte reales, a no ser que fuese gente de presidio, que entonces pagaban siete patacones diarios más el rancho, eso sí, con reducción de pena, según la doctrina de Tomás de Aquino y de la Santa Madre Iglesia: por cada dos días de trabajo, tres días de reducción.

En la Gaiosa purgaban trescientos presos. En la del Confurco, alrededor de cuatrocientos. En otros pozos eran más. Hacia la parte de San Fiz, Forcarei, Fontao o Silleda, la población reclusa subía cada año como la espuma. Hablamos de los años grandes, entre el 43 y el 47, pero en el tiempo de esta historia aún los había: hasta mil y dos mil en algunos sitios, muchos de ellos de la parte de Asturias y de la raya de León, sobre todo en la primera época. Los metían en la montaña igual que se empujan las manadas de ganado bravo, en este caso domado, allá por el mes de junio, arreando a los garañones para que corrieran derechos y los otros fueran detrás, y para ellos era la parte más fatigosa, la piedra más difícil de arrancar, las galerías más profundas. De estas cosas no se hablaba. No se hablaba en público, quiero decir. Pero todos lo sabían. También Martín García, aunque esa responsabilidad del negocio, según explicó más tarde, no era suya. De eso se encargaba en la última época el Lamparillas, sargento Gutiérrez Albañiz, suboficial con mando de tropa, maromo de la Portuguesa, como más arriba se apuntó. Había venido destinado de la parte de Jaén, del otro extremo de la península, con figura de bailarín, y aunque no llevaba muy bien el oficio de la gallarda, no digamos algunas fantasías, como la proclamación pública de los arrebatos del licenciado, tenía presencia y se movía con dignidad, la que el uniforme exigía. Las pupilas suspiraban cada vez que lo veían entrar por la puerta, rigurosamente marcadas las distancias por los celos de la

favorita, eso sí, que no consentía confianzas en este punto, buena era la sultana para compartir. Pero le gustaba presumir de oficial, a falta de mayor graduación en la plaza. El Lamparillas la ayudaba y ella se dejaba querer. La disciplina de la tropa era, pues, responsabilidad del sargento: media compañía en cada uno de los pozos. Tampoco se precisaba más. La gente, cuando llegaba hasta allí, ya venía muy trabajada. Los vilanoveses vieron pasar una tarde los camiones, orillando el río hacia el puente de Santiago, aunque sin entrar en la villa, subiendo por las cuestas de Campañó, unos detrás de otros, haciendo hilera, y algunos preguntaron: «¿Cuántos van?». Ni se sabe. «¿Habrán cogido a Fuco Fariña?», se atrevió a inquirir esa noche la mujer de don Manoliño durante la cena, con los niños alrededor de la bilbaína. El de Muras levantó la mirada del plato, dura como un pedernal, y todos callaron. Desde los días de la República, la historia de Fuco Fariña, capitán del Sindicato de las Rías, alzado contra los nuevos amos después de los feroces acontecimientos del 36, andaba en boca de la gente como una fantasía. La versión oficial era que lo habían pillado en la parte de Forcados, junto a la raya de Portugal, pocos meses después, con las partidas del Anticristo, como don Teodoro solía explicar desde el púlpito de Santa Clara en los días terribles en que a punto estuvieron de destapar la carta de san Vicente Mártir. Pero el cuerpo nunca apareció y los vilanoveses eran gente que, si no tocaba, no creía. La mirada del de Muras cerró cualquier comentario. Ciertamente, los presos estaban allí. Pero de ellos no se hablaba, igual que no se hablaba de otras cosas. Pertenecían a otro mundo, como quien dice: otra dimensión. Lo que sucedía en los pozos se consideraba coto cerrado, nada que ver con la realidad. Nadie sabía sus nombres, fuera de las listas oficiales de la gobernación. Nadie iba a visitarlos, excepto contados casos. El acceso a las instalaciones estaba terminantemente prohibido. Tampoco bajaban a las fiestas de la Bella Romana a encender los cigarros de don Floro, por supuesto. Don Manoliño era el médico de las minas. Otra de sus demandas, o caridades, según queramos verlo. Subía todos los martes en el coche de la Leonesa y bajaba recién caída la noche. En caso de alguna urgencia venían a buscarlo entre semana. Pero esa parte del mundo no existía, mucho menos como tema de conversación ante los niños. Pero estaban allí. Durante la partida con los de la Ponte Nova, en el lugar que llamamos del Pasamundos, o Pozo de la Señora, los presos picaban las paredes de las galerías. Quizá aún sigan en aquellas profundidades, oscuros laberintos, ahogados entre las zarzas. Llegado el momento, para ellos también habrá un sitio en esta historia.

El viejo Santiso, paladín de la parte contraria, cargaba ciertamente en los treses, pero tenía mil horas de estoque: cuchillo de matar con canaleta, para que diese bien la sangre, navaja brava y herramienta de faena. Era su oficio. Cuando la jornada del 14 de abril él mismo proclamó la República en su ayuntamiento, con ceremonia y sin escrúpulo, dos días después de que llegase la noticia por el telégrafo de Lugo: alcalde con la monarquía y alcalde con los que vinieron después, porque cuando el viento sopla de través, o de la parte que sea, hay que ponerse del lado del viento, antes igual que ahora, para que las cosas sigan en su sitio, por mucho que les pesase a los amigos de don Alfonso XIII. Y cuando tocó volver las tornas de nuevo, tampoco lo dudó: enterrada la República, allí estaba él otra vez, capitán de los nuevos amos, que en el fondo eran los mismos. De este modo gobernaba aquellos mundos el viejo zorro Santiso, señor absoluto de las sierras, que administraba con mano de hierro. El día que no andaba en las ferias, enganchado en el juego, o en las casas donde se requería su presencia, abatiendo cerdos y terneras, iba a rendir pleitesía a los capitostes de la capital, gente ordenada y de derechas, que era su querencia, y aunque los falangistas de primera hora no se fiaban de él, ni él de ellos tampoco, hay que decirlo, lo necesitaban, tenía sus protectores, no se movía un palmo de matorral sin que lo supiese el matarife. Había prestado muchos favores a la nueva situación. Por eso lo consentían. Y tenía mano para la baraja. Desde Lugo a la Ponderosa, desde Agolada a Monforte, corría generosamente su fama. Donde ponía el ojo, marcaba baza. Apuntaban bien los que lo traían consigo. Don Evaristo tenía buena información. Grande de cuerpo, poco amigo de hablar, se instalaba en la mesa como un general. Cuentan que, de joven, en un encuentro con un jabalí, había estado a las puertas de la muerte, y que de aquello le había quedado la marca negra de la cara que le daba aquel aspecto tan feroz, una hendidura que le bajaba de la ceja izquierda al costurón de la boca y que a todos impresionaba.

Mucha navaja el Santiso. Gancho de capador. ¿Qué capitán oponerle, habiendo tanto en la mesa? En las discusiones del café Suizo, en las reboticas de la Portuguesa, le dieron vueltas al asunto. No era cosa de improvisar. Wellington frenó a Napoleón en San Marcial. Escipión doblegó la insolencia de Aníbal en la hora grande de Zama. Si alguien podía con los lugueses, ese era don Ramiro, el de Boullón, ningún otro, y allá fueron a buscarlo don Evaristo, Pico Serrano y Martín García en la camioneta de las minas, con el licenciado Lobeiras detrás.

Acababa el cura de decir la misa. Don Evaristo y el Serrano lo conocían de algunas en las que habían estado juntos, y Martín García había oído hablar mucho de

él, que era muy grande la autoridad que tenía. Durante un buen rato lo esperaron en el atrio de la iglesia. Desde la baranda de Asados puede verse la ría. Lo vieron salir y al licenciado le impresionaron sus maneras, su modo de acompañar y de despedir a la gente, modales de abad antiguo, no viejo, que no lo era, con señorío. Los recibió en la rectoral. Antes de que nadie se lo dijese, él ya sabía a qué venían.

—¿Dónde va a ser, entonces? —les espetó después de escuchar la historia, las condiciones y las partes encontradas.

Vivía con un ama vieja que le servía la comida y le disponía la intendencia. Pero no los invitó a comer. Ellos hablaban y él iba mojando el pan en las habichuelas: guiso de cuchara, cargado de chorizo, tocino y cebolla redonda; olía que daba gusto, y él sin mirar a las visitas, escuchando los detalles de la proposición, como quien no quiere la cosa. Aunque quería, vaya si quería. Nada podía interesar más al de Boullón que una partida como aquella. De un lado los de la Ponte Nova, gente de Santiago y de las sierras, señorío del mineral, quizá incluso gente de Madrid, con mucho crédito y mucho dinero detrás. Del otro lado, ellos, los allí presentes, en busca de capitán, galgo corredor, porque era mucho lo que se libraba. No los invitó a comer porque de esa forma, él sentado a la mesa, ellos delante, sin catar nada, marcaba la autoridad que le convenía. Cuando hay mando, manda uno, y los demás miran.

—¿Dónde va a ser? —repitió.

—En casa del Pasamundos —contestó el Serrano, que llevaba el trato.

Al Pasamundos le llamaban así por la barca. Nadie se acordaba del origen de semejante apodo. Posiblemente viniese de su abuelo, digo yo, o del tatarabuelo si acaso, de los tiempos de la francesada, ¿quién sabe? Igual que tampoco había ya memoria de la Ponte Nova. El puente siempre había estado allí, nuevo o viejo. Pasaban los de Amarante y pasaban los de Careón, ganado de la sierra y mantas de Zamora, cristianos o gentes sin alma, daba igual. El barquero no preguntaba. Antes del puente ya estaba la barca. El Pasamundos tenía parada de viajeros, casa donde dormir, pan y viandas. Al llegar el tiempo de las perdices, se daban allí las mejores, que preparaba con mucho arte y generosas dosis de pimentón la señora Francisca, la patrona de la casa. También había una hija, Leonor, lozana y risueña, que ayudaba en las labores domésticas. Fue Serrano quien dio el nombre del lugar cuando llegó el caso.

—Siete de cada parte y en campo neutral.

Los otros aceptaron. También el de Boullón. Dobló la servilleta, posó la cuchara en el plato, apuró el vino, se echó hacia atrás, con aquel aire de señor antiguo que lo caracterizaba, y tras descansar un rato, como quien bendice lo que acaba de comer, o de pensar, o de decidir para sí, aun sabiendo que donde no gobierna Dios gobernará el Diablo, exclamó:

—Manden entonces los señores, que habremos de celebrarlo.

Carga mucho en los treses... Cinco semanas tardaron en concertar la cita, una vez que hubieron firmado las partes. Cinco semanas para reunir apuestas, preparar

pagarés, ordenar recibos y representaciones, arreglar acomodo en la del Pasamundos y cerrar contratos con los que querían estar y no podían, porque el número de asistentes se había cerrado en siete, pero otros insistían en querer participar en el envite, si no de cuerpo presente, al menos por delegación. En la libreta del licenciado iban sumándose las participaciones: veinte duros de aquí, doscientas pesetas de allá, mil doscientos reales de este lado, y aun cifras más altas, de la parte de los industriales, socios del Primitivo en las ferias, gente de la conserva, amigos de don Evaristo en la mismísima Compostela, armadores del Berbés, sin contar los avales de la Leonesa, que gobernaba Martín García... Se levantó don Floro, en medio del sarao de la Bella Romana, y dijo: «No ha de quedar por mí una ocasión semejante», y al momento, dicho y hecho, plantó en la mesa mil duros, veinte mil reales, para empezar la andadura, que algunos en la vida los habían visto juntos. Don Floro era de ley, tenía crédito en la casa, línea directa con el gobernador de la provincia, fidelidades probadas. Si él estaba, los otros también estaban: Avelino Mediano, Arístides el de los coloniales, Aníbal el Maragato, Carro González el de los carbones, gente toda con dinero, que si habían de meterlo en los bancos, con el mineral corriendo como corría, mejor allí, para que se multiplicase. El de Boullón era una garantía. De primeras no. De primeras el envite era mucho envite, por más que la gente presumiese de haber andado en trances parecidos. Pero en cuanto corrió la voz y se supo que don Ramiro iba de capitán en la balandra, encaramado al puente de mando, el agua empezó a llenar la represa. Lobeiras no paraba de anotar. Pico Serrano y Martín García, asentado el primero en los negocios de la frontera y afincado el segundo en la administración de las minas, firmaban los avales. Don Evaristo y el de Muras también, pero la fuerza del capital estaba en los primeros. Cinco semanas duraron los preparativos, desde que se concertaron las partes y se fue a hablar con el de Boullón en Asados hasta que, en noche cerrada, salieron los vilanoveses hacia las estribaciones de la sierra, al lugar que llaman del Pasamundos, en el corazón de la montaña.

Martín García conducía la camioneta. Pero el Serrano, de suyo tan atrevido, iba nervioso, y se le notaba. Por lo visto, la noche de la víspera había soñado con curas. No es bueno soñar con sotanas antes de un acontecimiento de esta clase, en puertas de un viaje, tanto da que sea de placer como de negocios, no digamos si ha de hacerse en barco. En barco no, pero el camino se presentaba difícil, cargado de agua y plagado de barrizales. Llovió todo el día anterior. Aunque cerca de la noche había escampado un poco, ya se le veían las trazas. Se lo contó a don Evaristo.

—No me han dejado buen cuerpo.

Se refería a las sotanas, metidas de aquella manera en el sueño. Pero el de Santiago tenía más ciencia que él, porque le respondió:

—Eso es si no las llevas contigo. Si el cura va a bordo, el maleficio se deshace.

El de Boullón era un capital. El mejor de todos. Hombre de pocas palabras, concentrado. ¿A qué venían ahora esos miedos? Ninguno de ellos era nuevo en el

trance. Pero el tratante de terneras no conseguía tranquilizarse. Había sido un pálpito, un arrebató de última hora, que le había venido de repente y no podía controlar: sotana a bordo, en realidad o en sueños, catástrofe cierta, insistía: naufragio o embarrancamiento seguros. Aunque no era cosa de replicarle al galeno. Y tampoco quería que el cura lo escuchase.

Don Ramiro viajaba en el asiento de la derecha. Los otros tres: don Evaristo, Pico Serrano y el licenciado Lobeiras, en el asiento de atrás. Como no había sitio para todos, don Manoliño, el de Muras, había concertado un día antes, con mucho secreto, el coche de punto de Tito Maquieira, gente de confianza. El administrador abría la comitiva en la camioneta de la Leonesa y le seguía a la rueda Maquieira, juramentado de no decirle a nadie dónde iba a ser el acontecimiento, aunque todos sabían de la cita y del altísimo asunto que en ella se barajaba. En el punto de Maquieira iban el de Muras y Agustín Salgado, el Agonías.

Salieron de madrugada. Cuando la señora Amalia despertó en la cama de matrimonio, Serrano ya no estaba. No es que lo echase de menos. Tampoco era la primera vez que acontecía. Pero no por eso dejaba de molestarle aquella disposición del marido, aquella manera suya de levantar el campo cuando le daba la gana, sin decirle nada ni dar cuenta del rumbo que seguía, que a veces pasaban tres y cuatro días sin noticias suyas, perdido por los extramundis, arrebatos de soltería impropios de un esposo como tiene que ser. Luego venían las carantoñas, las disculpas, regalos de compensación y toda clase de arrumacos, y ella acababa dejándose llevar, mejor no hacer preguntas. Pero a la señora Amalia no le gustaban aquellas escapadas, como luego se vio, que bien que le guardó la herida, y la humillación, y el escándalo, cuando sucedió lo que sucedió y lo que aquí se cuenta. El de Muras, don Manoliño, y Agustín Salgado, el Agonías, guardaron algo más las formas. El de Muras tenía la disculpa de su oficio de atender partos, calamidades y urgencias; más que en la villa, en las aldeas todas de los alrededores, que era donde pastoreaba la mayor parte de la clientela. Algo importante tenía que suceder para sacarlo de la cama a tales horas. Cierto es que el mundo estaba lleno de cuentos y los caminos plagados de malas pécoras, pero su marido era un buen hombre, pensaba la señora Lorenza, le había dado cinco hijos, cuidaba de ellos, procuraba lo que había que procurar, lo que se espera de un padre y esposo: comida caliente y las despensas necesarias, no excesivas, tampoco faltaban apuros en casa, eran siete bocas a comer, pero era un hombre de ley, respetado y trabajador, la gente lo quería, y, al final, siempre regresaba. Tocante al Agonías: besó a su santa en la frente, miró desde la puerta hacia el cuarto de sus hijas, dos y dos, que dormían a pares, ahogó un suspiro y salió como quien emprende una larga travesía, que de cierto así fue, arrastrado por la fatalidad, ¿de qué otro modo explicarlo?, en compañía de sus amigos. «¿Amigos?», se lamentaba después la pobre mujer, abriéndose las ropas y medio descompuesta, como una vieja matrona. «¡Casta de Satanás. Mal rayo los parta allí dondequiera que arrastraron a mi pobre santo!». Un infeliz, que perdía la voluntad en aquellos trabajos

y otros bien que se aprovechaban.

En el alto de Cruces se puso peor la cosa. Entró lluvia cerrada. El auto de Maquieira no llevaba bien las luces y a punto estuvo de embarrancar dos veces. Tenía miedo de perderse. Entonces los caminos eran otros, no los de ahora. Era como entrar en el infierno de cabeza, en aquellos pasos de las sierras, rumbo no se sabía adónde. Porque quien sabía del lugar era Serrano, el Primitivo, que iba delante, y ellos corrían detrás prácticamente a ciegas, como rabo de raposa, arrebatados en medio de la zapatiesta.

—Igual que en el fin del mundo —se quejaba el del punto, ya arrepentido de haber aceptado el encargo.

Alumbraban los relámpagos, dibujando en la oscuridad los bordes de la montaña. El agua corría a mares por las barrancas. Torrenteras desatadas, que se precipitaban en la carretera de macadán. Pero al romper el día cesó el temporal, y entrada la primera hora, aún con la luz espesa y cargada de nubes bajas, llegaron al lugar de la cita: la posada de la barca junto al río, con el pequeño puente y el viejo molino entrevistos desde lo alto de la sierra, medio ocultos entre los jirones de niebla. Allí estaban ya los de la otra parte, esperándolos, bien acomodados. Habían llegado la tarde anterior. Fuego vivo en el hogar. Cinco habitaciones. Dos para los vilanoveses.

—La cama grande para el señor cura, que tiene que estar despejado —ordenó el Serrano—. Nosotros nos apañamos.

Comieron bien. La casa del Pasamundos tenía, con razón, fama de saciar cumplidamente a sus invitados: sopa de fideos, merluza frita, de la que dicen a la romana, rebozada en huevo y harina, cocido de garbanzo castellano, flan y bizcochos borrachos, vino tinto de Ribadavia y, para quien quedase con hambre, si era el caso, callos, aguardiente tostado y café. Comieron bien, y después de los cafés, que el de Boullón no quiso probar, se retiraron a descansar los capitanes. Don Arturito, el patrón de los Berdullas, hombre de mundo acostumbrado a las relaciones de sociedad, cogió del brazo a don Evaristo y al Primitivo. Generoso en el trato, echó mano de unos cigarros para celebrar el encuentro, al tiempo que les proponía un paseo por la orilla del río, al arrimo de los alisos, para acabar de concretar las condiciones. De primeras eran bien simples, ninguno de ellos era nuevo en aquella clase de asuntos: cartas sin estrenar, baraja a escoger por cada parte, que podía cambiarse por otra igualmente nueva siempre que la parte contraria lo requiriese. Paradas concertadas, descansos para dormir y hacer las tres comidas, hora y media de siesta después de la principal, y el dinero contado a disposición de cada uno. En caso de acontecimiento no previsto o de circunstancia extraordinaria, los tres estaban allí para resolver lo que se terciase. No le gustó nada a Martín García, el de la Leonesa, que lo dejasen fuera de la comisión. Para estos asuntos era muy mirado. Se tenía por principal, sobre todo desde que se había hecho cargo de la administración de las minas, casa grande en el centro de la villa, y no entendía que no se le tuviese en cuenta. No lo dijo así de primeras, pero se le notó. Que don Evaristo, consulta en

Compostela, se diese aires y el Berdullas le siguiese la corriente aún lo podía aguantar, pero que el segundo fuese el Serrano, compinche de juergas, rufián de pendoneo, a quien había tenido que sacar del trullo, como quien dice, cuando el apuro aquel del café torrefacto, metido en toda clase de tropelías, por mucha confianza que tuviese con el lugués y se conociesen de antes, como al parecer se conocían, no era razón suficiente para desconsiderarlo. Si era por dinero, también él lo tenía, propio y delegado, y si era por la representación, también de eso andaba sobrado. Pero el asunto no fue a más. Le molestó la excursión de los susodichos. Se revolvió contra aquel aparte. Pero no fue a más. Y durante la cena, incluso alabó con entusiasmo los buñuelos de doña Francisca, mojados en moscatel, y celebró la historia del lugar que los acogía, la casa del Pasamundos, también llamada Pozo de la Señora, cuando la patrona los agasajó con el relato. Don Ramiro y don Santiago fueron parcos en las viandas. Se les veía concentrados.

6

Donde se cuenta la historia del lugar del Pasamundos,
también llamado Pozo de la Señora

Avanza la carreta en medio de la llanura como una nave, agitando el poderoso toldo y su pesado armazón de varas. Al principio apenas se ve: un pequeño punto blanco que centellea a la luz de la mañana, perdido entre las altísimas hierbas. Pero los ojos de la niña lo distinguen antes de que aparezca, como si el aire y el olor de la tierra anunciaran su llegada. Ladra el perro. Salta del pescante y corre ligero hacia la pequeña. Se llama Ney. «¿Por qué le pusiste así?», le preguntó una vez. El hombre sonrió, escupió en el suelo, apretando los labios mientras afilaba la vara de negrillo, y dijo: «Era el nombre de un mariscal de Francia». Y añadió: «Todos los perros de esta parte del mundo se llaman de la misma manera».

El campo aparece erizado de flores amarillas, que la brisa de mayo hace fluir en grandes olas. Un poco más allá, cerca del río, florece también la retama. Allí está la barca. Es una plataforma cuadrada, de grandes maderos húmedos, como los que se ponen en los pontones de paso para que crucen las cabalgaduras. De uno de los extremos cuelga una pértiga que ahora reposa sobre la cubierta. Con ella se gobierna la embarcación para pasar de una orilla a otra.

Hace tiempo que el vendedor de chatarra cruza el río por este lugar: el Pozo de la Señora, paraje alejado del Camino Real, que viene a dar un largo rodeo por las estribaciones de la sierra. Aquí únicamente viven el viejo y su nieta. Pueden ganarse dos días por el atajo, si la corriente va mansa. Pero el viajero nunca tiene prisa. «En este sitio ahogamos tu abuelo y yo a una compañía entera de gabachos, peste de Satanás, en los días terribles de la francesada», le contó en una ocasión. Quizá no fuesen tantos, uno y otro exageraban bastante: el viejo barquero, sentado junto al fuego, porque ya entonces le costaba moverse, y el buhonero a la puerta de la cabaña, donde pasaba la noche. Pero la historia era siempre la misma. «Los mandaba un capitanzuelo joven, cargado de medallas, con un gorro de plumas muy pinturero, que apareció una mañana entre los ribazos. ¿Te acuerdas, Tomé?». Aunque le preguntaba al viejo, en el fondo hablaba siempre para la chiquilla. «Cuentan que entraron por esta parte porque venían perdidos. Algunos no tenían ni dieciséis años. Unas criaturas. Traían el pánico en los ojos, como si acabasen de ver la boca del infierno. Talmente. Muy bravo debe de ser el Anticristo para mandar gente así por estos mundos. Tu abuelo se dio cuenta enseguida. Primero los hombres y luego los caballos, les dijo, para no tener que pasarlos juntos. Cómo gritaban los condenados. ¿Te acuerdas, Tomé, cómo gritaban?». Y el otro: «Vaya si me acuerdo. Parece que

aún los estoy oyendo, mal rayo los confunda. Nunca dejo de escucharlos. Así volviesen, así los reventaríamos otra vez. Pero no volvieron». «¿Cómo iban a volver?», insistía el compañero. «Aún estarán en el fondo del río, rechinando los dientes y maldiciendo como diablos. Los caballos los vendimos en la feria de Paradanta. No es que fuesen gran cosa, acabados como estaban, pero tampoco los pagaron mal. Armamos una buena fiesta. ¿Te acuerdas, Tomé...?».

Los hombres se reían, sobre todo el de la barca, con aquella risa nerviosa y sin dientes que a ella no le gustaba nada, porque le daba miedo. Le asustaba la risa del viejo tanto como la imagen de los soldaditos, los ojos fuera de las órbitas, pues es así como dicen que aparecen los ahogados, amarrados como racimos por no sé qué oscuras ataduras a la profundidad de las aguas. «Nunca sabemos dónde la tenemos».

Sabía otras historias el buhonero: noticias de países remotos, hombres y ríos más anchos que aquel, ciudades llenas de gente, ruidosas, centelleantes. Pero al viejo no le interesaban. En el río siempre ocurrían las mismas cosas: la primavera, el verano, el otoño, el invierno... Igual que la máquina del universo gira alrededor de sí y dibuja en el cielo un círculo perfecto, así el mundo también, y sus criaturas, según dispone la ley de Dios Nuestro Señor. «Cada cual tiene su sitio», repetía. «Todos llevamos una marca en la frente». Era la muchacha, todavía una niña, la que escuchaba asombrada las historias del hombre de la carreta, que llegaba siempre anunciado por los ladridos de Ney, a veces a la puerta de la cabaña y en invierno junto al hogar, pues de esa forma agradecía la hospitalidad, tanto a la ida como al regreso.

—¿Qué me has traído?

—Un cascabel.

En una cajita de madera. Abría la caja y allí estaba. Parecía de plata, aunque no lo fuese. El hombre contaba que había pertenecido a una reina de África. La reina tenía una cabra, una cabra sabia, que leía en los libros antiguos y siempre estaba rumiando, como si mascullase no sé qué cosas para dentro, quizá preocupada por el final de los tiempos ella también. La reina la llamaba haciendo sonar el cascabel.

Una vez vio pasar a unos gitanos. Venían de San Mamede, con músicas y sonajas, y encendieron hogueras no lejos de la casa. El viejo no la dejó salir. No se fiaba de ellos. Decía que eran hermanos o parientes de los matadores de Cristo. Durante toda la noche la muchacha vio arder los fuegos al otro lado del río, atenta a las sombras de los peregrinos, escuchando sus músicas. El barquero hizo tres viajes para pasarlos a cambio de una moneda de cobre cada vez, pero después de que se fueran hizo tres cruces y lanzó las monedas al río. «¿Por qué haces eso, abuelo?». «Ese dinero no es nuestro», respondió el viejo. Los gitanos llevaban consigo una cabra. La hacían bailar encima de una banqueta mientras tocaban. «¿Sería la cabra de la reina de África?», pensaba la niña.

En otra ocasión, el hombre de la carreta le trajo una cinta colorada. Según le explicó, era de seda y durante mucho tiempo había servido de lazo para la capa del enano de la torre de París.

—¿Cómo es de grande?

—¿El enano?

—No, la torre.

—Enorme. Tú nunca has visto nada parecido.

Ella nunca había visto una torre, aunque el hombre hablaba de ellas, y aún más su abuelo, desde el catre donde se consumía, atacado de reuma. Las torres de Compostela, por ejemplo. O las torres de la catedral de Astorga, que era de donde venía el viajero. Aquellas humedades tan duras, sobre todo en invierno, no eran lo más apropiado para la salud del viejo. Pero el señor Tomé no quería moverse del río. El paso de la barca había pertenecido a su padre, privilegio de los frailes de Oseira, por un real y medio de diezmo, y él lo administraba desde entonces, como lo administraría y rentaría su hijo, o su nieto, si tuviese uno, que únicamente la tenía a ella, pues todos eran parte del río, como los árboles, como la hierba que crece en las orillas, como las almas de los condenados que habitan en sus profundidades, sepultados entre los limos del fondo, o como la Dulcísima Señora, que en las mañanas de mayo se pasea sobre las aguas como una niebla blanca, como un sudario, y que un día vendrá a acogernos en sus brazos a todos. Así lo contaba el abuelo. Y ella, cada día más mujer, aprendió a manejar la pértiga y a desplazar la pesada balsa de madera por la corriente, para seguir dando cuenta del servicio cuando él ya no pudiese hacerlo. La única visita que el barquero realmente agradecía era la del hombre de la carreta.

—¿Qué me traes?

—Un espejo...

Olía a pimentón, a especias, a pellejos de Castilla y a aguardiente. También a ruda, que el buhonero vendía por las puertas de las casas cuando llegaba a esas ciudades de las que tantas cosas sabía. En el interior de la carreta, bajo la gran sábana de lona y el techo de pieles, candiles de latón dorado, cintas y aparatosos fardos, el mundo era diferente, se transformaba en otra cosa y ella sentía que allí podía ser feliz. El viejo se daba cuenta de eso.

—¿Y esto qué es?

—Un papel de colores.

—¿Para qué?

—Para que escriban los enamorados.

No sabía escribir. Él tampoco. Quizás en las ciudades las damas y los caballeros supiesen hacerlo. De hecho, el papel era para ellos. A ella le regaló una pieza de lienzo, muy blanca, como lucía la Señora del río cuando paseaba sobre las aguas, aquel reino misterioso. Conocía la historia porque muchas veces se la había contado el barquero. Cuando se fue, azuzando el paso de la mula por el camino de la sierra, ella cerró los ojos e intentó grabar en su memoria el recuerdo de cada gesto, el tacto de sus manos, sus silencios, para no perderlo, y también el aroma del interior de la carreta: a canela y a hierbaluisa, cintas coloradas y papeles de fantasía, con los

ladridos del can Ney.

Vino muy duro aquel invierno. Nevó hacia finales de febrero. El río inundó las fincas, encharcó los campos y no dejó pasar la carreta del cacharrero. Nadie requería tampoco el servicio de la barca. Santa María do Castro, la aldea más próxima, quedaba a bastante más de tres leguas. Una mañana, el señor Tomé se puso enfermo. Se ahogaba. La humedad del río se le había metido dentro, como si se hubiese apoderado de él, decía. Era como si los rostros de los ahogados despertaran de repente de su profundísimo sueño y emergiesen del abismo de las aguas, arañando los ribazos, para robarle el aliento. En realidad hacía tiempo que los esperaba. «Ya están aquí, ya los tengo delante», se revolvía, agitado por las fiebres, empapado en sudor, haciendo crujir el catre con terribles sacudidas. La agonía duró casi dos semanas. Ella intentaba calmarlo con ruda y hojas de menta, tal como el abuelo le había enseñado, pues era la ciencia que tenían, pero el barquero volvía una y otra vez los ojos hacia el río, como una idea fija. «¡Ya están aquí...!» De repente, se paró. La respiración fue calmándose, como quien consigue librarse de un desesperado esfuerzo, un combate de varios días, igual que aquella vez, cuando lanzaron al pozo, uno por uno, la revolución toda del Anticristo. ¡Cómo gritan los malditos! Y ella dejó de oír la risa del abuelo.

Lo amortajó con el lienzo que le había regalado el buhonero. Nadie la ayudó. Estaba acostumbrada. El fuego del hogar permaneció encendido durante casi una semana, para luego ir apagándose suavemente, al tiempo que el verdor volvía a los campos y apuntaban los primeros brotes de los alisos. La pesada respiración de la niebla discurría al otro lado de los árboles como una dulcísima procesión. Envolvió el cadáver, enrollándolo varias veces, y con las fuerzas que tenía lo arrastró hacia la barca. Cogió la pértiga, empujó los maderos contra la corriente y las aguas la llevaron lentamente río abajo, como si la obedecieran. Ella estaba allí para eso. Desde el principio del mundo y hasta el final de los tiempos.

La señora Francisca contó la historia del Pasamundos y los hombres la escucharon en silencio mientras reposaban la comida, que había sido copiosa, y el día iba cerrándose otra vez sobre las cumbres, anunciando más viento y más agua. En realidad, la mujer medio pergeñó el relato porque alguien quiso saber la razón del lugar donde estaban y parecía de cortesía explicarlo, pero cuando hubo llegado al final quedó flotando en el aire una extraña presencia. Desde el ventanuco de la cocina se oía el discurrir de la lluvia por las laderas, empañando la vista, y uno de los presentes preguntó:

—¿Y del buhonero qué se supo? ¿Regresó a por la chiquilla?

Las historias acaban donde acaban. Tienen un punto que, si se estira hacia acá o hacia allá, puede trastocarlo todo y hacer que perdamos la razón principal. El arte de contar es el que es. Hay quien lo tiene y hay quien no. Incluso hay quien nace con él. La del Pozo de la Señora era la historia del lugar, con su pasado remoto y su misterio. También con su lección, debemos suponer, que cada cual ha de saber concluir según el caso y su propio entendimiento. A Serrano no le gustó. Le reafirmaba el mal cuerpo que traía. Primero el sueño de las sotanas, del que con nadie más había vuelto a hablar, aparte de don Evaristo, mucho menos delante del de Boullón, sentado a la cabecera de la mesa; y ahora el asunto del río, la historia de los ahogados, la Santa Compañía discurriendo entre los árboles y la muchacha con el cuerpo del barquero en la balsa de madera. ¡Cuentos de viejas! Dio un golpe en la mesa y pidió más de beber, para bajar los callos, que venían muy cargados de pimentón.

—El pimentón lo inventaron los maragatos —apuntó don Manoliño, en parte para desviar la atención, pues a él tampoco le había hecho demasiada gracia el relato—. Esto de la ajada de pescado y el pulpo en calderetas de cobre es un invento de ellos, que han sabido montar el negocio, igual que las mantas de Zamora, la carne al caldero, el garbanzo castellano, el préstamo con usura y el vino en pellejos. Lo que no quiere decir que esté todo mal —advirtió levantando la taza—. Pero el demonio del pimentón es cosa de ellos.

La historia del barquero y las fantasías del río, que oían correr allá abajo, entre los árboles de la orilla, no auguraban nada bueno. Nada más llegar, el de Muras le había echado el ojo a la muchacha de la casa, la tal Leonor. No eran para despreciar las trazas de la moza: bonita de cuerpo, coloradota, hermosos ojos azules, «raza antigua de la tierra», murmuró para sí don Manoliño, acostumbrado a catar en campo ajeno. Y no parecía que ella lo apartase, encantada con las visitas, aquel barullo alrededor, gente grande, con señorío. Pero la historia de la mortaja y las ánimas de los ahogados

le había quitado el apetito.

El patrón de los Berdullas, don Arturito, que también estaba en la mesa, sentenció:

—Raza trabajadora y recia, la de la Maragatería. Muy dada para sí, y acaso un algo reservada de más, pero industriosa y emprendedora. Ya quisiéramos muchos como ellos. Aquí somos más dados a la pereza.

Hablaba porque había corrido mundo, con conocimiento de causa. Lo suyo eran las historias de la guerra: la campaña de Asturias, forja de paladines gloriosos, el frente de las Vascongadas, que hubo que tomar Bilbao puerta por puerta, casa por casa, sacándolos uno a uno, como conejos de las madrigueras, como quien quita larvas de un pudridero, gusanos royendo la manzana apestada; el invierno de Teruel, ¡ay, el invierno de Teruel!, donde tantos hombres se pusieron a prueba y tanto heroísmo se vertió... Por aquel entonces ya andaba él en el negocio. Él, Arturito Berdullas, don Arturo, pasando ganado portugués por la frontera, terneras de Tras-os-Montes, pitanza agradecida para los soldados de la patria, vino recio de Toro, que hacía parada en Burgos y bajaba hacia Madrid, después de que el Generalísimo entrase victorioso en la capital de las Españas, aquella riada de gente por la Gran Vía, otra vez los cabarés abiertos, parada grande de los camisas viejas...

—Allí fue donde me aficioné verdaderamente a las mujeres —proclamaba—. Carne fina. Sedas de París. Las de aquí son otra cosa —reía catando el vino, mientras hacía relumbrar el canino de oro—. No digo yo que no den para una fiesta, e incluso para dos. Pero mujeres mujeres, aquellas. ¿Cuándo echamos cuentas, Serrano?

Con los tres Berdullas venían otros tantos. Sin contar al Santiso, que eran palabras mayores, igual que el de Boullón. Así se había acordado entre las partes. El más señorito de todos era un tal Honorio de Santiago, que al parecer traía la representación de Compostela. Se le notaba que manejaba dinero, aunque fuese por delegación. Vestía gabán de paño, corte sastre de ciudad, gomina a la moda de París, con el pelo muy apretado en las sienes, bigotillo fino, semejante al de Lombados, hablares pulcros, quizá un poco sentenciosos de más, y se sentaba siempre derecho, aunque luego se vio que todo era apariencia y fue uno de los que más perdió las formas cuando no había que perderlas. En realidad los luguenses no eran tan luguenses, como puede verse. Los apodaban así por los Berdullas, que tampoco eran de aquella parte, pero que tenían allá su principal base de negocio. Lugués, por decir lugués, no había más que uno: Demetrio Paredes, industrial de la madera, natural de la zona de Friol, con residencia en la capital de la provincia, maestro en excedencia, administrador de una compañía de Madrid, amigo o socio de los tres primeros. El sexto era un petimetre vigués, semejante en las trazas al figurín de Santiago, Alejandro Cornellá, stirpe de catalanes. Traía la representación del negocio de las rías, el que no venía de parte de los vilanoveses, quiero decir, gente de la exportación y de las navieras, atraída por el capital y por las relaciones de don Arturo, que tenía vara alta en casi todos los asuntos. Unos y otros estaban en el dinero del wolfram.

Ya se ha dicho antes: el dinero del wolfram lo ocupaba todo. Cuando don Evaristo y el Serrano fueron a hablar con Martín García así se lo advirtieron: «Va a ser grande la embestida. Será cosa de ver si podemos llegar a tanto». En Compostela trabajaba la representación inglesa que después de la victoria de los aliados y la caída de Berlín sustituyó a la demanda alemana. De la mano de los ingleses salía el mineral por el puerto de Vigo y en parte también por el puerto de Carril, camino de los nuevos mercados, principalmente americanos, que pagaban bien, por derecho y por la puerta de atrás.

—Parecía que iba a acabarse el negocio cuando la derrota del 45 —explicaba don Arturito—. Todo el mundo lo decía. Pero no. Los chinos, que podrían competir, no compiten, y el campo vuelve a quedar libre. La guerra es condición universal de los humanos e incluso de la civilización, igual que el amor, la ciencia y el comercio, productos de legítima ambición, y los que no se espabilan, sucumben.

El tal Honorio traía la representación de los dineros de Santiago, lo que no se quemaba en los casinos de Coruña, Noia y Vilagarcía, igual que Cornellá traía los de las gentes de Vigo, que movían capital a raudales por la raya de Portugal.

En las noches de la Bella Romana también se hablaba de estas cosas. Cuando venían los ingenieros de Madrid, el sarao de doña Hermitas cerraba sus puertas para agasajar a los visitantes, casi siempre acompañados de algún jerarca del Movimiento. Y allí estaba Martín García, administrador de la Leonesa. Y don Floro, con sus cigarros de Cuba. Y Avelino Mediano, pidiendo servicio principal. Pocos más. Cuando tal sucedía, no quedaba mucho más sitio para los de casa, ni siquiera para el licenciado Lobeiras, y los parroquianos no se lo tomaban a mal. La Bella Romana, al fin y al cabo, era un negocio, de prestigio y cotización, que daba de comer a doña Hermitas, institución local, y a sus catorce pupilas, todas de lo mejorcito, incluida la Portuguesa, según se anunciaba en el establecimiento, higiene y discreción probadas, unas a media pensión y otras internas, además de algún mantenido, que también lo había, con perdón del citado sargento Lamparillas. «Son muchos los gastos para llevar el negocio con dignidad», se quejaba la generala. En los tiempos de abundancia —antes de la prohibición, quiero decir, que fue en el 56, cuando determinaron cerrar las casas de compañía—, la Bella Romana era centro principal de transacciones, recomendaciones y trasiegos varios, incluso de información y cultura, pues allí fue donde los vilanoveses supieron con certeza de las calidades y los méritos del wolfram, también llamado «tungsteno», según explicó una noche uno de los ingenieros de la Gaiosa, aquella especie de milagro que todo lo transformaba y, al mismo tiempo, todo lo descomponía. Vino el ingeniero, patrón de Martín García, y en el salón de la casa grande, entre músicas y galanteos, improvisó una conferencia.

El tungsteno es un mineral de transición, peso atómico 183,85 y densidad muy alta, 19,3 gramos por centímetro cúbico, ¡casi nada!, que se funde a no menos de 3410 grados centígrados, la cifra más alta de todos los metales conocidos, fuertemente demandado por la industria militar. Primero los alemanes. Luego, cuando

acabó la Gran Guerra, los americanos. La palabra *wolfram* procede del germánico, que significa «lobo», explicaba el visitante, porque devora a todos los otros minerales, y aunque parezca que aquí sobra y rueda sin tasa por las laderas, como quien dice, es muy escaso en el mundo, de ahí la riqueza de que gozamos. Advertía don Floro, íntimo del gobernador y defensor del señor alcalde, Casto Rubián, emparentado con la casa de Santa Cruz, de quien no se sabía otro beneficio que no fuese ir y venir con los recados, advertía don Floro, digo, que a poco que pujasen las fuerzas vivas de la villa bien podrían conseguir que el Generalísimo financiase un puerto de atraque nuevo en la Galera, por ejemplo, o en la Punta de Afuera, para carga y descarga de la riqueza, en lugar de los antiguos muelles, tanto tiempo agonizando una vez que se acabó la sardina y el comercio de las rías; y añadía que, si los vilanovesesuviésemos agallas para levantarnos de tanto abatimiento y de tanta conformidad, de tanta lamentación y de tanta pereza que nos tenía abatidos, con semejante abundancia a la puerta de casa podríamos plantarles cara a los de Vigo, que estaban comiéndonos la vida y nosotros dejábamos que nos la comiesen. Eso decía el amigo del gobernador: que si los vilanoveses quisiéramos, podríamos; pero lo que pasaba es que no queríamos, y el señor alcalde asentía, igual que don Avelino, don Aníbal Salazar y la señora Hermitas, representación local allí presente. Cada tiempo tiene su ansia, que hay que saber aprovechar, no dejarse adormecer con músicas celestiales. Lo mismo había sucedido cien años antes con los catalanes, que se presentaron en las playas y nos levantaron la oportunidad delante de las narices. Dios y la naturaleza nos regalan el pan y nosotros dejamos que se vaya mar abajo sin mover un dedo.

Fue entonces cuando empezaron las expropiaciones, por ver de agrandar el negocio, y lo de la Banda del Río, arramblando con las casuchas de la junquera para ampliar los puertos de descarga, los lavaderos de mineral y la vieja fábrica de carburos, que también se beneficiaría. Entró dinero de fuera, papeles sellados y recomendaciones. Muchas recomendaciones. Martín García iba y venía a Pontevedra y a Vigo todas las semanas, e incluso en una ocasión a Madrid, para recibir instrucciones. Topógrafos y medidores comenzaron a recorrer la montaña, trazando líneas en los mapas, probando vetas, explorando manantiales. Al parecer era mucho lo que allí había, y mucho el provecho que podían obtener, si andaban ligeros y no dejaban que otros les robasen la fortuna. El sol pasa una vez por la puerta, no dos. Era el tiempo de las vagonetas subiendo y bajando por las barrancas, coches de punto para la capital, la promesa del puerto nuevo de la Galera, fiesta completa, las chicas de la Bella Romana de aquí para allá toda la noche, que no tenían respiro, en medio de todas ellas la flor gentil de la Portuguesa. Pico Serrano entró por aquel entonces en el negocio, junto con socios del trato del ganado, feriantes con ambición, igual que él, que no querían quedar fuera del asunto. Don Evaristo contactó con el capital de los de Santiago. En Pontevedra, en casa del gobernador, jefe provincial del Movimiento, se revisaban los papeles y se decía los que sí y los que no, los que entraban y los que no

entraban, los que estaban y los que ya nunca iban a estar, porque el Régimen es justo, el Caudillo atento, mirando desde la distancia cada paso que se daba, cada gesto, cada expediente y cada firma. Aquellos que en su día habían hecho posible la victoria, vigilantes de la Cruzada, heroicos combatientes de la retaguardia, sabuesos vendedores que habían limpiado los tojales de tanta mugre podrida: la mugre de los hijos de Caín, que nunca más volverían a respirar en la faz de la tierra; los que con tanta ley y con tanto esfuerzo habían alzado sus brazos a favor de la Gloriosa Causa, bendecidos por Dios Nuestro Señor y por la Iglesia Militante, entregados a la redención de la Patria Una, Grande y Libre, ¿no iban a sacar ahora provecho de tanta abnegación? Y los otros, los pusilánimes, los traidores, los don nadie, los mierdecillas, los hipócritas, los blandengues, los que estaban a esto y a aquello, los amargados, los caralavadas, los atravesados, los mosquita muerta, los sepulcros blanqueados, lameculos que ahora se acercaban a ver si conseguían recoger las migajas, ¿tenían derecho al mismo trato, al mismo beneficio? Así hablaba don Teodoro en el púlpito de la Colegiata cuando llegó a sus oídos el asunto, que también le llegó, igual que a todos. Si no con estas palabras, con otras parecidas. ¿No es justo que los que tanto sacrificaron levanten ahora su tajada, puesto que tajada habemos? ¿No es de justicia, divina y humana, que si hay abundancia y ocasión sea Dios quien tal reparta? Los elegidos, a la diestra, sentados junto al Trono Celestial. Los malditos, porque así lo quisieron ellos e hicieron méritos suficientes para merecerlo, a la siniestra: sepultados para siempre en las profundidades.

Segunda parte

La partida de cartas

8

Los Berdullas traían dinero caliente. Mucha plata. Y querían que Serrano les mostrase la que había de esta parte, antes de iniciar los envites. Se retiraron los capitanes cada uno a su cuarto: el de Boullón en el primer piso, junto al comedor donde iba a librarse la batalla; Santiso en una habitación algo más alejada, pero espaciosa, encima de la cocina, con un mirador que daba al río. Los representantes del capital se quedaron haciendo las cuentas: duros y billetes encima de la mesa, liados en fajos, y pagarés. Por la parte de los vilanoveses, Primitivo y don Evaristo, con la mirada celosa de Martín García al otro extremo de la mesa. Anotando en los papeles, el licenciado Lobeiras. Por parte de los lugueses, don Arturo y uno de sus hermanos, Segundo Berdullas, que iba de secretario de actas, además del tal Honorio, el santiagués, y el Cornellá de Vigo. Tal era la representación del capital. Don Manoliño pidió un rincón para descabezar un sueño, harto como estaba de vino y pimentón. La historia del Pozo de la Señora le había bajado los ánimos para otras ceremonias. Y Agustín Salgado, el Agonías, salió de la casa para que le diese el aire. En aquella zona el río venía algo más ancho y demorado, pero de aguas negras, profundas, que se reflejaban entre los árboles a la luz difusa de la tarde. A él también le había causado desazón la historia del barquero y los ahogados. Así quedaron las cosas, instalados los dos bandos, hasta que entró la noche, las mujeres encendieron la lumbre y se acomodaron los jugadores.

Corrió la voz como corre la pólvora por las villas de la costa; como corren el viento y las alarmas, levantando bandadas de torcazas ante la escopeta del cazador. La gente se detenía en los caminos y percibía la noticia antes incluso de que llegase a ellos: en las mesas del café Suizo, en los soportales de la Casa de los Catalanes, en las poltronas del Casino, en la Cuesta de las Ruedas, en el atrio de la Colegiata, en la calle del Comercio, en los muelles... Otro tanto en los escaños del Ayuntamiento, en las alcobas de la Bella Romana, en la antesala del gobernador, en las casuchas enanas

de la Banda del Río... Hasta los despachos de Vigo y las oficinas de los bancos llegó la nueva del singular envite. Muy especialmente a las oficinas de los bancos, que olfatean el dinero como los perros ventean la liebre entre los matorrales; y a la Capitanía General, y a las cátedras compostelanas, y a los pasillos del palacio del arzobispo... ¡La que tal se anunciaba en los extremos de la sierra, en la parada que llaman del Pasamundos, la de las perdices pimenteras y las historias de la señora Francisca! También a los barracones y a las galerías profundas del Confurco y la Gaiosa llegó la noticia, donde trabajaba la piqueta, mandaban las botas del sargento Lamparillas y los ojos de los hombres se achicaban para escudriñar en la oscuridad el resplandor de la veta.

Acuclillado en su agujero, Pancho Cibrán, mozo resuelto al que todavía no le han humillado el alma, se afana en la galería. Le sangran las manos de tanto arañar las paredes, apartando la ganga para despejar la piedra. Pero es la furia lo que lo sostiene: bastante más que el ansia de picar.

—¿Y cuánto crees que puede haber? —pregunta el Setecoros, Argimiro Setecoros, compañero de condena, tendido boca arriba para apuntalar el techo del pozo.

—¿El qué? —replica el otro como si no hubiese escuchado.

—La plata... El dinero... ¿Cuánto puede haber en esa mesa, Cibrán?

Trepan sombras por la pared mojada.

—Más de lo que tú y yo llegaremos a ver juntos en toda nuestra vida.

Primero entró el de Boullón en la sala de autos, y seguidamente, el Santiso, escoltado por los Berdullas más jóvenes. Un par de horas antes, el viejo Pasamundos y la señora de la casa, ayudados por la muchacha Leonor y la representación de las partes, habían acomodado las sillas en el comedor principal, entre la alacena y el chinero. Don Evaristo, por la parte de las rías, y el tal Paredes, por la parte de los lugués, revisaron el mazo de la baraja y dispusieron el tapete: una vieja manta zamorana y, encima de la manta, un cobertor. La joven Leonor y don Manoliño subieron café de puchero, preparado en el fogón, y varias garrafas de aguardiente de guindas. Se sentaron los contendientes y, después de echarlo a suertes, el de Boullón abrió la baraja, repasó el naipe y procedió a dar las primeras manos.

Se arrebujaba el Santiso en una vieja zamarra, forrados los hombros con pellica de castrón, al modo de las gentes de la montaña, y su aspecto impresionaba, como un gigante matador de hombres. Ni que se hubiese disfrazado para la ocasión. Un escalofrío estremeció el cuerpo de Lobeiras. Casi sin mirar a los presentes, como si no hubiese reparado en ellos, el antiguo alcalde dejó la prenda en el aparador, hizo chasquear las falanges de los dedos y se sentó a recibir las cartas. La señora Francisca y la chiquilla avivaron el fuego. Detrás del de Boullón, el chinero. Detrás de Santiso, la alacena. Desde su llegada a la casa, el lugués apenas había pronunciado palabra. Tampoco don Ramiro. En realidad ni se miraban. Lo que tenían que saber el uno del otro ya lo sabían.

Durante las primeras horas la suerte corrió alterna, como suele suceder en estos trances. Se buscaban las partes, picoteando una en la otra, señalando maneras, cortando caminos, amagando pasos sin decidirse a entrar. Si el capador sabía, el de Boullón no le iba a la zaga, aunque fuesen estilos distintos. Poco a poco, según iba transcurriendo la noche y el aguardiente calentaba los cuerpos, se veía que el personal iba centrando posiciones, al tiempo que don Manoliño le echaba el ojo cada vez con más interés a la muchacha de la casa. La historia del Pozo de la Señora no era para alegrías, ciertamente, pero la moza tenía su aquel, y las artes del de Muras, en lo tocante a la seducción y el enamoramiento, también eran cosa de ver, sin despreciar a los capitanes del juego. El licenciado Lobeiras, acurrucado junto a Serrano y Martín García, llevaba la cuenta de las apuestas. Doscientos pesos. Setecientos pesos. Mil trescientos...

—Dígamelo en reales —cantó el Agonías.

Veintisiete mil reales. Dos terneras en la feria...

Así entró la madrugada. Fue entonces cuando el mayor de los Berdullas dijo:

—¿No habría que hacer una parada?

Le brillaba el diente a don Arturito, con el relámpago de Caín. Gozaba con el empuje de los envites cada vez que oía repicar un duro de plata en la mesa. Don Honorio, sentado detrás de él, observaba en silencio cada movimiento, que anotaba en una pequeña libreta. Para animar la fiesta, el viejo Berdullas mandó a su hermano Segundo que trajese del coche una caja de cigarros.

—Cubanos de verdad —sentenció, mientras los repartía generoso entre los presentes—, no esas miserables tagarninas que acaban con uno.

La humareda era tan espesa que casi no dejaba ver el tapete. Dos veces salió don Manoliño a la puerta de fuera, dicen que para respirar, quizá para ver si atisbaba a la muchacha, que ya se había retirado. El viento de la tarde había ido empujando los nubarrones tierra adentro y desde la terraza podían verse ahora, altas y frías, las estrellas. El viejo Pasamundos vigilaba que no menguase el fuego del lar.

Parece que la suerte, a partir de determinado momento, empezó a inclinarse hacia el lado de los de tierra adentro. La navaja del Santiso estaba acostumbrada a mandar, marcando con energía cada lance. Volaban los dedos por encima del naipe. Los lugueses se envalentonaban. Pero era mucho el de Boullón. Bien que se le notó nada más sentarse ante el enemigo. Aunque el Santiso no desmereciese y quedasen por descubrir sus mejores artes, un par de pases rápidos del cura provocaron un escalofrío en el cuerpo de los de aquel bando. Cuando parecía que efectivamente la suerte les sonreía, con todos los tantos encima de la mesa, el eclesiástico arriesgó los triunfos, golpeó recio, apuró el envite y, en un visto y no visto, le levantó la mano al capador y ahogó su tres de copas con la sota de bastos. Los de don Arturito no lo esperaban, ciertamente. Quizá pensaban que iban a tenerlo más fácil. Incluso se le notó al de la Ponderosa un pestañeo bravo, sorprendido por el movimiento del adversario, que le daba donde más le dolía, su punto fuerte: la fiesta de los treses. Repitió la jugada el

capador cuatro o cinco veces, entrando en esta ocasión por el costado contrario, por ver si podía darle cumplida respuesta al cura, y de nuevo el de Boullón le mató la salida, esta vez con la suerte de espadas.

—¿No habría que hacer un descanso? —insistió entonces el Berdullas.

Quedaron para el día siguiente.

Martín García se llevó a un lado a Lobeiras.

—Vete con Maquieira —le dijo—. Necesitamos más dinero, nuevos pagarés. Hay mucho capital en la mesa que los lugueses tienen y nosotros no tenemos. Habla con don Floro y dile que vas de mi parte. Él ya sabe.

Don Floro tenía vía directa con la gobernación y con los agentes de Vigo, así como poderes delegados por el de Lombados para la administración de la Leonesa. Los ojos del nieto del herrero relampagueaban. Era mucho capital junto, mucho y muy grande el desafío. El de Boullón entraba como un general. Ya se le veían las trazas. Quería el administrador que don Manoliño acompañase al licenciado, porque dos hacen mejor apaño que uno. Pero don Manoliño no aparecía. Y el Agonías estaba traspuesto, no era capaz de gobernarse.

—Han sido los callos —se quejaba.

La idea era que don Floro despachase nuevos pagarés, que ya los tenía concertados; pero como podría ser que aun así no bastase, se trataba de que el propio mediador tocase directamente a la gente que quisiera entrar todavía en la partida, puerta por puerta, casa por casa, puesto que la voz corría y, si iba a haber fortuna, que cada cual pusiese de su parte lo que tuviese o quisiese tener.

—Necesitamos más dinero...

Para este segundo recado la presencia del de Muras era importante. La gente se fiaba de él.

Pero el de Muras no estaba.

Partió, pues, el licenciado en el punto de Maquieira, y ya la plaza de las rías lo estaba esperando. Aunque la batalla no había hecho más que empezar, enseguida corrió la voz: las artes del abad apuntaban según lo previsto, y había mucho ánimo. Eso era bueno. Se trataba de avivar indecisos. El viejo Berdullas, se decía, intentaba cerrar la banca y librar las apuestas, quizá porque traía más capital y sabía que por ese lado podía abrir un agujero, no lo sé, o quizá porque venteaba ya el descalabro y, a la vista de lo acontecido, el ahogo de los treses nada más empezar, echaba cuentas de a cómo podía salirles el capricho. Cuarenta mil pesos. ¿Alguien puede imaginar lo que entonces significaban cuarenta mil pesos? ¡Ochocientos mil reales! Esta historia es de antes de la televisión, ocho o nueve años antes de que cerrasen las minas, que al final las cerraron. Igual que cerraron la casa de la Bella Romana. No se recuerda otra semejante. Ni volverá a haberla. Se presentó el licenciado en casa de la Portuguesa y de una tacada levantó once mil pesetas, que la patrona y las pupilas pusieron en sus manos sin rechistar, las pobres... Once mil pesetas. Todo lo que tenían. ¡Qué espanto los primeros lances! Lobeiras recogía recibos, firmaba las conformidades y, según

corría la voz del suceso, según se sabía de la mirada del de Boullón, ojos de gavilán clavados en el Santiso, uno delante de la alacena, el otro delante del chinero, en la parada que llaman del Pasamundos, antiguo Camino Real que lleva a las Castillas, según corría la noticia, digo, más crecía el entusiasmo popular, la confianza y la ambición de la gente por intentar enjuagar en tres noches el hambre de media vida: veinte duros por un duro, cien duros por cinco duros, doscientos pesos, cuatrocientos... No por modestas las apuestas era menor la codicia, aquel relámpago en los ojos del común, mientras firmaban la hoja y veían cómo el licenciado la llevaba como quien lleva un tesoro, entre ayes y suspiros.

—Mire que son nuestros ahorros —advertía doña Hermitas cuando despedía al secretario en la puerta del establecimiento—. Todo lo ponemos en manos de Dios Nuestro Señor, y quedamos rezándole a santa Rita, abogada de las menesterosas.

Cuentan que hasta el gobernador de la provincia, a través de un privado, entró en las partijas y que después le rechinaban los dientes como a un lobo herido, aunque esto nunca se probó, porque la autoridad debe guardarse, no puede dar la cara en semejantes pasos, artes prohibidas, no por consentidas menos perseguibles.

La segunda jornada vino más dura para la parte de las Rías. Bastante más dura. Aunque empezó de modo diferente. Cada general amaneció a su manera. El viejo Santiso apenas quiso comer, como si le remordiese por dentro la experiencia del primer asalto. Hacia el mediodía, mandó que le hiciesen unas natillas y dejó más de la mitad sin probar. No estaban nada mal. La señora Francisca tenía mano para la cocina. Pero no conseguía bajarlas. Empinó dos copas de aguardiente y, con la camisa limpia, después de un paseo breve por las inmediaciones del molino, se presentó en el comedor para buscar el desquite. Traía la cabeza despejada, pero se le notaba inquieto. Era muy posible que no le hubiese sentado bien el sueño: los treses danzando de acá para allá durante toda la noche. Don Ramiro, en cambio, se había despertado temprano, para lo tarde que se acostaron, quiero decir. No habían dado las nueve y ya estaba en pie: hábitos del oficio. Se asomó a la ventana y vio que había cesado la lluvia: un leve rayo de sol acariciaba las copas de los árboles, que habían perdido la hoja hacía tiempo, las laderas doradas hacia la parte del naciente, sofocando la regadura del día anterior. Bajó a la cocina, saludó a las cocineras, a la señora Francisca y a su hija Leonor, que parecía un tanto agitada aquella mañana, y recibió de ellas el homenaje propio de su condición, no tanto como en otros tiempos, cuando le hacían la reverencia y se inclinaban para besarle la mano, pero con respetuosa cortesía. *Laudamus Deo*. Se sentó a la mesa, amplia y de castaño viejo, como correspondía a las buenas casas, y pidió en abundancia: huevos revueltos con lascas de tocino, melindres de Allariz y una taza de vino tinto, antes de salir también él a despejar el pensamiento. Demoró el paseo. No sé si de más. Tampoco vamos a decir que adrede. Pero lo demoró. Salió poco después de las nueve, y a la una y media pasadas aún no había regresado. Cuatro horas. ¡Lo que dan de sí cuatro horas! Hacia el mediodía, los de Lugo empezaron a impacientarse. Más bien se revolvían,

por fuera y por dentro. También los de este lado estaban nerviosos. Pico Serrano sobre todo. El de Santiso, cansado de aguardar, acaso apurado por lo que no sabía si era irregularidad manifiesta o falta de aprecio a su condición, decidió retirarse a su cuarto.

—Cuando sea que me avisen —exclamó.

No eran maneras. O no eran las maneras que los otros esperaban. Llegado un punto, parecía que al de Boullón se lo hubiese tragado la tierra, o las ánimas del río de la jornada aquella del francés, que rabiaban desde entonces en las profundidades. Don Evaristo, no se sabe por qué, se sentía en la obligación de dar explicaciones, incluso de pedir excusas, muy especialmente a don Arturo, que salía a cada poco al exterior de la casa con un palillo entre los dientes, el canino brillándole constantemente, como un lobo en el corral, para ver si aparecía el cura. Desde el umbral se veía el camino, la curva del río, el puente y la presa cercada de manzanos. No se tomó a bien el Serrano tantas cortesías por parte del galeno de Santiago, y tampoco Martín García, confiados como estaban los dos en las artes del señor abad, que si se demoraba de más en la caminata, él sabría por qué lo hacía y la necesidad que tenía de hacerlo. El jugador sabe que la partida, cuando es de ley como la que allí se libraba, transcurre en la mesa y fuera de la mesa, antes, durante y a veces incluso después del caso, según las vueltas que tengan las partes. Cada movimiento, cada gesto, cada determinación, cada cálculo o circunstancia forman parte de un todo: de las artes que se barajan en el envite y de la psicología de los jugadores, sean dos o sean varios. Cada uno es una pieza del tablero, teatro que se mueve a voluntad propia y a voluntad de los demás, incluso de los observadores. ¿No eran siete de cada bando? ¿Por qué no doce o veinte? ¿Por qué allí, en la parada del Pasamundos, territorio neutral, y no en cualquier otro lugar, en el casino de Noia o en la casa grande de doña Hermitas, por ejemplo, que tampoco habría sido la primera que se armase, si no igual, parecida? Don Ramiro sabía lo que se hacía, vaya si lo sabía, y bien que lo veían venir los de la facción contraria, cada vez más atravesados.

—¿Dónde diablos se ha metido el cura? —se sublevaba el tal Honorio, que era quien llevaba las cuentas de los tantos y la altura de las apuestas, cuando menos hasta donde ahora estamos.

Hizo un gesto don Arturito para que se calmasen los ánimos, con su aquel de veterano de guerra, camisa vieja, batallador en el frente de Asturias antes de ponerse a transportar terneras para la causa, y apareció el Pasamundos con una jarra de tinto.

—¿Vino nuevo? —preguntó el Berdullas, como para poner confianza en la ocasión, mientras esperaban al cura.

—Aún no, don Arturo —se humilló el posadero—. Todavía es pronto. Entró mucha agua este año. Parece que ya crece el invierno, pero faltan las heladas, están por llegar los fríos —y añadió—: Pero si usted quiere le saco la prueba del nuevo. No sé cómo saldrá.

Dejémoslo estar. El vino viejo, templado en la cocina, bajaba bien, aún tenía su

alegría en la mañana de la sierra. Estando entre iguales, como él decía, no entre el señorío de Madrid, que era otra cosa, don Arturito gustaba de las querencias del común. Pero el petimetre de Santiago, cargado de fijador, no cejaba. ¿Dónde estaba el de Boullón? ¿Quién carajo pensaba el cura que era? Se atusaba el bigotillo, pasando constantemente los dedos arriba y abajo. ¡Sotanas de Cristo, qué bien se vio en el frente cómo se acojonaban! ¡Había que verlos en la de Teruel! Cuando la de Teruel, el tal Honorio no tenía ni doce años, pero se sabía la teórica, criado a los pechos de los nuevos amos, y se alzaba sobre los cuartos, enseñando los dientes, como un mastín. ¡Curas y beatas!, despotricaba. ¡Así vamos a levantar la Nueva España!

Los de este lado se revolviéron: ¿dónde estaban las reglas que impidiesen al clérigo un respiro? Nadie había marcado los horarios. Tres días eran tres días.

—Entonces qué, ¿hemos venido a pasear?, —se enfurecía el señorito.

—¿Cuánto hay en la mesa?

Ochocientos mil reales. Mucho dinero de Dios.

Pasado el mediodía, don Arturito, que en un primer momento había intentado calmar las impacencias, empezó también a inquietarse.

—¿Se ha echado atrás el cura? —les espetó a los de esta parte. Se le notaba molesto, poco acostumbrado a dar ventajas a nadie.

Pero Martín García se reafirmó en la suya.

—Si el de Boullón dice que está es que está —sentenció, irritado por la prepotencia de los lugueses, aunque ya empezaba también él a no tenerlas todas consigo en lo tocante a la ausencia del abad.

Bajó de sus aposentos el Santiso. Se veía que había echado otro sueño. Se le notaba en los ojos.

—¿Estamos? —preguntó desde la puerta del comedor.

Y anunció el administrador, con un suspiro de alivio:

—Estamos.

Don Ramiro entraba por el camino de los manzanos, fresco, ligero de cuerpo, como quien sale de un baño de niebla, agitando una rama de laurel que traía en la mano. Se sentó a la mesa como si no hubiese pasado nada, y pidió una baraja nueva.

Once horas duró la siguiente ronda. Era casi medianoche cuando hicieron un alto. Fue el trecho más largo. Las cuatro primeras horas volvieron a correr a la par, casi como las de la noche anterior. Vinieron luego otras cuatro seguidas, sin aliento. Hubo un respiro y se avivaron los envites. Se oían los caballos galopar en medio de la llanura, como en la historia de la señora Francisca. Entrada la madrugada, Agustín Salgado sufrió una nueva crisis. Quería saber de su mujer y de sus hijas, no para regresar a casa, que la partida lo tenía preso, sino para consolarse. ¿Dónde estaba el licenciado, que no acababa de regresar con Maquieira? Tiempo había tenido, con la noche tan avanzada. En su ausencia, llevaba las cuentas don Evaristo, porque el Agonías, que era el encargado de hacerlo, no era capaz de sostenerse, sentía que se le iba la vida. Lo llevaron afuera. El de Muras se ocupó personalmente de él,

apoyándolo contra la pared de la huerta, bajo la viña, para que le diese el aire. Pidió una garrafa de aguardiente, que le trajo la joven Leonor, muy dispuesta para el caso, y le dio unas friegas al infeliz, que aun así no reaccionaba. Era mucho en lo que se habían metido.

—Se acaba el mundo, don Manoliño —le oían suspirar—. ¿Cómo es que el de Boullón dejó pasar ese caballo?

Los de la otra parte apostaban. Había plata. Bastante más de la que nunca habían visto. No se amilanaba el capador. La marca del jabalí le ardía en medio del rostro. Otros seguramente se entregarían, con el vértigo del riesgo apurado de más para lo que estaban acostumbrados, pero las cosas vienen como vienen, las ocasiones se presentan cuando se presentan, el empuje de los hombres se mide en estos grandes momentos, acordaos de las sentencias de don Evaristo: llegados al extremo al que habían llegado, no había vuelta atrás, no cabía retirada posible después de los compromisos concertados. Se encerraron los administradores de la parte vilanovesa en el cuarto de las camas, por ver de ordenar los pagarés, y vieron que con lo que tenían disponible no era suficiente. Serrano lo llevaba todo en una caja de cartón: los recibos y el dinero, liado en fajos, a la manera de su oficio. ¿Dónde carajo se había metido el licenciado?

Cuando la linda Rosaura desapareció de la villa, prácticamente de la noche a la mañana, como quien dice, sin avisar ni dejar noticia alguna, el desgraciado Lobeiras pensó que el mundo se había acabado. Y no lo consoló la entrevista con su protector, el administrador del Confurco y la Gaiosa, cuando fue a llamar a su puerta no se sabe si para solicitar amparo o para pedirle explicaciones, en el caso de que las tuviese o quisiese darlas, que ni una cosa ni la otra. El de Lombados nada sabía de la chiquilla, una ingrata a su manera de ver, y tampoco mostró demasiado interés en querer saber de ella, allá donde el mundo la hubiese llevado. Así le pagaba su caridad. Tiéndele la mano a la víbora y verás cómo te la devuelve. Y la tía Felisa tampoco se enteraba de nada, o no quería enterarse, que luego las cosas no resultaron ser como a primera vista parecían. Lo suyo eran las misas, el afaneo de las sacristías, la novena de la Milagrosa, una manera de agradecer el cobijo que el administrador les había dado en la casa, a las dos, pudiendo haberlas dejado pidiendo por los caminos, como andaban otras, cuando se les quedó con las tierras. Tal era la diferencia entre ellas: que la tía Felisa era agradecida, según su condición; pero Rosaura no se sometía. Al principio sí, cuando el hombre las trajo de la aldea, porque el mundo era demasiado grande y la necesidad mucha, y el desamparo, y la confusión. Pero cuando se dieron cuenta no tenían nada. Las gentes de la administración levantaron papeles, acuerdos, escrituras con la firma del Herrero, que tenía poderes, no porque se los hubiesen concedido sino porque se los tomó, aprovechando que la difunta estaba en el lecho de la agonía, y porque ellas tampoco tenían a nadie más para ayudarlas, a no ser la juventud de la muchacha. La Felisa echó cuentas y concluyó: si ha de ser, que así sea; ya había visto bastantes tragedias, el mundo ardiendo, los hombres alzados para la guerra, los que no se habían echado al monte buscándose unos a otros como perros rabiosos. Ya no era una muchacha, la tía Felisa. ¿Qué más podía esperar? Amparo para capear el temporal, una taza de caldo, lecho a cubierto y el resguardo del amo. Que fuese pariente o no, tanto daba. Ni ella iba a enfrentársele ni estaba para hacer preguntas. Otra cosa era Rosaura. Bien se vio desde el principio. Por eso Martín García se le revolvió de aquella manera cuando el licenciado apareció en la puerta de su despacho: ¿no la había puesto en sus manos?, ¿no era él su preceptor?, ¿no había confiado su urbanidad e instrucción a su cuidado, gata de montaña que araña la mano de quien la acoge? Así el diablo se la llevara que él, el administrador, no iba a hacer más de lo que ya había hecho, sacarlas de aquel agujero a las dos, a ella y a la vieja, apartarlas de aquella cueva de alimañas donde estaban viviendo y traerlas a la civilización. No le habló de las tierras, por supuesto, ni de la ampliación del mineral,

ni de las nuevas explotaciones de la Gaiosa, que ya entraban por aquella parte del mundo, ni de que ahora él andaba también en los papeles, con firma de amo, socio o nuevo propietario, metido en negocios con la gente de capital, incluido Pico Serrano, su amigo, que también estaba en el trato. No le habló, aunque Lobeiras acaso algo supiera, o debería saber, pues muchos de aquellos papeles pasaban por sus manos y vaya si las tierras de la Gaiosa habían sido un buen negocio. Bueno era el Martín García para dejarlo correr. La tía Felisa intentó explicárselo a la pequeña: ¿qué pueden esperar del mundo dos mujeres, una vieja y una muchacha, que apenas habían salido de la aldea, enfrentadas a estos tiempos, que imponen tanta furia, tanto empeño, tanta energía? No lo decía con estas palabras, pero se explicaba bien la raposa; al fin y al cabo miraba para sí. ¿Adónde podía ir una vieja con sus años, con sus miserias, con sus calamidades? Rosaura estaba en la flor de la vida, como quien dice, y eso era lo que quería explicarle, incluso dándole vueltas, para que no se le asustase: que Martín García era al fin y al cabo de la familia, y no un mal hombre, obediente y trabajador, había que ver el señorío de la gente con la que trataba siendo él de origen humilde, nieto de un herrero, pero que sabía husmear el viento, como los potros de la montaña, y ponerse de la parte de la que había que ponerse, no de la contraria, ni atravesado, como les había sucedido a otros que ella conocía bien, y si el hombre tenía sus necesidades, todos los hombres las tienen, y aun había que agradecerle que fuese considerado y no quisiese imponerlas por las bravas, ejerciendo derecho mayor, y puesto que tenía esas necesidades, que ya se ve que las tenía, había que saber entenderlas, y perdonárselas, y si llegaba la ocasión, incluso aceptarlas, ¿por qué no?, y administrarlas, mi querida niña, que no pasa dos veces el agua bajo el puente, y nosotras somos lo que somos, copos de nieve que lleva el viento, hierbas silvestres. Pero la muchacha continuaba revolviéndose, no entraba por el aro como el capataz quería, pese al cebo de la Felisa, que enseguida descubrió el asunto de las misas.

—Una cabra salvaje —comentó el administrador—. Eso es lo que es.

Una cabra salvaje... Mientras el licenciado deslindaba el tojal, metiendo en la espesura letras y quebrados, acariciando músicas con toda clase de suspiros, el capataz le prendía fuego al mundo por las noches. Cuanto más se le encabritaba la cordera, más se excitaba el macho, levantado de cuartos como un general, como un toro agarrochado, y en el fragor del combate la tía Felisa invocaba a todos los santos: Dios Nuestro Señor y sus abogados, que tengan misericordia de sus criaturas, de esta vieja acabada y de esa otra alma inocente, que se sacrifica. El amo de la casa, caballo percherón, bigotillo de bailarín de casino, con la cara plagada de vejigas, entraba por las noches en la alcoba de la muchacha y el mundo se acababa. Estas cosas Lobeiras las supo después, no en aquellos días. En aquellos días el licenciado se entregaba a la encomienda de ir poniendo las piedras del cercado: unas sobre otras, bien derechas y a plomada, que era el encargo que le había hecho el administrador; y así fue como la mocita aprendió a leer y, después de las primeras letras, la ciencia del mundo y de la

geografía, y las historias que con mucho sentimiento él iba escogiendo para ella, para prenderla en sus lazos, rimas y memorias de enamorados: los de Teruel, los de Verona, la reina de Portugal, la historia aquella del moro de Mourente..., y sentía que los ojos de la linda Rosaura, llegados a este punto, se encendían.

—¿El moro de Mourente? —preguntaba.

Una tarde de sábado, después de comer, allá se fueron los dos, el maestro y la discípula, hacia la vieja iglesia del lugar, desde cuya baranda alumbraba la ría. Atrio de piedra labrada. Campanario de fina traza. En el interior de la fábrica destacaba el púlpito principal. Los viejos decían que venía del tiempo de los moros, que era como decir del principio de los tiempos. Era un pedestal generoso, bien asentado, alzado sobre las bancadas, desde el que los frailes gustaban de predicar las misiones y anunciar las calamidades del mundo. Pero lo que más admiraba era la columna que lo sustentaba, un pilar también de piedra en el que se representaba la figura de un sarraceno sosteniendo la estructura. Un sarraceno gigantesco, de casi dos metros, curvado hacia delante, cargando con la peana del púlpito sobre su espalda. Los ojos de la muchacha brillaban, prendidos en la misteriosa figura.

[Historia del moro de Mourente](#), también llamado el Sarraceno, que aguarda el regreso de su enamorada, con el corazón temblando dentro de su caja de piedra

En el fondo eran los cuentos que Lobeiras desgranaba en los saraos de la Bella Romana y que tanto gustaban a las pupilas, aunque narrados de otra manera; no se despunta igual una historia para las mercenarias del trato que para aquella flor de la maravilla que el administrador de la Leonesa había puesto en sus manos, como un lienzo transparente.

Cuentan las crónicas que allá en el principio de las cosas, cuando el mundo empezaba a pintarse tal y como ahora lo conocemos, entraron por estos confines gentes de tierras distintas y de diferente religión, y que corrieron el país de punta a punta, no siempre en paz sino buscando devastación y ruina, destruyendo cuanto encontraban a su paso, y que hubo mucho sufrimiento entonces, como habría después. Pero que también hubo excepciones. Por estas angosturas pasaron aquellas gentes organizadas en cuerpos de ejército, batallones y centurias, igual que ahora, y en uno de esos cuerpos desfilaba Omar Safaín, de la morería africana: mozo gentil, incluso de traza hidalga, cabo de gastadores, acaso un poco grandullón de más, lo que tampoco debe tenerse por falta. Pero venía enfermo, herido de un mal difícil de diagnosticar, y casi no daban nada por él. Ni los aires ni las aguas lo aliviaban. Tan acabado se le veía que sus jefes, obligados a tomar decisiones y sabiendo que poco se

gana arrastrando consigo cargas que no pueden remediarse, acordaron abandonarlo a su suerte al pie de esta iglesia de Nuestra Señora, que entonces no era más que una pequeña cabaña.

Quedó Omar Safaín abandonado y enfermo, a punto de no poder contarle, aun siendo joven como era, y los vecinos, después de que se fue la morería, se compadecieron del desgraciado y le dieron asilo. No como a cristiano, que no lo era, sino como se ayuda a los perros sin amo, que deja uno que se arrimen y después da pena o pereza apartarlos. Así se quedó Omar Safaín. Tardó su tiempo. No fue de la noche a la mañana. Pero se recuperó, se asentó en el lugar y se acostumbró a vivir entre la gente. Labraba la tierra, apacentaba las vacas, echaba remiendos en las casas... Alcanzó fama de trabajador, gente de ley y con palabra, que cuando la daba, la daba, y con ciencia para los animales: cabras, ovejas, vacas principalmente, también caballos, arte que al parecer le venía de su país, que tiene esas sabidurías. Cerdos no. Del porcino no quería saber nada. El cerdo es animal maldito para esa gente. No saben lo que se pierden, pero las cosas son así y hay que respetarle a cada cual su querencia, supongo que también su malquerencia. El caso es que el tal Omar Safaín acomodó su vida a la nuestra, a la del común de las rías, y como su tropa se había marchado por donde había venido sin que pareciese importarles demasiado la suerte que pudiera correr, se instaló, levantó casa propia en un pequeño terreno que le dieron a la orilla del río, y entró a formar parte de la romería.

Con todo, había cosas que no cuadraban. Las cosas de la religión, por ejemplo, sobre todo en los primeros tiempos. Al cura no le gustaban ni sus maneras ni los rezos que de cuando en cuando se le veían, arrodillado junto a la pared de la casa, de espaldas a la ría, inclinado hacia donde nace el sol, que al parecer es por donde estaba su tierra; ni tampoco los ascos que le hacía a los lacones o a los torreznos llegando la época del carnaval, o el hecho de que se quedase fuera de la iglesia mientras los demás mozos cumplían. Pero como era de ley, ya digo, servicial en los recados y agradecido, se le toleraban sus deficiencias, y poco a poco, según fue pasando el tiempo, él también las fue afinando. Entre las muchas artes de Omar Safaín estaba la de la madera, por poner un caso. Como un día faltase el carpintero del lugar y no fuese fácil encontrar quien diera cuenta del recado, en vísperas de San Miguel, que es una de las devociones de la comarca, hubo que reparar las andas de la imagen para la procesión de los mareantes. No había quien consiguiese acomodarlas, y a alguien se le ocurrió entonces echar mano de Omar Safaín, que conocía el oficio. En un santiamén, el mozo sarraceno puso al santo en la más lucida de las peanas, y no solo eso: después de ponerlo, lo levantó, como si fuese uno más, y allá se fue sosteniendo la celestial figura por el medio de la parroquia, erguido como un general, pese a ser él un mohamé, hijo de Mahoma. Mucho le celebraron los cofrades aquella estima, por honrar de aquella manera al arcángel de Nuestro Señor, abogado de las gentes marineras. Tales eran algunas de las virtudes de Omar Safaín. La gente lo quería y él se dejaba querer. No estoy seguro, repito, de que al cura le gustase tanto, pero

consentía, porque el vecindario estaba de su parte y porque el moro era de fácil trato, armaba buena fiesta en las romerías, acompañaba en los entierros, ponía música en las bodas, pagaba el diezmo como el que más, y aunque no le gustase la carne de cerdo, hacía unos asados de cordero muy celebrados, con su singular toque de orégano, como se dice que especian en las tierras de la algarabía.

Y llegó el tiempo de enamorar, que a todos llega, y Omar Safaín, el sarraceno, se enamoró de la gentil Amarinda, hija del señor de las rías, patrón mayor de la sardina. Se enamoró y se enamoraron. «No es de los nuestros», decían algunos. Pero a Amarinda no le importaba. Ella también estaba por él. Fue por entonces cuando empezaron a levantar la vieja iglesia de Nuestra Señora: vieja para nosotros, que la vemos ahora, con estas labras y esta cantería, pero nueva por aquel entonces, y vino gente de todas partes a trabajar en los muros y en las vigas de madera, en los retablos y las imágenes de los santos, en los capiteles y las barandas, y el moro también empujó, levantó andamios, movió tejas, transportó piedra desde las canteras como el que más, sin amilanarse ni hacerle ascos a la tarea, y Amarinda venía a buscarlo al atardecer con un cesto de reinetas para pasear juntos por entre las huertas de la ribera, plagadas de limoneros y naranjos, que también se dan en esta parte. Era cosa de ver: él tan corpulento, ella tan frágil y menuda; oscuro como un tizón el hombre, rubia y de piel transparente la niña, tan distintos y tan hechos el uno para el otro. Así era el mundo para Omar Safaín, venido con las tropas de la morería y aquí dejado, abandonado a su suerte en medio de nosotros.

Pero el corazón de los hombres es tornadizo, y cambia de repente, igual que cambia el viento y se levanta la tormenta. «No es de los nuestros», insistían. Era mucho atrevimiento, mucha osadía querer picar tan alto. O quizá fue simplemente porque lo veían feliz y la felicidad de los otros aviva en el pecho de los miserables el gusano de la envidia. El caso es que por la casa del padre de la muchacha rondaba entonces el Ferro de Lubián, apodado la Comadreja, amigo de la familia —amigo de antiguo, debe entenderse—, comerciante de grasa de pescado, que era mucho negocio, y que al parecer desde muy joven le venía haciendo la corte a la chiquilla. Lo apodaban la Comadreja por sus dientes pequeños, finos como agujas, un tanto echados hacia fuera, y porque cuando mordía presa no la soltaba, igual que la alimaña: se aferraba a ella como una garra. Y también por sus ojos. La comadreja mira fijamente, atraviesa con la mirada. Así es como engancha a sus víctimas, y así enganchó el de Lubián a la Amarinda, desde que de niña la vio revolotear por primera vez en la era cuando visitaba la casa de su padre.

—¿Y qué pasó? —preguntaba Rosaura.

Parece que el padre de la muchacha había pactado de antiguo el casamiento de la pequeña con el tal Ferro de Lubián, con quien andaba asociado en algunas empresas. La fiesta de los enamorados no le hacía gracia a las familias. Y empezaron los impedimentos, las palabras cruzadas, idas y venidas de envidiosos y calumniadores, amigos de enredarlo todo. Donde antes había halagos y palmadas en la espalda

aparecieron los gestos torcidos, miradas de desconfianza. Donde antes cantaban los grillos empezaron a gruñir las fieras. La Comadreja mordía, incluso amenazaba con no sé qué viejas compensaciones, ultrajado por el desprecio que decía estar recibiendo, y el padre de la muchacha la encerró en casa. Se acabaron los paseos por la ribera, el cesto de las reinetas, las promesas de amor discurriendo por la presa del molino. Ferro de Lubián impuso sus condiciones, apelando a la palabra que el socio le había dado, y se anunciaron las bodas, no de Amarinda y de Omar Safaín, que bien se veía que no era cosa que pudiera ya imaginarse, sino del comerciante de pescado y la hija del patrón de las cofradías.

De repente, el mundo se volvió del revés. Un mal aire mordió en el cuerpo de la muchacha. Corrió la voz de que se consumía. El sarraceno no se apartaba de la puerta de la enamorada ni de día ni de noche. Como no lo dejaban entrar, porque había orden de mantener los postigos cerrados, pasaba las horas sentado en el murete de un prado, no tan distante de la casa como para que la chiquilla no pudiera divisarlo desde la terraza o desde alguna de las barandas. En el caso de que pudiese hacerlo, pues no era posible. La moza se consumía. Pusieron velas a san Alberto, a santa Rita y a Nuestra Señora. Invocaron a todos los santos. La familia de la muchacha tenía poder. Gente de casa grande, ya digo. Pero la niña se marchitaba, como se marchita en el árbol la fruta cuando parece que está en sazón y le llega de repente una mala peste, una nube traidora. Incluso fueron a buscar a la meiga para que intentase sostenerla, ya que lo santos no daban cuenta del recado. La bruja de la Chouza. La metieron en la casa a escondidas por la cancilla del río, para no causar escándalo a los vecinos. Se dice que el propio Lubián la acompañaba. Pero no sirvió de nada. Le hizo conjuros, tiró del cuerpo de la desgraciada, le aplicó toda su ciencia, llenó las alcobas de ceniza, le cantó letanías, y acabó declarando que Amarinda estaba hechizada y que el mal aire procedía del moro Omar Safaín, que se había apoderado y no la dejaba libre. Las artes del *albeite*, decían. La pequeña no conseguía salir adelante. El cura ordenó nueve misas y nada. Los padres y los hermanos de la criatura la llevaron a los Milagros de Amil, acostada en un ataúd que no quisieron que arreglase el moro enamorado, aunque se ofreció, y tampoco. Entonces se desataron las furias, todos los rencores. El padre de la muchacha anunció sin disimulo y ante cuantos quisieron oírlo que quería la vida de Omar Safaín: la vida de él por la vida de ella. Lo anunció el padre y lo anunció la parroquia entera. ¿Acaso habían olvidado los días terribles de las gentes enemigas desembarcando en las playas, sembrando el cataclismo por dondequiera que pasaban? ¿No había venido con ellos el moro de la morería? ¿No era aquello un castigo de Dios Nuestro Señor contra los que tal presencia habían consentido, siendo de nación extraña, látigo de la fe verdadera, descendiente de Caín, maldito entre los malditos? Y si dejaban que se marchitase la chiquilla, ¿qué garantía tenían de que tras ella no fuesen otros inocentes, arrastrados por la misma marea?

Una mañana se alzaron los más osados, acaso también los más asustados, y fueron a buscarlo a su casa, armados de sogas y aguijadas. Entre voces y amenazas

arrastraron al sarraceno hasta la iglesia a medio levantar, lo ataron bajo el púlpito y repitió entonces el padre de la muchacha: «La vida de él por la vida de ella». El corazón de él por el corazón de Amarinda, que a cada día que pasaba latía con menos fuerza. Lo anunciaron así y lo dejaron atado con las sogas a la puerta de la sacristía. Dicen que el galán no se les enfrentó ni ofreció resistencia alguna. Los vio llegar y se entregó como una cordera mansa, todo lo contrario de lo que mostraba su apariencia. Quizás algo en su interior le decía que aquello tenía que ser así, como si estuviese escrito en alguna parte, en esa voluntad superior que todo lo dispone y todo lo ordena, por encima del albedrío de las criaturas, como si él también entendiese el precio que tenía que pagar, en parte por liberarla a ella, su enamorada, y en parte por los días felices que había vivido junto a nosotros. A la mañana siguiente, cuando fueron a mirar, el cuerpo del moro era un gran bloque de piedra. Piedra dura, de las canteras del país, la misma con la que se venía labrando la iglesia. No respiraba, frío como el mármol de la montaña. Aquí está la columna que sostiene el púlpito, con la figura del moro Omar Safaín, grande y generoso, sustentando la peana. Desde entonces permanece ahí. Únicamente vive su corazón, encerrado en su ataúd de piedra. Se prepararon las bodas y, como un milagro, como quien sale de un pozo, el cuerpo de la muchacha cobró aliento. Quizá no su alma, pero sí su cuerpo físico y material. No siempre la justicia manda en el mundo, bien se ve, ni Dios Nuestro Señor dispone las cosas como nosotros quisiéramos que fuesen. Sus caminos son inescrutables. Ataviado con una elegante capa de seda colorada, a la manera de los señores de las rías, que tienen derecho a lucir estas dignidades, Ferro de Lubián salió de la iglesia llevando del brazo a la gentil desposada con todas las bendiciones, tal y como las familias habían acordado. Brillaban como agujas los dientes de la Comadreja. Pero la pequeña nunca más volvió a ser como antes. Nunca más sus ojos volvieron a brillar como cuando venía con el cesto de reinetas para su enamorado. Más bien semejava una aparición, un fantasma, liviana sombra de los días felices. En ningún momento, durante la ceremonia, volvió la vista hacia el lado donde estaba el púlpito con la figura petrificada. Se dice que el día que la muchacha haga tal, posar nuevamente sus ojos en la columna de la peana, resucitará el cuerpo de Omar Safaín, y entonces, cuando la vea entrar por la puerta, también él volverá a sentir la vida, antes no.

Hasta aquí la historia tal y como se la contó el licenciado Lobeiras a la linda Rosaura aquella tarde, sentados los dos en el muro del atrio de Nuestra Señora, en el lugar que llaman de Mourente, que es una baranda sobre el mundo. También le dijo otra cosa: que los de la Banda del Río andan así, apartados de todos, no por ser de la casta de Caín, como a veces se dice, sino porque en aquella parte se respira todavía la memoria del sarraceno, pues fue en ese lugar de las junqueras donde parece que los vilanoveses le dieron amparo para levantar su casa, cuando se decidió a vivir entre nosotros.

Estaban sentados los dos en el muro, el Lobeiras y la Rosaura, uno junto al otro, y entonces ella volvió los ojos hacia el licenciado y le espetó:

—¿Y usted quién querría ser, señor maestro, el moro Safaín o la Comadreja?

Se lo espetó así, mirándolo de frente, y Lobeiras se quedó parado, porque no esperaba la reacción de la muchacha. Ya no era el pajarillo tembloroso que había aparecido una mañana en la puerta de las pasantías, medio arrastrada por Martín García, para ver si podía hacer algo por desbravarla, ni la niña que le rehuía la vista cuando él la miraba. Con los números y las letras, con las noticias de geografía y las lecturas de amores y porfías, no solo había ido tomando cuerpo, ya una mujer hecha, sino presencia y seguridad, cuando menos junto a él, si no tanto en el habla, sí en el brillo de los ojos, aquel modo de pararse de repente que tenía cuando el licenciado la buscaba, sin aceptar, pero tampoco rechazando su proximidad: aleteo de paloma, silbo de mirlos en la enramada de la viña. Nada que ver con los acosos del capataz, en cualquier caso, ni con las noches bravas en la casa grande de la Leonesa. De estas cosas el licenciado no tenía noticia, ya digo, ni las imaginaba, porque tampoco Rosaura hablaba de ellas. Más bien se dejaba llevar, como el agua lleva las hojas por el canal de la presa sin reparar en los dientes del rodezno. Martín García era el rodezno moviendo constantemente la maquinaria, la parte que se veía y la que no se veía, escondido en sus ahogos y en las batallas nocturnas, con la tía Felisa rezándole a todos los santos para que no desamparasen a aquellas dos mujeres. Una cabra salvaje... Pasaban los días, las semanas, y el licenciado no se decidía a proponerle amores a la muchacha. Pasaban los meses y la cosa seguía parada en el mismo sitio en que la había dejado cuando por primera vez habló en el café Suizo con Martín García. Cierto es que el capataz tampoco le daba ánimos, ni volvió a querer tratar del asunto cuando el secretario hizo amago de ello, mucho menos desde que le habló de las necesidades económicas para asentar una familia. Bueno estaba el de Lombados para cargar con una boca más. Pero el tiempo pasaba y al poeta todo se le iba en rimas y suspiros, sofocos e indecisiones, además de los paseos por el malecón las tardes de los sábados, o por la orilla del río, o hacia las huertas de Mourente, donde la figura del moro de piedra. Indecisiones y suspiros que en nada se parecían a las artes que con tanto éxito practicaba en los saraos de la Bella Romana, engatusando pupilas con el floreo de sus palabras, que delante de la hermosa Rosaura no le salían. Prendía el habla y, al final, se ahogaba. Apareció una noche el capataz en casa de la Portuguesa con las carnes cubiertas de arañazos, encendido como una bengala, y le espetó a doña Hermitas, sin que pareciese importarle lo que pudiese decir la parroquia: «Cualquier día te traigo una ternera joven, patrona, para que la pongas a andar y le enseñes maneras».

Metidos ya en la segunda noche, en la casa del Pasamundos se reanudó la partida. Fuego vivo en el hogar, alivio de licor café y aguardiente tostado para quien quisiese, servido por la joven Leonor, que iba y venía de la cocina al comedor y del comedor a la cocina, muy rumbosa, disponiendo bizcochos para acompañar la bebida. Pero los jugadores apenas los probaban. Y tampoco los acompañantes. Toda la atención estaba en la mesa, y en el apuro de los lugueses, que ya empezaban a desconfiar de la solvencia de la otra parte. Lobeiras seguía sin aparecer, y, si no aparecía, ¿dónde estaban los nuevos pagarés, condición necesaria para continuar los lances? Solo don Manoliño alababa la finura del aguardiente, contaba historias, cuentos para enredar, echando la red hacia donde le interesaba, con un ojo en la agonía del pobre Salgado, que un poco había vuelto en sí, y el otro en el revoloteo de la muchacha. La noche anterior había hecho un primer acercamiento y según parece no lo había despreciado. No es que lo hubiera acogido, eso tampoco, pero no lo había despreciado, y las artes del galán, como las del pescador de caña, saben que la pieza hay que cercarla, acariciarla, apurarla sin urgencias, que son descortesía, traerla al calor de las palabras, con tiempo para susurrarlas, sin prisas, y él bien que conocía aquellas mañas. La muchacha tenía su cuarto dispuesto en la parte baja de la casa, pero había habido que acomodarlo para las visitas, que eran muchas, por lo que aquellas noches ella y sus padres dormían en un hueco debajo de las escaleras, apañándose allí los tres, lo que venía a ser una dificultad para echar el aparejo. Pero el galeno, médico de los pobres, no era de los que se rendían, al contrario: ante una prenda de amor, rosa gentil como aquella, se crecía, sentía que se le avivaba el alma, ¿quién sabe lo que la vida nos depara en cada vuelta del camino?, y a la espera de una nueva ocasión, se aplicaba al aguardiente.

Avanzó la noche y fueron excitándose los ánimos. El Santiso tenía las fuerzas renacidas. Parece que quería sacarse la espina del día anterior. Se le notaba en las artes, en su empuje, en la mirada poderosa, clavando su estoque en el corazón de la fiera. Esta vez no entraba por los treses, sino por las sotas.

—Si metemos a las putas en el negocio, mal asunto —apuntó por lo bajo Primitivo, arrimado a Martín García. Las putas son como el dinero, estaría pensando el feriante.

Don Ramiro resistía. Quien apuraba el rendimiento esta vez era el otro. Ocho manos seguidas perdió el de Boullón, como quien siente que se le atraviesa la suerte, la lechuza en el muro de la huerta, las mariposas de la noche aleteando contra el cristal de la ventana sin poder entrar. Hubo un descanso. La señora Francisca y su hija

hicieron más café. Pero el de Boullón, de regreso a los naipes, volvió a perder.

—¿Dónde está el Agonías?, —se incorporó de pronto el vendedor de becerros.

Pese al relente de la noche, el funcionario de cuentas cabeceaba en el banco de la viña, abatido por el sueño y el sufrimiento.

—¿Qué hora es?, —se asustó.

Las tres de la madrugada. Bueno era el Serrano para no reaccionar. Agarró por la pechera al infeliz y lo zarandeó como quien sacude un limonero.

—¿A qué estamos, desgraciado? ¡Como te deje en el patio con esta helada, mañana te llevamos a enterrar! —le gritó.

Iba adelantado noviembre. Habían encendido el hogar en el piso de abajo y no bastaba para calentar el sobrado. Las manos se quedaban frías, y los pies, y la cabeza. Únicamente las sotas ardían. Las putas, no los treses. En la casa de la Bella Romana las pupilas rezaban. Gobernaba la escena doña Hermitas, acompañada de la Portuguesa, todas con el santo rosario. ¡Los ahorros de toda una vida! Se dice que el sargento Gutiérrez Albañiz, el Lamparillas, se unió también a la rueda, no tanto por el envite que él traía, que su condición de suboficial de tropa no le permitía estas irregularidades, como por los suspiros de la favorita, pues todo iba al fin y al cabo en el mismo cesto. En las minas quedaba un retén de centinela. Lejos de allí, en las estribaciones de la sierra, don Manoliño empezaba a ponerse blanco, en parte por el apuro de la mesa y en parte por el trasiego del tostado, pues la moza Leonor ya hacía tiempo que se había retirado al hueco de la escalera. El viejo Pasamundos se ocupaba de las intendencias. Era muy grande la tensión. También Martín García sentía que le faltaba el aire, jadeando como un perro, arrimado al chinero, detrás del de Boullón. Y el Serrano, echando cuentas que no le salían. Y don Evaristo, sujetando los temblores, no tanto de miedo como por la excitación.

Ocho garrafas vaciaron aquella noche: aguardiente de lo mejorcito, del que le gustaba a don Ramiro, que, no obstante, apenas mojaba los labios. Las subía el patrón de la posada desde la cocina, y a poco que entraba una, volvía otra vacía para el piso de abajo. Hay una segura que se pone en la garganta en estos casos y que no es fácil de aliviar, como la garra de un ave de rapiña, al ver cómo corren las manos y la suerte no cambia. Pidieron otra baraja. Estaba en las reglas. Cada parte ponía dos y podía mudarlas una vez de cada sentada, según capricho o conveniencia. El de Boullón le buscaba los ojos al enemigo, pero no conseguía encontrárselos. Era duro el Santiso, madera recia de la montaña, hierro de Taramundi, que apretaba en la mano, como en los viejos tiempos, buscándole la entrada.

Así llegaron a las cinco de la mañana, sumidos en una auténtica agonía. Otra noche sin dormir. Novecientos mil reales. Había que contarlos. Se encargaron de hacerlo el de Lombados y Segundo Berdullas, ayudados por el Serrano y el tal Horacio, el figurín de Santiago, dos de cada parte. El aguardiente hacía estragos. Acostaron a don Manoliño en el escaño del piso bajo, junto al hogar, porque ya no se tenía en pie, cargado de licor tostado y de suspiros, y mientras lo llevaban para el

catre cantaba:

—*Meninas de Celanova, poñédeme o traxe branco, que teño que ir a unha voda, ailalelo ailalalo* —era una fijación—: *Poñédeme o traxe branco...*

No le gustó al Primitivo la música.

—Qué carajo cantas, Muras, de qué boda hablas. ¡A un entierro es donde vamos a ir! Pareces la lechuza chillando en la cerca.

—*Poñédeme o traxe branco...*

Cuando le perdía el respeto, Serrano lo tuteaba y lo trataba por el lugar de Muras, no por su nombre. Llevaba mal perder el tratante de becerros, empeñado como estaba hasta las cejas, comprometida la hacienda toda en el trance.

—¡Calla de una vez, me cago en Cristo! Ni que se nos hubiese cruzado una bruja en el camino.

No quería hablar del asunto, pero no conseguía quitarse de la cabeza el sueño de las sotanas. Mal agüero, sin duda, cuando en semejantes estamos. Flaqueaban. El de la Ponderosa mandaba en los lances. A don Manoliño se le escurría un hilo de baba entre los labios. No tenía un duro. Cinco hijos. Cinco bocas que alimentar. Cinco pajarillos en el nido, quejándose día y noche. ¿Quién se ocuparía de ellos? ¿Quién los consolaría? Eran tiempos ruines. Bien pensado, la vida poco valía. Con el alcohol le entraba la solemnidad, y entonces se ponía a cantar:

—*Poñédeme o traxe branco...*, —hasta que se apagaba el pábilo de la vela.

Soñó que estaba en el paraíso. No con la joven Leonor, sino desnudo y solo, como las almas bienaventuradas. Pasó bajo un arco de flores, rosales jóvenes, y vio al licenciado Lobeiras que venía hacia él por un largo camino orillado de hortensias. Eran hortensias azules, grandes como repollos. «Voy a coger el coche de las rías, que está a punto de salir», le comentó el de las pasantías. «Perdone la descortesía, don Manoliño, pero es que no puedo pararme. Llevo mucha prisa». La línea de las rías hacía el servicio de la costa por Vilaboa, Cesantes y Redondela hasta Vigo. Transatlánticos como mundos fondeando en la bahía. De noche la llenaban de luces, y los vigueses, en verano, bajaban hasta las avenidas para ver aquellas ciudades flotantes que venían de Inglaterra y anunciaban el camino de las Américas. El licenciado iba todo vestido de blanco. Blanco de Indias, pensó el de Muras, que tanto había admirado en su juventud, y tanto había envidiado, la galanura de los americanos con sus trajes de lino immaculado, sus botines de charol abotonados por encima del tobillo, negros y blancos, o acastañados, con sus leontinas de oro y sus sombreros de paja fina, revoloteando en la mano como palomas rizadas. Un figurín de fantasía parecía el Lobeiras, subiendo por el camino de hortensias. «Perdone la descortesía...». Traía en las manos un puñado de cartas, no sombrero *canotier*. De primeras, Muras pensó si no serían los pagarés, aquellos recibos de la gente, recogidos de puerta en puerta y firmados por él, con la garantía del administrador de la Leonesa, el tratante Serrano y don Evaristo. Pero enseguida se dio cuenta de que no. Eran cartas. Las cartas que durante meses había escrito pacientemente a su

enamorada, la sobrina de Martín García, que lo dejó un día por la gran ciudad, herida de la que jamás logró recuperarse. Las traía apretadas entre las manos, y eran tantas que, más que llevarlas, las transportaba, parecía cargar con ellas, tan livianas y, no obstante, tan pesadas. Cada virtud o cada santo de los cielos tiene su seña de identidad. Santa Lucía lleva los ojos en un plato, las cuencas vacías, la palma del martirio entre los dedos. Con qué seña le arrancaron la luz los enemigos de Cristo. San Benitiño de Lárez abre el libro de la doctrina, que en su caso es también de la regla y de la obediencia. San Roque mira con gratitud al perro rabón que le lame las heridas. Nuestro señor Santiago luce prendidas en su capa las conchas de los peregrinos... El licenciado Lobeiras llevaba las cartas. Todo él de blanco, con una flor encarnada en la solapa. Blanco de pureza y castidad. Rojo encendido de la pasión que lo consumía. En las mesas del café Suizo aún resonaba la voz del administrador: «Haremos de ella una señorita, señor escribano. Quiero que le enseñe las cuentas y las letras, para que luzca cuando le llegue el tiempo». Diecisiete años. Diecisiete lucidísimas primaveras. Otros decían que más, por el cuerpo y la apariencia. Mucha mujer, en cualquier caso, anunciando la flor de la vida, que desde el primer momento el instructor de bachilleres quedó prendido de semejante hermosura. Bien que se acuerda el de Muras, que le siguió los pasos, como se los siguió toda la parroquia, en los saraos de la Bella Romana y en las mesas del café Suizo, no sin alguna pulla y algunos comentarios crueles al ver al licenciado tan fuera de sí, tan alorado. En medio de la oscura tropa de estudiantes que acudían a las clases particulares, deletreando las guerras de Julio César, las catilinarias de Cicerón, las fantasías de Ovidio, malamente desentrañadas y peor entendidas, florecía aquel lirio de los campos, delicadísima amapola agitada por la brisa entre la dorada blandura de los trigos. ¿Cómo merecer tanta maravilla? Cuando los escolares se marchaban, le dedicaba a ella sus mejores momentos. *Catulo dixit: Vivamus, mea Lesbia, atque amemus...* Qué más nos da lo que diga la gente. El sol se pone y regresa cada día. Lléname de besos, Lesbia amada. Mil besos, y luego otros cien, y después otros mil otra vez, todos juntos, no pares, ¡no pares, paloma mía...!, y allá iba el enamorado apurando las zancadas hacia el coche de línea que debería llevarlo a Vigo, donde por lo que decían moraba ahora la muchacha.

El día que la llevó donde el moro de Mourente y le contó la historia de la figura de piedra que sostenía la peana, parece que la joven ya había tomado la decisión. Los parroquianos del Suizo, las chicas de doña Hermitas, lo supieron enseguida: la sobrina del administrador se había ido de casa. El capataz rechinaba los dientes, quizá también por despecho, pero la peor parte la cargaba el licenciado: paloma torcaz que abandona los pinares y rompe a volar entre campos y vallados hacia ignotas travesías. No daba crédito. ¡No era más que una niña! Hubo otras versiones, ciertamente: que había sido su tío quien la había enviado lejos, en parte para alejarla de la pasión del poeta; que había otros amores, otros líos, otras cadenas de encantamiento que la aprisionaban; que la muchacha no estaba cómoda en la casa, esclavizada contra su

voluntad por la tiranía del administrador, que la tenía de criada, y por las misas diarias de la tía Felisa... Aún se contaron cosas peores. ¿Qué podía Rosaura esperar de aquel mundo que la asfixiaba, en cualquier caso? Lobeiras perdió la cabeza. Insistió, preguntó, cursó correos y emisarios. No tardaron en llegarle con la noticia de que el pajarillo no había volado tan lejos. Vigo está ahí al lado, como quien dice, antesala de las Américas: ciudad grande, donde la gente se pierde y busca vida. Un taller de costura. Operaria en la conserva. Recadera en casa rica. ¿Qué sé yo? También se habló de un mozo de la parte de Aguasantas que venía por las noches a rondarla: un galán de su misma edad, no un vejestorio decrepito, ahogada como se sentía la criatura entre tanto verso florido, tanta devoción, tanta letanía... Todo eso y mucho más se decía. Encendido de pasión, incapaz de asumir su derrota, el licenciado levantó el campamento y se marchó tras ella, y aquí empieza otra parte de la historia: cartas de amor, viajes a la capital de las rías. Cogía el coche de línea, o el tren, en la estación de Pontevedra, y allá desaparecía una o dos veces por semana tras la ingrata, cachorro herido que suplica una oportunidad, una lucecita de esperanza. Diez meses pasó en la gran ciudad, ¡diez meses!, en una pensión del Berbés, para estar más cerca de ella, a patatas y pan hervido, pues tampoco tenía recursos de que valerse. Trabajos perdidos. La muchacha tenía otras miras. Son las versiones que tenemos, no otras. Mucha mujer para semejante relicario, repito, e incluso para nuestra Vilanova de Alba, ya por aquel entonces en trance de desaparecer. Es ley de la juventud buscar caminos allí donde se presentan, y Rosaura no parecía de las que se conformaban con hemistiquios latinos. El cuerpo le pedía otra cosa. No diremos que estuviese engañando al licenciado. Tampoco fue eso. Los amores de poeta casi siempre son así: se cuecen hacia dentro, rehogados en su propia salsa, avivados por la imaginación y la fantasía, no siempre acordes con la realidad. La realidad es dura, implacable, no atiende lo particular y, al final, acaba imponiendo su dictado. ¿Qué podía esperar la muchacha de nosotros, digo, tan lucida, tan bien hecha, tan echada para delante, como se vio después, que una tarde empaquetó las cuatro cosas que tenía y allá que se fue para la línea de la costa, ella, por sí misma, sin otra ayuda que su propia voluntad, y quizá ese novio de Aguasantas, está por ver, del que bien poco sabemos? No es más que una suposición, un comentario de la gente, como tantos que se hicieron. ¿Qué podía esperar de estos malecones, de estos zarzal es en los caminos, de este ver pasar el tiempo, esta derrota que ya entonces nos consumía? Frente a las rimas de Bécquer o de Campoamor que el licenciado le recitaba, frente a la pasión de Catulo, que la confundía, estaban las novelitas románticas, apasionadas, que la sobrina de Serrano pronto empezó a leer a escondidas en el corredor de la casa, después de las lecciones de costura de la señora Remedios, y las que ponían por la radio, asombro de jóvenes casaderas.

De esa época son las cartas.

Igual que en la Bella Romana con los discursos, Lobeiras centró su pasión en las palabras: palabras escritas, que controlaba mejor que las otras, pues desde la distancia

podía trenzarlas sin el sofoco que le entraba cuando tenía delante a la muchacha, que en esos momentos no podía pensar, ni respirar apenas, tal era el estado en que se encontraba. Cartas de amor. Docenas de cartas. Una diaria. Primero desde la pensión de Vigo, cuando dio con ella. Después desde Vilanova de Alba, avivado por la distancia. Rosaura no las entendía. Lo intentó, pero no las entendía. Eran mundos diferentes. Porque, además de las novelas y de las historias de la radio, que ya era bastante, estaban también las películas: el cine de Fandiño en el patio de los Exploradores, y, ya en la ciudad grande, las figuras luminosas de los artistas, ellas y ellos, Conchita Montenegro, *Malvaloca*, Armando Calvo, no digamos los de fuera: Maureen O'Sullivan, Dorothy Lamour, y ellos, los galanes: Errol Flynn, el más grande de todos, que no la dejaba dormir por las noches. ¿Con qué armas iba a competir el licenciado ante tamaña largueza? ¿Con qué derecho podemos reprocharle a la muchacha, asomada al balcón de la vida, sus ansias de volar?

No sabemos mucho más de lo que hubo o dejó de haber entre ellos. El cantar no da más datos. Son los que tenemos. Lobeiras pasó un montón de tiempo en la ciudad de Vigo, en aquel agujero del Berbés. Dejó las clases particulares, ya digo. Incluso llegó a decirse que había echado cuentas para marcharse a las Américas, él también. Podemos imaginar alguna sesión de tarde en la oscuridad viguesa de los cines, los dos, mirando la pantalla de las fantasías, ella fascinada, cautiva de aquella luz, de aquellos mundos que se anunciaban, el licenciado pendiente de sus ojos, embriagado en su aroma de mujer. Podemos imaginar paseos por el Arenal o por la Alameda, o hacia el monte del Castro, los más audaces, y las palabras del poeta, sacando fuerzas de donde no tenía, por ver si era capaz de abrir una grieta. Podemos imaginar sus noches sin dormir, adivinando la derrota, casi desde el primer día, e incluso el desasosiego de la muchacha que, al fin y al cabo, también tenía corazón, y sentimientos, y no quería lastimar a su instructor, tan prendado, tan perdido, tan humillado, que cuanto más se humillaba él, menos lo deseaba ella. Podemos imaginarlo todo, o casi todo, dejemos algo para la discreción: el licenciado nunca arrojó una mala sombra, suciedad ni palabra alguna contra la honestidad de la chiquilla. Volvió igual que se había ido. Apareció un día por el café Suizo y nadie preguntó, nadie hizo ningún comentario al respecto, cosa bien extraña, desde luego, tratándose de los vilanoveses. Se instaló en la mesa del café donde paraba siempre y pidió la prensa de Madrid. Valentín, el camarero, lo atendió como si hubiese estado allí el día anterior. Las cartas son de esa época. Durante un tiempo, Lobeiras siguió tomando la línea de la costa: iba los sábados y regresaba el domingo. Pero luego ya ni eso. Fue apagándose. O eso pensaron todos: que se había apagado. Algo hablaron Martín García y él del asunto. Charlas secretas. Para poner las cosas en su sitio, se supone, y poco después llegó la siguiente noticia: que la Rosaura de la casa de Castro, la sobrina del administrador de la Leonesa, se había marchado para la capital de las Españas. Al parecer Vigo era poca cosa, o quería ella poner más mundo de por medio, quién sabe. Son las noticias que tenemos, las que entonces nos llegaron, a la

espera de que vengan otras, que vendrán. Se había marchado la rapaza, harta de tantas pretensiones, y el licenciado regresaba, derrotado y sometido, igual que el perro regresa al canil con el rabo entre las piernas, humillando las orejas. De nuevo lo vieron frecuentar los saraos de doña Hermitas, la Bella Romana, como en los viejos tiempos, no bebiendo champán, que para tanto no tenía, sino licor café, y mucho celebraron las pupilas su resurrección, después de tantos meses: casi un año de ausencia.

Don Manoliño, sumido en su borrachera, ve partir al enamorado, ataviado con el traje blanco de las romerías, el hatillo de cartas en la mano, la flor roja de su pasión en la solapa, y lo deja ir. «Perdone la descortesía...». Camina ligero. Lleva el tiempo contado para no perder el coche de línea. Cosas del paraíso. Pero las cartas pesan. Lobeiras carga con ellas, ya lo hemos dicho. No pesa el papel, adivina el de Muras, tampoco las palabras de amor, en este caso ni siquiera correspondidas. Pesa la derrota, los versos de Núñez de Arce, aquel floreo en el decir, imágenes de refinado artificio, citas ilustres, metáforas, tropos y retruécanos para nada. Pesan las palabras que ella nunca logró entender, por más que él lo intentase, sobre todo al principio: los latines de Ovidio, las rimas de don Gustavo, aquella especie de muro tras el cual Lobeiras se escondía, asustado de su pasión, asustado de no merecerla, asustado de la mirada encendida de la discípula, que estaba en otro mundo y demandaba otras cosas, otras maravillas. ¿Serán estos los castigos del purgatorio antes de presentarnos frente a la Divina Presencia? Cada cual sabe la suya. ¿Cuál será mi penitencia?, piensa el de Muras. En cualquier caso, las cartas pesan. Corre Lobeiras para no perder el coche de línea y va derregado, vencido por el peso de tanta retórica inútil. Don Manoliño se queda entre las hortensias, flotando en una burbuja de niebla. Parece que el destino de los hombres sea partir. De los hombres y de algunas mujeres, como puede verse. ¿Habrá en ese otro mundo alguna nueva oportunidad para los enamorados? El licenciado se pierde entre la niebla. Se ve que tiene prisa. ¿O será que el barco lo espera en los muelles de la gran ciudad? El barco: ese otro camino, el que se hace por mar, el que verdaderamente anuncia otros mundos verdaderos. Allá se irá también la señora de Serrano cuando llegue el momento, la señora Amalia, nunca sabremos ni por qué ni con quién. Como la estancia en el paraíso permite estos milagros, don Manoliño trepa ligero por la cuesta hasta un alto desde el que se divisa el mar, la entrada de la ría, luminosa, nada que ver con esta lluvia cerrada que los ha traído a la montaña. Se abre el mar ante sus ojos. Pero no divisa barco alguno, mucho menos de gran travesía, apenas cuatro velas, y siente que le sube por el cuerpo el calor de la tierra, el aroma del hogar, que la señora Francisca aviva con tarugos de roble para que el doctor no se destemple. Misterios de la borrachera. Lástima no tener a su lado el cuerpo cálido de la bella Leonor, la hija del Pasamundos.

La segunda noche vino mal dada para los vilanoveses, como ya se ha contado. La suerte cambió de repente y se puso del lado contrario, como una gata rabiosa. Era como meter el mundo en un agujero y verlo marchar por el hueco.

—Son los ojos —se quejaba el Serrano. Él sabía de las artes del de Boullón. Lo había visto actuar muchas veces. Por eso habían ido a buscarlo—. No hay otro para enfrentarse al Santiso —en eso estaban todos de acuerdo. Pero el Santiso era más fuerte. Le llevaba la delantera. Le paraba las jugadas como si se las adivinase antes de ponerlas en la mesa—. Son los ojos. ¿No veis que no se los da, que le rehúye constantemente la mirada, el cabrón del matapuercos? También él le sabe las mañas. El milano contra el zorro. Uno buscando y el otro escondiendo. En esas estamos.

Y quien escondía, ganaba. Les había cogido la mano. Como para no recuperarse. ¿Cómo dormir con aquel anuncio de cataclismo encima? Se acomodaron en el cuarto: Pico Serrano, Martín García, don Evaristo y el Agonías, cada uno donde le cuadró, unos en la cama y otros en el suelo, arrimados a la pared. Todos excepto el de Muras, que se quedó en el escaño del hogar.

—¿Qué se puede hacer? —preguntaba el administrador, que tenía la camioneta en la puerta del corral para una urgencia.

Esperar. Seguían sin noticias del licenciado. A saber dónde se habría metido. Así pasó la segunda noche y entró el tercer día, aquel en que, según lo acordado, pondrían punto final a la travesía. Era el trato. Tres días y tres noches. Concluida la tercera, apurada hasta el amanecer, como las anteriores, según quedasen las partes se procedería a los libramientos: ganancias y pérdidas, cobros y declaraciones, a concretar en un lugar previamente concertado en función del bando ganador: para los vilanoveses, cierto despacho de la ciudad de Compostela, a cubierto de indiscreciones, que ya un mes antes don Evaristo había apalabrado con un abogaducho de la curia santiaguesa acostumbrado a situaciones parecidas; para los lugueses, un bufete semejante, en este caso en la capital de la provincia, establecimiento de confianza de don Arturo, que al fin y al cabo era su reino, por así decir. Esto si no se arbitraban cambios de última hora, que también podía haberlos. Llegado el momento, con las palabras dadas y los tantos sumados, cada cual pondría sobre la mesa, al cuidado del valedor, dinero y obligaciones, avales y cartas de pago.

Incapaz de conciliar el sueño, don Evaristo se echó fuera del cuarto y, agarrando los restos de licor café, pasó lo que quedaba de noche sentado a la mesa de la partida, acodado en la manta zamorana, repasando una y otra vez las apuestas anotadas en la libreta del Lobeiras, que, en su ausencia, había quedado a su cuidado. Allí lo encontró

Martín García, que tampoco era capaz de sujetarse al catre.

—¿Qué hace usted, don Evaristo? —preguntó el de Lombados.

—Le busco la querencia —respondió el galeno—. Alguna deriva tiene que tener ese cabrón, que no se la encontramos. Alguna lógica en la maquinaria. Nos va la vida en el empeño.

Le temblaban las manos. Sentía que le faltaba el resuello, pese a estar acostumbrado a similares singladuras. Anotaba y estudiaba cada tanto, cada respiración, cada jugada, como quien busca claves secretas, los caminos que había de tener el Santiso, igual que los tenía el de Boullón, aunque ahora pareciese que el otro se los levantaba. Las artes de la puja y el subastado tienen su ciencia, y las del tresillo, y las del truco y el julepe; pero hay otra ciencia distinta que es la ciencia de cada jugador particular, individual, intransferible. La ciencia del jugador es un natural que cada cual lleva consigo y que es diferente del natural de los otros. «Una filosofía», diría el de Muras si estuviese allí, que no estaba. El alma sobre el tapete. Si das con esa alma secreta, das con la querencia, las líneas de la derivada, que vienen escritas en la lógica de la partida, en cada mano que se da y en cada mano que se reparte, en cada carta que se toma o que se deja. Si das con ese aliento interior, das con la derivada, y si das con la derivada, lo tienes cogido por los cojones, no habrá Dios ni Virgen Bendita que pueda hacer — que se nos escape, pensaba don Evaristo, con los ojos encendidos por el ansia. En esas andaba, repasando tantos, posiciones, gestos y rodeos.

—¿Sabe usted cuánto llevamos en la mesa?, —se volvió de repente hacia el de Lombados.

¡Novecientos trece mil reales! ¡Doscientas veintiocho mil doscientas cincuenta pesetas! ¡Cuarenta y cinco mil seiscientos cincuenta duros! ¿Cuándo se ha visto tanto junto? ¡Una fortuna! La vida de todos ellos, ciertamente. La vida de ellos y de sus familias, además de las representaciones. Bien que lo sabían los lugueses, y bien que se lo recordaron antes de ir a acostarse: que ellos traían dinero vivo, contante y sonante, y estaba por ver qué ponían los de esta parte, confiados en el regreso de Lobeiras, si es que el licenciado regresaba.

—¿Responde usted de ese hombre, señor administrador? —preguntó el de Compostela.

—Va con él Maqueira.

—Con el Maqueira ha tratado el de Muras, que está borracho y no cuenta. Maqueira lleva el miedo en el cuerpo. ¿No se lo vio en la cara cuando le mandamos irse? A saber lo que estará pasando por esos caminos. Maqueira está aún más asustado que nosotros.

Entró, pues, el tercer día. Don Ramiro durmió hasta bien entrada la mañana. En realidad, se despertó para comer, afeitado y con la sotana mudada, que era una cortesía que se hacía a sí mismo y a los presentes. La vieja del Pasamundos había mandado preparar dos cabritos, adobados la tarde anterior con mucho pimentón y ajo

—el pimentón era especialidad de la casa, por lo que se puede ver—, y olía que daba gloria, con los pucheros a fuego lento desde muy temprano, para que las carnes fuesen cogiendo el punto, la calentura del otoño acariciando los postigos, el rostro de la joven Leonor encendido como una granada. Parecía volver a la vida el de Muras cuando la miraba. Pero antes de comer, Pico Serrano, Martín García y don Evaristo quisieron hacer un aparte con el cura. Había mucho capital en el trance, bastante más de lo que habían calculado en un principio, pese a haber hecho ya una estimación generosa.

El de Boullón preguntó por el licenciado.

—¿Qué sabemos de ese hombre?

Nada. Ninguna noticia. Hizo un gesto el eclesiástico y se sentó a la mesa.

—Pues entonces la conversación puede esperar —les espetó.

Estaban los lugueses delante. Con los lugueses delante, mejor no tratar estos asuntos. Si acaso, después, con los ánimos más centrados. Según les había advertido don Arturo, atento en el trato pero firme en la posición, mientras el tal Lobeiras no se presentase con la garantía del dinero y los pagarés comprometidos, ellos, los que llamamos de la Ponte Nova, no continuarían, y les recordó además, a don Evaristo y al Serrano, que si no se cumplían las partes de lo acordado los lugueses se reservaban el derecho a levantar el campo con lo que ya llevaban a bordo, que era un capital. Así estaban las cosas. El petimetre de Santiago asentía a cada palabra del patrón. ¿Una amenaza? No lo tomemos así. Tranquiliémonos como caballeros que somos. En la mesa y en el juego es donde se conoce el señorío. En la mesa ya estamos. Qué bien huele la cocina. Venga entonces ese vino, señora Francisca, que del juego ya nos ocuparemos después.

A Serrano se le iba la vida. El miedo no le cabía en el cuerpo. Tanta jactancia, tanto empuje en las entradas, tanta altanería para, llegada la hora, aflojar y entregarlo todo. ¿A eso habían venido? Tenía una fortuna comprometida, cartas de los socios de la raya de Portugal, contratos y palabras dadas, los pagarés del mineral y de la gente de la conserva, que esa no perdona, sin contar el capital de la familia, incluido el de su mujer, la señora Amalia, que también de esa parte había dispuesto. ¡Todo encima de la zamorana! Fue mucha la ambición que les entró cuando don Ramiro decidió dar la batalla, una garantía para bajarles los ánimos a los lugueses, bastante más listos que ellos, ahora se estaba viendo. ¿Quién carajo creía el cura que era? ¿El brazo armado de Dios? ¿El Caudillo de las Españas? Se revolvía en la silla el tratante y sentía que le temblaban los pulsos, apretando los puños para no dar el espectáculo. Igual que cuando habían ido a buscarlo a la de Asados, sentado ante el plato de chorizo y alubias, comiendo sin ofrecerles, como si fuesen sus criados. Exactamente igual.

—La conversación puede esperar —les espetó, para cuando él quisiera, para cuando considerase que debía darla, mientras se acomodaba a la cabecera de la mesa, a la vista de las primeras tajadas, humeantes, guisantes y patatas doradas, al tiempo

que anudaba al cuello la servilleta.

Le ardía la sangre al Serrano y otro tanto a Martín García, que había cerrado tratos con los de la Leonesa, con la administración de las minas, empeñada también en el asunto, e incluso había comprometido a don Floro, su principal aval. No habría honor ni vergüenza que pudiese excusarlo cuando se desenmarañase todo: que el dinero no era suyo, sino de la compañía y de las propiedades que habían confiado en él, además de las tierras de la Gaiosa que le había rapiñado a su difunta hermana y con las que tan buen negocio había hecho, pese al mal trago de la sobrina. Pero el de Boullón ni siquiera los miraba. Hincaba el diente en el cabrito como si le fuese la vida en el asunto. Qué tajadas. Qué manera de deshacerse en la boca, que parecían manteca, mismamente. Y ellos allí, instalados en la agonía.

Los lugueses comían en silencio, chupando los tuétanos, como lobos de la montaña. Sentado en medio de ellos, don Evaristo casi podía pintar la escena, o cuando menos imaginarla: los Berdullas entrando en Vilanova de Alba, el Santiso y don Arturo en lugar principal, subidos en un coche sin capota, los otros dos hermanos encaramados a los laterales. Detrás, y en un segundo automóvil, Paredes, Cornellá y el tal Honorio, bigotillo fino. Fiesta por todo lo grande. Músicas y confeti. Acamparían en la Bella Romana, agasajados por la Portuguesa, y allí harían las partijas, ante todo el mundo, descorchando el champán de las pilas; a un lado los vencedores, al otro los derrotados haciendo hilera: don Floro con los pagarés, ¡mil duros encima de la mesa!, Avelino Mediano, don Aníbal Salazar, Casto Rubián, el señor alcalde, ataviado con el traje de ceremonia, las insignias de la casa de Santa Cruz, línea directa con el despacho del gobernador, que de seguro querría negociar aparte con el nuevo capital, igual que cuando la Cruzada repartieron el botín del mismo modo: participación en el negocio de la piedra, acciones en el puerto franco que se anunciaba, solares en la Banda del Río, cartas a los amigos de Madrid, los jerarcas del Movimiento, chaquetas blancas, palmaditas en la espalda, trato preferente para los nuevos socios, mientras la banda de Tino Fantasías, Celestino Serantes, atacaba pasodobles a puerta gayola: «Marcial eres el más grande» de Martín Domingo; «Pontearreas» de don Reveriano Soutullo, y las pupilas de doña Hermitas brincando de acá para allá en busca de nuevos acomodos... Así entraban los antiguos generales en la hora grande de la victoria: Alejandro Magno, Napoleón después de la campaña de Italia, coronado en París emperador de Francia... Cuando don Evaristo se ponía heroico siempre acababa en lo mismo: Marengo, Hohenlinden, Wagram, Borodino... Se sabía de memoria la lista de las batallas. Se le iba la cabeza al galeno. ¡El gran corso! ¡El restaurador! ¡Viva Franco! ¡Arriba España...! Quizá había llegado la hora de empezar a arrimarse a don Arturo, tal como pintaban las cosas. ¿Quién habría de reprochárselo? Son las leyes de la supervivencia, ahora igual que siempre. Las hubo peores y de peores había salido. Pero antes convenía manejar la situación, que venía atravesada. Poner en su sitio al de Boullón, por ejemplo, que los había metido en semejante angostura. ¿Qué dirían sus amigos de Compostela, sus socios

del wolfram, los asideros del señor arzobispo, al verlo en tal apuro? ¿Qué se le había perdido a él, doctor de fuente limpia, entre semejantes pelagatos? Seis desgraciados. De distinta condición, eso sí, porque tampoco era cosa de meter en el mismo cesto al Serrano y al Agonías, a Martín García y al Lobeiriñas, o incluso a don Manoliño, ladrón de gallineros, prendido en faldas y suspiros a sus años, ¡con cinco hijos!, vergüenza debería darle. Cierto que no todos eran iguales. Pero todos eran perdedores, gente derrotada, de antes y de ahora, enredados por aquel tahúr de mesa llena, don Ramiro, príncipe de perendengues, no había más que verlo, dándole al tenedor y tirando del vino, que ni siquiera pestañeaba. ¿Cómo pudo írsele la cabeza en esta devanadera estúpida, arrebatado de aficionados, a él, un hombre de ciencia y de significación probada? Don Evaristo miraba a sus compañeros, repasándolos uno a uno, sentados alrededor de las fuentes de cabrito, y podía leer el pánico en sus caras, incapaces de tragar bocado, mientras el matapuercos de la Ponderosa, sentado al otro extremo de la mesa, manejaba en silencio la navaja.

—¿Dónde se ha metido el Agonías? —preguntó alguien.

Encerrado en el cuarto de las camas, Agustín Salgado, funcionario municipal, no quería hablar con nadie. En su caso, la negrura de la noche era infinita. Para él aún no había amanecido, ¡quizá no llegase a amanecer nunca! Ya se veía colgado sobre el abismo: el aliento de Pedro Botero subiendo por las paredes, aquellas cuatro pobres almas quejándose desesperadas, que cada llanto suyo era una garra que le mordía el alma, cuatro rosas blancas, no muy agraciadas, ciertamente, como tampoco su madre, pero que eran una bendición que Dios le había concedido sin merecerla, las cinco, día y noche mirando por él, día y noche arrojando sus suspiros, su rabia escondida, su humillación, arrastrado sin papeles por las calles de Vilanova cuando entraron los señoritos de Falange y los soldados del gobierno militar, pisando fuerte y calzando espuelas, y su mujer suplicándole a don Floro que por favor no me lo maten, que no me lo lleven, que no habrá día que no bese los pasos que dé para lograr el perdón, la vista gorda, decían otros, aunque señalado para siempre, pues no hay peor castigo que el que no mata y deja la gangrena dentro, herida abierta y sin cicatrizar, supurando materia, que le come las entrañas y jamás lo dejará respirar. Ay, don Agustín Salgado, dónde te has metido, que lo ves todo perdido por culpa de estas compañías. Hundido en la fatalidad, entregado al cataclismo, pese al meneo que le había dado la noche anterior el Serrano cuando lo metió a empellones dentro de la casa desde debajo de la viña: «¡Te dejo con esta helada y mañana te llevamos a enterrar!», el funcionario de cuentas, ejecutor de desahucios, pájaro negro que anuncia la muerte en el corral de los pobres mientras los ricos se reparten las tajadas, contratos de compra y cartas de recomendación, don Agustín Salgado, derrotado entre los derrotados, no recuperaba el aliento. Se le había metido el frío en el cuerpo y no lo dejaba moverse, derribado en el jergón, los ojos vueltos hacia el techo, igual que un cadáver. Dios debería ser más justo, arrancando de una vez de este mundo a los que estorbamos o no tenemos condiciones para hacer frente a las calamidades.

—¿Dónde se ha escondido el señor Salgado? —insistió el viejo Berdullas, mientras se recreaba en los costillares y celebraba el vino de la casa.

—No se encuentra bien —respondió el Serrano.

Lo habían traído por lo del mal de ojo, quizá para compensar el sueño de las sotanas, una vela a Dios, don Ramiro, y otra al Diablo, el Agonías, y aquí estaba el resultado: el capital comprometido, las fuerzas flaqueando, Lobeiras sin aparecer, los lugueses hartos y el de Boullón zampándose las mantecas del cordero como un general, como un señor de los de antes, o como si el asunto no fuese con él, asomados al precipicio como estaban todos, en mala hora habían salido de casa para venir a perderse aquí.

—Pruebe estas chuletas, señor Francisco —apuntó don Arturo poniéndole una nueva tajada en el plato al Primitivo—, que están bastante más tiernas y han cogido mejor el punto. ¡Y alegre esa cara, hombre, que no se acaba el mundo!

Cómo gozaban los cabrones. Parecía que ya estuviesen tocando con los dedos el corazón de la plata, los temblores del dinero, como quien siente la victoria en las manos, sabiendo que los tenían agarrados, a ellos, el ímpetu de las rías, con el Santiso Matapuercos sentado al otro extremo de la mesa, mirando de reojo, como gato de monte al acecho, mientras don Ramiro, picando aquí y allá, celebraba también el vino y el punto de las costillas, ajeno al espanto que los consumía. El miedo es libre, señor mío. El miedo entra como un hurón en la tobera, sube por la espalda, se instala en el cerebro, paraliza la voluntad y el pensamiento. Pero de eso era de lo que más sabía el de Boullón: en parte por su oficio, acostumbrado a verle la cara a la vieja de los cuernos, pero también por lo que tenía detrás, que era mucho envite el que allí había, mucho general, mucho viento en las velas.

—Cuenta entonces la de Benito Silva, señor abad —sugirió el patrón de los lugueses, repantingado en la silla y con un cigarro en la mano, ya metidos en la sobremesa.

Donde se cuenta la historia de Benito Silva
y el encuentro que con él tuvo el cura de Boullón,
don Ramiro, en el soto de Ramirás,
en Cortegada de Miño

Benito Silva era un dejado de la misericordia, un bala perdida olvidado de Dios Nuestro Señor. Dice el cantar que durante algún tiempo había andado en las partidas de Fariña, e incluso con la gente de Sobrado y de Arzúa, lo que luego habrían de ser los ejércitos de los Foucellas. Pero no es seguro. Ni unas noticias ni otras son de fiar. Cierto que entonces ardía en el mundo la revolución, y que fue mucho el destrozo que se hizo en estos confines de la tierra, mucha furia, mucho cataclismo: la memoria estaba viva y las estocadas calientes, los muertos a las puertas de las casas, las heridas abiertas. Por aquí estas cosas contaban mucho. Aún hay quien, si le miras a los ojos, lleva las ascuas encendidas. Durante un tiempo, digo, Benito Silva había andado de cierto con las partidas, gente echada al monte, después de que el mundo se revolviere como se revolvió. Pero cuando lo del encuentro con el de Boullón, cinco o seis años antes de lo que aconteció en la del Pasamundos, tampoco mucho más, era ya un caso perdido. Aquí aparece por primera vez en la historia. Ya veremos lo que trae consigo. Lo que sí sabemos y podemos confirmar es que, al final, Benitiño Silva acabó solo, y esto hay que decirlo: acabó solo como acabaron tantos, aún más cuando después de la tormenta vino el amansamiento, y después de la rabia, el látigo de los amos a poner las cosas en su sitio. El mundo se enderezó de nuevo y las aguas volvieron a sus antiguos cauces, no necesariamente de la justicia sino de la conveniencia, tiempo de sobrevivir, y también de mucho miedo, y de mucha claudicación, que no es otro el fondo de la historia que estamos relatando. Al final, la soledad del Benitiño, metido en las covachas de la montaña, extraviado en las angosturas del bosque, era una losa aplastante, e igual que el lobo baja a por las ovejas en invierno, apurado por el hambre y la desesperación, y muerde en ellas porque sí, porque está de ser, porque cada cual lleva la cruz que le marca el destino, así bajaba de la montaña aquel desgraciado, a por las cortezas del reparto: unos comen y otros se dejan comer.

El de Boullón no era de los que se dejaban comer, vaya por delante. Una mañana de primavera, quizás hacia finales del invierno, porque aún había nieve en las hondonadas, dicen que el Benito le salió al encuentro en los altos de Ramirás, camino de la Ramallosa, como un Juan Quinto de los tiempos antiguos, así andaba de rabioso. Viajaba el señor abad con dos tratantes de la zona de Cortegada de Miño, los tres cargados de dinero, pesos de plata de los de antes, pues venían de librar una

herencia y el de Silva lo sabía, por alguna indiscreción o por algún aviso de terceros. El caso es que les paró el coche en medio de la carretera: un Ford negro, que conducía uno de los susodichos. Se encaramó al pescante y les metió la escopeta por la ventanilla, justo detrás de la oreja del que conducía. A punto estuvo de morir del susto allí mismo el desgraciado.

—¡Para el coche que te reviento! —le gritó—. ¡Ya pueden ir abriendo las sacas que llevan detrás!

Mandó que enfilaran camino abajo por medio de un bosque de castaños, para apartarlos de la vista, y no paraba de gritar:

—¡Las sacas, las sacas!

Don Ramiro iba en el asiento de la derecha, igual que en la camioneta del Serrano, al lado del conductor.

—¿Qué, Benito? —le espetó de repente al huido, sin dar un pestañeo—. ¿Es que ya no conoces a la gente? ¿No te acuerdas de mí?

Cada cual tiene la suya. Se dice que a Foucellas le iban las mujeres. Siempre se contó que se le daban, y también que perdía la cabeza por ellas. Tenía esa querencia, otros dirán que esa perdición, según se quieran ver las cosas. El ansia de Benito Silva era el juego. Le temblaban las manos. Se le notaba en los cañones de la escopeta.

—Claro que lo conozco, señor cura —respondió—. ¿Cómo no voy a conocerle? Pero ahora estamos a lo que estamos. Son otros tiempos. Pónganseme los tres fuera y dejen libre la parte de atrás. ¡Viva la República!

Los de Cortegada no se tenían. Así les hubiese pedido Benito el mundo, el mundo allí mismo le habrían dado. Al de Boullón, no obstante, le ardían los ojos, como quien vuelve por viejos pasos, antiguas memorias, alguna en la que se habían visto juntos seguramente.

—¿Dónde estabas tú en la República, Benito? —le contestó sin moverse del asiento, como quien pide una carta—. No me vengas con cuentos.

El otro se revolvió, balanceando los cañones de la herramienta.

—No me líe, señor abad. Ya le he dicho que son otros tiempos.

—Los tiempos los hacen los hombres —insistió el cura—. Tú los tuyos y yo los míos.

Había que verlos a los dos, enfrentados el uno al otro: Benito en el estribo y el cura en el asiento delantero del auto. Los del trato no daban crédito.

—¿Cuánto crees que llevamos?, —afinó el cura.

Decían algunos que, cuando la limpia, cuando aquí todos salieron a por todos y no hubo tojal que quedase sin levantar, ni desván sin descubrir, ni madriguera que no escarbasen las garras del infierno, el de Boullón estaba en la rectoral y le entró por la era la liebre con todos los perros detrás. La liebre era Benitiño Silva, y los perros eran la gente de don Floro y Queipó de Mondariz, que recorrían la tierra librando el mundo de los enemigos de Cristo. Don Floro era una mala peste. Había hecho dinero en Cuba, comerciando con negros, contaban sus enemigos, y volvió cargado de plata,

casi sin saber dónde gastarla. Podría haber comprado el mundo si le hubiese venido en gana. Pasaba por industrial, aunque nunca se le supo la industria ni otra clase de negocios. Cuando los señoritos de Pontevedra se levantaron contra la República, don Floro puso inmediatamente su capital del lado de los nuevos amos y le salió la jugada, porque eran los suyos y porque no tenía otra. Pudo no haberle salido. Otros se la tenían jurada. Pero le salió, y ahora era él quien mandaba. Vistas las cosas de esta manera, Benitiño Silva era un pobre desgraciado, pero a quien había que escarmentar, porque el que no escarmienta no aprende, y el que no aprende es como un ciego dando palos al tuntún, y, si no te cuidas, vienen por ti y recibes.

Esta era una versión. Otra versión matizaba algo más las cosas. Don Floro había llegado de Cuba sobrado de dinero, pero también de vicios y malas inclinaciones, y así como llegó a nosotros, entre juergas y saraos, fastos y representaciones varias, allá que dejó ir cuanto había ido juntando, como el agua se va canalón abajo, como los pájaros levantan el vuelo cuando acaban con el grano en la era, quizá porque aquí no le servían las mismas artes, o porque no se las consintieron cuando lo intentó, o porque estos negros no eran aquellos negros, ni el negocio el mismo negocio, y no se puede sacar constantemente de donde después nada se mete, qué más da, el caso es que entre burlas y ceremonias, incluida cierta cupletista sin escrúpulos que le levantó en Madrid media hacienda, la abundancia de antaño se fue por el sumidero, la guaracha perdió alas y el hombre, otrora machito de guaguancó, acabó asfixiado por las deudas, incluso a los caseros les debía dinero, y algunos se le pusieron bravos reclamando las condiciones, «gente soberbia que, de no ser nada, trepaban por la pared del corral y querían apropiarse de todo», se quejaba después el indiano; así que, cuando cambiaron las tornas, cuando el mundo empezó a arder, don Floro vio su oportunidad, galleó sobre el caballo nuevo y emprendió la reconquista, decidido a eliminar de golpe a todos los acreedores, incluidos los más próximos, yo diría que empezando precisamente por estos y, de paso, cobrando en dinero o en especie el precio de su clemencia, su furia y sus favores, volver a llenar el hórreo y, hacia el final de sus días, que muchos tampoco habían de quedarle, intentar recomponer la fortuna malgastada. No solo la había recompuesto ya sino que la había doblado, vaya que si la había doblado, con provecho y sobradamente. Tampoco fue el único. La revolución del mundo, que revolución fue, sirvió a quien sirvió, y aquí hablamos de lo que hablamos. Hay quien aprende y hay quien no de las malas experiencias, y don Floro aprendió de las suyas, no iba a repetir los viejos pasos de confiar en mañas de terceros; quien se la había hecho una vez habría de pagársela multiplicada. Lo ayudaba en la tarea el de Mondariz, fiera rabiosa. Juntos batían los labrantíos, los pastos, las aldeas, los barrancos, los terrenos incultos y las vaguadas, azuzando a los perros entre las matas, y no había Dios que pudiera librarse de su condena. Incluso el Fariña, grande entre los grandes, estuvo a punto de caer en un par de celadas. Qué no habría de tocarle a Benitiño Silva, que los traía encima, comiéndole las entrañas, cuando entró enloquecido en la rectoral y se metió de cabeza en el pajar del cura.

«Ayúdeme, señor abad. Por la Santísima Trinidad y las llagas de Cristo», dicen que suplicaba, arrojándose a sus pies como un desesperado. «Ayúdeme por sus ánimas benditas y por todas las del Purgatorio juntas, que vienen comiéndome la vida». Y el de Boullón, según cuentan, detuvo al negrero y a los mastines que con él traía, que para el caso era lo mismo. Pasaron los perros y quedó la pieza escondida en el pajar. El abad no quiso entregarla e incluso disimuló que allí estuviese. Eso decían. Otros insistían en que la historia, siendo cierta, traía una relación de atrás, entre el cura y el huido, quiero decir, de la querencia que ambos llevaban dentro y que más de una vez los había juntado en los reservados del café cantante, ahora café Suizo, el abad vestido de paisano para no ofender a la sotana, o en el casino de Noia, o en la carretera de Marín, donde mucha plata se movía. Don Ramiro nunca explicó tal cosa. Si acaso decía que no era mal hombre Benito, sino un dejado de la mano de Dios a quien la vida no había dado las mejores cartas, o no había sabido jugarlas, pues no todo ha de ser confiar en la suerte, también hay que saberla agarrar, e incluso añadía que, en realidad, el tal Benitiño Silva nunca había andado verdaderamente en política, sino arrimado al sol que más calienta, hoy con unos y mañana a saber con quién. Los acontecimientos lo habían pillado con el paso cambiado, y allí estaba, arrastrado por los caminos, como un Juan Quinto cualquiera. Siempre que le preguntaban o alguien requería del cura esta historia, el de Boullón procuraba apagar el fuego que con tanta saña le habían prendido al huido, ánima del Purgatorio. Serían cosas de la antigua hermandad, debemos suponer.

El caso es que hablaban los hombres en el coche, escondidos entre los castaños, y mientras lo hacían, los dos tratantes de Cortegada los miraban atónitos. Entonces el de Boullón le dijo al otro que en la parte trasera del auto no iba el dinero que él pensaba, sino una mínima parte, pues lo más grueso de la herencia estaba aún en trámite de librarse: ¿para qué conformarse con las migajas pudiendo ir a lo principal?

—¿Y dónde está lo principal? —preguntó Benito.

—En mi palabra —respondió el sacerdote—. Sabes lo que vale, igual que yo sé lo que vale la tuya.

Lo tenía cogido. Se le notaba. Contra la mirada zorruna del desgraciado, la mirada letal del señor abad. Y propuso entonces el de Boullón, sacando el mazo de los fondos de la sotana:

—A tres manos. O lo tomas o lo dejas.

Si ganaba el huido, la parte gruesa era para él. Ya podía levantar el campo y marcharse, si quisiera, para algún lugar de las Américas, por ejemplo, en uno de aquellos barcos que a cada poco zarpaban del puerto de Vigo: hacia la Argentina, hacia México, hacia Venezuela o hacia Australia, ¿por qué no?, que también andaban reclutando gente por aquellos confines. Habiendo capital, en cualquier parte se gobierna uno, en vez de andar arrastrado por los caminos, como un perro herido, que cualquier día acabarían por meterlo preso de una vez y para siempre, si no algo peor. Parece que así le habló el de Boullón a Benitiño Silva. Pero si ganaba el señor abad,

que también podía suceder, pues ambos conocían los caprichos de la fortuna, entonces Juan Quinto retiraría la escopeta y los dejaría seguir, y nunca más ninguna de las partes volvería a hablar del asunto.

A tres manos. Para entender el suceso hay que entender también al de Boullón y lo mucho que el clérigo mandaba. No podía olvidar el asaltante la situación en la que en otro tiempo se había visto, escondido en el pajar de la rectoría, con la furia de don Floro pisándole los talones, cuando le salvó la vida, pero tampoco otras historias del señor abad, capitán de tresillos y subastados, general de mesa llena, con fama de batallador, generoso con los pobres y temido también por los de su propio estado, incluidos no pocos capitostes de la nueva situación. Durante la guerra, se había ido de capellán de campaña a bendecir trincheras. Era el oficio de las sotanas, una vez que los mundos se enfrentaron como se enfrentaron y cada cual tuvo que asumir la parte en la que le tocó estar. Don Ramiro no fue distinto de otros. Nadie podía decir que, llegada la hora, se hubiera escondido o disimulado su condición cuando hubo que levantar la espada, en su caso la cruz de los mártires. Mejor allá que aquí, pensarían algunos. Mejor a pecho descubierto que en este matadero. Por lo visto en las trincheras, entre el olor acre de la pólvora y el hedor de los cuerpos reventados, también se barajan las briscas. Primero en la de Teruel, luego en los barrancos del Ebro, donde se libraron las más grandes batallas, según la voz popular, y si a punto había estado de perder la entrada en Valencia fue por una mano de sotas que se le atravesaron de improviso en la parada de Benaguasil, a veinticuatro kilómetros de la capital, y lo tuvieron enredado una noche entera, y aun así, al final consiguió llegar a tiempo para desfilar por las avenidas. En estos asuntos, don Arturito no le llegaba ni a los bajos de la sotana. No hablemos del tal Honorio, el petimetre de Santiago. Mucho capitán el de Boullón, pese a que no le gustase hablar de aquellas singladuras. La fama de generoso le venía de ciertas debilidades, que unos tenían por razones de caridad, pero de las que otros desconfiaban, porque los tiempos eran para no fiarse de nadie, y los nuevos amos, en el fondo, sabían que don Ramiro no era de los suyos, por más que nada pudiesen reprocharle, debemos suponer que no solo por la sotana, sino también por méritos ganados. Él nunca hablaba de estas cosas. La gente lo tenía por hombre hosco, metido en el vicio del julepe y de la canasta, quizá también en otras fantasías. También decían que la guerra lo había cambiado, que antes del cataclismo no era así, pero ¿a quién no cambió la guerra, la furia de los hombres arrebatados, el hedor de los mataderos, los ojos despavoridos de las víctimas? Así era el de Boullón: duro como piedra de afilar guadañas, frío como el tacto del acero, como el cristal de hielo que se quiebra en los caminos las mañanas de enero, pero también con la misma fragilidad, que escondía en la baraja, o en los silencios, como la carriza oculta el nido en la espesura del matorral.

Bajaron del coche los de Cortegada, que apenas podían sostenerse en pie, tanto por el espanto de la circunstancia como por la temeridad del sacerdote, y quedaron las partes en el interior del auto. Palabras dadas. La escopeta del huido sobre el asiento

delantero. Se le veía el ansia en los ojos a Benito, el corazón acelerado, no tanto por la altura de la apuesta, que ciertamente era mucha, de las que a cualquiera le cambian la vida, como por la excitación del momento. El verdadero jugador no juega por ganar, sino por la furia del juego, aquel vicio que los encendía de repente y los transformaba, como si una fuerza sobrenatural, extraordinaria, los sacara de sí. Tiró el cura el mazo de cartas. Las miró el que andaba en el monte. Las barajó. Las dio a cortar al abad. Así estaban los dos, sentados en el asiento trasero, mientras los tratantes, escondidos entre las matas, se hacían cruces y esperaban aterrados los acontecimientos. Al tercer envite ganó el de Boullón: caballo de espadas contra el siete de copas. El caballo era su mano. Bien se veía. Igual que Santiso cargaba en los treses. Mucho se habló del trance de Ramirás: Benito Silva y el cura, a todo o nada. Se levantó el del monte, como lobo que gruñe y reconoce la supremacía del capitán de la manada, y se retiró. No dijo ni palabra. Recogió la escopeta y fue arrugándose entre los matorrales hasta desaparecer.

Don Manoliño y Martín García, sentados a la puerta del Pasamundos, recuerdan el caso. ¿Será igual esta vez?

—El de Santiso no es Benitiño Silva —rezongó el de Lombados.

Pobre desgraciado. Al poco tiempo llegaron con la noticia desde el gobierno civil: habían cogido al huído, al parecer con otros dos, se dijo, en la rectoral de Soutelo. Los compañeros lograron escapar, pero Silva cayó en la refriega con la Guardia Civil, que los estaba esperando.

—Lo cazaron como quien caza conejos.

—Lo cazaron, es verdad —asintió el de Muras—. Toda la suerte en una carta: en aquel siete de copas.

—Contra un caballo de espadas.

Siempre es así. Los tratantes de Cortegada de Miño y don Ramiro, el de Boullón, volvieron sobre sus pasos, apretujados dentro del Ford, prácticamente sin cruzar palabra. Los tratantes asustados, como quien roza con los dedos la llamarada del cataclismo y se libra de milagro, el dinero en la parte trasera del auto, intacto gracias a las artes del abad, ciertamente admirables. El cura acelerado por dentro, como quien viene de mirar a Dios, igual que el que acaba de ver de frente la luz cegadora del Todopoderoso, tal era su excitación. El jugador siente la carta en la mano como quien aprieta en el puño el corazón de un pájaro. No se atreve a mirarla, pero la siente, sabe que está ahí, consciente de su condición mágica: de un siete de copas, de un caballo de espadas depende la existencia toda, igual que en la batalla depende la vida de la descarga del fusil o de una bala perdida. Busca el jugador la expresión del contrario, la delación de un leve guiño en los ojos, acaso un estremecimiento imperceptible, para orientarse y mover baza, avanzar, retroceder, quedarse... ¿Cómo le habría ido la vida a Benito Silva si aquella tarde, en el interior del auto, el uno frente al otro, el cura y él, viejos compañeros de envites..., cómo le habría ido la vida si aquella tarde, digo, en vez del siete de copas hubiese salido del mazo de la baraja un rey, un tres, un as de bastos, que también le habría servido, o si entre los dedos del abad no hubiese alentado el caballo? ¿Cómo le iría ahora en Venezuela, en Buenos Aires, en Australia, bien provisto de dinero, no la fortuna de la herencia que el cura le había anunciado, pero cuando menos para el pasaje y un primer pasar? Los cogieron como a conejos porque ya andaban tras ellos, no porque don Ramiro los hubiese delatado. Eso lo sabían todos. También los tratantes. Ninguno de los tres rompió el pacto. Los cogieron como, al final, cogieron también al Foucellas, se dice que en este caso por causa de mujer, que era su perdición, igual que la nuestra es este temblor que hace sudar las manos y acelera la máquina del cerebro, como una droga; e igual que del mismo modo cogieron acaso al Fariña, Fuco Fariña, extraviado igualmente en el monte, aunque de este los vilanoveses nunca vieron su cuerpo y, por tanto, nunca confiaron en su ejecución, por mucho que las autoridades la pregonasen. ¡Cayó el Fariña! ¡Cogieron al Anticristo, huido por entre las hondonadas de la sierra, o en la raya de Portugal, aquella trampa! Lo cogieron como, al final, fueron cogiéndolos a todos: Pancho Cibrán y Argimiro Setecoros, bregados en el sindicato de la seca, que

se echaron al monte y ahora cavan en el corazón de la montaña. Por las cuestas de la Gaiosa subían las camionetas. Trabajos forzados. Mano de obra para las minas. Los amontonaban en los barracones, numerados, y por las mañanas los guardas los sacaban a pasear, antes de llevarlos a las laderas del mineral, el sargento Lamparillas encaramado a la cerca, supervisando la revista. También de esto sabía Martín García, y el licenciado Lobeiras, y todos ellos, que ahora libran esta otra extraña batalla en la parada del Pasamundos. Los vencidos. Al poco de terminar la guerra empezaron a aparecer. El nuevo régimen quería aumentar la producción. Mandaron reforzar los pozos. Fue la ocasión del de Lombados, que no le torció la cara al encargo: producir, sacarle rendimiento a la veta, abrir nuevas fosas, ahondar las galerías, meter mano en el negocio. Cuando hubo que ampliar la Gaiosa no lo dudó: fue a por su hermana, que tenía tierras propias y agonizaba en la casa de la aldea, y se dio de bruces con Rosaura, la sobrina. Martín García asumió la administración general de la Leonesa, arrimado como estaba a los nuevos amos, atento al nuevo capital, ¡las nuevas Américas!, que sentía correr entre sus dedos como cascadas de oro, y allí estaban también los otros, los que no bajaban a las fiestas de la Bella Romana, ni encargaban trajes de corte fino en la calle de los comercios, ni cerraban la casa grande para bailar con las pupilas el tango de Celestino Serantes, Tino Fantasías, ni encendían los cigarros de don Floro con billetes de veinte duros. Los otros. Los vencidos. Venían alegres, los desgraciados, amontonados en las camionetas, porque de esa forma algún día, cuando pasase la tormenta, que al fin y al cabo habría de pasar, más pronto o más tarde, como todo pasa en esta vida, excepto la muerte que no tiene vuelta atrás, cuando todo pasase, digo, el collar de hierro se aflojaría, y entonces podrían respirar y, ¿quién sabe?, quizá volver a casa, mansos, humillados, pero de regreso a casa, junto a la madre y los hermanos, junto a la novia o la mujer que les estarían aguardando, aferrados a la esperanza. Diez años. Quince años. ¿Qué son quince años de condena cuando se salva la vida, la que Benito Silva no pudo salvar, ni tampoco Fuco Fariña, ni tantos otros que allí quedaron, entre los matojos?

Don Ramiro mueve las cartas, corta el mazo, busca los ojos de Santiso.

En las dependencias de la Bella Romana, doña Hermitas pone a las muchachas a rezar.

—Lleva usted todo cuanto tenemos, señor licenciado. Nuestra vida en sus manos.

En la del Pasamundos la angustia comenzaba a ser agonía. No solo para Agustín Salgado, también para los demás, que echaban cuentas del tiempo transcurrido desde que el licenciado partiera a por los pagarés y las cartas que don Floro les había prometido.

¿En qué barranco podía haberse extraviado el Maquieira? Sin dinero contante en la mesa, los lugueses no querían seguir. Si el dinero no llegaba a tiempo, tal como las partes habían concertado, ni cabrito que valga ni toneles de vino viejo para aliviar la desgracia: don Arturo levantaría la partida, y con la partida, tal como la tenían ahora, todo lo que había en la mesa, ¡una fortuna!, un cataclismo que habría de sepultarlos

para siempre. ¿Quién podía tener ojos para la joven Leonor en semejantes circunstancias? Don Manoliño se agarraba al licor café para ahogar el miedo. Por primera vez pensaba en sus hijos, en los ojos horrorizados de la señora Lorenza al verlo regresar despojado de todo, con una mano delante y otra detrás, el capital de la casa, el futuro de la familia... Le temblaba todo el cuerpo. Martín García disimulaba un poco más.

—¿Dónde carajo ha podido meterse ese hombre? —insistía, refiriéndose a la ausencia del escribano.

Por los caminos de la montaña, avanzando a través del diluvio, dos veces Maqueira había estado a punto de romper la máquina. Nunca debieron dejarlos marchar de aquel modo. Pero don Manoliño no estaba en ese momento para acompañarlos. Iba tras la del Pasamundos. Total para nada.

—El mundo se acaba, señor administrador —se quejaba el de Muras, entregado a los efectos del licor café—. ¿Sabe lo que le digo? Que nosotros somos los últimos que podremos dar cuenta de todo esto. ¡Los últimos! Estas historias, esta memoria de las cosas se va con nosotros, amigo mío. Nunca más volverá a repetirse. Pasa la memoria y pasamos todos. Pasa la vida y al otro lado solo se otea el precipicio, el pozo de Satanás, las profundidades del Maligno. Dios me ha dado cinco hijos: cinco sabidos, quiero decir, no es que no pueda haber otros, uno es como es, cinco criaturas... Muchas veces me pregunto qué será de ellos, qué trabajos, qué desventuras les estarán reservadas, pobrecitos míos...

Lloraba el de Muras, en parte por los remordimientos, en parte a causa del licor, y el de la Leonesa no soportaba el espectáculo. ¡No era él de los que se entregaban! Aún no. Había empezado a anochecer y había vuelto la lluvia. La luz iba desapareciendo en las colinas. Tres horas antes, el de Boullón se había levantado de la mesa anunciando que, después de tanto ajeteo, después de tamaño banquete y en tan grata compañía, mejor sentaría una siesta para despejar la cabeza y poder enfrentarse en condiciones al relámpago de la última noche, la decisiva.

—No me negarán mis amigos esta gentileza —remedó el abad.

Don Arturo era hombre de maneras. Por eso no habrían de tener un desencuentro, mucho menos cuando la cosa apuntaba como apuntaba. Hizo un gesto hacia el Santiso, para que el capador se retirase también a su cubil, y preguntó:

—¿Y qué sabemos del licenciado?

Nada. Se lo han comido los caminos, los lobos, la lluvia cerrada, quién sabe qué...

Don Evaristo buscó un aparte con sus compañeros. Tenían que hablar. Ciertamente los acontecimientos venían atravesados. Ya que no habían logrado que el de Boullón se centrara, inflado como estaba de soberbia, acaso había llegado la hora de intentarlo con el lugués. Martín García y Serrano estaban enteros. Con los otros no había que contar: Salgado derrumbado en el cuarto, y el de Muras, borracho. Pero el administrador y el feriante aún conservaban la cabeza sobre los hombros.

—Hay que pactar —advirtió don Evaristo.

Era mucho capital, mucha carne en la piedra del sacrificio. ¿Cómo regresarían a casa, en caso de que consiguiesen regresar? ¿Con qué cicatrices en el cuerpo? ¿Cómo volver por esos caminos, incapaces de responder de los pagarés que habían comprometido, el crédito de las familias, desde las posadas de Guntín hasta los saraos de la Bella Romana, pasando por el despacho del gobernador, y si no por el gobernador en persona, por el secretario de Su Excelencia, que al fin y al cabo era lo mismo, con la lista de los que habían entrado en los envites, y la delegación de don Floro, y don Aníbal Salazar, y el gremio de los maragatos, que habían confiado su dinero para que el de Boullón lo multiplicase y poder hacerse al fin con la operación de la Banda del Río y los muelles del mineral, que allí estaba verdaderamente el negocio, para que no se lo llevasen los de fuera?

Eso era lo que más encendía a Martín García: entregarle el campo a los de fuera. No el campo de la manta zamorana, ¡novecientos trece mil reales!, ¡cuarenta y cinco mil seiscientos cincuenta pesos!, que eso aún estaba por ver cómo terminaba, sino el otro: el gobierno de la villa, el futuro de los vilanoveses, el progreso, la fortuna del mineral que entraba a manos llenas y estaba ahora encima de la mesa, y con la fortuna de los vilanoveses su propia fortuna, su oportunidad, su ocasión de ponerse en la proa del balandro, conquista de todas las conquistas, el nieto del herrero metido a capataz de minas. Acordaos de las discusiones del café Suizo: el sol pasa una sola vez por la puerta, amigos míos, no dos; o lo tomas o lo dejas, o arriesgas o te arrugas, no vengas a lamentarte después de tu mala suerte; la suerte está para los que saben ganarla, en la vida y en la batalla, no como Lobeiras, que había dejado marchar a la Rosaura después de que él se la hubiese puesto a punto de caramelo, como quien pone la liebre en la cazuela, pobre desgraciado, extraviado ahora con los pagarés por aquellos barrancales. ¿Qué más quería que hiciese? ¿Metérsela también en la cama? Se le encendía la sangre al administrador. Andaban las banderas anunciando el renacer de la Patria. Redoble de tambores. Músicas de la Victoria. El señor gobernador, acompañado por las nuevas autoridades, se asomaba al balcón de la plaza y veía pasar las tropas delante del consistorio, la flor de los vilanoveses saludando brazo en alto, agitados por el vendaval, no se sabe si de fervor o de espanto. Llegados a este punto, conviene advertir que Martín García era un patriota. No como don Manoliño, al que se le iba la fuerza por la boca, perdido ente vinos y viudas, a poco que soltaba un par de discursos en el café. Mucho menos como el Agonías, derrotado para siempre aquella mañana cuando salió de casa para recoger los papeles del Ayuntamiento el día que cayó la República, mientras su mujer se arrojaba a los pies de los nuevos amos para que le perdonasen la vida. Ninguno de ellos merecía consideración. Martín García era un patriota estratégico, tenía el plan muy bien trazado, igual que había trazado el negocio de las tierras de la Gaiosa, cuando se las quitó a la hermana y a la sobrina. Martín García, que no era herrero ni de Lombados, aunque por tal lo tuviesen, pero que tampoco era estúpido, faltaría más, había

plantado todas las cartas encima de la zamorana, las propias y las prestadas, incluido el crédito de los socios del mineral, el dinero de sus patronos, del que había dispuesto sin escrúpulos, quizás en abuso de confianza, puede decirse, porque a veces la vida nos ciega, aunque allí estaba don Floro para secundarlo; Martín García lo había puesto todo en el envite, digo, porque lo espoleaba la ambición, pero la ambición es condición única de los hombres —nunca de los cobardes— atentos a la ocasión oportuna, en su caso con la intención de devolver los dineros después, no era un bandido, si no multiplicados por mil, que eso lo guardaba para sí y para sus asociados, reponiendo las cantidades exactas, céntimo a céntimo hasta la última perra gorda, para que no se notase y de ese modo poder dar el golpe, el salto cualitativo, el impulso hacia delante y hacia arriba, ¡bien arriba, hasta las más altas alturas!, con dinero contante y sonante y el control asegurado de las nuevas propiedades: las que marcarían el rumbo de los nuevos tiempos, no esta miseria de ahora, esta humillación, este ir de acá para allá lamiéndoles la mano a los amos, petimetres repulidos, chaquetas cruzadas, amigos de la capital, línea directa con los despachos de la Castellana y el Pardo, descabalgando de sus coches con chófer en la puerta de doña Hermitas, pisando fuerte, y ellos allí, los vilanoveses, haciéndoles la reverencia, poniéndoles la palangana, como el que dice, me cago en Cristo, mientras el mundo nos pasa por delante y no nos damos cuenta, o no queremos verlo. ¿Quién labra una fortuna sin arriesgar en el lance? Gracias a las artes del de Boullón, que nunca había perdido una semejante, y a la codicia de los lugueses, que no saldrían vivos de aquella, las tornas podían empezar a cambiar, y él estaba allí para verlo. Martín García era un patriota eficiente, no retórico como don Evaristo, que después quedaba todo en nada. Martín García era un hombre de acción, de los que saben dónde hay que poner los huevos, y antes de ponerlos acomodan la cesta para que no se rompan, y si hay que retorcerla, se retuerce. Cada situación pide su conveniencia. Tal vez Serrano no pensase así, o no las tuviese todas consigo, tal como se presentaba la travesía, aunque bien que lo habían hablado entre ellos antes de decidirse a dar aquel paso. Pero él, Martín García, no era de los que se echaban atrás. Y aunque quisiera, ya no podía hacerlo. Estaban metidos en aquella harina hasta el cuello.

—Si voy yo, vamos todos —amenazó a los compañeros, muy principalmente al médico de Compostela, que era quien más se arrugaba.

El Agonías ya se veía lo que daba de sí. Don Manoliño había venido porque estaba en todas. Habría resultado extraño que no estuviese también en esta. El empuje, la fuerza del envite, el riesgo del avance, la gloria o el cataclismo estaban en la apuesta que el administrador había puesto sobre la mesa, y en lo que el licenciado había ido a cerrar en el coche de Maquieira.

—No hemos llegado hasta aquí para venimos ahora abajo —insistió.

—Ni estamos hablando de eso —maniobró don Evaristo—. Se trata de valorar la situación y medir los riesgos, que son muy altos. Ni siquiera tenemos garantías de que podamos seguir adelante. Don Arturo amenaza con levantar el campo si Lobeiras

no se presenta con el dinero.

—Habrá dinero. Don Floro está en el asunto.

—Siempre que don Ramiro secunde —atajó Serrano—. Ya veis cómo responde el cura, que ni se aviene a hablar del caso. Barriga llena así arda el mundo.

—¡Ustedes lo trajeron! ¡Ustedes lo han visto librar batallas! ¿O es que ya las han olvidado?

—Ninguna como esta...

—No me joda, don Evaristo. Hace dos semanas se le llenaba la boca con el abad que talmente parecía que íbamos a comernos el mundo. Las apuestas y los pagarés que negociamos por ahí fuera, ¿quién los avaló sino el crédito de Siete al Caballo? ¿Qué otro teníamos para oponerle al de la Ponderosa? La oportunidad viene cuando viene, se presenta cuando se presenta, no somos nosotros quienes gobernamos la fortuna. ¿Se acuerda de la ocasión en el coche de Benito Silva, en la cuesta de Ramirás?

—A la gente le gustan las historias...

—Pues esta va a ser de las que se recuerden hasta el final de los tiempos, así hay Dios, se lo aseguro —sentenció el administrador.

Era mucho capital, y el miedo es libre. Mucho capital y mucho envite, tanto de los allí presentes como de los intereses delegados. A veces las cosas son así. Cuando se enciende la luz, todas las princesitas de la noche vienen a la lámpara: las mariposas grandes y las pequeñas, los escarabajos, pesados como mundos, los ciervos volantes, las humildes polillas... Se amontonan unos encima de otros, unos contra otros, revoloteando y batiendo sus élitros alrededor de la luz hasta abrasarse, encendidos como antorchas, comandos suicidas. Tan pronto corrió la noticia del encuentro del Pasamundos, en el sitio que llaman el Pozo de la Señora, y de la ambiciosa locura que en tal lugar se libraba, gente de toda ley y de la más variada condición buscó su parte, su ración de batalla, ¿por qué no decirlo también?, su desquite; y empezaron a circular los recibos, los compromisos firmados, las cartas de pago, como quien apuesta a galgo corredor, caballo cimarrón, gladiador en la plaza, acelerados los más por aquella ansia furiosa que en los días del mineral agitaba el mundo desde Compostela hasta las rías, desde los puertos de Vigo, adonde llega el eco de las Américas, hasta los caminos de la montaña y las estribaciones de las sierras. E igual que las mariposas nocturnas precipitan sus cuerpos sobre la llama abrasadora, así también las gentes del común, los tenderos de la calle Real, los funcionarios de la Casa de los Catalanes, los artesanos de la Galera y de la Cuesta Nueva, los músicos del Rouco, los toneleros de San Bartolomé, los sastres de San Julián, los comerciantes de la Plaza Vieja, grandes y pequeños, incluidos los padres de familia, el bando de las viudas, el administrador de las monjas, el sargento Lamparillas, las pupilas de la Bella Romana, los chóferes y los mozos de carga de Autos La Unión, cada cual con sus ahorros, muchos o pocos, todos entraron en la romería, cegados por la luz y el poderío de la lámpara, que era el de Boullón, don Ramiro, el párroco de

Asados, de quien tanta fama corría por el mundo. Si el gobierno civil y otras autoridades hicieron la vista gorda y dejaron correr el caso, hasta que se agrandó de forma que ya era imposible pararlo, fue porque también los de esta parte estaban en el asunto: desde el secretario provincial a don Floro, que respondía con su palabra y su fortuna.

Era mucho el envite y muchas las voluntades comprometidas. Esto por lo que atañe a los vilanoveses. No hablemos de los del otro lado, ni del capital de los bancos, ni de las conserveras, ni de los señores de Compostela, tratantes de wolfram la mayoría de ellos, incluidos algunos próximos al señor arzobispo. No se recuerda en las crónicas otra semejante. No está en los libros. Quizá por eso don Evaristo, aplastado por el peso de los acontecimientos, sentía que se le iba la vida.

—Siempre se puede pactar —insistió.

¿Con quién? ¿Con el lechuguino de Santiago, que no paraba de repasar las libretas, relamiéndose con las rentas de semejante botín? ¿Con Cornellá, el catalán de las rías? ¿Con Santiso Matapuercos, ciego de furia, excitado por la batalla como el jabalí que le había marcado la cara en su juventud? ¿Con los Berdullas, acostumbrados al capital, cacerías en la Meseta, que igualmente habían echado sus cuentas y que, pasado el primer susto, cuando el ahogo de los treses, no iban a dejar que se les escapase viva?

Don Arturo se acercó a parlamentar. Traía la zamarra de montañés sobre los hombros, que le daba aire de general de Estado Mayor dirigiendo las operaciones desde primera línea. Quería saber de las gestiones del licenciado y las garantías que había en la mesa. Dinero en efectivo: contante y sonante. Tal era lo acordado. Si alguna de las partes no podía seguir, porque la acometida era demasiado fuerte o la solvencia escasa, que lo dijese ahora: lo que estaba estaba, y lo que no estaba, mejor no comprometerlo si después no podían mantener la palabra, que sería peor para todos. Ellos, los lugueses, tenían crédito probado. El farol, por lo que se estaba viendo, venía de los de Vilanova.

—¿Dónde está el dinero, señor administrador? ¿Con qué respondemos?

El dinero estaba en la de doña Hermitas. El dinero y las garantías firmadas, muy principalmente por don Floro, pero también por sus asociados, declarados u ocultos, que mucho más había de estos segundos que de los primeros. El antiguo industrial cubano, metido luego a perseguidor, representaba a la sociedad civil: los poderes fácticos, por lo que, ante la significación que iban adquiriendo los acontecimientos y el pulso que se libraba, decidió abrir gabinete de crisis en la casa de la Bella Romana, establecimiento público y no obstante probadamente discreto para tratar el caso, bastante más discreto que muchos que por tal se tenían. La gente acudía con sus apuestas y el industrial las firmaba. Mil duros había arriesgado de entrada, cuando empezó a correr la noticia, y otros tantos volvió a plantar aquella noche ante el licenciado. No podía imaginar Lobeiras que tampoco eran suyos, que no los tenía, que todo se construía en el aire, como un gran castillo en las alturas colgado de hilos maravillosos: yo por ti y tú por mí, yo voy porque aquel va, estos pujan y nosotros también pujamos, aunque tengamos que arañar bajo las piedras para no quedarnos fuera. A primera hora de la noche, don Floro había recibido ya en privado al secretario del gobernador, informado del arriesgado trance, y se dice que allí se firmaron compromisos no para cuatro días sino para cuarenta años, así nos dure el Caudillo de las Españas, porque hemos de darle la vuelta al mundo como quien le da la vuelta a un calcetín.

Dada la trascendencia del caso, al licenciado Lobeiras se le aconsejó pasar la noche en la casa y no echarse a los caminos a semejantes horas, con el viento y las aguas desatadas. Tampoco era necesario, en opinión de don Floro. Mejor la luz del día para andar por esas carreteras, veredas de alta montaña, hasta regresar a la parada del Pasamundos. Maquieira bien que lo agradeció. Acomodaron a Lobeiras en la mansión de las pupilas, agasajado por la mismísima Portuguesa, la favorita, y mandaron al chófer de punto a su casa con el encargo de presentarse a primera hora del día siguiente para emprender la travesía. Y aquí empiezan nuevamente las versiones cruzadas, interpretaciones no necesariamente coincidentes. El cronista sabe lo que sabe, como ya se ha dicho en otras ocasiones, y construye el relato según van entrando las fuentes de que dispone. Para unos fue indiscreción de la casa de lenocinio: bien de don Floro y sus allegados, bien del licenciado Lobeiras, bien de la Portuguesa o de cualquiera de las meretrices. Está por ver. Pocos cofres tan cerrados como los del puterío cuando están en juego intereses que comprometen a las partes, y hay que decir que, en este caso, las partes estaban sobradamente comprometidas: los ahorros de las jóvenes princesas de doña Hermitas también. ¿Pudo asustarse alguna?

No lo parece. Incluso el sargento Lamparillas estaba en el ajo. Cuando los acontecimientos rodaron como rodaron y se acabó el mundo, para escándalo de hipócritas que luego quisieron ponerse de la otra parte, a resguardo del pedrisco, o para asombro de algunas pocas almas inocentes, la señora Lorenza o la familia del Agonías, por poner algunos casos de los pocos que podemos registrar, cuando las cosas salieron como salieron, digo, y surgieron de las profundidades de la tierra vaharadas de azufre ardiendo, hubo historias y versiones para todos los gustos. Una de esas versiones pintaba la noche del licenciado en casa de la Bella Romana como una celebración, o por decirlo más por lo derecho: como una auténtica orgía, si no secundada por don Floro y las autoridades, a las que se les abrirían después oportunos expedientes, aunque luego quedasen todos enterrados, cuando menos consentida por ellos. Según este rumor, del que tampoco pudo probarse nada, Lobeiras habría sido recibido como un general en casa de la generala, anuncio de victorias sonadas, repartiendo promesas y adelantos, e incluso se afirmó que había habido favores muy especiales de la Portuguesa para con el infeliz, en parte porque así se agasaja a los príncipes que arriban victoriosos de sus campañas, y en parte porque en el corazón de la gallarda aún ardían los hemistiquios latinos que el susodicho había hecho públicos no tantos años antes. Si se saben sembrar, las palabras de amor nunca se olvidan del todo, incluso en los corazones más bravos, y el corazón de la favorita no era precisamente ruin, sino tierno y agradecido. Parece que tanto dispendio no le sentó demasiado bien al sargento Lamparillas. El sargento Lamparillas era un hombre templado, comprensivo con la condición de su enamorada, mucho más siendo ella la reina del serrallo, agasajada por el más señalado señorío de dentro y de fuera de la villa, no digamos las visitas que llegaban de Vigo y de Madrid. Pero también era un hombre, y un hombre uniformado, con galones de mando, y no es lo mismo un ingeniero de la capital o los compromisos del gobernador de la provincia, autoridades superiores al fin y al cabo, de las que incluso uno puede alabarse, que el arrebatado de un redactor de coplas, maestro de clases particulares, recadero de partes, nazareno de amores por el mundo adelante, como todos sabían, por muy jaleado que viniese de sus amigos de la montaña, que estaba por ver en qué terminaba todo, y por mucho aire que se le diese en la casa, tanto por parte de la principal como de las pupilas, a las que tenía embobadas con sus palabras. Artes de clerecía. No le gustaron al sargento las atenciones de la gallarda al licenciado, repito, que según esta primera versión fueron bastante más que mimos y carantoñas, si no amplia sesión de cama, cuerpos trabados, relinchos y repeticiones varias, banderillas y vuelta al ruedo, con aplausos desde los palcos y saludos a la tribuna, según se contaba, y seguro que se exageraba; puestos a armar este tipo de fantasías, la gente deja libre la imaginación y disparata, y lo que es una broma o diversión inocente, a veces ni eso, acaba en sinfónica de banda desatada y cumplido trombón de varas. El caso es que, al decir de esta declaración de parte, el sargento Lamparillas se revolvió, se levantó de cascos, quiero decir, y allí empezó todo: movilizó las compañías de las minas, cuatro

números, pero suficientes para armarla; y la armó, o al menos encendió el primer cohete, o la primera ración de pólvora, que al fin y al cabo viene a ser lo mismo.

Debemos advertir, no obstante, que no hay fundamento alguno para la explicación de los hechos que acaban de apuntarse. Ni hay noticias de que la estancia de Lobeiras en la mansión de la Bella Romana pasase de agasajo cortés, propio del que se concede a una persona querida, parroquiano habitual, depósito de confidencias, que en los últimos tiempos incluso volvía a frecuentar la casa; ni mucho menos sabemos que en la noche de autos hubiese más excesos que los propios del lugar, y ni siquiera eso, pues las almas estaban ciertamente afligidas por lo que acontecía en los confines de la sierra, en la mesa de los lugueses, confiadas las fortunas a las artes del de Boullón, y no había cuerpo para otras fantasías. Nuestras noticias, de fuentes bastante más de fiar, cuentan que las señoras pupilas, con la Portuguesa al frente, más que en desahogos varios pasaron la noche rezando, devoción a san Antonio y santa Rita, y que rezando quedaban cuando por la mañana, a primera hora, Maquieira se presentó en la casa para recoger al licenciado y volver por los pasos de la montaña.

Esta es una versión, aun con sus reservas, como acaba de apuntarse. Otra versión señala a los amigos de don Floro, si no al propio industrial, como precipitador de los hechos, según rodaron después las cosas y las declaraciones que se hicieron ante las autoridades. Don Floro, igual que los demás, estaba atrapado. Y aún más atrapados estaban los que con él andaban en las alturas del trato. Era mucho lo que se arriesgaba. Quizá alguien se atrevió a contarlo en la casa, por desahogarse, porque cuando el mundo aprieta uno tiene que buscar una salida para que la caldera no estalle: con la mujer, con un cuñado, incluso con un socio o un vecino, quién sabe, y de un vecino pasa a otro, que acaso también está en el asunto, y donde antes hubo locura de un lado surge la locura del lado contrario, y donde antes hubo ambición prende el pánico, y el miedo corre como la pólvora en el corazón de la montaña, que también corrió, como enseguida se verá, y la voz llega adonde no debería haber llegado, y una vez que arde la mecha ya no hay modo de pararla. Esta es otra versión posible, de las varias que circularon, quizá para esconder la principal. Bien que supieron el cubano y sus amigos revolverlo todo cuando llegó el caso, dejando caer sospechas aquí y allá, avivando el fuego de una parte y de otra, para no dar cuenta de lo que se les pedía y a lo que se habían comprometido. Las versiones que podemos manejar vienen todas cruzadas. Tampoco faltaron los que volvieron los ojos hacia Maquieira, el chófer de punto encargado de conducir al licenciado de regreso a la montaña, por ejemplo. Aquí está la tercera o cuarta posibilidad. El Maquieira no era un mal tipo, pero andaba también en el negocio. ¿Quién no andaba en el negocio por aquel entonces? ¿Quién puede presumir de traer el corazón y las manos limpias? Cuando los vecinos vieron salir a Agustín Salgado de su casa aquel día de la derrota, con la mujer, madre de cuatro criaturas, deshecha en llanto a la puerta de las nuevas autoridades: no me lo llevéis, por misericordia; cuando Fuco Fariña se echó al monte y anunció la hora de la revolución, la hora de la altísima venganza; cuando empezó a

arder el convento de las clarisas al otro lado del río y apareció el cuerpo sin vida del sacristán Vituquiño, con la saña de Queipó y los camisas nuevas cantando el «Cara al sol» por la avenida de los Catalanes; cuando Pancho Cibrán tuvo que saltar por encima de la cerca viendo cómo su tío o patrón les reventaba la cabeza una por una a las tres Marías, antes de que se las llevarsen de casa; cuando decían que el mundo se deshacía, o parecía que se estaba deshaciendo y nada se libraba de la catástrofe, la mayoría de los supervivientes, pues de supervivientes estamos hablando, pactaron con la fatalidad, aceptaron sin rechistar la ley de los nuevos amos, guardaron su vergüenza en la profundidad de las arcas familiares, se cruzaban por la calle y ni se miraban, pues una vez que amainó la tempestad hubo que volver a levantar las casas, apuntalar las vigas, volver a sembrar la huerta, recomponer el cuerpo, porque la vida sigue, y tras unas leyes vienen otras, detrás de unas artes vienen otras artes, ¿quién puede presumir de conciencia limpia?, ¿quién puede decir que no volvió los ojos hacia otro lado?, ¿quién no apretó, llegado el momento, el gatillo contra sí mismo, contra su propia figura en el espejo, incapaz de fijar los ojos en ella? Maquieira no era diferente a otros, puestos a emitir juicios o a valorar terceras o cuartas versiones. Si cantó o no cantó en la casa, tampoco lo sabemos. Si le fue con la noticia a terceros, a pesar de la confianza que había puesto en él don Manoliño, nada podemos probar. Si en las horas que pasó en su domicilio, instalado Lobeiras en el sarao de la Bella Romana, antes de ir a buscarlo para regresar a la montaña, salió de su boca alguna confidencia que no debiera haber salido, algún desahogo, algún mal comentario por no sentirse igualmente agasajado, o por envidia, o por la ambición de querer también él estar en el negocio, que tampoco sabemos que no lo estuviese, nada cabe asegurar, fuera de las especulaciones que ya se han considerado.

Lo que sí sabemos es que el licenciado Lobeiras, por consejo y prudencia de don Floro, pasó la noche en casa de doña Hermitas. El homenaje que en ella recibiese está por ver y probarse, pero tampoco parece que fuese gran cosa, dado el estado de ánimo del maestro de pasantías. Sentado en la cama del cuarto que le habían asignado, alcoba en el primer piso no lejos de las atenciones de las pupilas, el secretario del administrador de la Leonesa, enviado especial con el encargo de levantar poderes y nuevos pagarés con los que afrontar el envite del Pasamundos, contempla su figura enjuta, extraviada en el espejo del tocador, testigo de tantos combates, no necesariamente de guerra, más bien batallas de amor y alguna que otra agonía, y se pregunta por el futuro de su condición. En la borrachera del licor café, don Manoliño de Muras lo había visto salir por el camino de hortensias, ataviado con el traje blanco y cargado de cartas hacia los muelles de Vigo. En la agonía de la espera, aguardando su regreso al Pozo de la Señora, los jugadores no pueden imaginárselo ahora en esta situación, sentado al borde de la cama, a medio desvestir, el cabello escaso, la mirada perdida en el fondo del espejo, como si contemplase su propio fantasma. Junto a la pared del cuarto hay dos sacas de tela y una cartera grande de cuero con el dinero fresco y los pagarés. Por si hubiese contratiempos o arranques inesperados, aunque la

casa sea segura, don Floro ha ordenado pasar la llave por fuera, hasta que al día siguiente aparezca Maquieira para recogerlo con el coche de punto. No hay miedo, pues, ni a visitas ni a arrebatados desahogos. Ninguna razón tienen los que tales calumnias levantaron. Puede estar tranquilo el Lamparillas. La Portuguesa y las pupilas quedan en el saloncito rezando. Ni clientes reciben esa noche. «Lleva usted cuanto tenemos, señor licenciado. Todo está en sus manos», y algunas incluso se arrodillaban a besárselas, como si fuese el arzobispo de Santiago. Lobeiras se mira en el espejo y piensa en aquella otra vez, la última, en la pensión de Vigo, con la linda Rosaura echada a su lado: ella en el lecho, sus cabellos derramados por la almohada, y él sentado en el borde, igual que ahora, con la mirada extraviada también en el espejo, no este, pero uno parecido. Piensa el licenciado en aquella despedida y en las palabras de la joven, como si el mundo se hubiese acabado de golpe: la confesión de las noches en la casa de la Leonesa, con la tía Felisa rezando en el cuarto mientras el capataz la buscaba, la furia de Martín García, los consejos de la vieja sobre cómo adaptarse a su nueva condición: criada o mantenida, «que habrá de ayudarnos a las dos, mi niña, después de sacarnos de aquel pozo de miserias», insistía la de las misas; la visita a las clases particulares, el mundo de los libros, el encanto de las poesías, muy principalmente las de amor, que tanto la conturbaban; aquella tarde de sábado cuando él la sacó de casa y la llevó a ver al moro de Mourente y le contó la historia de Omar Safaín, el sarraceno... Y las palabras que ella le espetó, mirándolo a los ojos, después del relato: «¿Y usted quién quiere ser, señor maestro, el moro o la Comadreja?».

Cuando a los pocos días corrió la noticia de la partida de Rosaura, que había dejado la casa de la Leonesa para según todas las versiones ir a trabajar en la conserva de Vigo, Lobeiras emprendió un viaje febril que habría de cambiarle la vida, nunca sabrá decir si hacia las alamedas del cielo, tal como lo había vislumbrado entre las hortensias el médico de Muras, o hacia las profundidades del infierno, donde ahora se sentía. Sentado al borde de la cama, en casa de doña Hermitas, candado por fuera por prevención de don Floro y a la espera de que pase la noche para emprender el regreso al Pozo de la Señora, revive una vez más, quién sabe cuántas van desde entonces, cada palabra, cada gesto, cada suspiro, cada roce de sus dedos contra aquella piel de nácar, cada ahogo, cada escalofrío que lo deshacía, como quien repasa segundo a segundo uno de aquellos filmes que solían ver juntos, Rosaura y él, en el Tamberlick, después de recogerla en la fábrica de conservas, que no era tal fábrica ni había tal conserva, enseguida se dio cuenta cuando dio al fin con el paradero de la chiquilla, no había tal conserva, sino la Estrella de las Cíes, cafetín de artistas a pie de puerto, cerca de la estación marítima, no demasiado ruin, tampoco ninguna maravilla, en el que la niña de la Gaiosa parece que trabajaba arreglando habitaciones y algo más en la cocina. Eso fue lo que le dijeron. Los artistas eran dos músicos del país: acordeón y clarinete, y una catalana de edad incierta que llevaba un montón de tiempo esperando para embarcarse a las Américas, Buenos Aires o Montevideo, y

que había venido de Barcelona después de la guerra. Los parroquianos decían que se parecía a Libertad Lamarque cuando cantaba. Rosaura no sabía quién era Libertad Lamarque —tampoco el licenciado—, pero le gustaba verla cantar, espiándola desde detrás de las cortinas, igual que le gustaban las novelitas románticas que le prestaban en la casa, algunas de la propia artista, y las películas de Amparito Rivelles. Lobeiras iba a buscarla a primera hora de la tarde, después de que ella dejase recogida la cocina, principalmente los jueves y los sábados, y entonces tenían tres horas para estar juntos. A veces las ocupaban en las sesiones continuas del cine y otras dando paseos al pie del Castro. Algunas noches, cuando la casa se sentía generosa, incluso lo dejaban también a él escuchar la música de los artistas detrás de la cortina, los tangos de la catalana, que le ponía mucho sentimiento. En el salón no. El salón era para el señorío. Pero Rosaura nunca hablaba de cómo ni por qué había dejado la villa, la casa de la Leonesa, las clases particulares, y tampoco de otras faenas en la Estrella de las Cíes, ni de otras visitas, que también las había. De eso el licenciado fue percatándose poco a poco y muy lentamente, con mucha insistencia por su parte, y con mucha paciencia, tanta como para instalarse primero en una pensión y luego tomar todas las semanas el coche de línea de las rías solo para estar con ella, con Rosaura. Y tampoco la muchacha le preguntó nunca por qué estaba él allí.

Tercera parte

Ángeles custodios

15

Donde se cuenta la historia de Fuco Fariña y de sor Magdalena de los Siete Clavos, y donde se da noticia de la Carta del Fin del Mundo, que permanece oculta desde el principio de los tiempos en el convento de doña Teresa Pérez de Soutomaior

Extramuros de la villa, dominando el río y las viejas junqueras, se alzan las antiguas ruinas de la casa de las monjas de Santa Clara, fundación de principios del siglo xv atribuida a doña Teresa, hija de Gómez Chariño, Almirante del Mar, de quien tan orgullosos se sintieron siempre los vilanoveses. Es una fábrica de factura gótica, adornada en otro tiempo con vistosas vidrieras, pero también con pesados contrafuertes que le daban aspecto de fortaleza, y rodeada de un huerto cerrado por encima de cuyos muros, al llegar la primavera, florecían las acacias. En la clausura del convento, las santas señoras rezaban día y noche por la salvación del mundo. Así lo recuerdan los más viejos, en los días de la historia que relatamos.

Cuentan las crónicas que entre los muchos secretos que guardaban estas paredes estaba la carta de san Vicente Mártir, sellada con siete lacres, pues en ella se anunciaba con toda clase de detalles el día y la hora exacta del fin de los tiempos. «¡El gran instante!», según clamaba don Teodoro desde el púlpito de la Colegiata. «¡La hora de la Justicia, que ha de venir a sacudir la tierra con llamaradas de azufre, grandísimo espanto y terrible confusión!».

De la historia del Santo Anunciador y de cómo el tal documento vino a parar a la morada de las hermanas será cosa de hablar en otra ocasión. No fue nunca san Vicente patrono que despertase entusiasmos populares, ni romero ni milagrero, no tanto por el hecho de venir de fuera y muy tardíamente, en los primeros años del siglo XIX, como por el carácter de la profecía, nada tranquilizadora e impropia de la gente de mar, bastante más dada a celebrar fiestas que a lamentar calamidades. Pero impresionaba mucho su mensaje. La España Santa, la España del apóstol Santiago y los príncipes de Nuestro Señor, atrapada entre las garras del Anticristo, vivía horas terribles, y en su indefensión o abandono solo quedaba confiar en la misericordia de Dios y, si acaso, en el brazo armado de su Caudillo. El 19 de julio del año primero del Gloriosísimo Alzamiento, tal como señalaba la nueva retórica de los tiempos, a las pocas horas de recibirse las primeras noticias que llegaban de África, el gobernador

militar de la plaza, don Plácido Varela, convocó de urgencia en su despacho a las cabezas notables de la provincia: personalidades de la sociedad civil, empresarios, señores de la patronal, patriotas de las organizaciones cívicas, el propietario del periódico, autoridades eclesiásticas y algunos particulares. Les habló sin disimulo, conciso, contundente: el ejército se levantaba para salvar a la Patria, para restablecer el orden y devolver las aguas al cauce del que nunca debieron haber salido. Tiempo de tomar decisiones. También de afrontar sacrificios, que no iban a ser escasos. Que cada cual se retratase. Allí estaba don Floro Quintillán, con las primeras mesnadas organizadas, y el párroco de la Colegiata de Nuestra Señora, don Teodoro. La milicia asumía su responsabilidad. Al día siguiente, al caer la tarde, se proclamó el estado de guerra en Vilanova de Alba, al igual que en otras poblaciones de la costa, Vigo y Pontevedra principalmente. A don Casto Rubián fueron a buscarlo a su casa, al viejo palacio de Santa Cruz, cuatro paredes desvencijadas, otra cosa no quedaba del viejo señorío de las rías, linaje derrotado de los navegantes de antaño. Fueron a buscarlo y lo nombraron alcalde. «Por la memoria de los antepasados, por el honor de las viejas familias, por los principios de la civilización y por los mandamientos que nos enseña la Santa Madre Iglesia, gravemente amenazada por los enemigos de Cristo», dicen que anunció el gobernador. «No hay sitio para la herejía ni para la traición». Nombraron alcalde a don Casto, que ni conciencia tenía de lo que estaba sucediendo, viejo esmirriado sin más mérito que decir amén, y prendieron a toda la corporación anterior. Nadie hizo nada por evitarlo. Le temblaban las manos a Varela, parapetado tras la mesa del escritorio, pero no la voz, ni la mirada, que le encendía el rostro. «Es la Patria la que nos reclama, señores».

Esa misma noche empezaron los paseos. En la Banda del Río sobre todo. Pero también en todas las covachuelas de la revolución: el Sindicato de las Rías, los funcionarios del Ayuntamiento, Agustín Salgado, entre otros, elementos díscolos, agitadores agrarios, librepensadores, músicos... En el Sindicato de Músicos hicieron estragos. Parece que los bombardinos, los clarinetes y los fagots eran los más sospechosos. El tío Antonio tocaba la guitarra, cuatro cosas, pero lo mismo daba, todo entraba en el lote. Los metían en camionetas y los llevaban a la capital de la provincia. Mejor así, fuera de vistas, para no encrespar los ánimos. En el sindicato, por orden de la nueva autoridad, se procedió a requisar incluso las partituras, que se examinaban en las dependencias gubernativas con mucho cuidado, con atención demorada, pues de las artes de la música puede esperarse cualquier cosa, no digamos de su escritura, no accesible a todo el mundo y dada a toda clase de posibles mensajes crípticos. Desmontaron el sindicato en cuatro días, como quien desmonta un mecano. Según Plácido Varela —que antaño había llamado a la puerta de los masones y, como no lo quisieron con ellos, se dice que guardaba aquellos resentimientos—, en los músicos estaba lo peor, y lo malo no eran los que escribían; más peligrosos eran los que tocaban de memoria, o de oído, que entonces había que entrar en las conciencias, en la profundidad de las mentes, en el caletre de las ideas, ninguna de fiar, de acuerdo

con las características de su especie, por lo que de la noche a la mañana aquello se convirtió en un infierno. Puede resultar difícil de creer, o de entender, pero era un infierno. Hasta los gaiteros desaparecieron, incluidos los que salían en el Corpus del Sacramento con las andas de san Miguel, patrón de la Banda del Río. A pesar de su devoción probada de católicos viejos, fueron también a por ellos. La furia de don Plácido no tenía límites. O conmigo o contra mí. «Una vez que enciendes la mecha has de llegar hasta el final», decía. Aunque del anuncio del Apocalipsis se encargó personalmente el cura de la Colegiata, don Teodoro, a quien sus feligreses conocían por el mal nombre de Cafarnaún, no se sabe muy bien por qué pero era el apodo que tenía: Cafarnaún. Y en lo primero que pensó el eclesiástico fue en resucitar la Carta del Fin del Mundo.

Los vilanoveses asistían atónitos a la novena del Santo Mártir en el convento de las hermanas, recogidos bajo las altas arcadas, y oían las advertencias del cura como quien siente sobre sí el estallido de una tralla, el látigo de la Divina Furia, que venía a pedir cuentas de nuestros grandísimos pecados, por acción u omisión, de obra o de pensamiento. «¡Ay de nosotros, de todos nosotros, si el Ángel del Castigo, irritado ante tanta ignominia, tanto ultraje, tanta apostasía, acuerda descender de su altísimo escaño y arroja sobre la tierra la cólera de su Justicia! ¡Entonces sí que será el llanto y el crujir de dientes!».

¿Quién está libre de culpa? ¿Dónde esconder nuestras vergüenzas, nuestras claudicaciones, nuestra concupiscencia? La mirada terrible del Todopoderoso analiza nuestras conductas, penetra en nuestras mentes, horada nuestros pensamientos, escarbando en las cavernas más profundas. Tía Encarnación bien que se acordaba de aquellos días. Nunca hablaba de ellos, o casi nunca, mucho menos delante de los sobrinos, pero bien vivos que los tenía, de cuando vinieron puerta por puerta, llamando a la de la abuela Elvira, el tío Joaquín abatido entre las claudias. Era como le decían: «Lo llevaron a las claudias», que era lo mismo que decir: vinieron a por él y le arrancaron el corazón a la vieja. El tío Joaquín no era músico, tampoco tío Saturno, en el caso de que lo fuese tío Antonio, que andaba con la guitarra dando serenatas y luego acabó en Venezuela, o el viejo Quintín de Borela, que cantaba historias por las ferias. No eran músicos, pero aunque lo fuesen. Tampoco era músico Fariña. O quizá sí. Quizá eran otras las músicas que traían. En esta parte del relato, el cantar se levanta de manos, se revuelve contra el mundo y brama como un semental castigado, sujeto por cadenas. El cantar ruge, se encrespa, saca las uñas, aúlla como una alimaña ciega... Da miedo oírlo gritar. Eran muy grandes las heridas. Muy grandes y muy profundas. El narrador de la historia ha de saber amarrarla, ceñirla con tiento para que no se nos escape. Hay mil maneras de contar los hechos. Pero así es como se recuerdan. Las monjas jamás se atrevieron a abrir la carta: por respeto, aunque ninguna disposición se lo impidiese, ni del Papa ni del arzobispo de Santiago, pero sobre todo por miedo. Auténtico terror. ¿Cómo calificar si no el escalofrío que agitaba a la abadesa cuando, antes de retirarse a sus aposentos, visitaba cada noche la

capilla donde desde 1828 ardían las velas del Santo Documento, guardado en un cofre de plata compostelana, el mismo que dicen que allá por los días terribles del siglo XII había traído desde la ciudad de Braga, entre picas y estandartes, el dedo de san Fructuoso, después de que el arzobispo Xelmírez lo rescatase de la impiedad de los portugueses, que no lo honraban como se merecía, o cuando menos así lo justificó? La voz de don Teodoro resonaba como un trueno bajo las altísimas bóvedas: «¡Oíd cómo ruge la tempestad! ¡Oíd cómo crujen las vigas que sostienen la arquitectura del mundo!».

Amén.

Se retiraban las hermanas, apenas entrevistas tras las celosías, y los vilanoveses, que asistían a los oficios asfixiados por el olor del incienso y las apocalípticas imágenes que el párroco pintaba, regresaban estremecidos a sus casas, mirándose de reojo unos a otros, el amigo contra el amigo, el hermano contra su hermano, el vecino contra el vecino, y se encerraban en sus casas para escuchar la radio de Burgos: los discursos enfervorizados del general de Sevilla.

Concluido el sermón, don Teodoro entra en la sacristía, hace una genuflexión ante el Santo Cristo y se desviste ceremoniosamente de las prendas de la liturgia, besándolas con devoción, una por una, antes de doblarlas y disponerlas para que el sacristán las guarde en los cajones del armario de caoba. La noche viene fría. Lluvia y viento racheado. Ya no queda nadie en la iglesia. Únicamente en el altar mayor y en la capilla de Santa Clara arden las velas. El cura echa un vistazo a la gran nave vacía y, con la boina asentada hasta las cejas, se prepara para salir. Don Plácido aguarda su visita, como todas las noches, en las dependencias del gobierno civil. «Corren tiempos feroces, amigo mío, que no admiten flaquezas de espíritu ni consideraciones de poca monta. ¿Quién sabe lo que aún se nos pedirá?».

Y entonces siente tras de sí la sombra de don Vituquiño, el sacristán.

—¿Hago la ronda, señor cura?

—Igual que siempre —responde el eclesiástico antes de echarse a la calle, preparado para sobrevivir en medio de aquel mar de viento feroz y latigazos—. Y luego vienes a darme el parte.

Las señoras están muy nerviosas, desazonadas, revolotean como pájaros en una jaula gigantesca. El señor gobernador mira con determinación la figura que lo visita: el cura de Santa Clara, San Félix, San Bartolomé y la Colegiata, implacable y fanático, pues de este modo atiende las cuatro parroquias, como si las llevase en un puño.

—¿Qué noticias tenemos de Madrid?

Pocas. La radio se escucha con dificultad. El ejército de Mola apenas consigue avanzar en el norte. En Barcelona las hordas siguen quemando conventos. Aquello es una procesión de mártires, una pira incandescente, con los ataúdes reventados y cadáveres por las calles. Así pintaba cada noche don Teodoro el panorama ante sus feligreses, que volvían a sus casas descompuestos, aterrados ante semejante

espectáculo y sus previsibles consecuencias. El mundo se deshace, ardiendo por los cuatro costados, y no parece que nadie pueda remediarlo. En los barrancos del Confurco y en los pasos de Portugal las partidas del Anticristo preparan la revolución. ¡Fuera máscaras! No pasará este cáliz ante nosotros sin ponernos a prueba. El nombre del huído anda en la mente de todos, aunque pocos se atrevan a pronunciarlo en voz alta: Fuco Fariña. En el 31, antes incluso de que llegasen las noticias de la proclamación de la República en la capital de España, ya él había plantado en el balcón del Ayuntamiento la tricolor: «¡Alzaos, hermanos proletarios!», aclamado por los suyos, cuatro gatos, pero bravos, resueltos, que no había quien les tosiere, ataviados con las insignias de la CNT y del Sindicato de las Rías. Se le abren las carnes al cura cada vez que lo recuerda: voces, canciones, el aliento del vino en las tabernas, aquel recio olor a brea, a macho cabrío, a marea baja, mezclado con el sudor rancio de la ropa usada, que descomponía los cuerpos y echaba para atrás. La serpiente deslizándose entre las piedras. No hubo tiempo de cortarle la cabeza entonces, o faltó decisión para hacerlo, y ahora quizá sea demasiado tarde.

—¿Y las monjas? —insiste la autoridad civil—. ¿Qué dice la Rosiña?

El cura termina de liar el cigarro, le da una calada larga, deja salir lentamente el humo y contesta:

—Nada. Pero hablará. Estas cosas tienen su arte, señor gobernador, y necesitan su tiempo.

Don Vituquiño, el sacristán de las clarisas, cierra el portalón de la iglesia, pasa la tranca, no sin antes echarle un vistazo a la noche lluviosa, y sin luz ni vela alguna, pues conoce el claustro como la palma de su mano, avanza en la oscuridad hacia los corredores de las monjas. Retaco, aplastado por el peso de su joroba, que soporta como la cruz de un penitente, puede identificar las celdas una por una: secretos territorios de clausura que ningún mortal debe profanar, pero que él recorre como un aire, embozado en un largo sudario blanco. Aquí sor Faustina de Santa Cruz, en el mundo María la Tenebrosa; aquí sor Teresa del Santo Sepulcro, antes Manuela Sánchez de Pobra do Caramiñal; aquí sor Felisinda de la Luz Divina, en vida María de Aneiros, de Vilanova dos Infantes; aquí sor Magdalena de los Siete Clavos, también llamada la Rosiña, a quien él todavía recuerda jugando en los muelles poco antes de tomar los hábitos, la más joven de los Fariña, siete hermanos, siete castigos de Cristo. Fuco era el mayor de todos.

En el segundo corredor, junto a la baranda de piedra y la gran escalera barroca, don Vituquiño hace una parada y enciende la lámpara de aceite que lleva en la mano. La luz agranda las sombras en la oscuridad y extiende contra el muro un largo brazo de mármol que se prolonga hacia las celdas de las hermanas. Sor Magdalena no puede dormir. Desde que tan graves sucesos conmueven al mundo, reza sin descanso, día y noche, pidiendo ayuda al Señor para que le dé fuerzas ante la grandísima prueba a la que la fatalidad quiere someterla. La madre abadesa está al tanto de todo.

—Dios es quien marca el camino, hija mía. Él es el dueño de nuestras vidas y de

nuestras conciencias. Él escribe con letras de oro o de sangre en el libro de nuestro corazón. Dime, ¿ha vuelto el Ángel esta noche?

Don Vituquiño no se mueve. Apenas respira. Se queda quieto en el otro extremo de la galería, donde ella pueda verlo, con la lámpara de aceite en la mano, cubierto con el sudario blanco que le dio el cura. Desde el interior de la celda, Rosiña espía su claridad, su misteriosa presencia. Ese es su único consuelo.

—Parece un pájaro, madre. Igual que el pájaro de la muerte que se posa en el alero de las casas cuando llama a los pobres difuntos. ¿Por quién vendrá esta vez?

—¿Y qué te dice?

—Nada. Aparece. Se queda quieto un rato y se va.

—Los pecados del mundo son muy grandes, hija mía. Solo un alma inocente podrá salvarlo. Tienes que contárselo todo a nuestro confesor.

Don Teodoro quisiera poder ceñir espada, como los antiguos príncipes de la Iglesia, y emprender la guerra santa por la defensa del altar y de la Cruzada, como antaño hicieron los paladines de la Cristiandad. Es lo que piden los tiempos. Bien que le disgusta tener que conformarse con estas artes de simulación y engaño, que en el fondo considera humillantes, sobre todo cuando ha de dar cuenta de ellas al gobernador, semejante medianía, que no le llega ni a la suela de los zapatos pero tiene plenos poderes en la plaza. Mucha empresa para tan escaso personaje.

—¿Podemos fiarnos de ese hombre, señor cura? —pregunta don Plácido, refiriéndose al sacristán.

—Déjelo de mi cuenta. No tenemos elección.

Debería pedir licencia al arzobispo para lo que está haciendo. Se trata, al fin y al cabo, de alzar secretos de confesión. Pero hace tiempo que decidió asumir todo el peso de la Historia, sean cuales sean las consecuencias. La pequeña de los Fariña sabe por dónde anda su hermano. Sabe mucho más de lo que ella misma imagina. Dicen que las partidas del huido se mueven, cada vez más audaces, hacia la zona de Aguasantas, en el camino de la Lama. Y que cada vez hay más gente comprometida. En la feria de Carballedo dieron un golpe de mano y levantaron de una sola vez no menos de veinte mil duros. Quizá no fuese tanto, mucho dinero parece, la gente habla sin tino y de más, sobre todo en estos casos, pero hubo dos muertos: dos jovencitos de Falange, y eso espanta al gobernador, abrumado por las responsabilidades del mando. Claro que las cosas no van a parar aquí. Esto es solo el principio.

—¿Qué hace Queipó desde Mondariz, que no mueve a los suyos?, —se enfurece la autoridad—. ¡Pónganme enseguida con la comandancia de Pontevedra!

Las partidas huyen hacia Tierra de Montes, territorio difícil de batir. Habrá que mover efectivos desde Lalín y Silleda, quizá también desde Santiago, para cortarles el paso. El cura contempla el ajetreo de los despachos y, sin inmutarse, asiste a la agitación de las ordenanzas, la impotencia de don Plácido, el pánico de las monjas, el terror de los feligreses, ocupado en liar otro cigarro. No darán con el Fariña. Él lo sabe bien. Tampoco en esta ocasión. Cada vez que los perseguidores creen tenerlo

cercado, se les escurre de entre las manos como la serpiente se arrastra entre los matorrales. De nada servirá poner precio a su cabeza. El vulgo es cobarde. Más puede el miedo que la codicia en estos tiempos de agonía.

—Todo conforme —saluda don Vituquiño, que lo ve entrar en la rectoral de regreso de las dependencias de la gobernación.

El sacristán jorobeta parece una sombra —él también—, deslizándose silenciosa por los claustros. Pero don Teodoro no responde al saludo.

—Mañana sacamos la procesión del Cofre Santo —acaba de anunciar en los despachos del gobierno militar—. Y si viene al caso, rompemos el Séptimo Sello —el sobre lacrado que el mártir Vicente dejó escrito antes de morir.

—¿Y no habrá que pedir licencia a Compostela? —insiste el comandante de la plaza.

—Yo asumo la responsabilidad.

Así se lo anunció también a la madre abadesa, después de visitar juntos la capilla donde ardían las velas al lado del relicario. Y así se lo había advertido a los vilanoveses, encaramado en el púlpito, con la voz atronadora de las profecías. «¡Tenemos tres días y tres noches para velar la carta! ¡Tres días y tres noches para vestir la estameña, los cilicios y las penitencias! ¡Cubrámonos de ceniza, pues ha llegado la hora de desvelar la verdad tanto tiempo oculta! La luz cegará nuestros ojos. La visión del rostro de Dios es irresistible. Pero es el momento de poner a cada cual en su sitio: a este lado los justos, del otro los pecadores, a mano derecha los elegidos, que serán escasos, contados uno por uno desde el principio de los tiempos, y a mano izquierda, colgados sobre la boca del abismo, la horrorizada multitud de los malditos».

—¿Qué dice la chiquilla, señora abadesa?

—Su corazón está limpio como una patena.

En la Banda del Río seguía habiendo gente escondida. Esa parte del mundo era la peor, la más atravesada. Casuchas de la miseria. Pero también de la dignidad de los que no se humillaban, porque tampoco tenían nada que perder. De allí eran los Fariña. Los clavos del crucificado. Contaba después tía Encarnación que aquella noche fueron a por el capitán, pensando que lo tenían. Pero no dieron con él. Se les escapó de entre los dedos igual que se escurre el agua en un cesto de mimbre, como se escapa el róbalo, que parece que lo tenemos ya en la red y salta de repente como un relámpago de plata. Era mucho capitán el Fariña. El más grande de todos. El último. Después de él no hemos vuelto a tener otro. Pero Rosiña se consumía. Se había criado en las junqueras, entre los patos y el chillido de los zarapitos, viendo correr el agua bajo los arcos del puente, la más pequeña de siete hermanos, y cuando entró en la clausura llevó su nombre con ella para purgar los pecados de todos: los Siete Clavos de la Dolorosa. Fuco Fariña la dejó ir. «Alguien ha de rezar por nosotros», se dice que sentenció el huido. Entonces aún podían cambiar el mundo. Siete hermanos. Todos hombres, excepto Rosiña. ¿Qué iban a hacer con la pequeña, sin padres ni amparo

que se encargase de ella? Desde niña le gustaban las cosas de la religión: libros de santos, aquellos mártires de antaño que daban la vida por un sueño, por un ideal, la misericordia de Dios Nuestro Señor, que habría de acogerlos a todos en su Divina Presencia, consuelo de aflicciones. Cuando se acabase el mundo, allí estaría ella, aguardándolos, sentada entre los ciento cuarenta mil elegidos, junto al Todopoderoso, y si el mundo no se acababa todavía, o si se terminaba aquí, como parece que se anunciaba, ellos, sus hermanos, estarían también, para llevarla consigo y no perderla.

Don Vituquiño, el sacristán, vestía cada noche el sudario que le había dado el cura y, anunciado por el candil de aceite, recorría las soledades del claustro hasta la celda de la muchacha. No se acercaba demasiado. Se quedaba quieto, al otro extremo de la baranda, alumbrado por la luz de la lámpara, y ella, Rosiña, contemplaba aquel resplandor como el náufrago contempla el milagro en medio de la tempestad, como el ciego aguarda por la luz que le devolverá la vista, una señal, postigo luminoso por el que salir al fin del laberinto. La abadesa continuaba empujándola para que se confiase a su confesor. «El mundo está en las manos de los inocentes, hija querida. ¿Qué sería de nosotros si negásemos nuestra fe cuando más la precisamos?». Fuco Fariña viene alzando partidas desde la parte de Forcarei. ¿Quién sabe lo que nos deparará la suerte? Lleva razón Varela cuando dice que o todo o nada, ni ellos tendrán misericordia de nosotros ni nosotros podemos flaquear ahora. No se alzan las espadas para humillarlas después. El enemigo está en todas partes, bulle en los tojales y en los desvanes más disimulados, corre por las playas, se revuelve entre los campos de maíz. Tío Joaquín arrastrado por las cunetas. Lo que Rosiña sabe es capital para atajar el desastre. Así trabaja don Teodoro, cercando el corazón de la pequeña. ¿Dónde está? ¿Dónde oculta la serpiente su nido? ¿Dónde se esconde la maldición de las rías?

Dijeron que el fuego comenzó algo después de medianoche, en la parte baja del claustro, justo detrás de la sacristía. Se extendió por las galerías igual que por un sembrado en agosto. A la campana enloquecida de las hermanas respondieron rápidamente las de Santa María de la Seca, los toques graves de San Bartolomé, el fragor enardecido de San Félix Extramuros, las campanas todas de la Colegiata, en un estruendo arrebatado que todos identificaron, efectivamente, con la hora del Gran Acontecimiento, como el párroco tantas veces había anunciado. La alarma corrió como la pólvora. La morada de las monjas ardía por los cuatro costados: una inmensa hoguera imposible de apagar.

—¡Muévame esa gente, señor sargento, que están dentro las señoras!

El retén de la comandancia no daba abasto, ni los del barrio de San Miguel y la cuesta del Rouco, que fueron los primeros en acudir, acarreando agua desde la fuente de los Tornos. Las llamas lo devoraban todo.

—¡Las señoras! ¡Las señoras! —gritaba la multitud.

Las imaginaban corriendo por las altas celosías, ya que no podían verlas, agitando los hábitos como pájaros enloquecidos, con las alas encendidas. En medio de la plaza

apareció el párroco sin sotana, don Teodoro, vestido de camisa y con correaes de campaña, pues el fuego aún no había llegado a la rectoral.

—¡El cofre de san Vicente! ¡Salvemos la carta del Santo Anunciador!

De nada sirvieron las escalas, ni las cadenas humanas moviendo baldes. Imposible llegar al interior del claustro.

—¿Dónde está don Vituquiño? ¿Por qué no retira las trancas el sacristán?

Durante dos días no pararon de caer ascuas encendidas. Desde todas las puntas de la ría, desde el puente de Santiago, desde los pasos de Tomeza y la Gaiosa, se veía ascender la humareda como un gran telón cubriendo de ceniza los campos. Una parte del coro apareció al otro lado del río, como si hubiese volado por los aires, arrastrado por el cataclismo, y de la sólida fundación de doña Teresa de Soutomaior, hija de Gómez Chariño, Almirante del Mar, solo quedaron en pie los muros del ábside y el portal de cantería, con enormes agujeros abiertos en sus vidrieras, como bocas humeantes.

Varias semanas después, todavía medio trastornada por la gravedad de los acontecimientos, la madre abadesa intentó redactar un primer informe para el arzobispo de Compostela en el que, en la provisionalidad del caso, adelantaba algunas explicaciones. Para empezar, daba gracias a Dios por haber consentido, en su Infinita Misericordia, que la pequeña comunidad de hermanas a las que desde hacía casi veinte años tan humildemente servía —doce clarisas— hubiese logrado salir con vida de semejante desastre, escondidas todas en el ala norte del claustro, como palomas asustadas, que fue la única parte del edificio que respetaron las llamas. El resto quedó totalmente calcinado. De la que antaño había sido poderosa construcción apenas quedaban cuatro paredes, la baranda y unas pocas arcadas. Fue un milagro verlas aparecer, de repente, en medio del infierno. Pero nada se sabía del relicario de plata, la Carta del Fin del Mundo que el santo mártir Vicente había firmado antes de morir. Por más que buscaron vecinos y autoridades entre los rescoldos, principalmente don Teodoro y don Plácido Varela, el gobernador de la plaza, revolviendo en las cenizas e incluso moviendo las pesadas vigas del artesonado, que se había hundido y hecho pedazos contra el enlosado con horroroso estruendo, ni rastro apareció del cofre, mucho menos del Santo Documento, como si el Diablo hubiese arramblado con él, Dios me perdone, en medio del cataclismo. Como tampoco nada podía decirse de las causas del siniestro. En estos tiempos que corren, ¿qué puede asombrarnos? Según parece, el señor gobernador, asistido por especialistas de la comandancia de Pontevedra, trabaja diligentemente en el caso, y ya han ordenado abrir expediente para determinar las razones del suceso, extraordinariamente graves, pues ahora las hermanas quedan huérfanas y sin amparo, sin morada ni consuelo, por lo que en la presente solicitaba la abadesa de Su Eminencia que dispusiese nuevo asentamiento para la comunidad en alguna otra casa de la archidiócesis, aunque sea con carácter provisional, a la espera de que se tramite algo más definitivo, que desde luego tendrá que ser cuando los tiempos calmen esta

locura, esta desolación, y cuando los terribles sucesos que ahora todo lo trastornan vuelvan al cauce de la cordura y a la Santa Paz de Dios Nuestro Señor.

La devotísima señora sabe que su destino y el de toda su comunidad está en las manos del Todopoderoso, y que si Él protege las flores de los campos, cuida de los gusanos y alimenta a los pajarillos, también se encargará de ellas, allá dondequiera que tengan que ir a proclamar su Misericordia. No será esta catástrofe ni más grande ni más aterradora que otras que ya antes sucedieron. Lo que verdaderamente la desconsuela es el estado de sor Magdalena de los Siete Clavos, la pequeña de los Fariña. Ella fue la que vino a resultar peor parada, pobre paloma herida, que dicen los médicos que será muy difícil que se recupere de la impresión. Tal parece que hubiese perdido definitivamente la cordura. Ni entiende lo que se le dice, ni emite palabra alguna, como si de repente se hubiese ido de este mundo y ya nada pudiera interesarle de lo que sucede a su alrededor. Su fijación es repetir día y noche, las pocas veces que logran sacar algo de ella, que le mataron al Ángel, el Ángel Custodio, el Mensajero, aquel que tanto la consolaba y le prometía una luz en medio de la negrura, bálsamo de su aflicción, abatida ahora para siempre. Y ya hay quien piensa que el tal ángel era don Vituquiño, el sacristán de la casa, a quien la misma noche de autos encontraron con un agujero de bala en la cabeza.

—Hay cosas que usted no sabe, señor maestro —le comentó una tarde la joven Rosaura al licenciado mientras paseaban por las avenidas, mirando los barcos que venían a atracar a la Laxe—. Y tampoco estoy segura de que deba saberlas.

Ni de que ella quisiese contarlas. No sé si para matar el tiempo, para justificar su constancia o para ablandar el corazón de la niña, pues aún no había perdido la esperanza, el maestro de academia le había propuesto a Rosaura continuar con las clases particulares en las horas libres de que ella pudiese disponer. No clases regulares, que tampoco era eso, sino consejos y lecturas, apuntes varios, noticias de historia antigua, nunca más acá de la guerra contra el francés, por supuesto, donde tanto heroísmo se derramó, según pudimos ver en el relato del Pozo de la Señora. Más letras que números en cualquier caso. Jamás entre ellos, que sepamos, se comentó el desastre de las clarisas, por ejemplo, pese a la fuerte impresión que el suceso dejó en los vilanoveses, ni otros acontecimientos próximos que el mundo entonces padecía. Estas partes de la historia no existían. Ni para ellos, ni para los que vivieron aquel tiempo. De Fuco Fariña, por seguir con el relato que nos ofrece el cantar, apenas quedó memoria, fuera de lo poco que se recoge en estas coplas. Aunque en las mentes de algunos alentaba su recuerdo, e incluso seguía vivo, como en su momento supimos por la señora de Muras la noche que hizo el comentario aquel en la cocina, el discurso oficial lo borró de un tajo de las crónicas. Tajo o hachazo, según queramos verlo. Únicamente en la Banda del Río, de donde se decía que era natural, algunos hablaban a veces del Capitán, el Huido, el mayor de los siete hermanos, apodados durante algún tiempo los Hijos de Caín, la memoria del Anticristo... Pero al final todos desaparecieron. Tampoco de sor Magdalena de los Siete Clavos volvimos a tener noticias, oculta en el misterio de los claustros, donde se desvaneció para siempre. A don Teodoro, el Cafarnaún, lo trasladaron a una diócesis de Extremadura, parece que por exceso de celo. Otros empezaron a decir que andaba por allá de obispo, próximo al Papa de Roma, que lo tenía como instructor de milicias, por lo que aún pudiese suceder, que los tiempos tampoco estaban tan tranquilos. Y de los muros de Santa Clara, la fundación de doña Teresa Pérez de Soutomaior, obra del siglo xv, no quedan más que cuatro piedras, un bulto de sombra a la vera del río. Eso fue todo, como un viento del que tras abrasar la tierra nadie quisiese hablar y a nadie interesara. La historia vuelve a la joven Rosaura y al enamorado Lobeiras, localizados los dos en la plaza de Vigo, ocupados de nuevo en las lecciones de las pasantías. La historia cuenta lo que sabe y lo que se deja contar.

—¿Y cómo se las voy a pagar? —le preguntó la muchacha.

—No pienses ahora en eso —la tranquilizó el maestro.

Dado que había decidido echarse al mundo, no para andar por malos caminos, que a esto no hemos llegado todavía, sino por huir de aquel pudridero que parecía ahogarla, mejor estar preparada con algunos conocimientos que saltar de acá para allá como una pandorga, aconsejaba el licenciado. Tal como acontecía en el desván de los cerezos, se sentía más seguro trabajando este asunto que caminando a pecho descubierto por las avenidas o teniendo que competir en el cine con aquellos galanes de bigotillo atildado que tanto lo fastidiaban y que, al verlos, le recordaban a Martín García. Paseando por las callejuelas del barrio marinero subieron una tarde hasta la parte que llaman de Poboadores, al pie de la Falperra, y allí dieron con un rincón, mesa con café de puchero, al fondo de una tasca que los acogió de buen grado. Paraban en aquel local humilde, y el patrón, hombre viejo, bregado en servicios varios, enseguida se dio cuenta de que algo más que lecturas había en las conversaciones de la pareja, tan desemejantes y no obstante tan próximos, por lo que se avino a tenerlos allí, desgranando versos y garabateando en las libretas, junto a un café de achicoria que duraba horas.

Las cartas son de esta época: las mismas que tanto le pesaban cuando el de Muras lo vio partir en sueños por el camino de hortensias, mientras huía de la borrachera del Pasamundos. Por las mañanas, a veces también por las noches, encerrado en la pensión, el licenciado escribía a su enamorada, remedando las palabras de los poetas y los relatos que sabía que tanto la conmovían: palabras e historias de amor, enfervorizados suspiros, tropos y licencias con los que muy lentamente iba desnudando su corazón, ya que no sabía o no podía hacerlo de otro modo, nunca jamás delante de ella. El licenciado se volcaba sobre el papel y volcaba su alma en la escritura, como quien abre una presa y deja correr la crecida por los prados, primero poco a poco, pero cada vez con más desinhibición y consciencia. Hacia el final de la tarde, de regreso al cafetín de artistas, Lobeiras ponía en la mano de la muchacha un nuevo sobre distinto del sobre del día anterior, o a veces simplemente dos o tres folios doblados, textos trabajados, más bien retóricos, quizá demasiado filosóficos, propios de quien durante mucho tiempo ha vivido acostumbrado a las soledades, las lecturas y las meditaciones, pero también arrebatados, porque el amor, cuando muerde de veras, como era el caso, no entiende de diferencias de edad, ni de condición ni de clase, y él se sentía como un muchacho de veinte años.

Rosaura aceptaba las cartas y las metía en el bolsillo del abrigo. O por dentro de la prenda, próximas al corazón, que era donde a Lobeiras más le gustaba que las llevase. O entre las páginas del libro, cosa algo más despegada a su entender. Dependía de los días. Cogía ella las cartas como si no fuesen suyas sino de otra persona, una persona desconocida, ajena a los dos: una historia paralela que sucedía al margen de ellos, como en otra realidad. Debemos suponer que las leía. Podemos imaginarla abriendo el sobre y desplegando los papeles en la intimidad de su cuarto, después de rematar las tareas nocturnas, conociendo como conocía la letra de su

instructor, y sabiendo que eran sus palabras. Podemos imaginarla, y seguramente el licenciado también la imaginaba así. Pero al día siguiente ninguno de los dos hablaba de ellas, como si no existiesen, como si nadie las escribiera y nadie las hubiese leído nunca. Pasaban la tarde juntos, en el cine, una vez a la semana, cuando había función, o paseando por la alameda, a veces sin hablar, o inclinados sobre las libretas al fondo de la taberna de Poboadores, y solo cuando regresaban a la Estrella de las Cíes, en la misma acera, antes de que la muchacha se despidiese, el licenciado ponía en su mano la siguiente carta, que ella aceptaba sin comentarios, pero como si le quemase, aunque a veces ni la miraba siquiera. «Hay cosas que usted no sabe, señor maestro, y quizá mejor que nunca las supiese...».

Pero no siempre era así. No todas las tardes corrían con la misma templanza, ni la misma luz brillaba igual para los enamorados, en el caso de que podamos llamarlos de esta manera, que quizá tampoco deberíamos adelantar tanto. De repente, Rosaura, por lo general dulce y reposada, daba un vuelco y se transformaba en otra criatura. Sucedió inesperadamente, sin avisar, sin que Lobeiras pudiese dar razón de aquellos cambios de humor, ciertamente imprevisibles. Tanta furia llevaban dentro que, cuando se producían, el hombre no se atrevía ni a preguntar. Fue así casi desde el principio: aquellas vueltas, aquellos arrebatos, que no le conocía de los días vilanoveses, cuando menos no de la misma manera, y que la hacían de pronto tan distinta, tan distante, hasta el punto de que a veces llegaban a asustarlo. ¿Qué te ocurre? Sin explicación alguna pasaba la tarde sin hablar, con la cabeza en otro sitio, perdida en el infinito, cosa que disgustaba al poeta, que tampoco tenía tantas ocasiones para retenerla a su lado. Se encerraba en sí misma y no había modo de sacarle una palabra. O bien no aparecía: mandaba recado por algún empleado de la Estrella de las Cíes, un camarero, alguno de los músicos, y entonces el de las pasantías se quedaba con los libros bajo el brazo, parado en la acera. «La señorita Rosaura dice que no puede venir, que no la espere», avisaba el recadero. Se dará cuenta el lector, y se daba cuenta también el Lobeiras, por supuesto, por más que intentase disimularlo, de que el tratamiento no era siempre el mismo. De natural, Rosaura era Rosaura, la sobrina del administrador de la Leonesa, la muchacha de las clases particulares, si acaso la Amarinda del moro Safaín en la imaginación del poeta. La mayoría de las veces, en la posada viguesa la llamaban por su nombre o simplemente la chica: «Dice la chica que no lo espere», o «Dice la chica que mejor si puede venir mañana»; pero de un tiempo a esta parte alguien había introducido tratamiento mayor, y entonces era «la señorita Rosaura», no sin su aquel por parte de quien así la llamaba, o tal vez era algo que reconcomía por dentro al licenciado al sentir que la trataban de señorita, pese a ser de la Gaiosa y de la Banda del Río, que era una forma de apartarla de él, y allí se quedaba, plantado en medio de la calle, sin saber adónde ir, como no fuese seguir los pasos de los tranvías de regreso a la pensión del Berbés donde se alojaba.

Los cambios de humor de la muchacha desarmaban al maestro y, al principio,

como ya hemos dicho, incluso lo asustaban, incapaz de encontrarles explicación, pues tampoco ella en este punto se le abría. Hemos hablado de los tranvías. En Vilanova no había semejante cosa. En Vilanova el transporte era el coche de línea de la costa, que empalmaba en Pontevedra con el de Santiago y el resto de las rías; las carretas de Carrascal, que transportaban la sal y el carbón doméstico; el coche de don Floro y los de la gobernación y, si acaso, para causa mayor, el coche de punto de Maquieira. Poco más. La algarabía de los tranvías era la modernidad, y a Vilanova, parada en el tiempo, como los lectores y lectoras entenderán, la modernidad no había llegado. Cierto que también estaban los barcos que cruzaban la ría, las motoras de los catalanes, por ejemplo, los *xeiteiros* y las viejas traineras de la Galera, los galeones, las últimas lanchas, las barcazas que pescaban en los arenales, con sus grandes velas de lino, pero en tierra poco más había que lo que se ha indicado ya. El mundo entonces aún era así. Rosaura le confesó una tarde a Lobeiras que lo que más le había impresionado de Vigo habían sido los tranvías. Mucho más que los grandes barcos que atracaban en el puerto con noticias de las Américas. De los barcos ella ya había oído hablar. Los barcos eran cosa sabida, igual que los ombúes del Uruguay, las chacras de Luján, las calles y las avenidas de Buenos Aires, los saraos de la Cuba linda... De estas cosas los vilanoveses sabían, por experiencia propia o de oídas: las leían en las cartas de los hermanos o de los parientes que allá se habían marchado, corrían de boca en boca entre los que no sabían leer, se repetían en las mesas de Nochebuena, en las tertulias de la Bella Romana o del café Suizo, en las crónicas de los periódicos... La avenida Corrientes y los paseos por el parque Rivadavia los domingos, aparentemente en el otro extremo del mundo, se sentían bastante más próximos que las noticias que llegaban de Madrid o de los tenebrosos soportales de Compostela. Todo eso ya existía de antes, si no a la vista de los presentes, sí en la imaginación. Los tranvías no. El chirrido rodante de los vagones, el estruendo de hierros y golpes, voces y gritos desde primera hora del día, con la gente corriendo por las aceras, encaramada a los pescantes, los silbatos de los guardias, el apuro de los revisores, impresionaron a la muchacha más que ninguna otra cosa. Despertaba por las mañanas con el alboroto de la ciudad y, sobre todo al principio, vivía enganchada a aquella música, hasta que pasaba el último vagón y se encendían las farolas de las avenidas. Para la joven Rosaura, la vida, la luz y la libertad, que aunque no lo decía así eran la misma cosa, se materializaban, por decirlo de algún modo, en el espectáculo de los tranvías, de la mañana a la noche, agitación solo comparable a la que le producía la voz apasionada, quizá también un poco cavernosa, de la Catalana cuando actuaba en el cafetín, que decían que era clavada a Libertad Lamarque. Tantas emociones juntas, tanta novedad, pensaba el licenciado, sin duda alteraban el temperamento natural de la muchacha, sometida a una gran confusión, hasta el punto de causarle aquellas imprevisibles mudanzas de carácter. No conseguía encontrar otra explicación. O quizá es que tampoco quería buscarla. «La señorita Rosaura dice que hoy no puede venir, que no la espere». Y allí quedaba el infeliz, con las libretas

debajo del brazo, a veces algún libro de poemas, rimas de Campoamor que desgranaba al oído de la muchacha en la taberna de Poboadores. Mudanzas de mujer. Pasados dos o tres días, con la misma imprevisibilidad y de forma igualmente inexplicable, como quien regresa de un trance, Rosaura volvía en sí y entonces todo tornaba a ser como antes, territorio despejado, y volvía a mostrarse cariñosa, simpática, incluso con una confianza que no siempre le concedía, acercándose a él como si buscara su amparo, o su perdón, o ambas cosas, y Lobeiras sentía renacer la vida. Pero aquellos cambios de humor lo trastornaban. Las reacciones de la chiquilla eran a veces tan bruscas que incluso resultaban violentas, como si una energía feroz estallase dentro de ella, y en esos momentos parecía que fuese a quemar el mundo, pues nada le interesaba. Ahora podemos decirlo: eran los mismos arrebatos que los vecinos escuchaban por las noches en la casa de la Leonesa, y que oía la tía Felisa, metida a rezar el rosario en las sacristías. «Vendrá Dios Nuestro Señor a socorrernos, criaturas desamparadas». Y si no Él, pues bastantes ocupaciones tiene, que mande a algún arcángel con la espada. Era la misma furia que tanto excitaba al capataz, y que en el fondo tanto le gustaba, grandísimo cabrón, prendiéndole fuego a la alcoba, echando abajo la puerta del cuarto de la muchacha, descargando aquí y allá correazos y amenazas. Como quien corre las cortinas que cubren un retablo de figuras, o como quien siente levantarse la niebla lentamente y la ve derramarse por las laderas a la luz del mediodía, el licenciado pudo ir construyendo también esta parte de la historia. Allí estaba el capataz, aupado como un general en la batalla, como un centauro en la plaza, como el mandril que salta alrededor de la fogata, y ella resistiéndosele, mariposa indefensa, atrapada en las garras de la Comadreja.

Una tarde, en lugar del camarero que casi siempre venía a avisarlo, no sin cierto recochineo, como quien sabe lo que sabe: que hoy la chica no está para paseos, que la Rosaura no tiene el cuerpo para otra gente, que hay quien está picando más alto, pedazo de infeliz, que ni las ves ni quieres verlas; una tarde, digo, en lugar del camarero chismoso y malencarado que lo espantaba con bromas de mal gusto de la puerta del establecimiento, se presentó el músico Rogelio, el del clarinete, y cuando vio que Lobeiras se marchaba con las libretas bajo el brazo después de darle el recado de la susodicha, que decía estar indispuesta, lo llamó y le propuso una parrafada. ¿De qué quería hablar el artistilla?

—De la muchacha, señor mío, ¿de quién va a ser? ¿Cuánto tiempo lleva haciéndole la corte, que podría ser su hija? ¿No ve que todos ven lo que usted tiene delante de los ojos y no acierta a despejar? ¿Cree que los demás estamos ciegos? —hablaba el músico mientras liaba una picadura, parados los dos en medio de la calle. E insistió—: ¿No será mejor ventilar un coñac en algún sitio?

El licenciado no era hombre de espirituosos, fuera de los chupitos de licor café en casa de la Bella Romana en días señalados, pero adivinó la trascendencia de la invitación. No era mal hombre el Rogelio. Se notaba que le tenía cierto aprecio. No como el otro, el camarero, que venía a la puerta casi para correrlo. No era mal

hombre y sabía lo que sabía: que la tal Rosaura, la joven con la que él estaba encariñado, había venido hacía ocho o nueve meses de las rías ciertamente, de la villa que llaman Vilanova de Alba, algo apartada de la civilización, pero de fama recuperada en los últimos tiempos por lo del mineral y los negocios del wolfram, que traían revuelto medio mundo. De vez en cuando también hasta allí llegaban los ecos de la abundancia, gente metida a destajo en los negocios de la piedra, o el trasiego de la frontera, con algunas salidas hacia los pasos de Portugal. Son tiempos agitados, pero tocar el clarinete no quiere decir que uno sea sordo, ciego, ni estúpido, más bien todo lo contrario, que bien que anduvieron detrás de nosotros cuando se armó la que se armó, y si estamos aquí es de milagro. A Rogelio le gustaba el coñac, se toca mejor con la *palleta* mojada, y no quería engañarlo. La chica había llegado a la Estrella de las Cíes con el coche de punto pagado. No por ella, debemos entender. Pero pagado. Y se alojó en un cuarto que había sido dispuesto previamente, que no se tuvo que arreglar en ese momento, vaya, por lo que debemos también suponer que su llegada estaba anunciada de antes.

—¿Cuánto de antes? No sabría decirlo. Que trabaja en la casa es cierto. Algo hace, no para matarse, desde luego, y con eso paga la pensión y el trato, pero tampoco sé qué se le pierde con usted, estando como está ocupada con rondadores de bastante más alto copete, perdone la sinceridad, que lo digo porque no lo quiero mal y le veo insistir un día y otro en el cerco de esa paloma, que es mucha torcaza, bien se ve, y al final estas cosas acaban lastimando.

Así habló Rogelio, músico de la Estrella de las Cíes, y pidió una segunda ronda, que no quiso que pagase Lobeiras, pero que el licenciado secundó, como si le quitasen de repente el velo que le cubría los ojos, como quien enciende una luz en la oscuridad y se queda ciego con su resplandor. Rosaura... Si aquella tarde estaba indispuesta, insistió el del clarinete, ella sabría por qué, pero la noche anterior había tenido visita, y la anterior también, siempre la misma persona, que él no podía decir quién era, ni lo sabía ni la había visto más que una o dos veces, porque tampoco paraba en el local, entraba y se iba, y tampoco era algo continuo, lo mismo venía tres o cuatro noches en la misma semana que desaparecía después durante varios días seguidos. Pero ella, la muchacha, estaba en el asunto, y en la casa se sabía, porque estas cosas no pueden disimularse, ni son fáciles de esconder, ni el mundo lo inventaron ayer, como tampoco podían disimularse los paseos por las tardes con el señor doctor, poeta, licenciado o lo que quiera que él fuese. Así habló el de la Estrella de las Cíes, a media voz, y así escuchó Lobeiras la confidencia, quizá también la delación. No vamos a decir que no lo lacerase la puñalada, como un hierro abrasándole las entrañas, casi tanto como cuando recibió la noticia de la marcha de Rosaura de la villa y se presentó, alelado, en el despacho del administrador a pedirle explicaciones, el infeliz. Todo lo contrario: sintió el zarpazo de los celos, la quemadura del despecho, mordedura de perro ladrón, y acabó apagándola con el coñac, dispuesto a pedir la cuarta y la quinta ronda. Ahora está sentado al borde de la

cama de la alcoba de doña Hermitas, mirando su propia figura en el espejo del tocador, y siente parecida amargura, la misma desolación. Porque contra toda razón y sentido, después de escuchar el relato del tal Rogelio y de haberse trincado media botella de revientacuerpos, auténtico saltaparapetos, que las economías tampoco daban para más, y con otra media botella en el bolsillo de la gabardina, tambaleándose por las calles empedradas hacia el Berbés, como una goleta rota, el licenciado se sentó aquella noche ante la pequeña mesa que le servía de escritorio en el cuarto de la pensión, tomó papel y pluma y se puso a escribir, como había hecho las noches anteriores, pero si cabe con más furia, con más pasión, con más arrebatada desesperanza, la confesión de amor más febril, más intensa, más desgarradora que amante alguno haya escrito jamás. Puede que las haya habido más retóricas y literariamente más lucidas. Pero ninguna más sincera. Por la mañana, bien entrado el mediodía, que fue cuando vinieron a llamar a la puerta del cuarto para limpiarlo, pues era norma de la pensión no dejar que los huéspedes se abandonasen a desvaríos, el espectáculo era escalofriante: el licenciado Lobeiras derrengado en el catre, medio vestido con la ropa de la víspera, encharcado en alcohol y sustancias no definidas, entre sollozos y convulsiones, agarraba los papeles y no había manera de que los soltase.

Durante cuatro días no salió de la madriguera. Nadie pensó en llamar al médico, porque la condición del cliente no daba para tanto gasto. Pero hubo mucha preocupación, entre otras cosas porque tampoco se sabía a quién acudir en caso de un mal desenlace. Hasta esa noche la conducta del licenciado había sido intachable. La patrona, que era del lugar que llaman de las Chabolas, tierra del Ribeiro, asistida por un practicante que se alojaba en el mismo establecimiento, sostuvo al huésped con caldo limpio y bicarbonato. Fue una misericordia de Dios Nuestro Señor, porque otra cosa no había. Caridad cristiana. Pero en cuanto se recuperó el afectado, lo mandó llamar y le dijo que tenía dos días para dejar la casa. Era la suya una pensión honrada, y más que honrada, de reconocimiento público, con huéspedes de muchos años, viajantes de comercio, empleados de banca, el susodicho practicante; casa de respeto y tradición, severa en las formas y en los modos: mucho sentía tener que tomar aquella determinación. Pero para entonces Lobeiras ya había tomado también la suya: primero hablar con Rosaura, entregarle la carta, la última, aunque ella ni la primera hubiera acusado, y después levantar el campamento, dado que los hechos eran concluyentes, a no ser que alguna otra información contradijese lo que Rogelio le había contado. Se presentó en la puerta de la Estrella de las Cíes, a la hora que tenían por costumbre, y la muchacha no lo rechazó, al contrario: sabía de lo ocurrido por el clarinetista, que le había ido con la noticia de la borrachera. Hablaron sosegadamente. Pasearon por las avenidas, no tres, hasta cuatro y cinco horas, venga a darle vueltas a las palabras, que el Lobeiras no se reconocía, y hacia el final de la tarde, ya de anohecida, le dijo ella al licenciado:

—Venga conmigo, señor maestro.

Bajaban del Castro. Se lo dijo así, sin pensarlo previamente, como quien da rienda suelta al sentimiento. «Venga conmigo...». Desde la perspectiva de los acontecimientos pasados, conviene advertir que la Rosaura tenía ya bastante más mundo que el de las clases particulares, y debemos suponer que bastante más avío, pues si entraban otros también podía entrar él. La alcoba no era gran cosa, pero estaba ordenada, muy limpia, con la cama contra la pared, una mesa y una silla, un armario de espejo y una estampa de la Virgen del Carmen. Le llamó la atención al profesor que el acceso al predio tuviese una segunda entrada, distinta de la del cafetín, que daba a una callejuela lateral, y que por allí lo llevase Rosaura. «Como quien entra sin ser visto», pensó, con el corazón acelerado. Se sentó en el borde de la cama y esperó, igual que ahora, en la de la Bella Romana, con las sacas del dinero y la cartera con los pagarés arrimados contra la pared del cuarto.

La primera explosión se produjo hacia las cuatro de la madrugada en la segunda galería. Las otras dos inmediatamente después, con intervalos de cinco minutos. Pancho Cibrán salta del camastro. Detrás de él, Argimiro Setecoros. Aquella noche se habían acostado con las botas puestas, decididos a largarse tan pronto como comenzase el zafarrancho, aprovechando la confusión. Poco más o menos a la misma hora, don Ramiro despliega encima de la zamorana el abanico del naípe. A Santiso le tiemblan las manos. La tercera será la gloriosa. Don Floro vela el sueño del licenciado en el despacho del Estado Mayor, instalado en la casa de la Bella Romana. Delante de él, sentado en una silla, de espaldas a la pared y vestido de uniforme, el sargento Lamparillas. Rezan en el saloncito las pupilas, gobernadas por doña Hermitas. En la delegación del gobierno civil, pese a lo avanzado de la hora, hay una luz encendida: es el despacho del secretario, que no se despega del teléfono. Vuelve a llover. Vuelve el barro a los caminos. Don Manoliño de Muras, recuperado del licor café, requiebra de amores a la joven Leonor, accesible y temblorosa. Ya que no puede franquearle la puerta del cuarto bajo la escalera, que comparte con sus padres, deja que el galeno la guíe hacia los pajares de la parte trasera de la casa, a pesar de la cortina de agua. Don Manoliño no está para demasiados trotes, ya no es un muchacho, pero le gustan estas fantasías. Hacen que se sienta más joven. Parece mentira, pero, arrebatado por la pasión, a punto está de perderse el gran acontecimiento. El de Boullón va a tener su noche. Aún no se ve, pero ya se anuncia. No habría cantar si así no fuese. Los lugueses no dan crédito. A cada poco, Martín García sale al camino para ver si alumbran en la ladera los faros de Maquieira. Siguen sin noticias del licenciado. Pancho Cibrán salta por encima del cercado, y aprovechando la confusión de los guardias, que tampoco son tantos, se lanza ladera abajo buscando los pasos del río, con Argimiro Setecoros y dos compañeros detrás. Los compañeros no estaban en el asunto. Pero se les juntaron. Quizá por instinto. Oyeron las explosiones y enseguida se dieron cuenta de lo que ocurría. «¡Huyen los presos!», grita una voz. «¡Me cago en Cristo!», blasfema Setecoros dejándose resbalar por la ladera. ¡Huyen los presos! La lluvia va a más. Pancho Cibrán, veintinueve años, avanza buscando tierra firme por la falda de la montaña, con el barro hasta las rodillas. Aún no ha aceptado que el mundo pueda con él. Lleva en la batalla desde los quince, desde que vio cómo sacaban de casa a los del sindicato, y la historia del viejo de Amaral, que reventó a las tres Marías: Pinta, Moura, Doloriñas, antes de entregarlas al tirano. Las tres Marías... Después, durante algún tiempo, corrió con las partidas de Fuco Fariña y con las de Benito Silva, a quien vio caer en la

parada de Soutelo. Escondido en la oscuridad, se arrastra entre los tojos, escurriéndose bajo la enramada, y siente a su lado el aliento de Miro, Argimiro Setecoros, veintidós años más viejo, madera de boj, que lo acompaña desde la de Quintela, Soutelo de Montes, Paso de los Paraños: corazón de la montaña, donde habita el jabalí y canta la torcaza. Era un niño cuando empezó a arder el mundo, y ya él estaba allí, sobrecogido de espanto, mientras las llamas corrían ladera arriba y Matías de Amaral gritaba contra los asesinos de Cristo. Los asesinos de Cristo: don Floro y sus amigos, que ahora hacen cuentas en casa de doña Hermitas juntando dinero y recibos, dispuestos a dar el último golpe que los ponga en la primera línea de mando. Ganaron una guerra, o ayudaron a ganarla, o se pusieron del lado de los que la ganarían, y ahora es tiempo de asentar la paz, entendámonos: hora de afianzar las rentas, la ocasión viene que ni pintada, capital e intereses, con el de Boullón moviendo cartas en la parada del Pasamundos, donde lograron concertar la más grande relación de capital que se recuerda, todo sin pasar por caja, todo fuera de papeles, beneficio neto, a poco que sepamos mover los peones en el tablero. Algunos ya van de camino. Los peones... Otros son meras comparsas, simples figurantes. Por precaución, don Floro ha mandado echar el cerrojo por fuera a la puerta del cuarto de la Bella Romana donde el licenciado Lobeiras aguarda que alumbre el día y venga el coche de Maquieira para devolverlos a los dos a la montaña. Dentro está el dinero, la cartera con los pagarés, la recaudación que el industrial fue juntando paso a paso, familia por familia, confidente por confidente, promesa tras promesa, casa por casa, a veces apelando a la ambición, ¿cuándo veréis otra?, a veces avivando el miedo, ¿quién puede negarle esta confianza a don Floro, el Perseguidor?, porque el empuje de los lugueses es grande y la ocasión requiere toda la apuesta en la mesa.

—¿Dónde está el licenciado? —insiste Serrano.

Martín García no responde: una parte de su agonía está en la partida, la otra en los recodos de la montaña, camino de macadán, por donde de un modo u otro debería aparecer el auto de Maquieira, que no aparece. Las pupilas de la Bella Romana pasan la noche en vela, rezándole a san Antonio, y a santa Rita, abogada de las causas difíciles, a veces imposibles, porque ellas también han puesto cuanto tenían, empujadas en parte por don Floro y sus amigos, clientes todos de la casa, en parte por el administrador de la Leonesa, en parte por don Evaristo el santiagués, que al fin y al cabo bebe de fuente limpia, en parte por su propia ambición y en parte, o secundadas, por la autoridad del sargento Lamparillas, en lo civil Gutiérrez Albañiz, que guarda la puerta del licenciado atendiendo a las órdenes del capital. Lobeiras también vela, aunque de otra forma. Su rostro, reflejado en el espejo del tocador, parece el de un alma en pena; su cuerpo desnudo, sentado al borde del lecho, como quien se asoma al vacío, es exactamente la imagen de la derrota, o de la claudicación. Aquella tarde de Vigo, Rosaura le abrió el corazón, igual que él iba abriéndole el suyo en la escritura de las cartas. Durante casi dos años, desde que el administrador apareció con la joven en la puerta de las pasantías, «a ver qué puedes hacer con esto, poeta», el licenciado

no vio por otros ojos, ni respiró por otra boca, ni suspiró por otro aliento que no fuese el de la sobrina de Martín García, primero casi una niña, ahora una mujer. Están solos, sentados al borde de la cama, una al lado del otro, sin mirarse ni tocarse, en el cuarto de la Estrella de las Cíes. «Hay cosas que usted no sabe, señor maestro...», le dice. Y tan pronto como escucha su voz, el licenciado se da cuenta de que quizá sería mejor no saberlas nunca, mejor seguir como hasta ahora, confiando en la fortuna, alimentando la esperanza, sembrando en el corazón de la muchacha, con suspiros y palabras, un posible fuego de aceptación, una chispa de luz hacia su persona, derrotado por la vida, como derrotados están todos, aunque algunos sigan peleando como gatos rabiosos y no quieran reconocerlo. Pancho Cibrán corre por entre los cañaverales, jadeando como un jabalí. Con Miro Setecoros pegado a los talones, buscan los dos el camino que llaman de la Ruda, que ha de llevarlos al lugar donde aguardan los restos de la partida de Silva, lo que queda del desastre. Tras ellos arde el mundo. Los números de la Guardia Civil, algunos empleados de las minas y el retén de centinelas se lanzan a la hoguera para sofocarla. Dieciséis kilos de pólvora. No era mucho, pero suficiente para lo que se buscaba: la confusión y el desconcierto. El sargento Lamparillas recibe una llamada de teléfono que lo sobresalta. ¡Fuego en las galerías de la Gaiosa! ¡Tres explosiones coordinadas! De la fuga de los presos se hablará más tarde, cuando después de hacer recuento de los estragos se echen en falta: de primeras cuatro, aunque dos de ellos cayeron enseguida, al poco de intentar la huida, extraviados en el laberinto de la lluvia. Los otros dos no. Los otros dos conocían los pasos que tenían que dar, y de ellos sabemos sus nombres: Pancho Cibrán y Argimiro Setecoros, condenados a veinte años de trabajos forzados por rebelión, sedición, conspiración, acción armada para derrocar el régimen, traición a los valores de la patria, participación en banda de malhechores, el fiscal perdía la respiración leyendo los cargos, que podemos reducir a dos principios básicos: los derrotados son siempre los derrotados, y quien insiste en no querer reconocerlo no merece una segunda oportunidad. Agustín Salgado, el Agonías, había suplicado y merecido una segunda oportunidad. Bien que la lleva en su conciencia, como un puñal: la delación a la que se vio forzado, con todos aquellos nombres encima de la mesa, igual que ahora los naipes, su mujer gritando a la puerta de la comandancia: no me lo matéis, por la Santísima Misericordia, no me lo matéis; don Floro moviendo gente, azuzando sus mastines. Agustín Salgado lleva el apodo de Agonías como una condena, como una marca de hierro en el alma, después de entregarlo todo aquella vez, y otras para las que fue requerido: su vergüenza y su dignidad, la vida de otros y la propia vida, que nunca más consiguió recuperar, como si se la hubiesen robado, que fue lo que sucedió. Le robaron la vida y él dejó que se la robasen. A Fuco Fariña no. A Fuco Fariña lo persiguieron como a un perro, igual que a Benitiño Silva, igual que al Foucellas después, como se apunta en otro lugar del relato. Estaban hechos de otra pasta. Tampoco Pancho Cibrán era de los que se humillaban. Lleva en los ojos la pasión de la libertad. En la secretaría privada del gobierno civil suena por fin el

teléfono, con la misma alarma, la misma confusión. ¡Hay fuego en la Gaiosa! En la segunda y en la tercera galería. El de Boullón pide cartas. Enciende un cigarro don Arturo y se lleva aparte a don Evaristo, que hace tiempo que ya está del otro lado.

—¿Qué está pasando? —le pregunta.

El galeno no lo sabe. Horas antes habían cerrado un trato: por los lugueses el mayor de los Berdullas; por los vilanoveses, el de Santiago, sin que supiesen los otros que ya rumiaba la traición.

—Don Ramiro está derrotado —dicen que advirtió el doctor a los del otro bando—. Lleguen o no lleguen los pagarés, que llegarán, porque don Floro está en el asunto, y con don Floro media provincia y un montón de capital, el de Boullón no resistirá el tercer asalto; es mucha tensión de Dios —comentó el Judas—. Levantarse ahora sería renunciar a la parte principal de la ganancia, que ya está comprometida. Yo que ustedes fiaría, don Arturo. No les pesará.

Y él, don Evaristo, salvaría la parte correspondiente, por lo menos para quedar bien con los socios santiagueses y las apuestas que le habían delegado. Allá Martín García y Serrano con su ambición. Allá los infelices que los secundaban. A poco que el de la Ponderosa moviese sus bazas como las había movido la noche anterior, con la misma seguridad, con la misma inteligencia, el de Boullón claudicaría, y veremos entonces caer la torre de la soberbia: ¡Siete al caballo! Mientras los vilanoveses discutían entre ellos, cuando el administrador de la Leonesa se revolvió contra el de Santiago: «No me joda, don Evaristo, la oportunidad viene cuando viene, se presenta cuando se presenta, ustedes lo trajeron, ustedes lo han visto librar estas batallas»; mientras los de este lado luchaban contra el desánimo, digo, en parte desconcertados, el abad se retiraba a sus aposentos, apelando a la cortesía de las partes, y anunciaba que no estaría en condiciones de volver a la partida hasta el final de la tarde, como podía verse, necesitado de echar una siesta para aclarar la mente, después de la opípara comilona con que la señora Francisca los había agasajado; pero también advirtió que, reanudado el combate, la batalla sería definitiva, y que no iban a quedar defraudados. Así lo dijo, exactamente, sin que podamos saber a qué o a quién se refería con aquello de no defraudar, si a los unos o a los otros, si a los de la banda de las rías o a los de la montaña, si a don Arturito y sus amigos o a los de la otra parte, que tanto confiaban en él. O a ninguno de ellos. Fue entonces cuando don Evaristo decidió cambiar de bandera. Toda facción lleva su Judas dentro. A espaldas de los socios, llamó a la puerta del Berdullas y se entregó.

—Están derrotados.

Cabían dos posibilidades: cerrar allí mismo y levantar lo que había, que era mucho, o apurar el envite hasta el final, según lo acordado, confiando en la vuelta del licenciado y el Maqueira. Al igual que la ambición espoleaba a unos, espoleaba también a los otros. Treinta monedas de plata. Bastante más, según podía vislumbrarse sobre la manta zamorana. En la libretilla del petimetre Honorio, señorito de Compostela, ya no cabían más números. Pero en la mesa estaba el capital, y

mucho más que venía de camino. Martín García dudaba. No se lo confiaba a Serrano, ni a don Evaristo, mucho menos a los otros desgraciados, pero también él tenía el miedo en el cuerpo. Cuando mandó al secretario a por los pagarés de don Floro, la partida estaba de su parte. Acordémonos bien: fue la primera noche, cuando el de Boullón le cerró al Santiso el camino de los treses. Era mucha la autoridad del cura. Parecía que todo estaba hecho, un paseo militar, como quien dice, la puja del Pasamundos. Fue entonces cuando los lugueses amenazaron con el dinero. Querían verlo en la mesa, no en las palabras dadas. Hasta el de Boullón frunció el ceño, como si desconfiase de la solvencia de sus socios. Por eso Martín García envió con tanto apuro al licenciado en el coche de Maquieira, para garantizar las apuestas, con toda aquella fortuna sobre la mesa. No pasa dos veces el sol por la puerta. Pero la segunda noche había sido terrible. Ni que el mundo les hubiese vuelto de pronto la espalda. Lo que tanto prometía cambió de repente, poniéndose del lado de los lugueses, con el Santiso crecido como un coloso. Aterraba verlo barajar, el de Boullón confuso, sin tomarle la mano al capador. «¿No veis que le rehúye la mirada?». Serrano y el administrador se apartaron para hacer de nuevo las cuentas. Ellos llevaban el peso del asunto y, por tanto, también de la catástrofe. El Agonías y el de Muras, aunque estaban también en el desastre, eran meras comparsas, y don Evaristo se arrugaba, bien que se veía. Si por el de Lombados hubiera sido, lo habría echado todo abajo en aquel momento, él también, ahora que veía cómo pintaban las bazas: don Ramiro acorralado contra la pared, entre el chinero y la alacena. Pero qué hacer. La máquina de don Floro ya estaba en marcha. Pidió el abad un respiro y se lo concedieron, porque los lugueses, picados por la ambición, querían ir a por todas. Don Arturo enseñó sus cartas, secundado por el lechuguino santiagués.

—Nos fiamos de su palabra siempre que el señor licenciado esté de vuelta antes de que rompa el día —anunció.

Brillaba la codicia en los ojos del Berdullas, arrebuñado en el capote de campaña. Y entonces, cuando los de esta parte se quedaron a solas, apareció el Agonías en la cocina, con la cara descompuesta y faltándole el aire.

—¿Dónde está el cura? —preguntaron los afectados.

—Se ha encerrado en su cuarto a rezar —respondió el escribano.

—¿A rezar?

—A rezar.

La salida fue fulminante. Alzado como un titán, como el cachalote que emerge de pronto de las profundidades, el cura de Boullón, párroco de Asados, don Ramiro, apareció en la sala después de la siesta, ya hacia el final de la tarde, y preguntó a los amigos, luego de lanzar una rápida mirada a su alrededor:

—¿Tenemos noticias?

Ninguna. Al Lobeiras se lo había tragado la tierra. Ni se sabe cuántas veces el capataz de la Leonesa había salido al corredor para ver si atisbaba en lo alto de la montaña el coche del recado. Pero no había noticias. Otras estaban por llegar. El abad se sentó frente al Santiso, posando las manos sobre la zamorana, y pidió que se moviese el naipe. Avivó el fuego la vieja del Pasamundos. Al otro lado de la ventana, con la lluvia y el viento azotando los árboles, parecía que se escuchaban las voces de los ahogados. Siete cruces hizo el Agonías. Una por cada pecado. Fue a buscarlo el Serrano, como la vez anterior, agarrándolo por el pecho para que no se viniese abajo.

—¡Póngaseme derecho, señor contable, que aún no nos han enterrado!

Pero el infeliz no quería salir del cuarto. Lloraba como un niño.

Primero corrieron los sietes. No era mal agüero. Siete son los días de la Creación. Ya se dijo al principio de la historia. Siete son los cielos que conducen al Paraíso. Siete las escaleras. Siete las colinas de Roma. Siete los durmientes de Éfeso. Siete los dolores de la Santísima Virgen y los dones del Espíritu Santo. Siete los clavos de la condenación... Don Evaristo sabía de estas cosas, aunque ahora las callase. Siete son los paladines de la religión verdadera: san Andrés en Escocia, san David en Gales, san Patricio en Irlanda, san Jorge en Inglaterra, san Antonio en Italia, san Dionisio en Francia y Santiago en la patria. Siete los perdones de Cristo Nuestro Señor. Setenta veces siete... Don Ramiro se movía bien. Lo importante era neutralizar los treses. Tres son las puntas del triángulo. Tres las personas del Dios Absoluto. Tres las cabezas del Can Ladrador que guarda las puertas del Infierno. Tres las gracias y las arpías, tres las gorgonas y las parcas. Tres los golpes de la contrición. Tres las oportunidades. Tres las negaciones del apóstol en la noche terrible del Gólgota... El de Boullón pidió cartas. Y mientras tal ocurría, a media jornada del lugar, sentado al borde de la cama de la favorita, el licenciado Lobeiras se enfrentaba a su destino, obligado a tomar una decisión.

La vida de los hombres es una sucesión de encrucijadas, caminos que se bifurcan. Mira el licenciado en el espejo su figura y escucha la voz de Rosaura: «Hay cosas que usted no sabe, señor maestro...». Y mejor fuera no saberlas. En el cuarto de la Estrella de las Cíes la muchacha le entrega el alma. No tiene otra cosa que darle.

¿Qué sentido tiene la vida? Pancho Cibrán busca en medio de la noche a los compañeros que lo aguardan; él y Argimiro Setecoros, mojados hasta la crisma. Los otros dos se extraviaron en la huida. Cibrán y el Argimiro no. Cibrán y el Setecoros conocen los caminos, las señas marcadas, concertadas semanas antes, casi dos meses atrás, desde que la rapaza les pasó el recado: que el gran encuentro al fin iba a producirse, con todo el dinero del mundo sobre la mesa: gente del mineral, la administración de las minas, la arrogancia compostelana, las sanguijuelas de Vigo, los señoritos de la conserva, los chulapos de la capital, el secretario de la gobernación, la Guardia Civil, los amigos de don Floro, el arzobispo de Santiago, tropa grande de Madrid, administradores e ingenieros que entraban por la Bella Romana como príncipes cada vez que se acercaban a las rías, bendecidos por el peor de todos: la babosa, la hedionda comadreja, el más ruin, cabrón matador, mandril de siete rabos y siete bocas, bigotillo recortado, el Herrero de Lombados. Eso por no hablar de los lugueses, los tres Berdullas, con don Arturito al frente, Honorio y su libretita, el industrial Paredes, el Cornellá... Los nombres no venían de la muchacha, sino de la información de las partidas, que aún estaban vivas y no iban a enterrarlos tan fácilmente, por más que la traición surgiese por todas partes, dentro y fuera del país. Rosaura sabía lo que sabía. El resto iba por cuenta de ellos, los del monte, los lobos del bosque. Era mucho el capital. ¿No habría de llegar también la hora para los malditos: la hora de la justicia, o cuando menos de la venganza, repaso de cuentas atrasadas? Pues allí estaba la ocasión. Cada cual tiene la suya. Pancho Cibrán, mojado como un alma en pena, vislumbra al fin la luz de la linterna.

—En lo alto de la cuesta —avisa al compañero, que jadea tras él.

Gatean por la barranca, como alimañas. ¡Viva la República! Antes era así. Ahora no. Los tiempos han cambiado para todos. ¡Viva la Revolución! Tampoco. Mucho ha cavilado en todo esto el huido. Hubo un tiempo en que sí creía en la revolución, el látigo de la justicia, llamaradas de azufre que acabarían poniendo a cada cual en su sitio, tal que el Ángel de la Aniquilación del que hablaba don Teodoro en las misas de Santa Clara, el Cafarnaún. Cuando el viejo Matías le enseñaba las letras de la cartilla, en el sobrado de la casa de Amaral, en los días de la Gaiosa, él también creía en lo que decían los libros que el campesino llevaba y traía del sindicato, igual que los pájaros necesitan del aire, los peces del agua y las flores de la luz. Escuchaba hablar a los hombres y creía en ellos, porque precisamos los unos de los otros: no somos alimañas ni lobos hambrientos. Pero el mundo le enseñó que los lobos y las alimañas, que tienen su propia ley, pueden ser bastante mejores que los humanos. No lo detendrían esta vez. No había otra. Rosaura había cumplido con su parte del trato. Ella no lo había traicionado. Quizás era la única. Cuando vio caer a los capitanes, primero Fuco Fariña, luego Benito Silva, acorralados como perros en medio de los tojales, intentó con los que quedaban llegar a la raya de Portugal. Allí los cogieron. Entonces ya iban deshechos, derrotados. Los señores de París habían cerrado los pasos. El Partido los dejaba solos. Razones de altísima política, que hacía tiempo que

volvía los ojos hacia otro lado. Lobos de la montaña. Así los llamaban. ¿A quién le importaba ahora la revolución? ¿De qué revolución hablamos? Cada hombre tiene la suya. Entre la lluvia y la oscuridad percibe el destello de los ojos de los camaradas, ocultos entre los matorrales. Pero tampoco hay camaradas. Ya no quedan. Eso se acabó. Pancho Cibrán sabe que si aún están con él, quizá en la última batalla, es por el botín, por la parte que les toca. Rosaura levantó la liebre y allí están ellos para abatirla.

El licenciado mira su propio rostro, reflejado en el espejo del tocador, la talega con los pagarés arrimada a la pared del cuarto, y siente a su lado la respiración y el cuerpo desnudo de la muchacha, como aquella noche en la pensión de Vigo, en la Estrella de las Cíes. «No tengo otra cosa que darle, señor maestro». Y él ardía, como arde el carburo en la oscuridad, como las mariposas nocturnas se incendian en la llama de la lámpara, cegadas por la luz. Tal era la Rosaura: Amarinda luminosa, atrapada entre los dientes de la Comadreja, que la sacudía con furia, igual que el lobo muerde en la novilla sujetándola por el cuello hasta estrangularla, como el huracán zarandea los árboles jóvenes y los derriba, mientras él, el moro Safaín, sentado al borde del catre, siente cómo la piedra va subiéndole lentamente por las piernas. No eran las noches de la Bella Romana. Nada que ver con la fantasía loca de las pupilas. Mucho menos con la lujuria de la Portuguesa, el sargento Lamparillas escondido detrás de la puerta. En los ojos de la mujer alumbra la mirada limpia de la niña, dieciséis años el día que apareció en las pasantías, «a ver qué puedes hacer con esto, poeta». No hay verso latino que pueda cantar semejante gloria, ni palabras para describir su agitación, su miedo, la parálisis que de pronto lo bloquea, aturdido por tanta luz, que lo hiere como un puñal, desgarrándolo por dentro. La muchacha se abraza a él y el licenciado siente que se le va la vida... «No tengo otra cosa...». ¿Cómo imaginar que aquello pudiera producirse: aquel instante, entregados los dos a la intimidad del cuarto? ¿Sucedió en realidad o fue todo un sueño, desvarío de su corazón de viejo enamorado? Porque Lobeiras se siente de repente viejo, terriblemente viejo, humillado por el peso de sus sentimientos. Estas cosas suceden. La furia de la tempestad sacude el frágil balandro y lo empuja contra las piedras. No hay patrón que pueda gobernarlo. El roce de la mujer lo paraliza. Omar Safaín se vuelve repentinamente figura inerte, bulto de piedra. Echada a su lado, como quien descubre uno tras otro los velos que la ocultaban, Rosaura le cuenta lo que nunca hasta entonces le había contado, esas cosas que él no sabía, aunque tal vez las sospechase, o hubiera debido sospecharlas, pues para muchos tampoco era ningún secreto lo que allí había: los días de la Gaiosa, las casuchas enanas en la Banda del Río, aquel ir apagándose de la madre en el catre de la cabaña, sintiendo cómo poco a poco se consumía, el terror de la Felisa, la mirada gatuna de Martín García... «¿Adónde iremos ahora, tesoro mío?», le espetaba la tía, con la difunta de cuerpo presente, firmados a traición los papeles de la propiedad. «¿Qué va a ser de nosotras, desamparadas por el mundo, sin nadie que nos guíe?». Todo en manos del

administrador, su tío. La primera vez que entró por la puerta, ya instaladas ellas en la casa grande de la Leonesa, quiso echarlo del cuarto y no pudo. El lobo entra en el corral y escoge la mejor presa, la más dulce, la más tierna: pajarillo huérfano, robado del nido por el gavilán, luchando entre las garras del ave que empieza a despedazarla. Y después de la primera noche, la siguiente, y luego la siguiente. La Felisa metida en las sacristías. «A ver qué puedes hacer con esto, poeta...». Cuando el cabrón la llevó aquella mañana al desván de las clases particulares, ella ya iba herida. Le esquivaba los ojos porque le daba vergüenza mirar. ¿Cómo explicarle al mundo lo que le sucedía? ¿Con qué fuerzas resistir, con qué palabras? Suplicó, imploró, rezó a todos los santos, se enfrentó a aquella furia. Pero su cuerpo era frágil, mucho animal para ella, y el jabalí rugía, embestía una y otra vez, haciendo rechinar los dientes, los ojos como carbones encendidos, acorralándola contra la pared, arrancándole la piel a tiras. El licenciado escucha el relato y siente las garras de la fiera rasgándole también las entrañas. Bigotillo recortado. Oye la risa del mandril en las discusiones del café Suizo, inflado como un sultán, cama caliente y mesa llena. Cada noche es una batalla, y a él le gustan las batallas, la gata que se le revuelve, las uñas de la gata. Sin escrúpulos, porque de eso no entiende, se pavonea delante de los amigos, jactándose de los nuevos negocios, repasando las nuevas adquisiciones, las tierras de la Gaiosa sobre todo, por donde crecerán las minas a partir de ahora, las junqueras de la Banda del Río, muelles de descarga para el mineral, que no para de crecer y a cada día que pasa demanda nuevos servicios, nuevas necesidades, más capital que juntar; todo a punto, papeles firmados en la notaría, escrituras probadas. En su condición de gallo de corral, príncipe de gallinero, Martín García no disimula las marcas de la nocturnidad: arañazos, mordiscos, «caprichos del señorío», les dice a sus compinches, atusándose el bigotito fino, «salvaje como una comadreja, como una lagarta...». Ahora se da cuenta el licenciado, instalado en la noche de la revelación, de quién es realmente la comadreja. Ferro de Lubián, como en la historia de Mourente, afila sus garras, clava sus dientes en el cuerpo de la muchacha, y la tía Felisa, entre rosario y rosario, ahoga las penas en agua bendita.

Desde la parte de atrás de la casa de la Leonesa se veían los pozos de las minas, los barracones de los trabajadores, la entrada de la segunda galería en lo alto de la montaña, detrás de la cual quedaban las tierras de la Gaiosa. Desde la parte de delante, más despejada, se veían las junqueras y la boca de la ría, los últimos blandos varados en la playa. Allí era donde desde la gobernación, con los amigos de don Floro comprometidos en la causa, estaba programada la ampliación de las descargas de mineral. Tiempos nuevos para los vilanoveses, que habrían de sacar provecho de la nueva abundancia. Tiempos nuevos también para Martín García, que entraba en el negocio. Ya se le veía encaramado entre los magnates, el hijo del herrero, el de Lombados, llamando a la puerta grande, trajes de corte fino, gomina de París, que nunca más volverían a mirarle las vejigas. «He de hacer de ti una mujer», le espetó a la muchacha después de uno de aquellos desahogos. «Una señorita no. Tú

no has nacido para señorita. Una mujer. Me lo agradecerás cuando sientes cabeza. Una mujer como deben ser las mujeres. Una mujer como nos gusta a los hombres que sean las mujeres». Fue entonces cuando la llevó a las clases particulares. Desde lo alto de la casa, Rosaura veía los barracones del mineral. Día y noche subían y bajaban las camionetas y en los saraos de la Bella Romana estallaban cohetes, botellas de champán, ocupando las pilas que antes habían sido de la salazón y la industria del mar, desmantelada ahora para siempre. «El tiempo ha cegado la ría», despotricaban los del café Suizo. «Ya no hay barcos. Se acabaron las viejas faenas. La riqueza está en la tierra, en el corazón de las barrancas». Casi mil hombres trabajaban en las galerías, entre ellos Pancho Cibrán. Al caer la tarde, cuando sonaban las sirenas y daban descanso a los presos, la tía Felisa subía a la montaña con un cesto de manzanas reinetas, un pedazo de bizcocho, algo de compango para matar el hambre que preparaba la muchacha a escondidas. No era mala mujer la Felisa. Simplemente estaba asustada. Su miedo era tan grande que no sabía pensar, si es que había pensado alguna vez. Cuando el administrador se presentó en casa de la difunta con los papeles y las cartas marcadas, vino Dios a verlas, a las dos: a la vieja y a la joven sin amparo, Rosaura. «Qué va a ser de nosotras...». A veces Dios se presenta de esa manera: lo que parece catástrofe no lo es, hay que verlo así; lo que creemos perdido resucita de repente de su agonía y, cuando pensamos que ya es el final de nuestros días, un milagro entra por la puerta, capitán generoso, que nos acoge en su estima. Así veía ella al administrador, la Felisa, y así aconsejaba a la niña, dieciséis años, fresca como una rosa, pero sin tener a quién acudir, a no ser el tío de Lombados, el salvador. ¿No era justo que también él sacase provecho de su misericordia? El mundo ya nunca más volvería a ser lo que había sido. Cierto es que las noches eran feroces: aquellas voces, aquellos sollozos, con el Diablo arañando las paredes. Para ahuyentar al Maligno la vieja rezaba, escondida en sus misas, y ante el terror de verse a sus años pidiendo por los caminos, entregada a la intemperie de los lobos, apremiaba a la muchacha: «Tesoro mío, ¿cuánto no habremos de agradecer a quien pone en nuestras manos la salvación del mundo? Piensa en aquellos que no han querido verlo. Piensa en los caínes que se revolvieron contra Dios Nuestro Señor y pagan ahora su soberbia, el látigo del Anticristo azotando las conciencias». Era la voz de Cafarnaún, el párroco de la Colegiata, que hablaba por ella. Los caínes purgaban sus pecados en los pozos de la Gaiosa. Y allá iba la desgraciada, ovillada en su chal, en la camioneta que subía a la montaña. «Piensa en la misericordia de Nuestro Señor, que no ha de abandonarnos ahora». Una vez por semana, Felisa se acercaba a los barracones de los presidiarios. Rosaura no. Rosaura no subía. Solo en una ocasión, entrado ya el otoño en las vegas.

Sin decirle nada a la tía, mucho menos al Castigador, una tarde echó mano al cesto de reinetas y se fue hacia la ladera de los barracones. Había una explanada larga, una espaciosa franja de tierra detrás de las cercas, pivotes de madera y alambre de espino, media docena de mujeres esperando a los guardias. Hubo un tiempo en que

los guardias revolvían los hatillos de las visitas. Ahora ya no. Los guardias miraban desde sus garitas la entrada de las mujeres, todas viejas, excepto ella, Rosaura. En un extremo de la explanada estaban las casetas; un poco más allá, cuatro construcciones de ladrillo, las oficinas del principal y la enfermería. Allí atendía don Manoliño a los reclusos, los martes, una vez a la semana, a no ser que hubiese otras necesidades. Para ocultarse de las vistas, la muchacha se cubría con un chal oscuro, al modo del país. Dio el nombre de Cibrán y la pasaron a un cuarto abierto, con una mesa corrida en medio, a un lado de la cual se ponían las mujeres y al otro lado los hombres, sentados en bancos de madera. Las mujeres depositaban sobre la mesa sus hatillos, que entonces los guardias ya ni miraban, y ella adelantó el cesto de manzanas. Le gustaban las manzanas a Cibrán: reinetas, que eran las que se daban en la huerta de Amaral, las más lucidas. De la huerta no quedaba nada. Tampoco de Amaral. Ni de las tres Marías: Pinta, Moura, Doloriñas... Cuando los falangistas y los cívicos de don Floro se presentaron en la aldea con orden de confiscar la hacienda, el viejo Matías vació la escopeta sobre las tres princesas. Antes muertas que en manos de aquella gente. Nunca más hemos sabido de él. Está por ver que alguna vez vuelva por esta vida. Solo en aquella ocasión subió Rosaura a las minas, únicamente aquella tarde, con el sol ardiendo en los pinos y el estruendo de las vagonetas que circulaban por los estrechos carriles de hierro. La voz de la muchacha tiembla de agonía cuando le cuenta al licenciado la historia, echada a su lado en la cama de la Estrella de las Cíes. No quería que la reconociesen. Tampoco que el mozo supiese lo que de hecho ya sabía, o adivinaba, por las medias palabras de la Felisa. O porque al final todo se sabe, mucho más en aquel agujero asfixiante en que se había ido transformando su vida. Entró el muchacho en el cuarto de las visitas y ya era un hombre fornido, más de lo que ella podía imaginar, tanto tiempo sin saber el uno del otro, tanto tiempo con la vida rota. Ojos de agua clara. Así le decía la señora Antonia. En los días de agonía, poco antes de morir, no se le iba de la cabeza a la pobre mujer. ¿Vendría a despedirse? No vino. Ni mandó noticias siquiera. No quería comprometerlas. Llegaron después, cuando ya era tarde, pues a ella bien que le habría gustado que su madre, tendida en el lecho y con la cara vuelta hacia la ventana que daba al camino del río, pudiera prenderse de su mirada por última vez, antes de despedirse del mundo. El mundo había reventado en mil pedazos, desgraciadas ellas, desgraciados todos, que nunca pensaron que la vida fuese a arrastrarlos de aquella manera. Quien entraba por la puerta, un día sí y otro también, hasta que arrancó lo que quería, era el tío de Lombados, el Gato Robador, Martín García, que tan pronto como enterraron a la difunta todo lo dispuso a su conveniencia, dueño de la nueva situación. «Hay que levantar la casa». De primeras, ella se le enfrentó. ¿A qué venía tanto apuro? Nadie había hablado nunca de semejante cosa. Levantar la casa... Junto al lecho de la finada, el de la Leonesa había prometido ampararlas, acogerlas, que no les faltaría nada, a Rosaura y a la Felisa, pero no apartarlas de lo que era suyo, ni deshacerlo todo de aquella manera. Allí empezó su calvario. No había pasado una semana desde

el entierro, con el cuerpo de la madre aún caliente en la tierra, y ya estaba allí la camioneta, unos hombres disponiendo las cuatro cosas que tenían, arrambladas de cualquier modo, todo colocado detrás, apresuradamente, ellas dos en la cabina, que ni el tío vino en persona para el traslado. La madre miraba hacia el río para ver si aparecían los ojos de agua antes de partir, pero los ojos no aparecieron. Quizá tampoco quería que apareciesen. Quería y no quería. Le asustaba que fuesen tras él, que lo trincasen como habían trincado a los otros, como al final fueron haciendo con todos. Pero otra parte de ella quería verlo una vez más, la última, y no podía retirar la vista del camino. Fue así como se marchó del mundo, la señora Antonia, con los ojos prendidos en la esperanza de verlo entrar por la represa del molino, silbando junto al postillón de madera.

Y ahora era ella quien lo tenía delante, Rosaura, en el barracón de los pozos de la Gaiosa. Al otro lado de la ladera estaba la casa, lo que quedaba de la casa, cerrada. También la de Amaral. Pancho Cibrán se sentó en el banco. No dijo: eres Rosaura. Ni la tocó siquiera. Se sentó en el banco, como si la esperase, como si llevase todo aquel tiempo esperándola, como cuando se juntaban en las tardes de verano para lanzar reinetas al canal. Las reinetas... Pancho cogía las manzanas, esparcidas por el suelo de la huerta del señor Matías, que era mucha la carga de aquellos frutales, y las lanzaba al aire como cohetes, para que chapotearan en la presa. No le gustaba al de Amaral semejante estrago, pero ellos eran niños y se divertían. Las manzanas saltaban por el aire y Rosaura se partía de risa cada vez que golpeaban el agua, como estampidos. Caían y salían flotando. Daba gusto verlas irse por la corriente hacia la compuerta del molino, como se van los barcos hacia el mar mayor. «¿Adónde van?», preguntaba la niña, y el chavalote respondía: «A las Américas». Las reinetas... Ahora que era el tiempo de ellas las metía en un cesto y se las mandaba a través de la tía Felisa. Pero esa tarde no. Esa tarde había ido ella. Fue la única vez. Tardó mucho en tomar esa determinación, pero al final lo decidió. Cibrán puso las manos encima de la mesa. Era como el de Boullón pidiendo cartas. Siete al Caballo. En la noche del Pasamundos, la tercera, el cura de Asados, don Ramiro, movía el naipe como un general en campaña. La suerte viene y va, cambia a su antojo, caprichosa. Lo que los lugueses daban por ganado la noche anterior con las artes del Santiso viraba de repente y se les atravesaba. Lo que los de esta parte creían ya una derrota, incluido don Evaristo, que había cambiado de bando, se alzaba en medio de la batalla como un estandarte. Casta de capitán. Igual que en los días gloriosos.

Donde se cuenta la historia de Matías de Amaral,
el viejo de la Gaiosa, que también es una explicación
del mundo, razón primera de las cosas

La casa de Amaral quedaba a un paso de la casa del Castro: a tiro de piedra, quizá incluso algo menos. Entonces las casas tenían nombre, igual que las criaturas, y las distancias se calculaban a ojo. En invierno, ahogados en el diluvio, se hacían insalvables, pero en verano era una alegría recorrerlas. En comparación con la de Amaral, la pequeña casa del Castro era una choza. Se llamaba así, del Castro, por estar al pie de la Pena Moa, y acaso por algunos otros misterios que andaban en boca de la gente, quizá de los tiempos del moro de Amarinda, tampoco es cosa de pararse ahora en esto. Allí vivían la niña Rosaura y su madre, la señora Antonia, sin otro amparo que el que podían darse entre ellas. La tía Felisa entró por la puerta algún tiempo después. En la casa de Amaral, en la otra orilla del río, vivía el viejo Matías. Desde el umbral de la casa del Castro podían verse a lo lejos los tejados y la galería de la casa grande, la baranda de madera, la caseta del molino y el pequeño huerto de manzanos.

Decía el viejo Matías que las criaturas que tienen nombre tienen alma y que, por tanto, ni se comen ni se matan. Eso decía. Las tres Marías: la Pinta, la Moura y la Doloriñas, tenían nombre. Vivían en el corral, bajo el sobrado, en un establo amplio y bien dispuesto, que el viejo cuidaba con esmero, como quien guarda un tesoro, las tres. Debemos advertir que tres vacas, en los tiempos que recordamos y en los ramales del Alba, el río que bajaba desde la Tierra de Montes, alindaba los ribazos e iba a recostarse a los pies de los vilanoveses como una vieja raposa cansada de perseguir gallinas cuando antaño había celebrado tanta abundancia, tres vacas para un hombre solo en aquellos días, repito, equivalía casi a ser un potentado, y el viejo Matías las trataba como a princesas. «Solo les falta hablar», exclamaba. Las atendía personalmente. Las mimaba como si fuesen de su propia sangre, cambiándoles el agua y la hierba dos veces al día. De ellas sacaba la leche que la señora Antonia, de la casa del Castro, llevaba luego a vender por las puertas de los señores, empujando el carrito con las calderetas. Legua y media desde la Gaiosa hasta las primeras casas de Vilanova, después de cruzar el puente de Santiago. Legua y media ir y otra legua y media volver, todos los días. A veces llevaba consigo a la niña Rosaura. Una vez a la semana, la señora Antonia y el viejo Matías se sentaban a echar cuentas.

También había dos bueyes en la casa de Amaral, acomodados en establo aparte. Venancio y el Prieto. Y el perro Ney. La gente no sabía que Ney era el nombre del

general de Francia, como en otro lugar se ha explicado, que entró en Galicia con los ejércitos de Napoleón para someter la causa de los patriotas, y de los curas, y de los señoritos de las ciudades, y que cuando el mundo entero se levantó contra semejante ignominia, cuando la furia de los patriotas venció, humilló y arrastró por las brañas el orgullo del emperador, el recuerdo o la memoria de los vencidos acabó en los caniles domésticos, en los corrales de las aldeas, y así fue como el común determinó ponerles a los perros el nombre del general francés: Ney. Desde entonces buena parte de los perros se llaman en Galicia de este modo, y Ney pasó a ser nombre de perro entre nosotros, no de mariscal de Francia. Son las justicias de la historia, que no vienen en los libros.

De los bueyes se encargaba Cibrán. Doce o trece años debía de tener el pillastre cuando hacía reír a la niña Rosaura lanzando reinetas a la presa del molino, o quizá alguno menos, tampoco importa demasiado. El tiempo se medía entonces de otra forma. Los años de las personas, al igual que los años del mundo, tenían otras glaciaciones. El nombre de Venancio no se sabe de dónde pudo venir. Quizás de algún pariente, algún ave de paso, algún recuerdo de los papeles con los que el de Amaral solía entretenerse. El de Prieto sí, igual que el de Dolores. El viejo Matías tenía mucho poderío. «Alguien tiene que explicar el mundo», decía. «Le puse Prieto por don Indalecio: trabajador y sufrido, pero no manso. La gente confunde la mansedumbre con la lealtad». De estas cosas Matías hablaba en voz alta, como para sí mismo, o para la señora Antonia, o para las tres Marías, es posible que también para el zagal, que ya había crecido lo suyo y se notaba que iba a ser un hombre fuerte, recio de cuerpo, «ojalá que también de razón y entendimiento», sentenciaba el viejo. Desde la casa de Amaral, al otro lado de la del Castro, se veía correr el río y las estribaciones de la Camposa, que llevaba hacia la parte de Boullón, parroquia de Santa María, y a la aldea de Borela, un poco más arriba, por el camino que conduce a Carballedo. En la de Boullón, allí, en el principio del relato, mandaba de cura joven don Ramiro: Siete al Caballo. Ya por entonces se le conocía la afición. Tenía fama de generoso, liberal en el trato, alegre y conversador. Poco que ver con el personaje huraño e introvertido que el licenciado Lobeiras conoció aquella tarde, durante la visita a la rectoral de Asados, en compañía del Serrano y el administrador. El tiempo también corrió de este lado. Así es como van cuadrando las cosas y como hemos de ir componiendo la historia.

Gustaba don Ramiro de visitar con cierta frecuencia la casa grande de Amaral. Entraba a caballo, montado en una mula pedresa que amarraba junto a la cancilla y a la que los chicos, la Rosaura y el chavalote Cibrán, incordiaban lanzándole huesos de fruta a las orejas. Más bien Cibrán, porque Rosaura era una niña. Mucho celebraban los dos la visita del cura, que siempre tenía para ellos un regalo: melindres o pan blanco, y porque tampoco podía decirse que abundasen las visitas. Las casas estaban fuera del camino real, que era el que se dirigía por la Xesteira hacia Carballedo, y para llegar hasta allí había que ir a propósito. El viejo Matías se encerraba con el cura

en el comedor y hablaban, o se retiraban al fondo de la huerta, al pie de la parra, en el tiempo de calor, a compartir una jarra de vino. En estas ocasiones la señora Antonia nunca aparecía. Nunca Rosaura recuerda a su madre en presencia del cura. Pero cuando el de Boullón se retiraba, después de aquellas demoradas visitas en las que repasaban el mundo entre los dos, el viejo Matías y el clérigo, como camaradas, siempre había un regalo para los chicos. Cibrán y Rosaura aguardaban la despedida junto a la mula, con el perro Ney meneando la cola. Pasado el tiempo, la niña Rosaura habría de evocar aquellas visitas de otra manera, y es probable que llegase a entenderlas de otro modo. La entrada al mundo de los mayores consiste en alzar de repente el telón del paraíso, o abrir una rasgadura para cruzar al otro lado, creyendo que allí hay otra luz, otro milagro. Pero en su caso, llegado el momento, lo único que encontró fue desolación y frío, aquel frío terrible que la hacía temblar por las noches, cerca ya del amanecer, cuando Martín García abandonaba su cuarto en casa de la Leonesa, o después, en el cafetín de los artistas, la Estrella de las Cíes, donde el licenciado Lobeiras quedó cegado por la luz de la revelación. «Hay cosas que usted no sabe, señor maestro...». Pero aquí estamos en el principio de las cosas, y entonces las cosas eran así. Se iba el de Boullón en la mula y se quedaban ellos, los chicos, mirando el camino, hasta que el viejo Matías reclamaba la atención del muchacho: que había que mover los bueyes, o limpiar los establos, y entonces la pequeña brincaba hacia la casa del Castro, donde su madre también estaba a la ventana, mirando hacia el mismo camino, con la figura del señor abad jinete de la pedresa.

Junto al cura venía también algunas veces el músico, lo llamaban así, grandote y parlanchín: el Músico, otros le decían Tanguero, el tañedor, por el arte de rimar coplas, casi de la edad del clérigo. No venía siempre, solo en algunas ocasiones. Bajaba desde los altos de Borela para hacer las fiestas, entre mayo y septiembre, de Nuestra Señora a San Miguel, e iba recorriendo la tierra tocando en las romerías. Era su oficio. En realidad no es que fuese de Borela, sino más bien de la parte de la Camposa, pero le decían de Borela porque era mejor lugar, más alto y soleado, colgado sobre el Almofrei, el río que baja desde la tierra de Montes y desemboca en el Alba para regar juntos la patria de los vilanoveses. Eran otros tiempos. Cuando venía el músico se armaba la romería, casi siempre junto a la viña, reconfortados los hombres por la galanura del vino, y entonces la fiesta era doble: por la visita del cura y por la música del acompañamiento. Rosaura y Cibrán se sentaban en la cerca para escucharlo. Se llamaba Quintín, aunque para ellos era el Músico, ya digo, o el Tanguero. El de Boullón lo traía consigo para cantar las misas, a real la ceremonia, dos reales si había procesión; pero en la viña había tambarria a lo grande. Entraban las mulas por la era, y sobre la del músico se distinguía de lejos el acordeón, que brillaba al sol como una gran caja de plata, que el artista hacía suspirar después, deslizando sobre el teclado los dedos, como una sinfonía de mirlos. Tampoco en estas ocasiones aparecía la señora Antonia. La fiesta era solo para los hombres, y para los niños, encaramados a las piedras del muro. Pocas veces recuerda Rosaura la risa del

viejo de Amaral. Más que de bromas y de risas, el señor Matías era hombre de sentencias. Así lo recuerda la muchacha. Pero en la viña del río, junto a la presa del molino, estallaban entonces también las risas, *aturuxos* y silbidos. Quintín afinaba el instrumento y tocaba hasta que se acababa el vino, casi siempre las mismas piezas, y se notaba que eran amigos, los tres. Al irse, dejaban siempre los bollos de pan blanco y los melindres.

El de Amaral tenía tres libros. También así lo recuerda la chiquilla, incluso desde la distancia, después de que el tiempo fue desovillando las cosas y otras luces arrojaron otras sombras. Tres libros en la repisa de la cocina, material suficiente para el conocimiento y la explicación del mundo, decía. Con bastante menos gobiernan otros. En verano solía leer a la sombra de la viña, en el lugar de las conversaciones con el señor abad y las fantasías del músico, cuando venía el de Borela. Entrado el invierno, se instalaba junto al fuego, a veces con la señora Antonia desgranando el maíz a su lado, silenciosos los dos, apenas sin cruzar palabra: la mujer a sus labores y él enfrascado en las lecturas. La niña Rosaura enredaba al pie de la madre, o con las polainas del viejo. El mozote Cibrán se quedaba en el escaño del fondo, junto a la pared. Uno de los libros eran los Textos Sagrados: la Biblia. Ahora que podemos ver las cosas con otros ojos, ya digo, no deja de chocar que sin ser creyente, que no lo era, ni hombre de iglesia, sino más bien al contrario, le gustasen a Matías semejantes lecturas, igual que puede parecer extraña su afición a las visitas del cura. Pero una cosa no estaba reñida con la otra. De cuando en cuando, sumido en el relato, el viejo levantaba los ojos de la página, miraba a la madre de la rapaza y exclamaba: «Aquí está toda la maldición, todas las calamidades, todas las desgracias. No hay nada que no haya sucedido o pueda suceder que no venga en este libro». Lo tenía muy gastado. Mil veces repasadas las páginas. Iba y volvía. Mucho le incomodaba la historia de José, la traición y la envidia de los hermanos sobre todo. «La envidia es la perdición que nos come, Antonia, el más grande de los pecados». Le hacía gracia la de Sansón, rapado por la señora Dalila y a merced de los filisteos. Ella una mujer bregada, vaya que sí, y él un calzonazos, como tantos: lazos de amor, que ciega los ojos. Pero le enfurecía lo que él llamaba el Dios Injusto, Celoso, Caprichoso, Vengativo... El Dios de Sodoma y Gomorra, por ejemplo. El Dios implacable del Diluvio. El Dios del Castigo y la Aniquilación, arrojando azufre por todas partes, golpeando a sus criaturas como criba en el cedazo. Un arrebatado... En esto no estaba de acuerdo para nada con don Teodoro, el abad de la Colegiata, y aunque no diremos que no creyese en la historia del Día del Fin del Mundo tal como se anunciaba en la carta de las monjas de Santa Clara, que era algo que los vilanoveses llevaban muy dentro y muy en secreto, como antaño habían creído en el regreso de don Bartolomé el Navegante, en los días de don Juan Manuel y el Triángulo Inscrito en la Circunferencia, el viejo Matías tenía su propia manera de ver las cosas, incluida la Altísima Divinidad, no digamos después, cuando la Divinidad volvió a desatar su cólera y se armó la que se armó por estas tierras. En la Biblia estaban todas las historias, todos los mundos

posibles, todas las voces y todas las claudicaciones, sentenciaba el de Amaral, sentado en el escaño del hogar, con la señora Antonia desgranando las mazorcas y los dos chicos, el muchacho Cibrán y la niña Rosaura, enredando en el alpendre.

Los otros libros, no por aparentemente menores los consideraba el patrón de más escasa importancia. Uno de ellos era la Flora del padre Merino, bastante deshojada por cierto, a la que le faltaban las tapas, pero a la que el viejo volvía de tiempo en tiempo, principalmente entrada la primavera, tampoco sabríamos decir con qué provecho, por aquello del empuje de la tierra y los idus de marzo, solía decir, como quien advierte de una gran conflagración cósmica. «¿Os parece poca conflagración, poca consumación el milagro de la vida renovado año tras año, como las aguas vuelven al molino después de la sequía, como los pájaros regresan a cantar a los árboles?». El tercer libro era un pequeño manual de matemáticas: aritmética y geometría. La aritmética llegaba a los quebrados. La geometría a las medidas y las razones del triángulo, que según el de Amaral eran suficientes para explicar todas las leyes que gobiernan la naturaleza, la conjunción de los astros y las noticias del futuro, junto con las razones del círculo, que era la curva de la perfección. No sabemos si hablaba de esto con el de Boullón. Tampoco las ciencias que ambos compartían, en el caso de que compartieran alguna. Lo que sabemos de aquellos días lo sabemos por los ojos de la niña Rosaura, repito, y por la visión de los hechos que, andando el tiempo, la niña-mujer fue construyendo hasta llegar a nosotros, no porque las cosas fuesen así necesariamente, que tal es la condición de la memoria, sino porque así las recordamos, o mejor: así las recordaba la niña de la Gaiosa, casi cuarenta años después, cuando hubo oportunidad de llegar a ella. Bien puede verse que lo que en esta narramos está tomado de aquella memoria. En la casa del Castro había también una vaca, y un cerdo, criado con mucha devoción. Pero no hay nombre para ellos. No ha llegado a nosotros esa noticia. En el relato no cuentan. Junto con las tres Marías y las labores de la huerta, que atendía la señora Antonia, ayudada después por la tía Felisa, iba corriendo la economía humilde de aquellas mujeres.

Cuando Fuco Fariña proclamó la República en el balcón de los vilanoveses, Rosaura tendría dos o tres años, no más. Poco recordaba de aquello, solo de segundas y por lo que después le contaron. Los sábados, el viejo de Amaral bajaba a la villa. De allí volvió con la noticia. El mundo empezaba a cambiar. Fue entonces cuando le puso Prieto a uno de los bueyes. Entró ufano en la casa, encendido de la taberna, alzado como un capitán, y le gritó desde la puerta al animal: «Buenas noches tenga usted, don Indalecio». Macho de cuernas bravas. La Doloriñas vino después. La compró en la feria de Carballedo. Una muñequita. La trajo de la mano por el camino de la Camposa y la acomodó en el establo, junto a las otras. ¡Viva la República! En las minas de Asturias se gestaba la Revolución. En las nuestras no. Entonces las nuestras estaban paradas. Era la gente del mar la que llevaba la iniciativa: el Sindicato de las Rías. Recogido en el cuarto del sobrado, encima de las tres Marías, que le daban calor en las noches de invierno, el viejo patrón escuchaba las noticias con una

radio de galena. La radio y los libros. Eran su afición. Y la taberna, las noches de los sábados sobre todo. Por aquel entonces las tabernas eran el centro del mundo. En la radio de galena escuchaba algunas veces la voz guerrera de la Ibárruri, la Pasionaria. De ahí vino el nombre de Doloriñas. El joven Cibrán lo miraba desde la puerta del corral. Ya no era un niño. Andaría por los trece o catorce años y empezaban a gustarle las romerías, igual que al viejo patrón el trato de la taberna. A veces desaparecía dos o tres días y entonces el viejo se enojaba. ¿Quién cuidaba de la hacienda? ¿Para qué lo mantenía en casa? El viejo contra el mozo. De entonces recuerda Rosaura los primeros desencuentros, las primeras voces contra la autoridad. También las primeras distancias entre los pequeños, se notaba la diferencia de edad. Pancho Cibrán apuntaba más alto, o lo parecía, gallardo como un bailarín, y a la niña no le sentaba bien aquella altanería, aquellas maneras, que no eran las suyas, sino de otras compañías, aunque el muchacho nunca la dejase de lado, ni olvidase de vez en cuando las bromas. Pero ya no era lo mismo. Pasaba tiempo fuera, ocupado en trasiegos y reuniones, que para el viejo eran fiestas, líos para perder el tiempo, desatendiendo lo que importaba, y un día le gritó aquello tan cruel de «gracias infinitas me tendrías que dar, que te libré de ir muriéndote por los tojales», y al chico no le gustó nada, golpeó el postigo y se fue de casa.

No del todo. Volvía de vez en cuando. Aparecía de repente, para dormir en el pajar, como quien sale de extrañas profundidades, y entonces se afanaba en los establos y volvía a los bueyes como si no hubiese pasado nada, como si quisiese apurar el trabajo atrasado. Pero al viejo no lo convencía. Tampoco es que lo apartase de su lado, pero ya no era el trato de antes. Solo la pequeña Rosaura, cuando lo sentía llegar, cruzaba el camino que separaba las dos casas, como un jilguero, como el cachorrillo que reconoce al antiguo camarada, y se presentaba en los labrantíos o en el pajar, dondequiera que anduviese el chico, buscando su compañía. Silbaba el muchacho y allá iba ella, ligera como una ardilla, en busca de las reinetas. También la señora Antonia tenía sus atenciones con él. Jamás le faltó a Cibrán una taza de caldo o un cuenco de leche recién ordeñada en la casa del Castro, ni un haz de paja donde dormir, en caso de que lo necesitase. Si no era en una casa era en la otra. El de Boullón, don Ramiro, seguía parando en la de Matías y preguntaba por el chico cada vez que venía, aunque el chico no preguntase por él. El mundo cambiaba deprisa. Tal vez no en la Gaiosa. En los labrantíos y en los herbazales del río, en el canal del viejo molino, el agua seguía siendo la misma, la misma lluvia, las mismas heladas en invierno, el mismo fuego en el hogar, el mismo calor en verano. Pero en el resto del mundo las cosas estaban cambiando. También en las tabernas de Vilanova, a las que el de Amaral bajaba todos los sábados, haciendo a pie la legua y media que las separaba de la casa. Fue entonces cuando determinó vender los bueyes: el Venancio y el Prieto, y empezó a dejar sin cultivar algunas tierras. Porque estaba viejo, decía, los años no perdonan, y no tenía en quién apoyarse, refiriéndose sin duda a Cibrán, que aparecía cuando aparecía. La señora Antonia iba sosteniendo lo que era posible, hasta

que entró la Felisa.

Felisa entró por la puerta porque no tenía adónde ir, y donde comen dos comen tres. No hay noticia de parentesco alguno entre las mujeres. Entró como los ratones de campo, como los pájaros de los zarzales, por un pedazo de pan, un cobijo al que arrimarse, y como la necesidad era mucha, se quedó. Entonces pasó a ser la tía Felisa. Algunas de las labores que hacía Cibrán las hizo después ella. No todas, porque un hombre es un hombre, pero se las arreglaba. Entre Rosaura y las dos mujeres iban salvando las tareas, incluidas las del viejo patrón de Amaral, cada vez más metido en las lecturas de los Textos Sagrados y en la atención a las tres Marías: la Pinta, la Moura y la Doloriñas, que eso nunca lo dejó de mano, como si no tuviese otra familia. Una tarde que la niña y la Felisa trabajaban la tierra del molino, la única donde el viejo seguía plantando un poco de maíz, por no sé qué repentina necesidad Rosaura volvió a la casa, a la casa del Castro, quiero decir, y se dio de bruces con el de Boullón, que salía por la puerta. Venía a despedirse, oyó decir después. De la casa del Castro, no de la de Amaral. Se quedó parado don Ramiro, mirándola. Solo un instante. No era allí donde la niña esperaba verlo, desde luego. Nunca el abad había cruzado hacia aquella parte del mundo, de las muchas veces que había visitado la de Matías. El Castro era otra cosa. Sonrió el cura, miró fijamente a la niña y, acariciándole los cabellos, como quien acaricia a una cachorrilla, le dijo: «Hoy no he traído nada para ti. Otro día...». Ni la señora Antonia ni el patrón de Amaral comentaron nada. Tampoco Felisa. Pero la niña sintió que aquella sonrisa del cura la templaba por dentro. «Otro día...», como en los tiempos de Cibrán, que ya no estaba. Al parecer venía a despedirse, don Ramiro. Dos o tres semanas antes, el viejo aldeano había aparecido con la segunda noticia. Al principio era un rumor, la voz de los locutores en la radio, músicas militares, aquel aviso de teléfono desde la capital de la provincia, la centralita clausurada, «no se atienden más llamadas», anunció Luciano, el tabernero, escondido tras el mostrador, «órdenes del gobernador que quiere despejada la línea». A continuación, las alarmas, las instrucciones en el sindicato, la marcha sobre la villa. ¡Viva la República! Los militares se habían levantado en África. Las gentes de Fuco Fariña, que gobernaban el Sindicato de las Rías, avanzaban hacia la capital. Brillaban los ojos de Matías, aferrado a la taza de caño. Noticias de Madrid. Noticias de Sevilla. Rosaura nunca había oído hablar de esos lugares. ¿Dónde estaba Cibrán? De repente, el mundo dio un vuelco y se quedó panza arriba, despatarrado. Aunque la señora Antonia seguía llevando las calderetas por las puertas del señorío, empujando el carrito, cruzando el puente de Santiago que conduce a la villa, ya nada volvió a ser igual: ni el canto de los pájaros ni el agua corriendo por la presa del molino. Tampoco las músicas del acordeón, ni las visitas del cura, que al parecer lo habían trasladado a otros extramundis. «Anda la religión metida en las trincheras», comentó una noche el viejo patrón. «¿Qué se puede esperar de semejante cataclismo?». Y un día, al amanecer, aparecieron los primeros cuerpos en las zanjas, hacia el alto de la Gaiosa, y algunos también en la Banda del Río. La

señora Antonia se cruzaba con ellos, reventados en las cunetas, con los ojos llenos de moscas cuando alguien no los recogía. «Se acabaron los cristianos», se persignó ante la lumbre. La niña Rosaura, que cada día era menos niña, no se atrevía a preguntar, pero pensaba en Cibrán, que andaba por esos pagos de Dios, extraviado, y del que tampoco había noticias. Matías se hizo viejo de repente, en pocas semanas. Se plantaba ante el corral, mirando fijamente el río, tambaleándose como una vieja balandra, medio borracho, y tenían que bajar del Castro las mujeres para meterlo en casa.

Así ocurrieron los hechos, según los recuerda la niña, y según se los contó aquella noche al licenciado Lobeiras en el cuarto de la Estrella de las Cíes, la noche de la gran confesión. Entraron los nuevos amos y la vida se transformó en otra cosa. Incluso las palabras, antes tan transparentes, cambiaron de significado. En la casa grande de Amaral apenas se abrían los postigos, cerrada a la vista de la gente, con el viejo dentro. Cesó la música. Se acabaron las visitas, los bollos de pan blanco y los melindres del cura. Únicamente la señora Antonia y la Felisa acudían a diario para atender a las Marías, que no sabían de desgracias ni de claudicaciones. Dicen que una tarde, en la taberna de la Xesteira, el viejo Matías se irguió sobre sus talones. Quizá fue cosa del vino. Quizá fue la rabia que lo consumía. Entrada la noche, regresaba borracho a casa, arrastrándose por las zanjas, y se quedaba en la puerta del establo mirando a sus tres princesas: la Pinta, la Moura y la Doloriñas. Pero en la taberna de Luciano, según parece, se levantó airado de la mesa. Hablaba en la radio un general, puede que ni siquiera eso, tampoco importa para lo que queremos decir; se levantó de la mesa y gritó: ¡Viva la República!, como quien sale de un pozo, como quien alienta en medio de la agonía. ¡Viva la República! Don Manuel, el acordeonista, remedaba tangos en un rincón. Allí estaba también Quintín, el músico de Borela, callado como un peto. Coincidieron en el lugar como habrían podido coincidir en cualquier otro sitio. Hacía tiempo que no se veían. El mundo les había vuelto la espalda y ya no paraba nadie en la viña, ni entraba la mula por el camino del río, nunca más habían vuelto a escucharse las risas del señor abad, ni en la casa grande ni en la choza del Castro. A saber qué habría sido del cura, adónde lo habría empujado la vida. El viejo volvió la cara hacia el antiguo compañero de farras y gritó: «¡El himno de Riego!», para ver si le correspondía. Gritó así, con la voz recia de la juventud, los restos que todavía le quedaban. No había muchos parroquianos. Cuatro gatos. Pero el viejo insistió: «¡El himno de Riego!». En los Textos Sagrados repasaba por entonces las jornadas terribles del Sinaí, cuando Moisés subió a la montaña para recibir las órdenes del Altísimo. ¡Qué poca ley la de los israelitas, acampados al pie de la ladera! ¡Qué poca fe! ¡Qué miserable presencia! Apenas empezó a soplar el viento, allá salieron corriendo todos con el rabo entre las piernas. Habían nacido para esclavos y esclavos morirían. Cuarenta días bastaron para cambiar de chaqueta. ¡Casta de cobardes! «No me pierda, señor Matías», gimió el Luciano. Don Manuel, el del acordeón, ni se movía. Tampoco el otro, como si los dos se hubiesen quedado

plantados en el sitio. «No me pierda, que tengo familia...», se lamentaba el tabernero. No era mala gente Quintín. Ninguno de ellos era mala gente. Pero el mundo se había convertido en una fiera rabiosa. El de Borela le esquivaba los ojos. Lo echaron fuera. «¡El himno de Riego!»». Echaron fuera al de Amaral. Sin hacerle castigo. Pero lo echaron fuera, arrojado a la intemperie de la noche, y tardó dos días en aparecer por casa. Fueron a buscarlo las mujeres, la señora Antonia y la señora Felisa, y lo encontraron derrumbado entre los juncos, empapado en alcohol y en su propia rabia. Pasó varios días en la cama hasta que se repuso. Una semana después se presentaron en la Gaiosa las nuevas autoridades. Traían papeles. Venían a por las vacas. Órdenes de la superioridad. La señora Antonia se ahogaba. Las calderetas... Matías de Amaral apareció en la puerta con una escopeta. Nunca olvidaría Rosaura aquella impresión. Debía de tenerla en el establo, escondida entre los animales, o en algún rincón del cobertizo, o en el escusado del trastero, quién sabe. El caso es que allí estaba, agitando los cañones. «¡Fuera de mi casa!», gritó. «¡Fuera de mis tierras, casta de cabrones, que solo tenéis vergüenza para estas cosas! ¡Fuera de mi vista que os meto dos de estas entre los ojos y no volvéis a respirar nunca más, me cago en la santísima estrella!». Así les plantó cara, echando cuanto llevaba dentro. «¡Fuera de mi casa, mamones!». Le temblaba la voz. Eran cinco los visitantes: camisas de señoritos dos de ellos, desarrapados de mierda los otros tres. No hubo más voces. Recularon. La señora Antonia se quedó parada en medio de la era. Cuando los de Falange volvieron, al día siguiente, porque volvieron, cómo no iban a volver, armados hasta las cejas, con gente de Pontevedra y varios números de la Guardia Civil para rodear la casa, entraron en la cuadra y allí estaban ellas: la Pinta, la Moura y la Doloriñas, reventadas, cada una con un tiro de posta entre los cuernos, posta de abatir jabalíes, como dijo el viejo que les haría a aquellos facinerosos si no se largaban. Antes así que en manos de aquella tropa. ¡Viva la República! Aparecieron las tres Marías, derribadas de aquella manera en medio del establo, y del señor de Amaral nunca más volvimos a saber. Aquí acaba su historia. Durante un tiempo dijeron que si andaba en el monte, con las gentes de Fariña, donde dicen que también se había perdido el joven Cibrán, como se extraviaron otros, que no quisieron venirse abajo, o no tuvieron ocasión de hacerlo. También dijeron que si no habría embarcado para las Américas, como las reinetas de la presa. Pero adónde podía ir un viejo acabado, sin apoyo ni familia, a no ser las pobres mujeres del Castro, que se quedaron solas, en el pozo oscuro de la Gaiosa, hasta que Martín García apareció un día por la puerta anunciando la salvación.

El licenciado Lobeiras escucha la historia por boca de Rosaura, cobijados los dos en el cuarto de la Estrella de las Cíes, y no puede apartarla del pensamiento, mientras vela la saca de los pagarés en el agujero de la Bella Romana. Pronto abrirá el día y, entonces, aparecerá Maquieira para regresar juntos a la montaña. Ya estamos en la tercera noche de la partida. El de Boullón lleva la delantera. Contra todo pronóstico. Contra toda previsión. En la décima mano, alzado como un príncipe de las batallas, trinca el primer caballo en la mesa. Sietes y caballos. Tal es el juego del abad. Diez manos ha necesitado para hacer volver el agua al cauce que le convenía. Diez manos, arteras y demoradas, para que el de Santiso se confiase. La lluvia continúa azotando los árboles. Martín García, el administrador de la Leonesa, echa cuentas y sale a cada poco a la puerta de la casa, para ver si divisa los faros de Maquieira entrando por la montaña. No para de trabajar la comadreja. Lleva en los dientes la sangre de la criatura. Cuando la dejó, en la parada de Vigo, todavía alentaba. No hizo mal negocio, no: las tierras de la Gaiosa y la chiquilla, todo en el mismo bocado; la finada en el lecho de las agonías, la tía Felisa, que no es tía pero que trabaja como si lo fuese, y la moza lozana, ojos de garza, que en cuanto la vio supo que acabaría metiéndola en el redil hasta hacer de ella una mujer completa. La gente del café Suizo no sabía de estas cosas, pero el mandril, de vez en cuando, alardeaba de poderío. Novilla nueva en la casa. Novilla brava. Le ardía la sangre cada vez que la muchacha se le enfrentaba. «Tendrías que besar por donde piso, perra desagradecida», la castigaba. Le ardía la sangre, y a los hombres les gusta que la sangre les arda. Nada que ver con las pupilas mansas de la Bella Romana. Dieciséis años. Una granada. Cuando la llevó donde el Lobeiras, aquella mañana de las pasantías, le espetó al licenciado: «A ver qué haces...», por darle un valor, para domesticarla, no se puede ir por el mundo como gata guarduña mordiendo la mano de quien te da de comer y te ha sacado del pozo de la miseria, y entonces ella ya no miraba a los ojos. ¿Quién podía pensar que el poeta se iba a tomar las cosas con tanto sentimiento? Vaya por Dios... El de Boullón pide cartas. ¿Dónde carajo se habrá metido el licenciado? El agua corre por la zanjas. ¿Acaso don Floro se ha vuelto atrás? Se lo debía todo a don Floro. Él fue quien lo metió en la Leonesa, quien lo presentó a la gente de Madrid, los socios del gobierno, los nuevos amos, como su hombre de confianza, capataz primero, administrador general después, ambicioso y osado, «necesitamos capitanes para construir la nueva España», decía, la que el Caudillo había conquistado, arrancándola de las garras de la anarquía para ponerla a producir, encarrilándola por los caminos de la resurrección y la victoria. Habría para todos, ahora que los tiempos rodaban de otra

manera. El nieto del herrero no se amilanaba. Los otros sí. Los otros habían nacido para perdedores. Él no. Con las tierras de la Gaiosa en su poder y aquel capital sobre la mesa, ya se veía en la cima del mundo, asociado a los nuevos negocios que anunciaba el mineral. Hasta tres veces había logrado multiplicar la producción de los pozos de los que se había hecho cargo: la producción y los beneficios, apurando la riqueza que la tierra tan generosamente ofrecía. Ya llegaría el momento de decidir después qué hacer con la chiquilla, ahora una mujer, al fin amansada. Lo de Vigo fue una idea que se le ocurrió para sacarla de la villa. Demasiados ojos pendientes de ella. Instalarla en la ciudad no le resultó difícil. Cuando se tiene poderío, estas cosas son relativamente sencillas. Ciertamente que a veces echaba de menos las primeras batallas, aquellas noches de la alcoba, obligado a manejar la tralla, con la Felisa rezando avemarías en el cuarto de al lado. Pero la moza seguía valiendo la pena, seguía encendiéndole la sangre, que era lo que él necesitaba.

Don Manoliño duerme la borrachera en el pajar de la casa, donde lo llevó la del Pasamundos, derrumbado como un fardo; ya no tiene ni fuerzas ni años para semejantes arrebatos. Agustín Salgado se arrepiente de sus pecados y pide a Dios Nuestro Señor que lo deje regresar con dignidad junto a sus tórtolas desamparadas. Serrano se revuelve en el banco. Don Evaristo, el galeno de Compostela, va a pagar cara su traición, al igual que los israelitas, cuando Moisés bajó del Sinaí y les reventó en las narices las tablas de los Mandamientos. Nunca se han visto en otra. Pasará a la historia esta jornada. Los Berdullas piden un alto. La noche viene atravesada y el licenciado sigue sin aparecer. Si no aparece el licenciado, según lo acordado entre las partes, no hay trato. A punto están de agarrarse Serrano y el tal Honorio, el figurín de Santiago. Parece que las cuentas no salen. Cada cual ha echado las suyas, y en la deriva de los envites, los lugueses la llevan cruzada. ¡Siete al caballo! Sube de las cocinas más aguardiente, para templar los cuerpos, pero nadie lo quiere. Mejor con las mentes despejadas. Don Arturito se arrebuja en el capote de campaña, hombreras de cuero recio. No consigue sacarse el frío de encima, por más que manda avivar el fuego. Estamos en el fin del mundo: en la hora del Fin del Mundo, tal como se anunciaba en la Carta de san Vicente Mártir. Lo que no fue entonces es ahora. Ajeno a la ansiedad de los presentes, el de Boullón pide un nuevo mazo de naipes. Tiene a Santiso acorralado. No es que le escape con los ojos, es que no consigue centrar la mirada el lugués, agarrochado por las artes del adversario. A la desesperada, busca amparo en los treses. ¡Tres son los rayos de Júpiter! ¡Tres son las inteligencias divinas! ¡Tres las partes del discurso! Tres por tres, nueve, el número del Centauro. Pero el de Boullón está atento. Aquí es adonde él quería traerlo. Entran las copas. Vuelve la discusión de los sietes. El siete de copas es la carta del amor quebrado, el amor que se escurre entre los dedos, como don Manoliño con la muchacha en el pajar, ilusión que nos confunde y nos extravía: la carta de los Siete Pecados, que el Agonías no puede ni quiere ver, escondido en su cuarto. Esta vez Serrano ni siquiera va a por él. Toda la atención está en la mesa, volcados sobre la zamorana. Golpeando

recio en el tapete como quien quisiera recuperar la autoridad, Santiso mata el envite del de Boullón y arriesga con furia el tres de oros: los Reyes Magos. Ya no hay escape. Las apuestas han llegado al límite. Librado el tres, el abad aguarda la siguiente embestida. Saltan los naipes. Agotados los triunfos, solo queda uno, que ha de cerrar la partida, y la noche, si no se produce un cataclismo. El lugués se da cuenta de que está perdido. ¿Quién dijo que no había capitán? Los tantos que restan quedan presos en la última jugada. Don Ramiro levanta la suya y planta encima de la mesa el caballo de oros. ¡Siete al caballo!

En estas están cuando desde la poza del río se escuchan los primeros disparos. Igual que ladridos de perros. De primeras, es lo que parecen: perros ladrando en la era. Pero son disparos. Los hombres se revuelven como pájaros, como cuando en el gallinero entra la zorra a revolucionarlo todo. Se levanta el de Boullón, aún con la carta en la mano. Se levanta también el Santiso.

—¿Qué sucede?

El Honorio de Santiago se echa sobre el dinero: es mucha hacienda junta y sigue sin haber noticias del licenciado. Serrano le cierra el paso. ¡Hasta aquí hemos llegado! Se agarran entre ellos. Pero el alboroto viene de fuera, de los alisos junto al río. ¡Gente alzada! El licenciado Lobeiras viene en el coche de Maquieira, sentado al lado del conductor, sumido en sus cavilaciones, sin decir palabra, las sacas con el capital y los pagarés en el asiento de atrás. Dos horas antes de romper el día llamó Maquieira a la puerta de la Bella Romana, según lo acordado, y el poeta ya estaba en pie, esperando su llegada, la noche entera sin dormir. He aquí el momento de las grandes decisiones. Rosaura acaba de levantar el telón y la luz ciega la escena de tal forma que el hombre no es capaz de reaccionar, anonadado no tanto por la visión del cuerpo desnudo de la muchacha, que también, ofreciéndosele en la intimidad del cuarto, como por la fuerza de la revelación: la historia que escucha de sus labios, como quien abre el arca de las agonías, pozo profundo al que nunca antes se asomara. Es ella la que vuelca el cántaro y vacía el agua de la vasija. «Hay cosas que usted no sabe, señor maestro...». La marcha a Vigo fue decisión de Martín García. Se habló de la conserva como pudo hablarse de cualquier otra cosa: servir en las casas del señorío, por ejemplo, o trabajar en la costura, que de eso también sabía un poco, por la Felisa y la señora Remedios más que por su madre. Lo de la madre era la huerta, la leche de las tres Marías en la casa de Amaral, las calderetas... Después de que el lobo carnicero la amansara, o creyera haberla amansado, la llevó a las pasantías, por darle algo de mundo, no porque quisiese hacer de ella una señora. Rosaura no había nacido para señora. Si acaso para lo que ahora era. Y en las pasantías descubrió el mundo de las palabras. Las palabras son como pompas de jabón. Llevan dentro todos los colores, todos los sueños posibles, flotando en el aire por encima de la furia de las criaturas, y ella necesitaba esos sueños igual que necesitaba las películas del Tamberlick, o el cine de la Casa de los Exploradores, o las novelitas románticas que le prestaba la Catalana y desgranaba después en su cuarto a solas, del mismo modo

que desgranaba las cartas, palabras de amor, o las poesías, después de que el mar se llevó las reinetas de Cibrán por la presa del molino. Cada vez que se acercaban al muelle de los transatlánticos, Lobeiras y ella, en los paseos que acababan en la casucha de Poboadores, la muchacha se quedaba mirando el mar y recordaba las tardes en el molino de la Gaiosa. «¿Adónde van los barcos?», preguntaba. Y Cibrán le respondía: «A las Américas». Ella no sabía dónde quedaban las Américas, hasta que entró en casa del licenciado y, junto con las letras y los números, descubrió también las geografías. El mundo no acababa en el molino, ni en el camino que lleva a Boullón, ni siquiera en el puente de Santiago. El mundo continúa más allá de los castros y de los pinares, más allá de las nubes y de los pájaros, más allá de la locura de los hombres revolviéndose unos contra otros, el vecino contra el vecino, el hermano contra el hermano, los ojos de los muertos atacados de moscas. El mundo se prolonga y vive más allá de las garras del Lobo Carnicero y los dientes de la Comadreja, que la trabaja cada noche en la madriguera de la Leonesa donde la ha encerrado el Castigador, marcándole el cuerpo con la correa, hijo de Satanás. ¿Qué podía esperar de los suspiros del señor licenciado, un infeliz dejado de la mano de Dios, igual que ella, igual que la tía Felisa, que no quería ver ni oír, encerrada día y noche en las sacristías?

Las Américas... Cuatro chimeneas. Oscuras paredes de hierro arrimadas al muelle. Escaleras como mundos, de cuarenta a cincuenta metros, anunciando laberintos en las alturas; y el estruendo aquel de las sirenas en el momento de zarpar... Por la noche, el lucerío semejava una ciudad encima de la ciudad. Cada vez que atracaba una de aquellas fortalezas, la Estrella de las Cíes se revolucionaba. Revolucionada estaba casi siempre, principalmente los sábados, con parroquianos de postín y el señorío de la capital, que tampoco era una covacha. Pero cuando entraban las fortalezas, el local se llenaba de gente, señores de las compañías de navegación, oficiales y tripulación selecta, comodoros y comandantes, camisas nuevas con las insignias brillantadas para que luciesen bien, bigotillos recortados, mientras escuchaban los tangos de la Catalana, Libertad Lamarque, fumando tabaco fino; y entonces ella tenía que trabajar, pero no en las mesas. En eso el patrón era muy estricto. Tenía órdenes muy concretas. La mandaba a la cocina, cosa que no le hacía demasiada gracia al administrador, que decía que se le ponían las manos ásperas de fregar, no manos de señorita, que era lo que ahora quería, que no raspasen, para que diesen bien las caricias. Pero tampoco tenía donde escoger: o en la cocina o en las mesas, con los clientes y lo que hubiese. Tal era el trato que el de la Leonesa había hecho con el dueño del café, que por lo visto andaba también en el mineral, pues de eso se conocían. Era muy mirado Martín García desde que la había sacado de Vilanova y la había traído a la gran ciudad. «Te voy a poner como una reina», se espatarraba en la cama, al tiempo que le acariciaba el cuerpo y encendía un cigarrillo, después de desfogar las primeras ansias. Ya no manejaba la cincha. A veces se ponía corajudo, celoso, pero ya no le pegaba. En eso le estaba agradecida.

En una de aquellas, después de trabajarla a gusto, el de Lombados se confió. Dicen que a los hombres, cuando quedan satisfechos, les gusta soltar el pico: por presumir, por escucharse a sí mismos, por darse ínfulas, como gallos de corral, faroleando ante la pendanga, para lucir su poderío. El administrador andaba en grandes negocios, empresas de mucho empuje, nada de poca monta. Se le notaba en los gestos, en las conversaciones que se traía, a veces en el propio local, con la clientela distinguida de los ingenieros de Madrid, socios o amigos nuevos que al parecer tenía ahora, no vilanoveses, que esa era gente menor, y a veces con don Melquíades, el dueño del café, prisionero también de las redes del tungsteno. Derregado en la cama de las ceremonias, la misma donde ahora estaban ellos, la muchacha vuelta hacia la pared, Lobeiras sentado al borde del catre escuchando la historia, el de Lombados se abrió, descubrió las cartas, podríamos decir, confiado como estaba en el amansamiento de la sobrina. Era mucho dinero. Mucho más de lo que ella imaginaba. Más de lo que podría imaginar en toda su vida. Algo le tocaría. Se lo dijo así. Algo le tocaría. No le guardaba rencor por las primeras agarradas, al fin y al cabo era una niña, qué sabía ella de la vida, la vida hay que tomarla como se presenta, por el cuello y sin dejar que se nos escape, aunque perdamos las uñas en la pelea. Nada se consigue de balde. ¿No le había prometido a su madre, su hermana, que cuidaría de ella? Pues allí estaba. ¿Qué más podía ofrecerle? «Te pondré como una reina». Cuando llegara la ocasión, que ya estaba llamando a la puerta. Las tierras de la Gaiosa escondían una fortuna. Cierto es que la riqueza estaba allí de antes, enterrada en lo más profundo de las laderas, ¡desde el principio de los tiempos estaba allí! Pero de qué sirve la riqueza si alguien no la levanta, o mejor: si alguien no la descubre para que alguien la levante y saque provecho de su existencia. De qué había de servir la propiedad, las fincas baldías que ya nadie trabajaba, si él, el de Lombados, no catase la oportunidad, adelantándose a logreros, moviendo papeles, arrimándose a los socios que conviene arrimarse en estos casos. Mineral no faltaba. Puede que para otros sí, pero para ellos no. Decía *ellos* metiéndola también en el enredo, como la araña teje la red para atrapar a la libélula; y Rosaura escuchaba. Con las tierras de la Gaiosa, que las tenía en los papeles, y con las de la Banda del Río, que estaban en manos del señor gobernador y los amigos de don Floro, gente de mucha influencia, la suerte pintaba de cara. Don Floro picaba alto, y él estaba con don Floro, que sabía lo que se hacía. Las vendeaba de lejos el viejo cabrón. Bien que supo situarse cuando tocó elegir la apuesta adecuada. Los nuevos amos le debían muchas. Lo tenía todo pensado. ¡Años llevaba dándole vueltas! ¡Años esperando la ocasión, lamiéndole el culo a los lechuguinos, pasándoles la mano por la espalda a los poderosos, él, el nieto del herrero, el capataz de los barrancos, tragando toda la mierda que se puede tragar! Porque no era estúpido, sabía que para jugar la partida y ganarla había que disponer de capital, marcar de cerca a los competidores, alejar a las raposas del gallinero, ocupar el territorio... Pues en esas estaba. Miraba para sí y parecía un gato hinchado, seguro de la batalla. La niña Rosaura no decía una palabra,

acostada a su lado. Solo escuchaba, y pensaba en la casa del Castro, la casa de su madre, en las tierras de la infancia, cuando aún existía el Paraíso; pensaba en el mundo antes de que se acabase el mundo, y en Pancho Cibrán lanzando reinetas al cauce del molino, y en el viejo de Amaral, gesticulando con el cañón de la escopeta: «¡Fuera de mi casa, casta de mamones!», y en las tres Marías, con la cama de estiércol encharcada en sangre, no había visto nunca nada semejante, y en las moscas comiéndoles los ojos a los muertos... Martín García se ponía bravo cuando hablaba de aquello, y entonces se volvía hacia ella, con la mirada encendida de codicia, y la cabalgaba, volvía a amansarla, de nuevo escarbaba en la mujer como el hurón escarba en la madriguera, buscándole la calentura de la carne, encelado como un perro. «Te voy a poner como a una reina». Ni en París lucen mejores, enjaezada como una odalisca. Pero antes era necesario el capital, y él sabía dónde encontrarlo. Fue entonces cuando por primera vez oyó Rosaura hablar de la partida: la parada del Pasamundos, lugar perdido en las estribaciones de la sierra, fuera de miradas indiscretas, y del mucho empuje que decían que traían las partes: gente de Santiago, señorío de la conserva, la banca de las rías, y los otros: los lugueses, traficantes de ganado en la Cruzada, igual que ahora en el estraperlo. ¿Cuánto podía haber? Cuando escuchó la cifra, era tan grande que tuvo que apuntarla en un papel, que escondió después entre la ropa blanca. No siempre hablaba Martín García de estas cosas. Pero ella preguntaba. ¿Cuándo sería el envite? ¿Cuándo les entraría por la puerta semejante fortuna?

Tardó algún tiempo el licenciado en decidirse y en considerar qué parte de vida le iba en aquello. Sentado en la cama grande de la Portuguesa, los ojos fijos en el espejo del camarín, pensaba en su condición y repasaba de memoria día por día, punto por punto, cada paso que había ido dando desde aquella noche en la Estrella de las Cíes, la noche de la revelación. Durante algo más de dos horas, Rosaura habló sin parar, como quien abre una compuerta y deja que todo salga hacia fuera, vuelta contra la pared, desnuda. Lobeiras ni se atrevió a rozarla. La simple proximidad de su cuerpo, tan diferente a como él lo conocía fuera de aquel lugar, le producía escalofríos. No porque no la desease. Le ardían las manos. Le faltaba la respiración. Pero no podía. Quizá no era tan hombre. O quizá era demasiado grande el sentimiento que lo ahogaba. La voz de la muchacha, a medida que iba avanzando la confesión, iba también apagándose, como se apaga la llama del candil, hasta que, concluida la confidencia, se quedó callada. Estuvieron así mucho tiempo: él sentado al borde de la cama, ella vuelta de espaldas, con aquel resplandor que le iluminaba la piel. Puede que esperase algo más de su parte. O puede que no. Se le había ofrecido por compasión, por vergüenza, porque llevaba dentro aquel pozo de negrura que la consumía y no tenía en quién vaciar su inocencia. «Hay cosas que usted no sabe, señor maestro...». Ahora ya las sabía. La noche anterior había estado en la casa Martín García, la comadreja. Tal era el aviso que le había pasado el mozo del clarinete. El administrador acudía a verla dos veces por semana.

Muy de mañana, sin afeitarse, deshecho por la larga velada, el licenciado tomó el coche de línea de la costa y regresó a Vilanova de Alba. Tardó un tiempo en decidirse, repito. Iba y venía. Desde la villa a la gran ciudad. Pero ya de otra manera. Ordenadas entre la ropa blanca estaban las cartas, atadas con una cinta azul, y un pequeño libro de rimas de Bécquer que él le había regalado, junto a una novela corta de la Catalana. Una mañana le pidió el licenciado a don Manoliño que lo llevase a los barracones de la Gaiosa. Conocía el camino. Los trabajos que solía encargarle el administrador le obligaban a veces a subir la ladera, pero nunca pasaba de las oficinas. El mundo de los presos, que escarbaban en las entrañas de las minas, era otra cosa, acceso restringido. Don Manoliño atendía los martes en los barracones. Pancho Cibrán estaba en la enfermería. Se había herido en una mano con el pico, retirando el mineral. Las palabras fueron escasas. Pero suficientes. Encargo de la niña Rosaura. Una fecha. Un encuentro en la montaña. Era un hombre decidido, Cibrán, fuerte como un roble, pese al castigo en el que se encontraba. Recogió el recado y no dijo nada. Casi ni lo miró.

Las grandes decisiones. De eso estamos hablando. A veces no son más que una mirada, el pestañeo de un gesto que precipita los acontecimientos, el movimiento leve de un cuerpo resbalando de la cama; primero del lecho de la pensión del cafetín de artistas, las sábanas aún calientes de Martín García, que allí era donde el cabrón se trajinaba a Rosaura, flor de la maravilla, que según le abre ahora el corazón al licenciado va estrechando la cadena que los aprisiona; después, en el camarín de la Bella Romana, la cama de la Portuguesa, que recibió al poeta con los brazos abiertos en cuanto lo vio entrar por la puerta, con el sargento Lamparillas centinela del dinero y la voz de doña Hermitas: «Mire que ponemos en sus manos toda nuestra fortuna, los ahorros de estas inocentes criaturas», rezando el rosario en el salón, pues esa noche no dieron servicio por decisión de don Floro, atento a cada paso que se da, conexión directa con el secretario del gobernador y las altas esferas. Las grandes decisiones... Ni siquiera sabemos que las estamos tomando. ¿Conocéis la historia de esa mariposa en Shanghai, o en una Amazonia cualquiera, que con un levísimo aleteo es capaz de desatar de repente un tsunami en el Índico, un tornado en la Amaía, un huracán en las Hébridas? Pues exactamente igual. La imagen de Rosaura flota en la memoria del licenciado como un perfume que, una vez que se pega a la piel, todo lo transfigura. Se levanta del lecho de la sultana, donde ha pasado la noche sentado, ovillado deberíamos decir, enloquecido, escuchando o repasando una y otra vez las palabras de Amarinda, la niña de la Gaiosa, metida a querida en el puterío de Vigo, forzada por el Lobo Carnicero, la Comadreja, Gato Cabrón que la arrastra entre los dientes hacia las profundidades del matorral; se levanta el licenciado, digo, y ni se sabe adónde va. Parece un autómatas. Se mueve como una máquina. Hora de partir. El coche de Maquieira está en la puerta. En ese mismo instante los dedos de don Ramiro, el de Boullón, resbalan por las puntas del naípe, afinando las cartas que acaba de recibir, iniciada ya la última mano, la mirada atenta al matarife de la Ponderosa, el enemigo.

Pueden sentirse las respiraciones: las de los dos contrarios, los generales de la batalla, y las de todos los presentes, casi sin aliento. También se siente el fuego en el hogar, y las olas de lluvia corriendo por las laderas. Hace un buen rato que el Agonías no se queja. Quizá se ha quedado dormido en el cuarto, derrotado. Don Ramiro abre un poco más el naípe, para reconocer con precisión las cartas, consciente de la trascendencia del caso: aquel mundo de Dios sobre la zamorana. El secreto del juego, que no es un juego sino una batalla, tal como ambas partes lo entienden, el secreto del juego, insisto, no está en las cartas, ni siquiera en la fortuna, de por sí caprichosa y

tornadiza, el secreto del juego está en los hombres, en la mirada intensa, feroz, que el abad logra clavar al fin en su adversario. Hasta aquí el de Santiso se había ido librando. Pero esta noche no es como la anterior. Martín García, listo como un rayo, sabe que no se ha equivocado en la apuesta. Había que sujetar el balandro, azotado por la tempestad, y el balandro respondió. ¡Mucho capitán el cura! Muchas horas de libro y de agonía, templando la ley, centrando a la fiera, calculando cada movimiento propio y cada gesto del enemigo. Así se la jugó a Benitiño Silva, en la de Cortegada. El lugués está vencido. Ahora que lo ve, acorralado entre el chinero y la alacena, el administrador de la Gaiosa se da cuenta de la inteligencia letal de la estrategia: la primera noche para avivar el instinto, poniendo la carnaza para que entrara a picar la pieza; la segunda dejándose llevar, para hacer que se confiase e incitarla a la gula, espoleando la ambición, avivándole la codicia, ¡qué mal lo entendió don Evaristo!, lo que podía ser tres, o quizá nada, se multiplicaba ahora por quince. Y he aquí la tercera noche, aupado como un general, igual que el señor Santiago en la batalla de Clavijo, ¡todos conmigo, todos a mi lado! ¿No sentís el empuje de los caballos haciendo temblar la tierra, las voces de los capitanes llamando a sus mesnadas, el resplandor de las espadas, el floreo orgulloso de los pendones alzados por encima de la polvareda, los gritos de los enemigos que retroceden? No son gritos. No son cascos herrados. Son disparos. El de Boullón acaba de poner sobre la mesa la carta decisiva y, antes de que la ponga, los otros ya saben que está. Pueden leerlo en los ojos del de Santiso. El caballo es la fuerza, la autoridad, el impulso que gobierna la energía. El caballo entra en combate y es la máquina que domina, la nobleza del ideal que ha de conducirnos a la victoria. El caballero sostiene la brida, no lo apura, sabe lo que tiene. El oro representa el pentáculo, la estrella de cinco puntas, en este caso no hacia abajo, que sería la demoníaca, sino hacia arriba; cada punta un principio: fuego, aire, agua, tierra, y la quinta, enfilada hacia las alturas, la quinta esencia. Y entonces se escuchan los disparos. Martín García pega un salto y se coloca detrás de la mesa. ¿Cuánto dinero hay? Ni se sabe. El Serrano corre tras él, casi más pendiente del lechuguino santiagués que del alboroto que llega de fuera.

—¡Qué cojones pasa! —grita el Berdullas.

Los lugueses se revuelven. Antes de que nadie se dé cuenta aparecen las pistolas.

—No hagáis disparates —ordena don Arturo, quitándose de los hombros el capote de campaña. Don Evaristo pierde el color, se queda pegado a la pared, como un muerto. Todo sucede muy rápido. Voces de rabia. Pancho Cibrán trepa por el muro de la casa.

—¡Que nadie se mueva, me cago en Cristo!

Argimiro Setecoros le cubre la espalda. Los otros tres van por detrás. No hay tiempo para pensar, apenas para reaccionar siquiera. Se mueven las partes. Algunos buscan la escapada, por puro instinto, porque hay que salir de allí. De repente, el de la Ponderosa se echa hacia atrás, como para tomar distancia, y le pega una patada a la mesa, mandando por los aires el equipo completo de la zamorana: el dinero y los

naipes.

—¡No lo tendrán tan fácil!, —se revuelve el matarife.

Alguien lanza a la lumbre un balde de agua. Se apagan los carburos. Oscuridad total. Don Manoliño duerme la mona en el pajar. Agustín Salgado, el Agonías, quiere salir del cuarto, despavorido, pero no atina con la puerta. Parece una polilla golpeando con sus alas las paredes de la cueva. Así será el Día del Fin del Mundo, como el Cafarnaún anunciaba en el púlpito de Santa Clara, abrazado a la carta de las monjas.

—¡No hagáis disparates! —vuelve a gritar don Arturo, el mayor de los Berdullas. Serrano y Martín García buscan el dinero y no lo encuentran.

En lo alto de la sierra, el licenciado Lobeiras sale de las profundidades y ordena a Maquieira que detenga el coche. Son las grandes decisiones. Aún no ha alumbrado el día. Desde que salieron de la villa apenas han cruzado una palabra. Por respeto, quizá porque adivina la grave preocupación que castiga a su acompañante, Maquieira conduce en silencio, atento a los pasos difíciles de la montaña, con la lluvia azotando el parabrisas y las ventanas del auto, que parece propiamente que el diluvio se hubiese desatado sobre los humanos. Tiene miedo de perderse por el camino, que solo ha hecho una vez. Pero el licenciado le manda parar. Tiene que repetir dos veces la orden para que el otro la entienda. Sin que el conductor acierte a impedirlo, cosa que tampoco intenta, acaso confundido por la súbita determinación, Lobeiras sale del coche y siente sobre sí todo el cataclismo de la lluvia. La luz de los faros rompe la oscuridad. No se ve nada a dos pasos, solo el agujero de la noche, un océano de negrura. ¿No les chocó a los viajeros que no hubiese nadie en la Bella Romana cuando Maquieira llegó a por el licenciado? Los números de la Civil, quiero decir, la pareja de guardias que por encargo de don Floro acompañaban al sargento Lamparillas en su centinela nocturna. El agua despeja la mente del licenciado, empapado como un nazareno. Suena el teléfono en las dependencias de la gobernación. El secretario descuelga el aparato, atento a la llamada. Pero no era la que esperaba. ¡Los presos de la Gaiosa! Dieciséis kilos de pólvora. ¿De dónde sale semejante locura? Gutiérrez Albañiz, el Lamparillas, deja su puesto y acude a sofocar la algarada. Órdenes de la superioridad. No hay otra autoridad para sujetar la situación. Don Floro recibe también instrucciones concretas. ¿Dónde está el administrador general, el hombre de confianza, Martín García? Con esto nadie contaba, repito. ¡Los presos de la Gaiosa! Se dice que han cogido a algunos, pero al parecer dos van huidos, uno de ellos el tal Pancho Cibrán, un mal bicho, lobo de la montaña, de los que antaño andaban en las partidas de Fariña y de Benitiño Silva, enemigos de Dios y de la nueva España. No quiere atender a razones el secretario. Exige de inmediato la presencia de don Floro en las dependencias oficiales. ¿Ya no nos acordamos del incendio de las clarisas, la Magdalena de los Siete Clavos, el pobre sacristán, don Vituquiño? La revolución no descansa. ¿Creíamos que la serpiente había sido descabezada? Pues ahí la tenéis, revolviéndose de nuevo entre las

piedras del camino. Cuando Maquieira llega a recoger al licenciado, el mundo está en otra parte. Nadie los detiene, nadie les advierte siquiera del peligro que corren. Desde el interior del auto, parado en los ramales de la sierra, el conductor de punto llama a voces a Lobeiras, que permanece en medio de la lluvia, empapado hasta las entrañas, sin reaccionar:

—¡Métase dentro, señor poeta, que va a coger una pulmonía!

En el cuarto de alquiler del café de artistas, la Estrella de las Cíes, parada viguesa de fino señorío, la niña Rosaura lee las cartas de su enamorado y siente que también ella ha jugado las suyas. No cabe marcha atrás. Una vez que se ha dado el paso, el camino no tiene retorno. Pero no se arrepiente de nada. Quisiera haber podido ofrecerle otra cosa. ¿Pero qué otra cosa podía darle sino su cuerpo blanco, su corazón herido, su confesión? Ni la tocó siquiera. Escuchó su relato, su larga y desesperada confidencia, y con las mismas, sin decir palabra, se levantó y desapareció. Pero la semilla estaba dentro, y Rosaura confiaba. Cada semana volvía junto a ella, no desde la pensión del Berbés, que tuvo que dejarla, sino desde Vilanova, haciendo el camino de las rías, de ida y vuelta, así durante otros tres meses, mientras iba madurando la determinación. Quizá se cruzaban entre ellos, el licenciado y Martín García, el príncipe enamorado y el Perro Castigador. Quizá incluso sabían el uno del otro, cada cual en lo suyo, aunque de la boca de la muchacha no salió palabra alguna que pudiese delatarlos. En la mente de Rosaura el plan se tejió despacio. Primero una luz débil. Luego, un camino estrecho entremedias de la negrura. Al final los hilos acabaron apretándose. No de golpe. Empezó a considerar el asunto, aunque sin llegar a más, después de que el licenciado se presentara aquella tarde en el local de la Estrella de las Cíes preguntando por ella, la rapaza que había venido de Vilanova de Alba y que al parecer trabajaba en la casa, no con los clientes sino en labores domésticas; y se afirmó cuando vio que el poeta empezaba a intimar con Rogelio el del clarinete y que a veces se quedaba a escuchar a la Catalana. «Ese hombre viene por ti», le guiñaba el ojo Libertad Lamarque en los descansos, cuando le prestaba las novelas. «Tendría que ser muy tonta para no darme cuenta», sentenciaba la veterana. Y añadía: «¿No tendrías que picar más alto, pedazo de boba, con esa figura que tienes y esos ojos de gloria que Dios te ha dado? ¿Qué crees que dirá el señorito cuando se entere?». Pero Lobeiras insistía, se dejaba querer, y aunque Rosaura tenía la cabeza en otro sitio, si es que puede decirse que la tuviese en alguna parte, descompuesta como andaba con aquellos cambios de humor que a veces la volvían intratable, que hasta don Melquíades la amenazó con ponerla en la calle si no se avenía a razones, ¿qué otro amparo tenía? ¿Qué otro cobijo al que arrimarse? Bien mirado, tampoco eran mala gente los de la Estrella de las Cíes, la Catalana y Rogelio, quiero decir, los únicos que podían estar al tanto. Don Melquíades andaba a lo suyo, paraba poco en la casa y, al fin y al cabo, tampoco le importaba demasiado lo que ella tramase, fuera de las labores en la cocina y las visitas de la Comadreja. Se embolsaba los cuartos y a otro asunto. La estancia de la muchacha en el cafetín era cosa de paso. Mejor no

complicarse. Pero los de abajo no. El alma de los de abajo es distinta, cuando menos entre iguales, y la chica parecía una desvalida. «Viene a enseñarme las letras», le explicó a la tanguista, que sabía del mundo bastante más que ella. Pero a partir de entonces la idea empezó a dibujarse en su cabeza, y cuando decidió subir al licenciado a su cuarto ya la tenía planeada.

—Métase dentro, señor poeta... —insistía Maqueira. Y el otro no respondía, plantado en medio del camino, la lluvia corriéndole por encima—. Métase dentro, que acabaremos descarrilando y no nos saca del barro ni la caridad del Cielo.

Era una torrentera. Impropio de cristianos andar por aquellos mundos y en aquellas condiciones. Ninguno de ellos podía saber de los sucesos que apenas unas horas antes habían comenzado en los pozos del mineral: el fuego encendido en las galerías; ni de las razones de la retirada del Lamparillas, en cuya ausencia tampoco habían reparado, dadas las circunstancias de ahogo y abatimiento en que el licenciado se encontraba, sumido en sus maquinaciones; no digamos de la barahúnda que casi en aquel momento estaba produciéndose en el Pozo de la Señora, la parada del Pasamundos, después de que don Ramiro, el de Boullón, plantase en la mesa el caballo de oros y con las mismas se abrieran las puertas del Infierno.

—¡No hagáis disparates!

Santiso echa mano de la pistola Astra, modelo 1921, fabricada en Guernica, calibre nueve milímetros, cartucho largo, que desde hace años lo acompaña siempre, vaya adonde vaya. No lo van a cazar en esta, igual que no lo cazaron en otras. Santiso tiene la piel de cuero bravo, como los jabalíes. Lleva en la cara la marca de las antiguas batallas. ¡Viva Franco! ¡Arriba España! En el alboroto de la oscuridad, con la mesa caída y los restos de la zamorana por el suelo, apagados los carburos y las luces de la lumbre, la confusión es total.

—¡Encended ese candil!, —reclama una voz desde la negrura.

Pero la respuesta son los disparos. En medio de las tinieblas, brillan los relámpagos de las armas, como latigazos. Pancho Cibrán, el lobo de la montaña, se descuelga desde el alféizar. Cae sobre el piso de madera igual que un gato. Argimiro Setecoros salta detrás. De repente, alguien revienta las contraventanas, la puerta que da a la galería, y en un barullo de quejas e imprecaciones, el personal comienza a salir fuera de la casa. Saltan por las ventanas, se escurren por los agujeros, como ratones en medio de la hoguera; se descuelgan por las paredes, escapan por donde pueden. Resoplando como un búfalo herido, don Arturo, en compañía de sus hermanos, busca el amparo del río. Imposible llegar a los coches. La camioneta de Martín García, propiedad de la Leonesa, había quedado en la era de abajo, al lado de los alisos. Un estampido ensordecedor la manda por los aires, reventado el depósito de gasolina. Al resplandor de las llamas se ven las sombras de los hombres corriendo de un lado a otro, cada cual buscando su propia salvación.

—¡El dinero! —grita don Honorio, el petimetre santiagués—. ¡Vienen a por el dinero!

—¿Dónde está el cabrón del licenciado?, —aúlla el administrador, arrastrado por la zapatista.

La lluvia ha amainado un poco, pero sigue mojando el mundo y los cuerpos que se arrastran por el barro. ¡Viva la Revolución! ¡Viva la República! ¿A quién carajo le importa la República? Pancho Cibrán no quiere que se le escape viva. No habrá otra oportunidad. Empuja la puerta del corral y lanza dentro del establo la segunda lata de gasolina. Una pareja de bueyes, podrían ser el Prieto y el Venancio, y una becerria joven. No hay otra hacienda. Se revuelven las criaturas, mugiendo como demonios, y el mozo de la Gaiosa las manda también para fuera.

—¡Prendedle fuego a la casa!

Lástima de las tres Marías, que no están para verlo. Don Manoliño sale del pajar. ¿Es una visión de los infiernos lo que tiene ante sus ojos o de veras ha llegado la hora del Fin del Mundo? En la poza oscura del río, las sombras de los ahogados aúllan como almas malditas. Corre la balsa del barquero, resbalando por encima de las aguas, con la misteriosa mujer que maneja la pértiga, la Dulcísima Señora. El licenciado Lobeiras, parado en lo alto de la sierra, no puede ver el lucerío. Demasiada negrura. Demasiada agua corriendo. Pero la estampa de aquella noche en el cafetín vigués no se le va de la cabeza: las palabras de Rosaura, el temblor de sus ojos mientras se quitaba la ropa, su luz cegadora, la dulzura de su voz... Ciertamente tardó algún tiempo en decidirse, hasta que le pidió al de Muras que lo condujese a los presos: quería ver los barracones, la organización del trabajo, los servicios y la enfermería. Tampoco era tan extraño que el secretario del administrador pidiese tal cosa. Pura rutina. Lo suyo era la burocracia, cargado de papeles, que a veces el de Lombados ni leía siquiera, ocupado como estaba en otros asuntos. Pero cuando vio ante sí la figura enjuta del joven, la decisión de su rostro, el arrojo que aún lo sostenía, el corazón del licenciado se encogió, como si le hubiesen clavado una lanzada. Fue en ese instante cuando tomó la determinación, aun sin atreverse a decírselo después a Rosaura, que nunca más lo volvió a subir al cuartucho del café. Tanto la una como el otro sabían que esa parte de la historia estaba cerrada. Ni ella le podía dar más ni él era hombre para pedírselo. El corazón del moro Safaín sigue latiendo en la piedra. Quién sabe si el milagro aún es posible. La lluvia cae a cántaros. Entra el licenciado en el coche y le ordena al Maqueira:

—Regresamos a casa. Aquí no se nos ha perdido nada.

Caracas.

Epílogo en tres jornadas y una carta

Donde la señora Villegas, en otro tiempo Amalia de Serrano, desenterra la memoria, cuarenta años después, y cuenta lo que ella vivió y padeció, relato que se ofrece al lector para mayor información de los hechos narrados

... *barcas novas mandei lavar.*

Johan Zorro

Esta parte de la historia debe contarse de otro modo. No viene en el cantar. El cantar sabe lo que sabe y acaba donde acaba. Tampoco podemos pedirle más. El caso del Pasamundos, con sus protagonistas peleándose en la trampa de la montaña, los días del wolfram, la derrota de los vencidos, la confusión, incluso las contradicciones del caso, que algunas hubo, quedaron en la memoria de la gente y así las hemos recogido. La música se pierde en las laderas. Se apagan sus ecos, como se apaga el viento tras la furia de la tempestad, pasa el temporal y se abre un rayo de luz en el cielo, iluminando el mundo de otra manera. Ya nada será lo que fue. Pero la vida continúa. Mi padre levantó la casa y nos marchamos todos a vivir a la capital, dejando atrás las junqueras, los ojos del puente cegados por la arena. Debo reconocer que en circunstancias normales difícilmente habría vuelto sobre aquellos pasos, alejado de la memoria de unos hechos que nos decían bien poco. El cantar muere en la plaza. Tía Encarnación, sentada en la galería, veía pasar ante sí a los sobrinos como quien ve sombras, figuras de una representación. El Ciego de las Viñas recoge su música, levanta el tinglado de las estampas y se desvanece en medio de la niebla, esta bruma temerosa que sube del mar y se asienta sobre los picos de la sierra, se instala en los espacios de la villa, avanza bajo los soportales... En las estribaciones de la Camposa vuelan los cuervos. En las fosas del mineral anidan las alimañas. Pero el relato queda abierto, como bien habrá advertido el lector. ¿Qué sucedió después? ¿Adónde llevó la marea los restos del naufragio? El relato se encoge como el hurón en la madriguera. Deja que corra el invierno. Pero no está muerto. Parece que lo está, pero no lo está. El relato es como un hilo de agua, apenas perceptible, que se desliza entre las grietas de la caverna. Pero no se estanca. Está ahí, esperándonos. No sé explicar de otro modo ni las razones de esta historia ni mi fijación en perseguirla.

Viajé a Caracas por primera vez en el verano del 94 invitado por la Hermandad Gallega. No eran los mejores tiempos. Pocos meses antes se había declarado la importante crisis financiera que habría de transformar radicalmente la estructura

bancaria venezolana, casi seis mil millones y medio de dólares en una primera entrega a la que tuvo que hacer frente el gobierno del recién elegido presidente Caldera. La colectividad estaba muy afectada. La gente recordaba otra crisis, la de febrero del 83, cuando se produjo la primera gran depreciación de la moneda nacional, bajo la presidencia de Herrera Campins. En veinticuatro horas, de la noche a la mañana como quien dice, sin previo aviso, la cotización oficial del bolívar cayó en picado. Nuestros paisanos recordaban aquellos días. Se hablaba de un suceso que había causado entonces una gran impresión y que quizá podía volver a repetirse. Un antiguo socio de la Hermandad, con más de treinta años en el país, muy querido de todos, se había quitado la vida en su residencia de Guacaipuro, cerca de Maripérez, a cuatro cuadras de la sede social de los gallegos, justo la noche en que sus amigos de tantos años lo despedían, prácticamente en vísperas de su regreso a la Tierra. Por aquel entonces, solo en la Hermandad había inscritas más de diez mil familias, a las que había que añadir las que figuraban en otras sociedades de la capital y de la república, y las que no estaban asociadas. No es fácil hacer números, pero después de la canaria, la emigración gallega era la más numerosa, gente que en los años cuarenta y sobre todo en los cincuenta embarcó en Vigo o en A Coruña, en los aeropuertos de Lavacolla o desde Madrid, para reconstruir sus vidas al otro lado del mundo. Algunos habían hecho dinero. La economía venezolana, fundamentada principalmente en el petróleo, daba para todos, y la nuestra fue siempre gente sacrificada, tenaz, trabajadora. Pero parece que el paisano no hizo bien las cuentas. Otros habían visto venir la desgracia y habían tomado sus precauciones. Quien podía sacaba fuera el capital, vendía propiedades, o las fragmentaba, distraía la titularidad, buscaba testaferros, operaciones puente, cartillas en los bancos de Miami, capital en dólares, por lo que pudiese ocurrir. A algunos, sin embargo, la situación los pilló fuera de juego, o con la cabeza en otras cosas, no lo sé. Por lo que se decía, cuando se dispararon los acontecimientos el pobre hombre, que ya había enviado a la familia de vuelta a Galicia, se encontraba despachando sus últimos negocios para retirarse, como soñaban casi todos: los que podían, los que tenían posibilidades de soñar, después de tanto esfuerzo, tanta distancia, toda la vida suspirando por volver. Es la desgracia de los gallegos. Nunca consigues arrancar de dentro la raíz que te ata, como quien lleva un dogal alrededor del cuello. El hombre estaba cerrando las ventas de lo que tenía y, de la noche a la mañana, por falta de precaución, todo cuanto llevaba acumulado en bolívares desapareció en un instante, un relámpago en el parque, descalabro de dígitos en la tabla de cotizaciones, como se abrasa el racimo en la viña cuando lo ataca la peste o un calentón no previsto, exactamente igual: la mujer y las hijas allá, toda la familia esperando la vuelta del americano. No sé si se pegó un tiro, como el Serrano en la pensión viguesa, o si utilizó otro sistema, pero la noticia impresionó mucho a la colectividad.

Fue en el 83. Yo llegué en el 94. Pero en ciertos aspectos la situación se anunciaba bastante parecida. A dondequiera que fueses, se percibía una gran

preocupación, pánico en algunos casos. Cuando informé a mi padre de mi viaje, que era académico y de carácter profesional, no otra cosa, el viejo me llamó aparte y me pidió que, ya que tenía ocasión de cruzar el mar (era la primera vez), buscara razón del tío Antonio. Era el único que les quedaba. Nunca más habían vuelto a saber del hermano músico, rondador de serenatas, a excepción de algún rumor justo después de haberse marchado. Igual que les sucedió a otros, la memoria de los nuestros también se extravió, deshecha en parte, ignorada, no sé si por desidia o porque la marca del hierro aún estaba en ellos, quizá no tanto en nosotros, los más jóvenes, pero sí en ellos, los mayores. Me llamó aparte mi padre y me pidió que viese el modo de buscar noticias de tío Antonio, alguna pista sobre su posible paradero, o sobre su final si fuese el caso. Tía Encarnación ya hacía algunos años que había muerto. El tío Moncho estaba muy enfermo. Obedeciendo el recado, busqué en los archivos de la Hermandad, en el listado de los antiguos socios, en la Sociedad Apóstol Santiago, que ya no existía, pero que en otra época había sido pujante y muy activa, antes de la fusión de los centros menores, que ocurrió en octubre del 60. Busqué y no encontré nada, a pesar de la ayuda de los directivos de la Galaica, que movieron generosamente registros y viejos papeles. He de reconocer que tampoco tenía tiempo para más. Tres semanas. Llevaba conmigo algunos encargos de la universidad, programas de colaboración que debía concretar y que me ocuparon más de lo previsto. Pero en una de estas me di de bruces con el nombre de doña Amalia.

Así era como la conocía alguna gente: doña Amalia. Tropecé con su nombre porque en los registros figuraban algunas referencias de los vilanoveses, no siempre, tampoco demasiadas, no todos dejaban esa marca al llegar, algunos la ocultaban, quizá también el tío Antonio, como si quisiesen borrar intencionadamente los rastros, huellas de lo que antaño habían sido y a lo que habían renunciado. Andaría por los ochenta años, la señora, puede que alguno menos. Eché cuentas. Tío Antonio, en el caso de que aún viviese —no teníamos seguridad de que así fuera—, debía de ser algo mayor. «¿Ha buscado usted en los asilos?», me aconsejaron. «Siempre queda esa posibilidad. ¿Y en el registro de defunciones?». Quizá no estuviese en Caracas. Muchos llegaban y no se quedaban en la capital. En Maracaibo, Puerto La Cruz, Valencia, Ciudad Bolívar, Puerto Ordaz, Barquisimeto, Maracay, Santo Tomás de Guayana, había asociaciones de gallegos, y los que no estaban asociados, que habría que ir buscándolos estado por estado, provincia por provincia, ciudad por ciudad, estancia por estancia, «como quien busca una aguja en un pajar, una astilla de madera en el suelo de una carpintería», así me sentía, y así volví junto a mi padre, con las manos vacías. Eso sin contar con la posibilidad, que tampoco podía desecharse, de que Caracas o Venezuela, primer destino, solo hubiera sido un lugar de tránsito, puente para otras travesías. Bien puede imaginar el lector que, agotadas las primeras tentativas, no insistiese más.

Pero en medio de tan variado papeleo, de tanta especulación y tanta noticia confusa, tropecé con doña Amalia. Vivía retirada en un predio relativamente

acomodado en la parte que llaman de Sabana Grande, que es como decir en el corazón de Caracas. Al parecer, en el pasado había frecuentado la Hermandad, acompañada por su marido. De eso la conocía la gente. ¿Qué marido? Dejémoslo así por el momento. Debo decir que tardó en recibirme, mucho más en abrirse a lo que yo quería. Pero los compromisos de la universidad y algunas obligaciones profesionales me permitieron volver a cruzar el charco en febrero del 96 y en el 97, y de entonces son estas confidencias, no de la primera vez. La primera vez, cuando me permitió entrar en su casa, apenas hablamos, y yo estaba en vísperas de mi regreso. Fue después, en mis siguientes visitas, cuando pude reconstruir esta parte del relato. Lo que a continuación se transcribe es el resumen de algunas cintas y de las notas que me dejó tomar, una vez que fuimos ganando confianza. No de todas las conversaciones. También hablamos de otras cosas. Lo que reproduzco es la parte sustancial de la historia, procurando en la medida de lo posible mantener el tono de su discurso, en algunos puntos casi literal, en otros bastante abreviado. Mi voz, la voz de la transcripción, es mínima, apenas para marcar las pausas. La narración le pertenece a ella. De primeras, puede parecer otro relato. El lector puede considerarlo así. Pero es el mismo relato, la misma historia. Algunos de los cabos que el cantar deja sueltos se reconfiguran en las tres jornadas en que pude reunir lo principal de la información que la señora de Villegas, antes señora de Serrano, como luego se verá, fue capaz de confiarme. La carta final ha sido transcrita literalmente, según la redactó ella misma, quizá el documento más esclarecedor de todos. La historia, pues, continúa. Como el hurón en su madriguera, repito, no estaba muerta, únicamente dormida, esperando.

Primera jornada

—Se dijeron muchas cosas acerca de lo que sucedió aquella noche. Se dijeron entonces y me asombra que aún puedan interesarle a alguien a estas alturas. Usted es un hombre joven. Yo soy una vieja. Acépteme esta coquetería. Pronto cumpliré ochenta años y puedo decir que soy una vieja. Aunque la cabeza no me falla, gracias a Dios, hay asuntos sobre los que no estoy demasiado segura de que valga la pena volver. Agua pasada no mueve molino, decían los abuelos, o no debería moverlo. Pero, en fin, usted sabrá [...]. El caso del Pasamundos, como se lo llamó entonces, tampoco fue el único. Eran tiempos miserables. Tendría que haberlos vivido para saber de qué estamos hablando. Tiempos miserables que hacían miserables a las personas, aunque no lo fuesen, porque cada cual es fruto de lo que le toca vivir, o apechugar, como quien lleva una cruz a cuestas. Si hubiese usted venido a verme hace unos años, diez o quince, pongo por caso, tampoco más, no estaríamos aquí hablando, se lo aseguro. Sufrí mucho entonces. Supongo que sufrimos todos, pero unos más que otros, y yo hablo por mí. El tiempo no siempre cura; afloja la presión, a veces incluso disculpa a la memoria, pero no cura. Usted viene a revolver en los desvanes. ¿Sabe para qué sirven los desvanes?, ¿quiere que se lo diga? Pues para esconder los trastos que no queremos ver pero que no tenemos fuerzas o valor para destruir. Los amontonamos, los encerramos en un rincón oscuro, pero siguen ahí; son como ratones acechando en la oscuridad, ratones enormes, ratas... Perdóneme que empiece de esta forma. Tampoco quiero que me interprete mal, ni que se sienta incómodo conmigo. Esta casa siempre ha sido hospitalaria y de puertas abiertas. Le agradezco las visitas. Me he hecho mayor y no tengo muchas. En los días de los que usted quiere hablar, Vilanova de Alba ya estaba muerta. Ahora está enterrada, me dirá. Pero entonces ya estaba muerta, por más que se empeñasen en menear continuamente el cadáver. Muerta y bien muerta. Solo faltaba darle sepultura. Si algunos aguantamos lo que aguantamos fue porque cuando estás dentro del infierno te acostumbras a las llamas, quieres engañarte a ti misma, te agarras a lo que puedes, aunque sea a un clavo ardiendo, porque no tienes otra cosa, ni ves más allá, y porque las decisiones también tienen sus riesgos, y no voy a decirle que yo no estuviese llena de miedos. Ahora parece muy fácil, los tiempos han cambiado, ciertamente, o por lo menos han cambiado bastante, pero una mujer, metida en aquel infierno, poco tenía que decir, poco tenía que hacer, si no era fastidiarse, aguantar lo que viniese, decir amén y avemaría. No piense que fue fácil, ni para mí ni para nadie, enfrentarse a aquella losa que la aplastaba a una, que no te dejaba respirar, que te arrastraba hacia el interior de un pozo cada vez más profundo. Y yo aún era joven. Treinta años. Cuarenta y pocos cuando empecé a arreglar los papeles, que tampoco fue cosa de la noche a la mañana ponerlo todo patas arriba. El asunto llevó su tiempo, con disimulo, con prudencia. Un día me planté frente al espejo y me dije: ¿qué haces, qué vida te queda por delante, qué te ata a estos extramundis, qué más puedes pedirle a esta

miseria? Lo dije así, en voz alta, para escucharme a mí misma. Mi padre había muerto cuatro años antes, el pobre. Se pasó un montón de tiempo mirando a una pared. ¿Cuánto tiempo? No lo sé. Mucho tiempo. Años. Como se lo cuento. Parece que lo estoy viendo: sentado a la puerta de casa cuando lo sacaba a la solana para que le diese un poco de luz, o en el cuarto de estar, como un fantasma, que la mayor parte de las veces ya ni me conocía. Le rezo a Dios para que a mí no me suceda lo mismo. A mi edad se piensa mucho en estas tristezas. De joven no. De joven lo tienes todo por delante. Pero a mi edad el pájaro negro está siempre en el tejado. Ojalá cerrase una noche los ojos para no abrirlos más. No digo que tenga que ser mañana, tampoco es eso, aún respiro y tengo fuerzas para ver entrar el sol por la ventana, pero si tiene que venir, que venga así: rapidito y sin escándalos [...]. Mi padre pasó años a la puerta de la cueva, esperando a que lo llamasen, más dentro que fuera, como un vegetal, desconectado del mundo, y yo a su lado. Rompía el alma verlo en aquellas condiciones, antes tan erguido, tan poderoso, tan dueño de sí, y después tan acabado. Hay momentos en que la vida no debe vivirse, porque deja de ser vida. Se llamaba Bernardo, mi padre. Bernardo Santomé Barcia. De la Barcia de Marcón. Allí hay mucha gente que se apellida así. Los Santomé no. Los Santomé vienen de las rías. Yo era hija única. A mi madre no la conocí. Me crio mi padre, sin otro amparo ni ayuda que su trabajo, su cariño y su santísima paciencia. La misma que yo tuve después con él, también es cierto, que nunca le faltó de nada hasta el último suspiro. Mi madre murió de parto. Entonces las cosas eran de esa manera, no había remedios ni medicinas. No es que fuéramos tan pobres como para tener que pedir, otros estaban bastante peor, nosotros teníamos con que pasar: tierras y capital de la familia. Pero la tierra y el capital eran esclavos, no había fuerzas para salir adelante, y después de la guerra, después de la que se armó cuando cayó la República, a los pobres nos fue aún peor. Bien sé lo que está pensando: que mi vida no era tan mísera, que en nuestra casa, pese a lo que acabo de decir, entraba dinero. Y no le diré que no. Otros se las vieron bastante más negras. Los de la Banda del Río, por ejemplo. Bien que me acuerdo de aquella gente, que les decían de la Banda del Río... Eran otra gente. No mala gente, otra gente. Casuchas de la junquera. Marineros de secano la mayor parte de ellos. Marineros sin mar, porque del mar entonces ya no quedaba nada: cuatro cangrejos, con las redes secándose en el arenal y los botes varados en la playa casi todo el tiempo. Cuando empezaron con las expropiaciones, para ampliar la fábrica de carburos, dijeron, o para las obras de los nuevos muelles, no sé, porque después nunca se hicieron, los muelles, quiero decir, que expropiaciones sí que las hubo; pues cuando empezaron con todo aquello, la gente ni fuerzas tenía para enfrentárseles. Entraban por la puerta enviados por el Ayuntamiento, a veces con la Guardia Civil, o los amigos de don Floro, que tenían vara alta en el gobierno de la provincia, y ni chistaban los desgraciados. ¿Conoció a don Floro? Debió de conocerlo, si es usted de aquella parte, de las casas del arenal... No eran mala gente los de la Banda del Río, repito. No voy a decir que nosotros tuviésemos mucho trato con ellos. Entonces había

una gran distancia en todo. Unos aquí y otros allá. En la alameda de Santo Domingo, por ejemplo, o en el parque de los Exploradores, las familias salían a pasear los domingos por turnos y rigurosa jerarquía. A ver si lo digo bien: de un lado los menestrales, al otro los de primera clase, que era la nobleza de la villa, un suponer, y al final, si había sitio, los obreros. Tampoco entonces los obreros eran los de ahora, no vaya a pensar. Los tiempos han cambiado mucho. Había tres paseos: por el de la izquierda los artesanos, por el de la derecha los de la Moureira, y por el centro la gente rica, la gente con mando, que para el caso venía a ser lo mismo; mando y riqueza van juntos. Pero eso en la villa. Los de la Banda del Río eran otro mundo. Apenas subían a la ciudad, más bien vivían en el arenal, o en lo que quedaba del arenal, entre los zarapitos y las junqueras, arrinconados en sus estrechas casuchas, oliendo a brea. Todavía cierro los ojos y siento aquel olor dentro de mí: los botes varados en la playa, el olor del betún, el chillido de las gaviotas... ¿Sabe qué?, una de las cosas a las que más me costó acostumbrarme en estos nuevos mundos fue al silencio de las gaviotas y a la falta de la luz del mar, aquel espejo de plata. No me quejo. No soy dada a nostalgias. Eso está bien para otros. Cuando rompí, rompí con todo, y no daría un paso atrás de cuanto hice. Pero algunas cosas quedan en la memoria [...]. No eran mala gente los de la Banda del Río. Derrotados, pero no mala gente. Aunque no tenían nada que ver con nosotros. Por lo menos así lo veíamos entonces, y creo que ellos también lo sentían así, la gente de la seca... Cada cual lleva su cruz. Cuando la República, en los días del sindicato, hubo mucha revolución por aquella parte, pero al final las aguas volvieron a su cauce, o al cauce que mandaron hacer, que tampoco era el de antes, porque, por mucho que se diga, las cosas, después de que pasa el tiempo por ellas, nunca vuelven a ser lo que fueron, no digamos cuando hablamos de cataclismos, y a los de las junqueras no les tocó la mejor parte precisamente. Poco debe de quedar de aquello...

—Han pasado bastantes años.

—Ha pasado más de medio siglo, si quiere que le diga cómo yo lo recuerdo. Medio siglo es toda una vida para muchas personas. La luz de la ría... Qué saudades me trae usted. ¿Y de dónde dice que es?

—De las casas del Malecón. Bueno, en realidad de allí eran mis padres y mis tíos, de los que no sé mucho, porque la vida también nos revolvió un poco a todos, por lo menos a esa parte de la familia. Yo me crie en la capital. Mis padres dejaron las marismas cuando yo era un rapaz. Pocos recuerdos tengo.

—Poco debe de quedar, si es que algo queda. De cómo entraron las máquinas en el arenal, de cómo ocuparon la Gaiosa y llenaron de tierra las junqueras, de cómo aplanaron los campos de Amaral y de la Punta de Fuera sí que me acuerdo, y también de los arcos del puente de Santiago, que cegaron después, cuando construyeron las avenidas [...]. Dice que trabaja usted para la universidad...

—Estudios de economía. Proyectos de cooperación internacional. Supongo que suena un tanto pretencioso, y que no tiene mucho que ver con lo que aquí tratamos.

—¿Por qué le interesa entonces volver sobre aquello? A veces ustedes, los jóvenes, resultan desconcertantes. Es verdad que hay de todo. Hay a quienes no les interesa nada, o eso parece, y a quienes todo les hierve en el cuerpo y no paran de darles vueltas a las cosas. Usted debe de ser de estos últimos...

Me mira. Me observa durante un rato y continúa:

—Estudios de economía... En nuestros tiempos todo era bastante más simple, se lo aseguro. O estabas o no estabas. O te las ponían delante o no te las ponían. Y si te las ponían, ya podías amarrarlas, que no pasaban dos veces por la puerta si las dejabas marchar. Para un hueso había mil perros, buscándose los hígados, unos revolviendo en el cajón y los otros a la intemperie o a lo que saliese... Aunque, bien mirado, las cosas no han cambiado tanto. Son ustedes, los profesores, la gente estudiada, quienes se empeñan en darle vueltas a lo que en el fondo es un principio universal: la ley que mueve el mundo, antes igual que ahora... Hablábamos de las junqueras, de los solares del río y las barrancas... Mucho dinero se hizo por aquel entonces. Supongo que usted aún no había nacido, o tendría muy pocos años. Pero se hizo mucho dinero. Mucho dinero y mucho estrago, si le digo la verdad. Don Floro era el amo del mundo. Nada se movía sin pasar por sus manos. No digo que yo fuese una santa. Ni lo soy ahora ni lo fui entonces. Los santos no existen más que en los catecismos, ese invento de los curas. Si fuese una santa habría ardidado con ellos, pero no ardí, como puede ver. Tampoco ellos, los del arenal y las casuchas del río, eran unos ángeles, no vaya a pensar. Cada cual se las apañó como pudo. Dios Nuestro Señor andaba ocupado en otros asuntos. Tendría yo once o doce años cuando echaron de España a Alfonso XIII. Doce años en el 31. Recuerdo a mi padre entrar por la puerta diciendo: «Ya tenemos aquí la revolución». Mi padre era monárquico, hombre de religión, recto, trabajador y sacrificado: gente del común, nada de señorío, pero de ley, «palabra dada, palabra empeñada», repetía, y cuando empezaron a llegar noticias de la quema de iglesias y conventos, tal y como iban llegando de Madrid y de Barcelona, que se decía que las momias y los difuntos andaban por las calles y los sacaban en procesión como si fuesen comparsas de Carnaval, mi padre se puso del lado de los curas, porque aquella no era la clase de justicia que él quería. Los del Sindicato del Mar no lo veían con buenos ojos. Lo respetaban, porque era un buen hombre, una buena persona. Pero no era uno de ellos, eso lo sabían muy bien. Y cuando quemaron el convento de las clarisas, aquel desastre que tan profundamente conmovió a los vilanoveses, tomó partido. Fuco Fariña andaba ya con la revolución. Movía a la gente como un huracán, como un trueno desatado. Los de la Banda del Río eran de Fuco Fariña, como ya sabrá. Lobos rabiosos... Después dijeron que las expropiaciones, los desahucios, toda aquella furia contra la gente fue la venganza de los vencedores, ajuste de cuentas por los malos pasos del huido, castigo a los cómplices que lo seguían, pero no crea todo lo que se dice. Lo de la Banda del Río fue un negocio. Un negocio que aprovechó a los que aprovechó, a los que estaban en condiciones de sacarle partido, porque el mundo había cambiado de repente, y donde

hay gallinas hay zorros, antes igual que ahora, y aquello era una miseria. He vivido mucho y sé cómo son las cosas. Los hombres no son criaturas inocentes. Tampoco las mujeres. Nacemos con el pecado de Adán y llevamos un Caín dentro. Yo era una niña, ya le digo. ¿Qué quiere que le cuente? ¿Que no recé por la derrota del Anticristo, que no le pedí a Dios y a Nuestra Señora, la Virgen María, por la victoria del Caudillo? Mi padre también rezaba. Si cierro los ojos, todavía siento a mi alrededor el olor de las mareas, pero también el aroma de las velas en el altar de San Vicente, con el párroco de Santa Clara atronando las bóvedas, anunciando el Fin del Mundo, y los gritos de la gente. Sor Magdalena de los Siete Clavos, la pobre... Vinieron de Santiago para ver si la hacían santa. Todas queríamos ser como ella, que purgaba la impiedad de sus hermanos, condenados para toda la eternidad en las calderas del Infierno. Yo entonces era así, como éramos todas. Los mandamientos de Dios Nuestro Señor regían nuestras vidas. Los mandamientos y la Altísima Palabra, que era la palabra del cura en el púlpito de la Colegiata. Las cosas tienen un orden natural que, si lo rompemos, debemos saber que estamos abocados a hundirnos en el abismo. Pero cuando empezaron a aparecer los cuerpos en las zanjas de la Gaiosa, en el malecón y en los altos del Confurco, con los ojos reventados y comidos por las moscas, cuando los de este otro lado empezaron la que empezaron, o mostraron la cara que tenían, no sé, las cosas con el tiempo se ven de otra manera, cuando los lobos enseñaron los dientes, por decirlo así, y la guadaña comenzó a segar sin tino ni misericordia cuanto encontraba a su paso, mi padre se revolvió otra vez, como había hecho antes, y al igual que antes se había levantado contra unos, se levantó en esa ocasión contra los otros, y se quedó a mitad de camino: ni del lado de acá ni del lado de allá, con un pie en cada bando, sin saber cuál era su sitio. Supongo que les pasó a muchos, o por lo menos a algunos, aunque la mayor parte de ellos, también es cierto, prefirieron bajar los ojos y mirar hacia otra parte. Mejor callados que enterrados. El mundo es de los que sobreviven. ¿En qué estaba...?

—Me hablaba de su padre.

—Murió en el 52. Ya le conté que pasó mucho tiempo sin responder de sí, falto de todo, arrinconado contra la pared del cuarto de estar, totalmente fuera del mundo. Al caer la tarde yo le llevaba todos los días un cuenco de papas. Era lo único que comía. Papas de maíz. Me ponía a su lado y se las iba dando, cucharada a cucharada, sin prisas, para no apurarlo. Ya no podía hablar. A veces me miraba, y entonces yo quería decirle algo, no necesariamente de los tiempos antiguos, que sabía que le lastimaban, alguna cosa... Pero en realidad ni me miraba. Vivía hacia dentro, como quien dice, asomado a la puerta de la sepultura, aguardando a que viniesen a buscarlo, que parece que ni llevárselo querían, vaya por Dios, así durante años. Entonces ya andaba el wolfram por los barrancos [...]. Supongo que de eso también quiere hablar. Del wolfram. El mineral. Días de escandalosa abundancia. ¡La gran hartura!, que decían algunos. Un espejismo, si lo vemos ahora. Pero que lo puso todo patas arriba, puede creerme. La gente se volvió loca, perdió totalmente el sentido, no sabría decirlo de

otro modo. La gente creyó que se acababa el mundo: no porque faltase, sino porque no podían gastar lo que tenían. Sé que estas cosas no son fáciles de entender si no se vivieron aquellos tiempos, y si no sabemos que veníamos de donde veníamos, de la más negra de las agonías. Desde el Confurco a la Gaiosa se hicieron auténticas fortunas. Fincas echadas a perder, que ya casi no eran de nadie, pasaban a ser de repente tesoros de mineral purísimo, sacos sin fondo, aldeas enteras, codiciadas por unos y por otros. Las familias se enfrentaban entre sí como manadas de lobos: por unos palmos de tierra, cuatro varas junto a un cauce, un tojal que dos días antes nadie quería... Muchas heridas seguían abiertas, o a medio cerrar, del tiempo de la guerra, quiero decir, e incluso de los años de la República, que también las hicieron buenas los de aquel lado; pero la ambición del mineral volvió a sacarlo todo a la superficie como el pus sale de la gangrena, como cuando se desborda un pozo negro y todo lo apesta, exactamente igual. Quizá alguien pueda pintarlo de otro modo o con otras palabras, no digo que no, la gente habla de la feria según le va en ella, pero yo lo recuerdo así, y por más que haya pasado el tiempo no han cambiado mis recuerdos, incluso diría que se han agrandado [...]. Me casé a principios del 41. Tenía entonces veintidós años. Sin nada de mundo. ¿Qué mundo iba a tener yo? Una criatura. Entonces mandaban ya los nuevos amos, inflados como generales, con sus camisas nuevas recién bordadas, sacando pecho, un día sí y otro también, desfilando todo el tiempo en la plaza, arriba y abajo, arriba y abajo... Había días en que no paraban de sonar los tambores. Hebillas resplandecientes. Botas lustradas. A mí, que al fin y al cabo era una infeliz, aquello me gustaba, no voy a decir otra cosa: eran diferentes, no olían a podrido como los de la Banda del Río, Dios me perdone, y venían a salvar la Patria, o eso me parecía, con las piedras de las clarisas aún humeantes frente a nuestros corazones despavoridos. Incluso me enfrenté a mi padre cuando apareció Francisco por la puerta, que al principio Bernardo no lo quería.

—Francisco era su marido.

—Francisco Serrano, sí. Nos casamos en el mes de marzo, y yo era una chiquilla, ya digo: misas y novenas, la fiesta del Corpus y, por el mes de mayo, flores en los altarcillos de Nuestra Señora, poco más. Por no decir que nada más. Serrano pisaba fuerte, y entonces mi padre ya empezaba a marchitarse. Tampoco sobraba dinero en casa, y el amparo de un hombre se empezaba a necesitar. No digo que fuera esa la razón, nunca pensé yo en semejante cosa, pero quizá algo de eso había [...]. De primeras, como pasa siempre, todo eran suspiros y presumir: mi marido picaba alto, le gustaba pregonarlo, de puertas afuera no podía decir que me faltase nada. Pero pronto el bicho empezó a mostrar su verdadero rostro. Digo bicho y puedo parecer cruel, o exagerada. Con el paso del tiempo, a pesar de las cosas que ocurrieron, parece que deberíamos poder mirar atrás de otra manera: con más misericordia, no sé... Pero no soy una hipócrita. Nunca lo he sido. Le pongo a las cosas el nombre que tienen. Supongo que eran los negocios, los compromisos, las amistades... Llevaba once años de matrimonio cuando murió mi padre, una tarde de diciembre. Para

entonces mi vida era ya una ruina. Once años... En once años se ven muchas cosas, y las que no se ven pero se saben, y las que se sufren en silencio, cerrando los ojos y con la boca sellada... Mi padre murió en diciembre. El invierno es muy duro para los viejos, tanto más en aquellas humedades. Se arrugan como lombrices, pobrecillos. Entré por la puerta con el cuenco de papas y allí estaba, hecho un ovillo, en la silla donde lo ponía siempre al lado de la ventana, aunque todo el tiempo se lo pasaba mirando a la pared. A saber qué podía leer en aquella pared, mi padre. Entré por la puerta, digo, y nada más verlo me di cuenta de que ya no estaba. Llevaba mucho tiempo sin estar, también es cierto, pero su presencia llenaba la casa. Me llenaba la vida, debería decir [...]. No tuve hijos. No me dio Dios esa bendición. Al principio los echaba en falta. Una mujer sin hijos es un árbol sin lograr. Eso creía. Pero luego me acostumbré a no tenerlos, y casi que lo agradecí: es la voluntad de Dios, que al fin y al cabo es quien verdaderamente escribe en el libro de la vida. Si hubiese tenido hijos tal vez nunca habría sido capaz de tomar la decisión que después tomé. ¿Usted tiene hijos? No... Entonces no sé si entenderá lo que quiero decirle. Los hijos dan mucha fuerza, mucho aliento, pero también lo quitan; nos encadenan, nos atan de pies y manos, y nosotros nos dejamos atar, porque no hay nada más grande que ellos, nada más importante que ellos, nada que llene tanto nuestras vidas y nuestros corazones como los llenan ellos; son como hierros que llevamos sobre nosotros para siempre. Hubo una época en la que agradecí no haberlos tenido precisamente por eso, porque con ellos jamás me habría decidido a hacer lo que hice; pero ahora que soy vieja, y aunque tenga una buena vida, como puede ver, y tampoco me falte compañía, que son muchos años en esta parte del mundo, he de reconocer que a veces siento esa ausencia, ese agujero sin llenar, como la historia del árbol de la que le hablaba antes. Usted es hombre y a lo mejor no se da cuenta, pero las mujeres estamos hechas de otra manera, así es como pienso ahora. Vuelvo la vista atrás, repaso el tiempo vivido, los días grandes y los días pequeños, los momentos felices y los momentos de amargura, que fueron muchos, y los echo de menos, a los hijos... Tal vez para sufrir más, que algunos no dan sino disgustos, pero los echo en falta. Por lo menos uno. Ahora estaría más amparada. O quizás no, quién sabe. Tampoco es cosa de darle vueltas a lo que no tiene remedio. Las cosas vienen como vienen, a cada uno lo suyo... Cuando vivía mi padre, tan consumido como estaba, tan dependiente de mis cuidados, pienso que era él quien llenaba ese hueco. Casi diría que vivía para él, o por él, no por ninguna otra razón. Lo de mi marido fue un fracaso desde el primer momento. Entonces tampoco podías hacer otra cosa, a veces ni siquiera pensarla, ni tenía yo la vida que tengo ahora, la experiencia de la vida, quiero decir, para poder afrontar las cosas de otra forma [...]. Tardé mucho en tomar la decisión, como le digo. Tiempo y trabajo, y mucha inseguridad, y mucha agonía, y mucho miedo. En aquella época, pensar en rebelarse era inimaginable. Nos criaban como nos criaban. En eso mi padre era muy estricto, muy de ley, como le expliqué antes, y el mundo era un corralón estrecho, un cercado de alambre que nos asfixiaba, por no decir una

cárcel, cada uno en su papel, mucho más entonces que ahora, aunque ahora tampoco piense que todo es gloria. ¿Quiere otro café? Mire que en esta tierra lo hay de primera, no aquellas porquerías de antes: aquella achicoria que sabía a rayos y que era lo único que se podía arañar. Cascarilla y achicoria, así vivíamos. Y menos mal que la había. Los años cuarenta y cincuenta fueron muy duros. ¿De verdad no quiere otra tacita? Engracia, tráigale otro café al señor. No, de este no, que se ha quedado frío. Póngale uno recién hecho... Cómo me aficioné al café cuando llegué a Caracas en el 64... Ahora apenas puedo probarlo: por la tensión, o por las coronarias, o por los años, qué sé yo, solo una pizca por la mañana, para saber que estás viva, y basta. Es lo que me dicen los médicos. Pero me encanta sentir su aroma por toda la casa cuando vienen visitas. ¿Y una copita de licor? ¿Prefiere mejor un *whisky*? La gente de aquí toma muchísimo *whisky*, casi diría que es la bebida nacional, aunque viene todo de fuera, todo de importación [...]. ¿En qué estábamos? Ah, sí, en los días del hambre, y en los hijos. Sentí la ausencia de ellos después, y quizá también ahora, que me he hecho mayor, pero de joven no tanto, si acaso al principio, en los primeros años de casada, porque, como acabo de decirle: casarse y no tener nada, ver cómo pasa el tiempo y que no prende la vida... No es lo que la gente pensase que debía ser una mujer, que también; era lo que yo pensaba de mí misma: la historia del árbol, ya le digo... Pero igual que no prendía la vida dentro de mí, después del matrimonio tampoco prendían otras cosas, o se desprendían, si queremos decirlo así, y cuando faltó mi padre, consumido en aquella silla del cuarto de estar, escondido tras aquel muro de silencio, siempre contra la pared, el hueco se hizo más profundo. Se me hizo insoportable...

—En el 49 tenía usted treinta años.

—Cuando ocurrió lo del Pasamundos, que es lo que usted vino a preguntar, aún vivía mi padre. Pero ya estaba muy acabado. ¿De qué año estamos hablando? ¿Del 49 o del 50? Habría que buscarlo en los periódicos, si es que los periódicos se ocuparon del caso, que tampoco recuerdo que se hablase de aquello en los papeles. Más bien se tapó todo, le echaron tierra encima, que era lo que se acostumbraba hacer [...]. Había mucha gente importante por medio, gente de postín, gente no solo de dinero sino de representación, con mando en las altas instancias, vara alta, que decían entonces. Fue una grandísima vergüenza. La mayor vergüenza que pueda imaginarse. Pero mi padre no murió hasta diciembre del 52, y yo no decidí lo que decidí hasta el 63 o el 64... Eche usted cuentas, hágame el favor. Del 49 al 52 van tres años. Pero del 52 al 64 van doce. Quince en total. Se dice muy pronto. Para la gente de su generación, que podría ser la generación de mis hijos, quizá incluso de mis nietos, si los tuviese, estas cuentas son impensables. Pero están ahí. Quince años contados, uno detrás de otro. Quince años y lo que venía de atrás, que nada aparece de repente, nada surge de la noche a la mañana o que no venga cociéndose de antes. No soy una mujer que se desanime con facilidad. He labrado mi vida con mucho sacrificio y mucho trabajo, también con algo de fortuna, no digo que no, aunque la fortuna hay que ganársela.

Pero me costó mucha amargura, muchas lágrimas, mucho sufrimiento llegar donde ahora estoy y poder hablar de esto con usted. Fueron tiempos muy tristes, muy miserables. Y yo no tenía nada a lo que agarrarme, aparte de mi padre, sentado en la silla del cuarto de estar viendo morir el mundo todas las tardes, como un fantasma. Lo del Pasamundos fue mucha condenación, un grandísimo pecado. Pecado de soberbia. Pecado de ambición. Pecado de gula y avaricia. Pecado de traición. Pecado contra Dios y contra sus criaturas, nosotros entre ellas. Pecado contra la ley del matrimonio y contra el honor de las familias. Porque el matrimonio tiene una ley. Ya sé que ahora las cosas se ven de otro modo. Creo que ya se lo he dicho antes. Quizá me estoy repitiendo. Pero las cosas tienen su ley. El matrimonio y la familia tienen su ley. ¿No es eso lo que nos han enseñado? Cuando me casé con Serrano, ya que usted me lleva a hablar de aquellos días remotos, que parece que nos estamos sumergiendo en los abismos, cuando me casé con Serrano, digo, yo era una palomita inocente y, ¿por qué no decirlo?, la más incauta de las criaturas. No voy a decir que estuviese enamorada. Nunca he sabido muy bien qué significa esa palabra, que parece que enloquece a algunos y a otros no les dice nada. Pero no era más que una cachorrilla: una cachorrilla mansa, por decirlo de alguna manera, flor de la mañana que nadie había rozado, y él abusó de mí. Abusó de mí y de mi confianza, de mi honor y de mi estima. Porque nosotros teníamos honor. El honor de la gente humilde, pero honor, que es la dignidad de las personas. Y el caso del Pasamundos, que tampoco digo que me afectase únicamente a mí, hubo mucha gente por medio, ya se lo he explicado, gente de las alturas y gente del común, seguro que usted también lo sabe, pues el caso del Pasamundos fue pecado contra la ley del matrimonio y contra la ley de Dios, contra el honor de las personas y contra las familias, contra muchas familias, no únicamente la mía [...]. No sé si mi padre era consciente entonces de lo que estaba pasando. Supongo que no. En su estado, habría sido el golpe de gracia de haberlo sabido, que tampoco pudo enterarse de mucho; yo desde luego hice cuanto pude por mantenerlo en la ignorancia. Tampoco había que esforzarse demasiado, consumido como estaba. Mejor que no viera las que pasé, las que ya venía pasando de antes: la soberbia de mi marido, el escarnio de nuestro matrimonio, la vergüenza de tener que volver los ojos continuamente hacia otro lado, las habladurías de la buena y la mala gente, que dolían, y había que hacer como que no escuchabas... Pero lo del Pasamundos fue la gota que colmó el vaso. Las consecuencias fueron terribles. Terribles. Ni los días más feroces de la revolución, cuando llegaron levantando el mundo los unos y los otros, las partidas del Anticristo y los amigos de don Floro, Anticristo también, ya lo pongo por delante, ni siquiera aquellos días, repito, laceraron mi corazón y marcaron mi vida como los sucesos de los que le estoy hablando. De la noche a la mañana parecía que se acababa el mundo. Tuvimos que vender las tierras de mi madre, que era la herencia principal de la casa, pues de la parte de mi padre poco había. Vendimos el capital y, en la medida en que se pudo, pedimos préstamos, algunos con mucha usura, porque la gente, después de lo que

pasó, los que tenían poder para imponer nuevas condiciones, quiero decir, bien que se preocuparon de ajustar cuentas. No sé si en el caso de la Banda del Río las hubo, pero aquí puedo dar fe de que sí: cuentas feroces, aún parece que siento los dientes de los perros agarrados a mis carnes. Al principio mi marido no era capaz de salir adelante. Se quedaron todos como alelados: él y Martín García sobre todo, que habían sido socios un montón de tiempo y luego se enemistaron. Se enemistaron porque, al final, cada cual ha de responder de lo suyo, y Martín García también se las traía. Igual que don Manoliño, el médico de Muras, le llamábamos así, que anduvo arrastrado durante un montón de tiempo, casi trabajando por caridad; y Salgado, el funcionario, con cuatro hijas, que nunca más se recuperó; y la gente de Santiago, y aquel otro infeliz, que parecía un alma en pena, siempre detrás de su amo, nunca he visto nada más servil...

—Lobeiras.

—Exactamente. Lobeiras. Un vayapordiós. Andaba de criado de Martín García, el administrador de la Leonesa. Creo que tenía una especie de academia, algo así; daba clases particulares en un desván de la Rúa Nova... Toda esa gente acabó muy mal. Unos salieron mejor librados que otros, pero en general acabaron muy mal. No me refiero a mi marido: esa parte la cerré hace tiempo, de una vez y para siempre. Ya le he hablado antes de don Floro, que era el amo del mundo por aquellos días. Don Floro también tenía sus envites en el asunto. Entiendo que seguimos hablando de la misma historia. Aquí no hay inocentes. Don Floro amasó su fortuna, derrochada varias veces, según siempre se dijo, durante y también después de la guerra; la amasó y la multiplicó poniéndose del lado de los vencedores, levantando conejos por los tojales, o mandando que los levantasen por él cuando no se ocupaba personalmente de las operaciones, como sucedió en la de Amaral, que mucho se habló de aquello; y la agrandó aún más, la fortuna, digo, con los negocios que vinieron a continuación, amparado en los servicios prestados y en las amistades del nuevo régimen. Ese fue el caso de las expropiaciones de las junqueras, por ejemplo, aunque después en bien poco quedaron, aparte de las casas de la Sindical, que metió mucha mano en el asunto; y también en el comercio de las minas, después de que Martín García perdiera la vara que tenía, y en la recalificación de las obras públicas, y en la ampliación del Confurco y de la Gaiosa, de la Gaiosa sobre todo, que allí fue donde hizo más capital cuando se ampliaron los pozos... No es que yo estuviese al tanto de todo, pero tuve que ponerme, porque cuando vino lo que vino, la catástrofe del Pasamundos, quiero decir, ¡aquella vergüenza, aquella golfería!, que para mí era la gota que colmaba el vaso, aunque luego el vaso tardase quince años en desbordarse, cuando vino lo que vino, digo, tuve que agarrarme los machos, ¿no se dice así?, coger al toro por los cuernos y ponerme en camino, porque nos lo estaban quitando todo: el capital, las tierras y lo que fuese, buenos eran aquellos mastines para dejarlo correr. Cada día que pasaba, cuanto más se ahondaba en el caso, más profundo era el pozo en que nos íbamos hundiendo [...]. ¿Cuánto capital circuló durante aquellas tres noches? No lo

sé. Creo que ni ellos lo sabían. ¿Un millón de pesetas? ¿Doscientos mil duros? ¿Sabe usted lo que eran doscientos mil duros por aquel entonces? ¡Dios mío! Y todavía hubo quien dijo que había más. La imaginación de la gente, cuando se superan ciertos límites, se dispara, pero yo sé lo que nos tocó a nosotros cuando echaron cuentas de las responsabilidades. De repente, todo el mundo tenía partes comprometidas: recibos, entregas a crédito, pagarés... Todo el mundo tenía cuentas, algunas ciertamente importantes, sobre todo la gente de la banca, y las más de ellas no había modo de probarlas, lo que aún era peor, porque andando por medio quien andaba, las primeras autoridades de la provincia, según se decía, incluso el arzobispo de Santiago, como llegó a decirse también, ¿qué era lo que había que probar: el arma con la que se había cometido el crimen, la ambición del capital que de semejante manera se veía burlado, o engañado, o traicionado, o vendido, o todo junto? Yo no sabía nada. Ni yo ni las otras, las pobres: la mujer de don Manoliño de Muras, la del Salgado, con sus cuatro hijas... Todavía hoy me pongo furiosa, a mis años, cuando pienso en aquellos días. Me hierve la sangre. Las mujeres estábamos para lo que estábamos, conejas para parir. En mi caso ni eso, con mi padre fuera de este mundo, que ya entonces era una sombra, incapaz de sostenerse. Las mujeres no contábamos, a no ser para sacar las castañas del fuego, cuando todo empezó a arder. Lo que más me dolió fue la humillación de tener que ir a ver a don Floro para negociar los pagos, las devoluciones, pagaré por pagaré, letra por letra. Tuvimos que malvender las tierras, ya le digo, con el capital de la familia como garantía: el capital de mi madre, que era lo que teníamos, no otra cosa; y como no había forma de saber a cuánto ascendía la deuda, porque cada día aparecían nuevas demandas, cuentas distintas, las que ellos querían hacer, el infierno entró en nuestra casa y, de repente, me di cuenta de que la única manera de sobrevivir era convertirme en uno de ellos, loba entre lobos yo también, parte del infierno. Fue entonces cuando entré en los negocios, las cuentas del mineral, el estraperlo... Don Floro ponía las condiciones y nosotros actuábamos a sus órdenes, asumiendo los riesgos. Así conseguimos salir adelante. ¡Quince años, desde que vi quebrarse todo a mi alrededor hasta que tomé la determinación de alzar el vuelo y desaparecer para siempre! No fue fácil. Pero cuando la situación ahoga, aprendes. O sucumbes, o sales a la superficie. ¿No me cree? Pues aquí estoy. Todo lo que ahora tengo, nadie me lo ha regalado. Otras se quedaron en el camino: la pobre del Agonías, por ejemplo, la de Agustín Salgado, que vio morir a su marido en el Hospital de la Caridad sin que nadie se apiadase de ella ni le echase una mano, ni a ella ni a sus cuatro hijas; o la señora Lorenza, la de don Manoliño, que tuvo que ponerse a coser por las casas para sacar adelante a sus pequeños, aquellas criaturas [...]. Si cabe yo tuve más suerte. Porque no tenía hijos, o porque había más empuje dentro de mí, o más rabia escondida, no lo sé. En estos casos, hasta que te ponen a prueba no sabes de lo que eres capaz.

Segunda jornada

—Entré en los negocios porque no tenía otra opción: o eso o nada, y tiene usted que entender que mi padre todavía estaba en casa, mirando hacia aquella pared, que esto fue dos o tres años antes de su muerte. Pasé algún tiempo ocupándome de él, mientras lo tuve vivo, o de cuerpo presente, no sé, obligada a plantarle cara a la desgracia para que no se diese cuenta de lo que sucedía. Pero al final entré en los negocios, claro que entré en los negocios, y lo hice de la mano de don Floro. ¿Con quién si no? No voy a darle cuentas ni de los tratos ni de las operaciones. Los negocios son negocios, no obras de caridad. Para empezar, y tan pronto como fui capaz de medir las dimensiones reales de la ruina, me puse al frente de la tarea, ya sabe lo que se dice en estos casos: amarrada al timón del barco. La cara la ponía mi esposo, porque era el modo que entonces había de hacer las cosas, pero los negocios los llevaba yo. Nada se movía sin mi consentimiento. Nada. El Primitivo, que era como le llamaban todos, vaya por Dios, seguía viviendo bien, nunca le faltó un duro en la cartera, ni con qué presumir con sus fulanas, que fue lo que siempre le gustó, en estos asuntos yo prefería mirar hacia otro lado, lo había hecho antes y no iba a dejar de hacerlo ahora; tampoco le faltaron nunca traje nuevo y corbata de seda a la hora de corresponder o alternar con el señorío. Seguía siendo mi marido, mi hombre, por lo menos ante la gente, y la gente contaba, vaya si contaba. Ya le hablé antes de las ratas. Pero no las de los desvanes. Las veía correr por las calles cada vez que salía de casa por las mañanas, escondidas en los soportales, trepando por las paredes, acechando desde las ventanas. Bien sé que no debería hablar así, ha pasado mucho tiempo, pero ya le dije que no soy una hipócrita, ni voy a disimular ahora la herida que llevo dentro. Primitivo seguía siendo mi marido. Pero después de los sucesos del Pasamundos las cosas cambiaron radicalmente. Cada uno en su sitio. Los negocios los llevaba yo, papel por papel, cuenta por cuenta. No corría un aire sin que yo lo autorizase. Ese fue el trato entre nosotros, o la advertencia. En el entierro de mi padre, don Floro se acercó a saludarme con mucho respeto, como a una señora, que nunca dejé de serlo, y me dijo: «Amalia, podemos hacer mucho juntos». Pero yo lo paré, se lo digo así. Lo vi venir y lo paré en seco. Con treinta y tres años tenía usted que verme. Debía de pensar, el viejo carcamal, que podía hacer conmigo lo que había hecho con otras. «Voy a pagarle hasta la última peseta, don Floro», le advertí. «Voy a pagárselo todo sin que falte nada. Pero los negocios son los negocios, y estamos hablando de negocios». Tenía el corazón deshecho ante el ataúd de mi padre, de cuerpo presente, pero se lo espeté así, porque lo único que me quedaba era la decencia y la dignidad, y eso no quería perderlo, antes me hubiese matado.

—Y entró usted en los negocios...

—Entré en los negocios. Y tengo mano para ellos, ¿qué quiere que le diga?, bastante más que Serrano, desde luego, y más que muchos de los que entonces se pavoneaban de llevar todos los triunfos en el bolsillo. En cierta manera fue un

descubrimiento. Liberada de los cuidados a mi difunto padre, puesto que Dios había decidido al fin llamarlo a su lado, me apliqué a mis nuevos menesteres: principalmente porque la deuda apuraba y los dientes de la raposa no se alejaban del gallinero, pero también porque, una vez que pruebas el mando, el mando marca, y entonces descubrí que a mí me gusta mandar, o por lo menos que no estaba dispuesta a que nadie volviese a mandar sobre mí nunca más, no digamos la miseria de hombre con el que me había casado. Ya le digo que él figuraba, pero las disposiciones eran mías. Don Floro lo entendió desde el primer día: que si quería negocio no había mujer, y que si quería mujer, conmigo lo llevaba claro. No tengo ni que decir que lo que sobran en este mundo son mujeres. Entonces el wolfram aún lo revolucionaba todo y las minas seguían trabajando. Pero cada vez menos. La Leonesa había traído un nuevo administrador, de fuera del país, después de que prescindieran de Martín García, o fue él quien se marchó, no lo sé, porque durante un tiempo siguió rondando al Primitivo, cuando vio que Primitivo continuaba entendiéndose con don Floro, o que don Floro no lo castigaba, como lo castigó a él, obligándolo al destierro. [...] Lo mandó a La Carolina. ¿Sabe usted dónde queda La Carolina? ¡Al otro lado del mundo! No sé lo que allí se da ni me importa, pero fue muy sonada la noticia: que Martín García ya no llevaba la Leonesa, que había venido otro capitán, por así decir, para levantar papeles, repasar las cuentas, a ponerlo todo patas arriba; hasta a don Floro lo llamaron a declarar, o para informar del caso, porque la cosa dicen que venía de arriba, y también al secretario del gobierno civil, y bastante gente del Ayuntamiento, y varios directores de bancos. Fue muy sonada la marcha de Martín García, «empapelado», decían, y yo le advertí al mío, hacía años que dormíamos en camas separadas: «Si te vuelvo a ver con ese desgraciado se te acaba la fiesta, oye bien lo que te digo porque no voy a repetírtelo: cierro el grifo y ya puedes buscar quien te guíe, que no vuelves a entrar por esa puerta». Lo cogió a la primera, el cabronazo, no era estúpido. Los hombres para estas cosas tienen instinto, saben cuándo hay ley y cuándo no la hay. [...] Pero yo sentía que me ahogaba. Me ahogaba el mundo y me ahogaba el aire que respiraba. Casi ni podía salir a la calle, miraba a la gente y me entraban ganas de llorar, o de matarme, era una locura, por la rabia que me entraba y por el asco, por la angustia que sentía. Era como si se me pusiese una garra en la garganta y me estrangulase. A veces venían a verme mis cuñados y me decían: ¿qué te pasa?, ¿qué te falta?, pero entonces era aún peor, la angustia y la repugnancia eran todavía más grandes. Ahora bien, igual que digo una cosa también digo la otra: fue una época de meter mucho dinero en el cajón. Otros quizá no, pero yo hice mucho dinero. Cierto que la mayor parte se la llevaba don Floro, que nos tenía cogidos por las deudas y la mala hora del Pasamundos, que aunque quisiera apartarla del pensamiento no podía, bien que se encargaba el viejo de recordármela cada vez que repasábamos las cuentas del capital y los réditos, siempre a principios de mes. Pero corrió mucho dinero... Sin dejar el asunto del mineral, don Floro entró en la construcción, y algo me tocó igualmente de los nuevos negocios, sobre todo

cuando necesitaba testafierros, gente para poner por delante en las pujas y en las contrataciones oficiales. Unas veces iba yo y otras veces Primitivo. Y en alguna ocasión los dos. Entonces fue cuando levantó las casas de la Sindical, donde antes había estado la Banda del Río; y movió todo el asunto de la Gaiosa, después de que se hicieran nuevos repartos y echara a Martín García de la Leonesa, que parece que le estorbaba, y empezó a trabajar en las contrataciones de Vigo, y en el norte de Portugal, y en las Canarias, y en la costa de Andalucía... Lo de tocar las Américas fue cosa mía, porque una, al fin y al cabo, aprende y sabe ver lo que hacen los demás. [...] Yo tenía aquí algunos parientes, ¿quién no tiene media vida por estos mundos?, o a lo mejor es que llevaba ya dentro esa intención. A finales de los años cuarenta y en los cincuenta se marchó un montón de gente para las Américas, no tanto a Uruguay y Argentina, que también, sino a Venezuela, que andaba con el petróleo pujante y estaba haciendo el país. ¡Cuánto pan ha dado esta tierra! En aquella época mandaba mucho Betancourt, y el presidente Pérez. En el 63 ganó las elecciones Leoni. Es verdad que la cosa andaba un poco revuelta, pero nunca ha llovido que no escampase, la política no me interesa ni la entiendo, jamás he querido saber de ella, bastante tuve con lo de allá, igual me valen unos que los otros, pero si sabes mover las piezas, la máquina responde. En el 64 me decidí de una vez por todas y levanté el campamento. ¡Quince años! Nunca me he arrepentido.

—Y escogió Venezuela.

—Porque era donde más empuje había, y había hecho algunas amistades con el negocio del mineral. Porque yo también anduve en el mineral, como anduvieron todos, a veces arañando cortezas y a veces más [...]. Llegué en el 64 sin decirle nada a nadie. A nadie de aquella parte del mundo, quiero decir, pues algunas cosas ya las tenía preparadas aquí. Casi dos años me llevó arreglar los papeles, con mucho secreto, con muchísimo disimulo. No se hace lo que yo hice a la vista de la gente, ni tenía tampoco en quién confiar, a no ser en mi entendimiento. Llegué en el 64 y enviudé en el 66. Dos años después de mi viaje a Caracas, que hice en un pasaje de segunda a bordo del *Guadalupe*; en el *Montserrat* no, el *Montserrat* hacía más bien la línea del norte, hacia Veracruz y Nueva York; el *Montserrat* y también el *Begoña*, lo recuerdo bien; yo vine en el *Guadalupe*, debió de ser una de las últimas travesías que hizo el paquebote, bastante destartado por cierto, pero era lo que había; dos años después de mi llegada alguien me vino con la noticia de que Pico Serrano, mi marido, se había quitado la vida en una pensión de Vigo. No lo sentí. Le soy muy sincera. Tampoco digo que me alegrase, que no soy mujer de desearle mal a nadie. Pero no lo sentí. Y preferí no saber los detalles. Lo que pasó pasó. La vida hay que verla siempre hacia delante. Enviudé en el 66 y volví a casarme en el 69, tres años después. Llegaba Rafael Caldera a la presidencia de la República: su primer mandato, que duró hasta el 74. Ya ve que para estas cosas todavía tengo memoria. Memoria de las fechas y memoria de los personajes. Era un buen tipo el Caldera. Ahora lo tiene más difícil, quizá porque las segundas partes nunca fueron buenas. Caldera mandó en el país

desde el 69 hasta el 74, cuando llegó Carlos Andrés Pérez, y ha vuelto esta vez, en febrero del 94, con gente nueva y nuevas alianzas. No lleva ni tres años. Ojalá pueda enderezar los destrozos que le han dejado. Pero este país no es fácil de gobernar. Hay muchos intereses cruzados: los que vemos y los que no se dejan ver. Demasiadas manos agitando el arbolito. Ya le he dicho que la política ni me interesa ni la entiendo, pero de Caldera no tengo mal recuerdo. Me refiero al primer Caldera. Se hicieron muy buenos negocios en aquella época, aunque hay gente que tiene la memoria frágil y, después de que han pasado las cosas, recuerda lo que quiere recordar. Pero para mí fue muy buena época. Se lo digo como lo siento. La primera de Rafael Caldera... Mi apellido de ahora, Villegas, es de mi segundo marido: industrial de la construcción, a quien conocí poco después de llegar a estas tierras [...]. Me ayudó mucho a dar los primeros pasos. Era un hombre leal. Nos hicimos socios de la Hermandad. ¿Conoce usted la Hermandad? La Hermandad Gallega, en la avenida Augusto César Sandino, esquina Andrés Bello, en Maripérez... Quizá anda ahora algo mustia, pero entonces estaba en uno de sus mejores momentos. Algunas de las grandes fortunas de Caracas se hicieron allí, puede creerme. Antes era el club Casablanca. Los sábados por la noche daban baile. Los domingos, sesión *vermouth*. Es un bonito lugar, lleno de árboles, donde se juntaba toda la gente de la Tierra, con la familia, los hijos, los amigos. En realidad quien era socio, antes que yo, era Ignacio, el que luego sería mi marido. Fue él quien me metió entre aquella gente. Él no era del país, había nacido en Caracas, hijo de aragoneses, pero era socio de la Hermandad, que se había creado en el año 60, más o menos, y que tenía fama de ser la sociedad que reunía mayor número de gallegos en la diáspora, muchos de ellos con capital, y con influencias, bastante más fuerte que las sociedades de Buenos Aires, que dicen que tienen más nombre, tal vez porque son más antiguas, aunque yo no las conozco. La Hermandad sí. La Hermandad Gallega la conozco bien. Ahora ya no la frecuento. Desde que murió mi segundo marido, en el 81, apenas he vuelto a pisarla, pero antes íbamos mucho, casi todos los sábados. Era un lugar muy bonito, ya le digo. Supongo que lo sigue siendo. Y aún más desde que incorporaron la sede de Valle Fresco, a cuarenta kilómetros de la capital, donde se armaban aquellas fiestas de antes, aquellas romerías, que parecía que estabas en la Tierra, excepto por el calor... Ignacio murió de un infarto, una parada cardíaca, sin avisar, que lo dejó desencajado en medio del comedor, ahí, donde está usted ahora. No se asuste. Usted aún es joven. Él tenía setenta y tres años cuando le dio, iba para setenta y cuatro. No era un muchacho, pero se conservaba muy bien, era muy animoso. Ahora estoy sola. Tengo a Engracia, que vive conmigo desde entonces, y una asistenta que viene por horas. La casa es muy grande, como puede ver [...]. Con Ignacio me sentía bien, nos gustábamos el uno al otro, quizá no como los jóvenes, que no teníamos ya edad para eso, pero nos llevábamos bien. Era once años mayor que yo: muy buena gente, prudente, respetuoso, nunca una palabra de más, nunca una palabra más alta que otra... No es que haga comparaciones, pero nada que ver con lo anterior. Sería bonito

haber llegado juntos a viejos. Pero la vida no la pintamos nosotros, nos la pintan desde fuera, supongo que Dios Nuestro Señor, que es quien determina estas cosas. Yo no creo en los curas. Renegué de ellos desde que vi lo que vi: aquellas tragedias que consintieron, ¡y que bendijeron!, desfilando por la calles de Vilanova delante de los señoritos de la Falange; aquellos cataclismos con los que nos aterrorizaba don Teodoro desde el púlpito de la Colegiata; aquellas agonías... ¿Le han contado la historia de la Carta del Fin del Mundo? Parece que la tenían escondida las monjas en cierto lugar secreto, dentro del convento, y el tal don Teodoro amenazaba todos los domingos con abrirla, que era lo mismo que anunciar la hecatombe, la aniquilación total, si los vilanoveses no denunciaban dónde andaba escondido el tal Fuco Fariña, también llamado el Anticristo. Yo era una niña, como le he contado, pero soñaba por las noches con Fuco Fariña, que subía por la pared de mi casa, negro como un tizón, los ojos encendidos como ascuas, dientes de rape, el cuerpo lleno de escamas. Así es como yo lo veía. Tenía una hermana en el convento, de novicia con las clarisas, creo que también le he hablado de ella: sor Magdalena, que era una santa, otra paloma inocente, qué sé yo cuántas diabluras le hicieron a la pobre, empezando por el cura... Parece que el tal Fariña venía armando un ejército en las rías, pero tan pronto como empezó la guerra fueron empujándolo hacia el interior y se dice que acabó cayendo a mediados de los cuarenta en la raya de Portugal, en un enfrentamiento con la Guardia Civil. Eso dijeron. Pero nunca vimos su cuerpo, como hicieron con otros, que cuando caía alguno, enseguida lo paseaban por el medio de la villa para escarmiento general, que eso era algo que nunca me gustó que hiciesen: aquella manera de pasear a los muertos, como alimañas, aunque fueran enemigos. No estaba en la religión. Me lo decía mi padre, al principio, cuando empezaron aquellas cosas. «No está en la religión, ni en la ley de Nuestro Señor». Pero los curas andaban de por medio. Y con los curas, las gentes de Santiago, y de Pontevedra. De la pobre Magdalena de los Siete Clavos nunca más tuvimos noticias, después del desastre del convento, cuando le prendieron fuego, jamás se llegó a saber quién lo hizo, por más que todos sabían de la revolución que andaba desatada por el mundo. No creo en los curas. Entonces fue cuando perdí la fe en ellos. Entre unos y otros hicieron de la vida un infierno. Pero Dios es otra cosa. Alguna justicia tendrá que haber, llegado el momento, para que nos ponga a cada uno en su sitio. Ya me dirá si no para qué estamos aquí. ¿Qué más puedo decirle? [...]. Usted quiere saber de lo del Pasamundos. Tiene que perdonar que una vieja como yo le enrede con todos estos cuentos. Ya le he dicho que si hubiese venido diez o quince años antes, quizá ni lo habría recibido. Aquello ya pasó. Hace mucho tiempo que lo enterré para siempre. Mirar atrás es perder el tiempo, y yo ya no tengo mucho, como puede suponer. Pero tampoco tengo mucha gente con la que hablar, aparte de Engracia, que ya nos lo sabemos todo la una de la otra, y le agradezco las visitas. Es usted un hombre considerado, y podría ser mi hijo. No sé qué puede interesarle de aquellos días remotos, pero tampoco tengo nada que esconder, y si alguna vez lo tuve, fue por vergüenza, por la humillación que pasé, no

por otra clase de culpa [...]. Del suceso del Pasamundos se contaron muchas cosas, como le expliqué el primer día. No todas ciertas, muchas imaginadas, y los papeles, como también le dije, poco han de ayudar: las autoridades de la época lo ocultaron todo. Sé que había una familia en la parada del río, en el lugar que llaman el Pozo de la Señora, de los tiempos antiguos, que decían que era un matrimonio mayor con una hija algo retrasada. Desgraciados. Se lo quemaron todo. Cuando se presentó la Guardia Civil ya no quedaba nada: cuatro paredes, los aperos y los animales del establo dispersados por el monte. Pero había gente gorda en el asunto, gente importante. De eso sí que puedo dar fe, y quizá usted también lo sabe. Entonces corría mucho dinero. No para los pobres, que nunca lo han tenido, pero el mineral daba para mucho vicio. Venía gente de Vigo, gente de Santiago, gente principal de Madrid... ¿Qué quiere que le diga? Mi marido, Serrano, fue uno de los que organizaron el asunto. Andaba metido en todo, como le he contado, picaba en todos los negocios, unos salían bien y otros no, pero el wolfram era a lo que más apostaba. Si tenías buenas agarraderas, podías hacerte rico en cuatro días. Algunos lo consiguieron, doy fe. Serrano era de los menos temerosos. Un echado para delante. Después no, que andaba con el rabo entre las piernas. Pero en aquellos primeros días era muy osado. Recuerdo que cuando nos conocimos y entró en casa por primera vez, plantó encima de la mesa un fajo de billetes, que venía de cerrar un negocio en las sierras, y anunció: «Voy a hacer de ti una reina». Era lo que todos decían, a poco que rapiñaban algún botín. Su amigo, Martín García, también era así, siempre con aquello en la boca: «Voy a hacer de ti una reina». Y yo, una tonta, una ignorante, una pobre criatura de Dios, no veía más que por sus ojos. Veintidós años. ¿Qué sabe una del mundo con veintidós años, enterrada en aquellas lejanías? De los contactos con la gente de la capital y con los peces gordos de la provincia se encargaba don Floro, de quien ya le he hablado. Se corrió la voz de que las gentes de la montaña, gente brava de Lugo, decían, traficantes de ganado y amigos de la superioridad, preparaban una partida de cartas. El juego era otra de nuestras desgracias. En realidad, la desgracia mayor fue siempre el dinero: el mal reparto del dinero, tan poco para unos y tan sobrado para otros. Era mucho dinero el que movía el infierno del mineral, con las laderas del Confurco y de la Gaiosa produciendo a destajo a las puertas de casa, como quien dice, por no hablar de otras: en Fontao, en Silleda, en Lousame, en Santa Comba, toda la tierra agujereada por el demonio del wolfram, que embarcaban en Carril y Vilagarcía, y pasaban luego por la raya de Portugal, con una compañía de ingleses que, después de la guerra, trabajaba desde Santiago. En fin, todo esto supongo que ya lo sabe. El caso es que se corrió la voz de una de aquellas partidas, como las que se libraban en el casino de Noia, que tenían mucha fama, pero aún más grande, mucho más poderosa. Por aquel entonces Primitivo andaba a lo suyo. Aparecía por casa cuando aparecía. Lo nuestro ya no funcionaba. Aún no sé cómo fui capaz de soportar tanto. Pero qué iba a hacer entonces, con mi padre enfermo, mirando de continuo hacia aquella pared, que aún parece que lo estoy viendo, Dios lo

tenga en su gloria. ¿No quiere otro café? ¿Otro *whisky*...? [...] Vayamos al caso. Con mi marido andaba también Martín García, el administrador de la Leonesa, la más fuerte de las compañías del mineral, que explotaba los pozos de la Gaiosa. Era un auténtico animal. Daba miedo mirarle la cara, Dios me perdone, toda llena de vejigas, muy estirado él, muy tieso, muy dado a mandar. De eso sí que sabía. Decía la gente que se había hecho rico con las tierras que le había arramblado a una sobrina, hija de una hermana suya, que se las arrebató en el lecho de muerte a la desgraciada. Las cosas se hacían así, a las bravas. El que tenía, tenía, y el que no tenía, apechugaba. El tal García y mi marido andaban siempre juntos. También aquel otro desgraciado, Lobeiras, que le llevaba las cuentas al administrador. La historia, que algunos tenían por muy graciosa, resulta bastante triste, pero da una idea de cómo era aquel mundo y aquella gente. Por lo visto Martín García, al que también conocían por el de Lombados, el Herrero de Lombados, no sé muy bien por qué, quizá por las vejigas, se llevó a la sobrina a vivir con él: a la sobrina y a una tía mayor, que al parecer vivía también en la aldea; y a la sobrina, una infeliz que andaba por los diecisiete o dieciocho años, pero que nunca había salido de aquellos prados, la puso de querida primero en su propia casa, con la tía delante, y después, por disimular, o porque ya no sabía qué hacer con ella, en una pensión de Vigo, en un cafetín de artistas, donde la visitaba. De eso sí que se habló. A Martín García le gustaba ir por el mundo avasallando, y el mundo se dejaba avasallar por él. Era mucha la ambición que tenía. No sé cuál de los dos, pero entre el Primitivo y el de Lombados organizaron la zapatiesta. Tampoco era la primera vez que en la parada del Pasamundos, muy retirada, se organizaban estas cosas. Una partida de cartas. Una verdadera fortuna, según se contó después. Don Floro andaba en el negocio. La deuda que tuvimos que pagar, en la que empeñamos cuanto teníamos y que sirvió para abrirme los ojos, también es verdad, fue principalmente con don Floro. Los pagarés, los avales, el crédito de las apuestas que se hicieron, la mayor parte de ellas delegadas, mucho dinero del común, mucho dinero de la gente de la conserva y del capital de las rías, de la banca de Vigo y del alto señorío, todo venía de la mano de don Floro. De don Floro y de sus amigos, que picaban alto. Eso fue lo que tuvimos después que pagar nosotros, peseta por peseta, letra por letra, con usura y sin perdonarnos un céntimo. Lo del Pasamundos fue una desgracia. Nunca apareció el dinero. Yo sé lo que sé, tampoco puedo aclararle mucho [...]. Hay varias versiones. Una, que se lo llevaron ellos, los jugadores, aquellos sinvergüenzas, gente sin escrúpulos que era la que allí se había juntado. Levantaron la partida y arramblaron con el dinero. Pero si fue así, ¿qué provecho pudo sacarle el Primitivo, que era uno de ellos? Tendría usted que haberlo visto aparecer por la puerta cuando regresó, como un alma en pena. No. Yo no creí nunca en esa versión. No habríamos pasado las que después pasamos [...]. Otra versión es que entraron terceros. Estas cosas se sabían. Todo el mundo las sabía. Aunque se lleven con mucho secreto, se saben, porque hay mucha gente en el asunto. Dicen que hubo una traición, alguien que se fue de la lengua. Una vez reunido el

capital, que entonces era así, con todo el dinero encima de la mesa, entraron terceros. Esta es la versión a la que doy más crédito. También es la versión oficial, si es que podemos hablar de esto: la que más circuló entre la gente, quiero decir, incluidas las altas esferas, y la que explica también lo de los muertos. Porque sabrá que hubo muertos.

—¿Qué muertos?

—¿Entonces no lo sabe? Pues ya me dirá usted qué puede contarle esta vieja. Dos muertos. Cuando la guerra, que fue una desgracia muy grande entre nosotros, ya le digo, quedó mucha gente perdida por el monte: las partidas de Fariña, de las que ya le he hablado, aunque de Fariña nunca más se supo, como también le dije, después del caso del convento de las clarisas. Pero había mucha gente brava echada al monte. Gente sin ley. Andaban a lo que podían. La Guardia Civil los acosaba constantemente. Dicen que unas horas antes, no sé si la noche anterior, hubo un incendio en los pozos de la Gaiosa, y que, aprovechando la confusión, se habían escapado algunos presos. Una parte de los operarios del mineral era entonces carne de presidio que cumplía condena, algunos de cuando la guerra, otros comunes, pero también gente de las partidas. Estos eran los más peligrosos, porque estaban organizados, andaban juntos, obedecían a unos jefes. Le hablo de lo que entonces se decía. Ya sé que ahora las cosas se ven de otra manera. Pero entonces eran así. Hubo un enfrentamiento con la Guardia Civil. Cayeron dos. Eso sí que salió en los periódicos, aunque explicado de modo distinto. Y aquí está la tercera versión, la última, que no sé si es la acertada o no, pero que yo se la cuento como la sé. El dinero no se lo llevaron los presidiarios, en el caso de que fuesen ellos los que asaltaron la del Pasamundos y le prendiesen fuego a la casa, sino la propia Benemérita, mandada por don Floro y el gobernador civil de la provincia, y si no la Benemérita, algunos muy próximos, que sabían lo que sabían, con lo que el provecho fue doble: el capital que levantaron en la funesta partida, que por ser a escondidas nadie iba a reclamar, y el que después cobraron de nosotros, los desgraciados, que tuvimos que reponer cada duro, cada peseta, ¡quince años trabajando para aquellos sacamantecas! No digo que sea esta la buena, pero es la tercera versión: el dinero entró en la de don Floro y sus amigos por la puerta de atrás, por la rebotica; lo lucieron primero por delante y volvieron a guardárselo por detrás, como quien dice, y los desgraciados que allá se juntaron: mi marido, Martín García, aquellos pobres de don Manoliño de Muras y Salgado de las Agonías, títeres de feria, pagaron muy cara la faena, vaya que sí, ellos y sus familias. ¡Quince años de purgatorio! Se me pone mal cuerpo al recordarlo. ¿Quién podía demostrarlo? Los periódicos hablaron de dos huidos: dos dejados de la mano de Dios, uno de ellos del lugar, un mozote de la propia Gaiosa, de la casa de Amaral, que dicen que cumplía condena en las minas y que fue uno de los que se fugó la noche del incendio, y otro de la parte de Tierra de Montes, que le decían de la banda de Benitiño Silva, otra como la del susodicho Fariña, igualmente. La noticia que dieron los periódicos, y que yo leí, aunque poco recuerdo, decía que habían caído

en un enfrentamiento con la Guardia Civil por aquella parte de la sierra, sin concretar más [...]. Pudo ser una cosa o la otra, o las dos, ¿quién sabe? El caso es que el dinero nunca apareció.

—¿Y no se le ocurrió pensar que aún podría haber otra versión? —sugiero.

—¿Otra?

—Una cuarta versión...

Se queda parada, doña Amalia. Durante unos segundos, que para ella es mucho tiempo, tan habladora como es, la señora de Villegas, antes señora de Serrano, según ya sabemos, permanece en silencio. Acerca la taza a los labios. La ceremonia la conozco bien. Engracia, la otra mujer que vive en la casa, sirve el café: café de la tierra, el mejor café del mundo, se pongan como se pongan los colombianos, los brasileños, los de la Guayana o los propios turcos, café hecho como se hacían antes los cafés, no como se hacen ahora, cargados de agua y recalentados, cosa de los yanquis, que aunque vengan directos de la máquina saben a rancio.

Engracia sirve el café en un juego de porcelana inglesa decorado a mano, con muchas flores y filigranas doradas, muy translúcido, muy refinado, también de importación. Según me contó en nuestra primera cita, había sido un regalo de su segundo marido, en uno de sus aniversarios de boda, porque ella, la Villegas, era muy cafetera, siempre lo había sido, se moría por aquel aroma tostado, tan distinto de la achicoria miserable del país, recuerdo de los años del hambre, e incluso de los de menos hambre, achicoria peleona, mientras Serrano, su primer marido, andaba por las angosturas de Guillarei pasando camiones desde el otro lado de la frontera.

Engracia pone dos pocillos en la mesa. Una mesa baja, de confianzas, alrededor de la cual nos acomodamos. Pone Engracia los pocillos y sirve dos cafés humeantes, olorosos: uno para la señora y otro para mí. Sin azúcar. Cuando se da cuenta de que no hay azucarero para servirme, doña Amalia se deshace en disculpas, porque ella siempre lo ha tomado solo, como le explicó su Ignacio que había que tomarlo: el café negro, sin leche y sin azúcar, nada que esconda su aroma, «mucho menos aquellas gotas que le ponían en la Tierra, aguardiente del país, que aquí siguen haciendo lo mismo, con ron o con *whisky*, hábitos de taberna». El café solo, oscuro y luminoso. Una tacita para mí y otra igual para ella. Pero ella no lo saborea. Lo acerca a la nariz y aspira el aroma, nada más.

—Es lo que me queda —sonríe, antes de volver a posarlo intacto sobre la mesa.

Tiene una mirada luminosa doña Amalia, igual que el café. Con ochenta años, que pronto llegarán, lleva aún la alegría en los ojos, que parecen azabaches. Debió de ser una mujer muy hermosa. Lo sigue siendo. La luz de las rías produce a veces estos efectos en algunas mujeres de la Tierra. Hermosa y recia de carácter, mucho más después de pasar lo que pasó, lo que sin duda debió de hacerla aún más seductora. Entiendo bien que Serrano se pegase un tiro, aunque quizá no fuera por eso, no lo sé. Pero esta vez acerca el pocillo a los labios, besa ligeramente la bebida, como un gesto automático, y la aparta.

—¿Otra versión? —repite, mirándome a los ojos.

Y entonces me doy cuenta de que acabo de poner el dedo en la llaga, sin querer. No tengo tal versión, ni la imagino, no la había imaginado hasta este momento, quiero decir, hasta que ella ha destapado las suyas. Pero si hubo terceros, que parece que los hubo, y si hubo asalto en la del Pasamundos, que también sucedió, y si hubo muertos, entre ellos Pancho Cibrán, según debo deducir de la información que la señora acaba de facilitarme, incluso sin tener ella noticias anteriores del personaje, también pudo haber otras cosas: la intervención de la Guardia Civil, los movimientos del sargento Lamparillas a la puerta de la alcoba de la Portuguesa, el teléfono de la gobernación, la noche en blanco del licenciado Lobeiras aguardando por el auto de Maquieira... La versión de don Floro no se puede desechar. Pero pudo haber aún más: que no hubiesen levantado el dinero ellos, los jugadores, sino una parte de ellos, ¿por qué no? ¿Qué sabemos de los lugueses, por ejemplo: don Arturito y los suyos, incluido el Santiso, que pegó la patada a la mesa, con la manta zamorana cargada de pesos de plata? ¿Iban a escabullirse porque sí, sin reclamar la parte que les correspondía? ¿Y el de Boullón? ¿Qué sabemos del de Boullón, el capitán de los vilanoveses, Siete al Caballo, el vencedor? ¿Y de la niña Rosaura? ¿Vamos a dejarla fuera? ¿Adónde fue exactamente Lobeiras cuando en lo alto de la sierra decidió mudar de intención y le espetó a Maquieira: «Volvemos a casa. Aquí no se nos ha perdido nada»? ¿A qué casa podían volver en aquellas circunstancias?

Tercera jornada. Cuatro años después

Le doy al taxista la dirección en el mismo aeropuerto, antes de pasar por la universidad. El avión aterriza a las 14:45 hora local, vuelo directo desde Madrid, nueve horas en el aire. Se apagan las últimas luces, las últimas voces de la presente historia. Se desvanecen los últimos rostros, como sombras detrás de la niebla. Desde Maiquetía a Caracas hay unos veinte kilómetros de distancia, pero no menos de cincuenta y cinco o sesenta minutos, me explica el taxista, por culpa del tráfico. Lo más difícil es calcular la entrada en la ciudad. Pero no tengo prisa. Ya no. Repaso mentalmente los acontecimientos. Llevo dándoles vueltas durante todo el viaje, incluso desde que recibí la carta, apenas un tarjetón con la noticia. La luz es tan intensa que casi hace daño a los ojos. Nada que ver con la que dejé en Madrid, desde luego. Ni una nube en el cielo, cegadoramente azul.

Quizá debí haber vuelto antes. Cuatro años son un montón de tiempo. Una desconsideración. Pero la vida manda sobre nosotros y el tiempo no es algo que podamos gobernar, menos aún en este vértigo que nos arrastra, saltando continuamente de un lado a otro, jadeando como galgos, con la sensación de correr detrás de una máquina que no sabemos adónde nos lleva. La señora Amalia sonreía al verme llegar de aquel modo. «Siempre con los minutos contados», bromeaba, apurando la hora para pasar media tarde juntos, cuando me dejaban libre mis ocupaciones. Las jornadas que acabo de transcribir, aunque resumidas, puestas en su boca y en su manera de contar, son parte de aquellos encuentros, parte sustancial en lo que atañe a la cuestión que de primeras me llevó a su casa. Como igualmente he explicado, también hablamos de otras cosas. No sé si tiene sentido recordarlas, por aquello de no enredar aún más la memoria: de la gente de Caracas, por ejemplo, de los días pujantes de la Hermandad, de las comidas de la Tierra, o de las dos tierras, la de allá y la de acá, de la situación política del país, de sus distintos presidentes y sus gobiernos, de las planchas de la colectividad cuando se celebraban elecciones (la Galaica, la Unión), de los negocios y las rentas que le habían quedado después de la muerte de Ignacio, su marido, o de aquel viaje que una vez hicieron juntos al norte de la República, a la parte de Maracaibo, que había sido la única ocasión en que había salido de la capital, y que no le había gustado nada... «No me gusta viajar», me explicó. «No me gusta dejar el lugar donde vivo. Tengo la sensación de que las cosas se mueven de sitio cuando no estás». Durante estos cuatro años pocas noticias habíamos cruzado entre nosotros: alguna tarjeta de Navidad, que siempre enviaba ella, y que yo, con descortesía, contestaba con retraso. Muerto mi padre, perdida la memoria de tío Antonio, igual que se perdieron todas, poco interés tenía en volver sobre hechos pasados, e incluso la historia del Pasamundos volvió a quedar dormida. Hasta que recibí el tarjetón con la noticia.

El tránsito de los accesos a la ciudad nos retrasa otra media hora sobre lo previsto, y mientras nos movemos casi a tientas por las avenidas, me doy cuenta de que por

primera vez pienso en ella, en la señora Amalia, en tiempo pasado. En el avión, poco antes de aterrizar, eché un vistazo por encima a los periódicos. Hugo Chávez, reelegido presidente de la República Bolivariana por otros seis años, anuncia el aumento del salario mínimo: ciento cincuenta y ocho mil cuatrocientos bolívares al mes para los trabajadores urbanos, «sin perjuicio de las excepciones previstas en los artículos 2.º, 3.º y 4.º del presente Decreto». Poco más de diez dólares diarios, al cambio oficial. Ciento cuarenta y dos mil quinientos sesenta para los trabajadores rurales, unos cuatro mil ochocientos bolívares diarios. «En los casos previstos, el salario mínimo nacional debe ser abonado en efectivo. No se aceptará ningún pago en especie. Las disposiciones aprobadas no son aplicables a los trabajadores y trabajadoras domésticos definidos en el artículo 274 de la Ley Orgánica del Trabajo». Leo la información y me pregunto cuánto le tocará a Engracia, en qué condiciones quedará la mujer, después de tanto tiempo sirviendo en la casa, o acompañando a doña Amalia, señora de Villegas, veinte años desde el 81, cuando murió Ignacio.

Entramos en la capital y, desde las publivías, desde los muros de las medianas, desde los árboles de los parques y los puentes de la autopista, nos saludan las voces de la Revolución. El presidente Chávez anuncia nuevos cambios. ¿Igual que Caldera, en el 94, cuando llegué por primera vez? Entonces mi mirada era más fría, más distante. Se dice que en el seno de la colectividad, en el predio de Maripérez, en las fiestas familiares de Valle Fresco, que tampoco son ya las de antes, la gente está dividida. Lo sé por lo que cuentan los periódicos. El taxista parece no querer entrar en el asunto. No pregunto. Llevo en la mente a la señora Amalia. Seguro que ella tendría alguna opinión, pese a no gustarle la política ni querer entender de ella, como decía. Por lo que cuentan los papeles, nuestra gente está con la idea de volver. «Se acabaron aquellos tiempos», se lamentan los más viejos. «Quién ha visto este país y quién lo ve ahora». Pero esto tampoco es nuevo. Así fue en el 83, cuando el pobre paisano se quitó la vida en la de Guacaipuro; y en el 94, cuando entró Caldera y nacionalizó la tercera parte de la banca. No va a ser esta ocasión diferente. O quizá sí. Quizá esta vez vaya en serio y en cinco o seis años le den la vuelta completa al calcetín. «Si pudiésemos, volveríamos», insisten los de Maripérez, que no se fían. «Pero cómo vamos a volver, cómo abandonar a la suerte lo que tanto nos ha costado cosechar, en manos de quién poner el capital». Los que tienen capital. Los que no lo tienen aguardan los nuevos tiempos. «La república la hacemos entre todos». Lo de doña Amalia era distinto. Ella jamás pensó en el regreso. Ni lo pensó entonces ni lo habría pensado ahora. Carta jugada, carta empeñada. No se alzan las espadas para luego humillarlas, amenazaba el cabrón de Varela en el despacho de la gobernación. Doña Amalia algo tendría que decir al respecto, estoy seguro. La vida le había dado una segunda oportunidad. No a otros, como ya se ha visto, o quizá no supieron aprovecharla cuando se les presentó, o no tenían el empuje de la de Serrano, luego de Villegas, renacida en esta otra parte del mundo con los negocios que había organizado allá y los que había ido logrando después aquí, en compañía del tal Ignacio, su

segundo marido. La vida le había dado una segunda oportunidad y todo lo que tenía lo había ganado a pulso: de su mano y en estas tierras. Nunca quiso saber de nostalgias. Nunca la hizo flaquear esa debilidad. Su mundo era este, o mejor: su mundo era ella misma, lo llevaba dentro de sí, escondido entre las paredes del apartamento de Sabana Grande, aquella planta luminosa con balcón corrido, terraza y un pequeño jardín, aparcados los recuerdos en el desván de los ratones, hasta que aparecí yo.

Me abrió Engracia, que esperaba mi llegada. El día anterior la había llamado desde Madrid confirmándole mi viaje. No hubo lágrimas, ni grandes emociones, cuando menos a la vista. Eché un vistazo alrededor y todo estaba como en mi última visita. O así me lo pareció. Me sirvió el café y me puso al tanto de los acontecimientos. En los últimos meses, desde hacía medio año más o menos, la señora había entrado en un proceso de deterioro cada vez mayor, pero del que era plenamente consciente. En apariencia seguía llena de vida, como yo la había conocido, pero el mal había empezado a trabajar por dentro, y aquella luz de sus ojos ya no era la misma. No sé si hay una edad para anunciar el fin de las cosas, siempre tendemos a mirar a las personas cercanas como si el tiempo no pasase por ellas, quizá porque tampoco queremos que pase por nosotros, pero en su caso eran ochenta y tres años, ochenta y tres años cumplidos, que puede decirse que son una vida. Con todo, no fue una agonía larga, nada que ver con la que durante tanto tiempo había atado a su padre a aquella silla, mirando la pared del cuarto de estar, sin valerse por sí mismo ni reconocer a nadie, que era lo que ella temía. El proceso fue rápido, aunque lo bastante demorado como para verlo venir y poder tomar las determinaciones pertinentes. Cuando le tocó, se quedó como un pajarito. Fue la expresión que utilizó Engracia. Como un pajarito, dormida.

—La ayudé a acostarse la noche anterior, que ya ella lo hacía con mucho trabajo, y no despertó.

La nota breve que yo había recibido dándome cuenta del suceso venía firmada por Engracia, aunque la propia señora, según me explicó, había dejado muy ordenados los encargos, por eso me había avisado, porque si algo pasaba quería que yo lo supiese, me tenía estima, me dijo.

—En los últimos tiempos hablaba mucho de usted, lástima que no tuviese ocasión de verla por última vez.

Me disculpé, porque no siempre tiene uno la ocasión de cruzar el charco cuando quiere, ni había recibido ningún otro encargo de la universidad para poder hacerlo. Aunque era una explicación que sonaba a disculpa. La silla donde se sentaba estaba vacía. Sobre un aparador, había una fotografía de cuando era más joven, no de los últimos años, cuando yo la conocí. Ciertamente había sido una mujer hermosa, muy hermosa.

—Dejó dispuesto que la incinerasen y que la pusiesen al lado de su marido, en el Cementerio del Sur; y allí está —se hizo un silencio. No teníamos mucho más que

decirnos, y entonces Engracia añadió—: Dejó unos papeles. Por eso le pedí que viniese, mejor que mandárselos, aunque quizá no haya hecho bien.

—Ha hecho muy bien —respondí.

—Seguro que le entenderá la letra. Tenía muy buena caligrafía la señora, que en paz descanse. Durante mucho tiempo, después de estar aquí usted, estuvo escribiendo en ellos. Pienso que cuanto más pasaban los días y más cerca se veía del final, más se apresuraba en la escritura. No sé lo que pueden ser, porque no los he leído. Eran cosas suyas —y continuó—: La casa me la ha dejado a mí. Tampoco sé que voy a hacer con ella, tan grande para una mujer sola. Aún no lo he pensado. Pero no tenía otra familia. Ni ella ni su marido, el señor Villegas. Era una santa.

Fue el único momento en el que percibí un pálpito de emoción: el centelleo breve de unas lágrimas.

—Creo que al final fue una mujer feliz —asintió—. Quizás a su manera, pero pienso que sí.

Se levantó, y al cabo de un rato regresó con un sobre grande, cerrado, con mi nombre escrito fuera. La letra, demasiado rústica, no parecía la suya. Seguramente era de Engracia.

Salí a buscar un taxi. El Cementerio del Sur está en un extremo de la capital. Le pedí a Engracia que me indicase exactamente el lugar donde habían depositado las cenizas y se ofreció a acompañarme, pero preferí ir solo. Desde la avenida Lincoln, que fue donde hice parar un coche, hasta mi destino, no sé calcular la distancia, tampoco la pregunté, tardamos no menos de tres cuartos de hora, con el taxista todo el tiempo dando gracias porque ese día el tráfico se podía manejar. Dejamos a mano derecha el parque Los Caobos, a la izquierda el Jardín Botánico, ya metidos en la autopista, y un poco más adelante enlazamos con la avenida del Cementerio, muy larga, que lo deja a uno a la puerta del camposanto, el más antiguo de Caracas. Le pedí al taxista que me esperase. No pensaba permanecer mucho tiempo. Era más una pequeña emoción personal que otra cosa. Cinco años antes apenas conocía a aquella mujer, ahora una levísima sombra, una fotografía colocada sobre un aparador, algunas conversaciones grabadas en el magnetofón, varios folios de notas y el sobre que llevaba en las manos todavía sin abrir.

Con todo, tardé en dar con el lugar. El cementerio es enorme: hileras de nichos, tumbas señoriales, mausoleos de mármol labrado, setos de mirto, avenidas con grandes árboles, hasta que llegué a una pequeña plazoleta al fondo de la cual, en una pared de celdas muy ordenadas, casi todas ellas con placas e incluso algunas fotografías de los difuntos, estaban las cenizas de la señora, en la segunda hilera de una serie de doce. En la lápida, con letras negras sobre la piedra blanca, muy sencillas, los dos nombres: Ignacio y Amalia, y debajo: Villegas Infante, los apellidos del marido, no los de ella, como quien lo borra todo, como el mar borra las huellas que hemos dejado antes en la arena. No había fotografías, solo los dos nombres, que seguramente había dispuesto Engracia, pues era evidente que la placa había sido

colocada después del óbito. Todavía pasé un buen rato, sentado en un banco frente a la hilera de nichos, con el sobre en la mano, antes de decidirme a volver al taxi. Mis planes eran pasar por la universidad, donde había concertado una reunión de trabajo para el día siguiente, líneas de investigación compartidas, y después pensaba retirarme al hotel para leer con calma los papeles de mi vieja amiga. Pero las casualidades cambian de repente nuestros planes, se cruzan ante nosotros como relámpagos. Sin querer, dejé correr la vista por los otros nichos en torno al de la finada, y justo a la derecha del que hasta allí me había traído, en letras muy semejantes, grabadas casi de la misma manera, leí: Manuel Lobeiras Villaverde, y debajo: Rosaura Castro, A Gaiosa 1929-Caracas 1984.

**Carta o memoria que la difunta
Amalia de Villegas, antaño
Amalia de Serrano, escribe al narrador,
para que conste**

Conocí a Rosaura Castro una tarde en el local de Maripérez, en un acto musical o folklórico, no recuerdo bien, que organizaba la Hermandad Gallega, como tantos que programaba. Los paisanos necesitan todo el tiempo de estas ceremonias, que a mí siempre me han aburrido terriblemente, pero que a mi marido, Ignacio, pese a no ser de la Tierra, le agradaban mucho. Suspiros de España, decía. Conocí a Rosaura por casualidad, nadie nos presentó, quiero decir, aunque luego supe que era ella quien me conocía a mí. En cualquier caso fue ella la que dio el paso de acercarse. Creo que fue en la primavera del año 76, no antes. Acababa de morir Franco, lo recuerdo bien, porque no se hablaba de otra cosa. Por entonces yo ya estaba casada. Mi marido era conocido en la colectividad, colaboraba en la sección de actividades recreativas y de mantenimiento, asuntos relacionados con su trabajo: arreglos, contratas para algunas reparaciones, e íbamos bastante por allí. Se acercó y comenzamos a hablar, no recuerdo muy bien de qué. Esa fue la primera vez. Luego hubo otras, casi siempre en el mismo lugar, pero también fuera de Maripérez, por conversar, porque era una mujer muy agradable, al tiempo que muy discreta, y sabía muchísimas cosas. Tenía una curiosidad enorme por saber. Me contó que era enfermera en un hospital privado de Caracas. En realidad era auxiliar de clínica, no exactamente enfermera, pero hacía de todo, incluso en algunas ocasiones, cuando había necesidad, ayudaba en los quirófanos. También daba clases en los arrabales de la capital, en los ranchitos de la zona norte, a los niños más humildes. Eso me impresionó mucho. Formaba parte de una organización de ayuda a los necesitados, pero no de caridad, eso lo subrayó bien, sino de ayuda social. De compromiso social, fueron sus palabras.

Era el año 76, hacia marzo o abril, puede que mayo. Las noticias que llegaban de España eran muy excitantes. Por una parte, desasosegantes, porque la gente no sabía muy bien qué iba a ocurrir, después de que el general se extinguiera en el Pardo, con los militares revueltos, desconcertados, sin saber qué partido tomar. Pero, por otra parte, eran noticias que ilusionaban. Yo no estaba ni con unos ni con otros. Jamás me impliqué en política, creo que ya se lo expliqué, y mi marido tampoco. Ignacio contemplaba los acontecimientos con curiosidad, supongo que como la mayoría, pero sin meterse en honduras, mucho menos en los empeños que entonces se organizaron, que ya parecía que íbamos a volver a lo de antes: a un lado los partidarios del

Caudillo, arriba España y todas esas cosas; al otro lado los que apostaban por la democracia, también por la vuelta de la República, aunque en esto muy pocos confiaban, lo decían de boca para afuera, pero sin creer muy bien en lo que decían, o por lo menos sabiendo que ya nada volvería a ser lo que había sido, porque el tiempo no pasa sin dejar marca, y fue mucho lo que pasamos, se lo digo yo.

Rosaura tampoco se decantaba. Ni siquiera sé si andaba en esos debates. Más bien pienso que no. Lo suyo era otra cosa: el trabajo en el hospital, que al parecer le gustaba mucho, la escuela con los chiquillos en los ranchitos y las atenciones a su padre, que vivía con ella en un apartamento cerca de San Miguel, en Campo Rico. Una tarde, cuando ya teníamos confianza, me llevó a su casa. Era modesta, pero muy bien arreglada. Pagaban un alquiler razonable. Entonces tendría Rosaura unos cuarenta y siete o cuarenta y ocho años, diez menos que yo. Nos hicimos amigas. Era muy buena mujer. Elegante en las formas, pese a no provenir de clase distinguida, muy discreta en el vestir, igual que en el trato. Recuerdo que en una ocasión me habló de las necesidades de la gente de los ranchitos con la que trabajaba: gente que venía de otras partes del país y acampaba en los valles y en las sierras que rodean la capital, apretados bajo una plancha de latas renegridas y cuatro tablones, con las criaturas bebiendo agua de los regatos, cuando corría agua en los regatos y no venía una tromba, en la época de las lluvias, y se lo llevaba todo por delante. Yo animé a mi marido a que colaborase, e incluso puse algo de dinero para aquella causa. Pero fue solo una vez, y ella no volvió a tocar el asunto. Durante un tiempo dejamos de vernos. No por nada, sino porque las dos teníamos nuestras cosas, yo tenía mis ocupaciones, nunca dejé los negocios, junto a Ignacio, y no coincidíamos. Si acaso de vez en cuando en la Hermandad, como le he dicho, y aun así tampoco mucho.

En el 79 vino a verme. Me dijo que pensaba volver a la Tierra. Ella lo decía así, la Tierra, con mayúscula, cuando se refería a Galicia. Casi todos los paisanos lo dicen así, la Tierra. Quería volver. Pero no para quedarse, sino por su padre, que no quería morir en este lado del mundo. Entonces no tanto, pero en los ochenta regresaron muchos, sobre todo después del 83, tras la catástrofe del gobierno de Herrera Campins. Aquí las cosas empezaron a ponerse muy difíciles. Lo que en otra época había sido abundancia y empacho, bastante vicio diría yo, se convirtió de repente en calamidades y agonías. Siempre pasa lo mismo. Después de las vacas gordas vienen las flacas, como nos enseña la historia de José, y detrás de las flacas a veces vienen flaquísimas, esmirriadas. Me preguntó si podía prestarle algo de dinero. Me lo devolvería a la vuelta, bolívar por bolívar, no tenía a ninguna otra persona a la que solicitar semejante favor, que para ella era muy grande, pues no quería regresar como una pedigüeña. Le costaba hablar de ello. Se notaba que lo había pensado mucho antes de tomar la decisión de venir a verme, apretaba las manos, me rehuía la mirada, y entonces me di cuenta de que sabía quién era yo: la señora de Serrano. Era la primera vez, desde que había llegado a Caracas, que alguien ponía aquel nombre, aquel tiempo, aquella humillación ante mis ojos. Me contó más: cosas que entonces

no fui capaz de hilar ni estoy segura de haber comprendido bien, pero que las visitas de usted, mi querido amigo, cuando por primera vez hablamos de aquellos días, de la historia del Pasamundos sobre todo, me ayudaron a entender e incluso hicieron que buscara en los libros viejos de la memoria, y en algunos papeles, como a continuación pasaré a explicarle. Nuestras charlas fueron muy provechosas, mucho más de lo que puede imaginar. Cierto es que, como le dije, si en otro momento alguien me hubiese venido con ellas, lo habría echado fuera de mi vista sin contemplación alguna. Son muy profundas las heridas. Pero cuando hablé con usted, los años habían hecho el trabajo del bálsamo que cicatriza. Estas letras son para ordenar mi pensamiento, y también para ordenar la información que poco a poco he ido averiguando desde su anterior visita, ojalá que no sea la última.

Rosaura me habló de su padre, que había venido de Galicia para reunirse con ella. Me habló de las tierras de la Gaiosa, Vilanova de Alba, hoy desaparecida del mundo, Dios la guarde bien guardada dondequiera que la tenga, a ella y a todos los vilanoveses, mal rayo los confunda. Así se lo dije a Rosaura. Pero ella quería volver. Por su padre, ya le digo, que veía cómo se iba acabando. Le adelanté el dinero, pues entonces a mí no me faltaba, gracias a Dios, y pasaron cuatro años sin noticias suyas. Cuatro años. De vez en cuando me acordaba de ella, y no digo que no llegase a pensar que la muy mosquita muerta, tan calladita, tan correcta en las formas y en el trato, me la había jugado. No es que fuese mucho dinero el que se llevó, pero tampoco eran cuatro reales. En cualquier caso, me molestaba. En el 81 murió mi marido. Fue un trago muy duro. De la noche a la mañana me quedé sola. Por primera vez en mi vida me sentí sola, absolutamente sola, desamparada. Como se lo digo. Aún no tenía conmigo a Engracia, que llegó unos pocos meses más tarde. Tuve que recomponer mi vida, rehacer el nido, arreglar otra vez negocios y escrituras, no solo las mías, sino también las de él, pues eran tiempos complicados. No piense que no tuve que llamar a algunas puertas. Cuando el viento viene de cara todo el mundo se arrima, pero cuando viene atravesado, hay que achicar la escota y aguantar bien las velas. Ya ve que no he olvidado del todo las viejas artes de la ría. Pero me levanté. Me levanté entonces y volveré a levantarme las veces que haga falta. Soy una mujer valerosa. Valerosa y afortunada. Eso sí, dejé de ir por la Hermandad. Primero, porque nunca me hizo mucha gracia aquella gente, si iba por allí era más bien por mi esposo; y segundo, porque muchos de los que antaño nos daban una palmadita en la espalda y eran todo zalamerías torcieron la cara de repente, no por nada, sino porque cada uno miraba por lo suyo y los tiempos venían muy atravesados, como ya le expliqué.

Y un día del 83, aquel año tan duro para los venezolanos, apareció por la puerta. Cuatro años sin saber de ella. Rosaura. Estaba exactamente igual, pero cambiada. Luego supe que venía enferma. Pero sobre la mesa puso, uno encima de otro, todos los bolívares que le había prestado. Sin intereses, porque tampoco los habíamos concertado, pero hasta el último céntimo, sin que faltase nada. Aún era una buena cantidad, no vaya a pensar. Si me la hubiera pedido entonces, no sé si habría podido

prestársela. Todos andábamos muy agobiados. Recuerdo que era hacia el mes de diciembre, por Navidad. Había música por las calles. La invité a quedarse a tomar café, ya sabe que es una de mis debilidades, y hablamos. Como le he dicho, Engracia ya estaba en casa. Hablamos mucho. Me contó que no había venido antes porque no había sido capaz de reunir la deuda que tenía que pagarme y no quería presentarse sin el dinero. Fue una alegría verla aparecer de esa forma, cuando ya casi no contaba con ella. Me dijo que había ido por la Hermandad, que se había enterado de la muerte de Ignacio y que, como ya no me veía por allí, había decidido acercarse a mi casa. Pasamos juntas las fiestas. Ella no tenía con quien estar, según me contó, y yo tampoco tenía otra compañía que no fuese Engracia. Fueron sus últimas fiestas de Navidad. En febrero empeoró de la enfermedad que traía, que venía de atrás: se la habían diagnosticado los médicos en Santiago al poco de llegar allá. Estaba marcada. Una desgracia. Hacia julio, quizá por el calor, se puso muy enferma, tuvimos que ingresarla en el mismo hospital donde había trabajado durante años, no muy lejos de Campo Rico, y en el apuro de la situación, pues creíamos que se nos iba, mandé un día a Engracia a su casa, porque necesitábamos algunos papeles que no teníamos, por el asunto de la asistencia médica, y la pobre mujer volvió atónita: no había muebles, ni cuadros en las paredes; apenas lo básico, cuatro cosas para hacer de comer, alguna ropa en el armario, muy repasada, aunque ella siempre venía bien arreglada, que eso nunca lo perdí. Meses después, cuando falleció, fui yo personalmente a aquella casa, en parte para finiquitar el alquiler, pero también porque no quería que otros entrasen en su intimidad, y descubrí algunas otras cosas. Los libros, por ejemplo. No muchos, pero sí muy ordenados, varios de ellos de primeras letras, que supongo que usaba para enseñar a los niños en la escuela de los ranchitos, pero también poesías, romances de amor, una Biblia. Me llamó la atención la Biblia, que se veía muy gastada, muy manoseada. No la hacía yo en esas lecturas, francamente. Como le expliqué, en septiembre tuvimos que ingresarla, pero conseguimos que se recuperase, y pasamos juntas el otoño, después de que saliera del hospital. Lo que sobra en esta casa es sitio, así que dispusimos un cuarto y la trajimos a vivir con nosotras, con Engracia y conmigo, ya no dejamos que regresase a Campo Rico. Pero mediado noviembre, se apagó del todo. Entró de nuevo en aquella especie de agonía, que la iba consumiendo poco a poco, y ya no pudimos sacarla adelante. Fue entonces cuando visité su apartamento y me encontré con los libros de los que le hablo. Lo que voy a contarle lo sé por ella y por nadie más. Lo sé por ella, lo que quiso o pudo decirme durante el par de meses que pasamos juntas, con mucha intimidad, sobre todo cuando la acomodamos a nuestro lado, y también por algunos papeles en los que más tarde tuve que revolver, después de que usted viniese a visitarme y me dijera aquello de la cuarta versión, ¿recuerda? La cuarta versión de los sucesos del Pasamundos, que tanto han marcado nuestras vidas. Soy una vieja tozuda. Si no se lo conté entonces, cuando usted entró por la puerta queriendo saber, fue porque ni conocía la historia completa, la parte de la historia que se puede conocer, después de tanto tiempo, ni

estaba segura de que usted quisiese ir más allá de los hechos sabidos, o tal como fueron corriendo después en boca de la gente hasta llegar a nosotros.

La noche del Pasamundos, efectivamente, asaltaron la posada unas partidas de huidos, entonces les llamaban así: huidos, escapados de la guerra que tanto daño nos hizo, los últimos lobos de la montaña. Uno de ellos era Pancho Cibrán, un joven de la Gaiosa, de la casa de Amaral, según me contó Rosaura. Se habían criado juntos, ella una niña, él un chavalote resuelto, con ansias de comerse el mundo, como todos a esa edad, pero que acabó con las partidas de Fariña, Fucu Fariña, o de los que andaban de aquella manera, gente de la Banda del Río, igual que les sucedió a muchos en aquellos días de tanta calamidad. Del caso de Amaral había oído hablar yo en mi casa, cuando vivía con Serrano. Fueron a buscarlo, al pobre viejo, para darle un escarmiento, por no sé qué bravuconadas que parece que había dicho, o quizá por el muchacho, que se había criado a su lado, de padres desconocidos. Entonces las cosas eran así. Andaba la gente por las puertas sin saber de quién era o de dónde venía. El viejo de Amaral y la señora Antonia, la madre de Rosaura, se hicieron cargo del chiquillo y lo criaron en aquellas huertas, le dieron pan, cobijo al calor de la lumbre, y la niña Rosaura creció a su lado como crecen juntos dos hermanos, o quizá algo más, que de esto Rosaura nunca dijo nada, pero hay cosas que se adivinan. Entonces metía mucho ruido por aquellos mundos don Ramiro, el cura de Asados, antes cura de Boullón, a quien mi marido y Martín García, el administrador de la Leonesa, fueron a buscar para poner al frente de la mil veces citada partida del Pozo de la Señora. Tenía fama de jugador, capitán generoso, avezado en toda clase de hazañas, muy especialmente en cuantas se relacionaban con el vicio del naípe: tresillo, tute arrastrado, brisca o lo que fuese, lo que le había valido el mal nombre de Siete al Caballo, como usted bien sabe. Pero igual que se le conocía el vicio de la baraja, que era muy grande, también se le consideraba liberal, hombre de buen trato, compasivo con los castigados, incluso con la gente que, cuando las cosas cambiaron como cambiaron, pasaron a ser malditos, apestados de Dios, jabalíes entre los matorrales. No es que el cura anduviese con ellos, ni siquiera que les tuviese simpatía, no digo eso, pero tampoco se la tenía a los otros. La historia de Rosaura es cierta. El tal Martín García, su tío, después de robarle las tierras, haciéndose con las escrituras en el lecho de muerte de su propia hermana, se la llevó consigo y la puso de querida en un burdel de la ciudad de Vigo, porque no quería tenerla en casa y porque ella al principio se le enfrentaba. Mucha gente lo sabía. Miraban hacia otro lado, pero lo sabían. La metió de querida después de quitarle todo. ¡Una fortuna valdrían entonces aquellas heredades, con el diablo del wolfram corriendo por las laderas! Le costaba mucho hablar de estas cosas a Rosaura, aunque era ya una mujer madura cuando intimamos, hecha y derecha. Pero cuando regresaba a la memoria de aquellos días volvía a ser una niña, frágil como una amapola al borde de los caminos. Lo que no sabía la gente, ni yo misma hasta que ella me lo contó, es que su padre era don Ramiro, el cura de Boullón.

Ya ve usted, mi confidente y amigo, cómo discurren los acontecimientos. En la noche del Pasamundos, en la posada de la sierra, había bastantes más intereses de los que en principio podíamos imaginar. Y no solo allí. También en otros sitios. Ojalá podamos hablar de esto en persona para que pueda explicarle los pasos que fui dando hasta llegar a mis conclusiones, y para pedirle disculpas por algunos de mis silencios durante las primeras conversaciones que mantuvimos. He pensado mucho en dejar así las cosas, respetando tal vez la voluntad de Rosaura, que nunca quiso removerlas, a no ser por lo que al final conseguí que me contase. Pero ya ve que no. Quisiera pensar que ella, Rosaura, a su manera fue feliz aquí, igual que lo he sido yo, lejos de aquellos días mezquinos, no digo de los recuerdos, que los recuerdos siguen dentro de una para siempre. Cuando la despedimos, Engracia y yo tuvimos que hacernos cargo de lo poco que tenía. Después de liquidar el alquiler del apartamento, nos trajimos a casa sus escasas pertenencias: dos cajas de cartón llenas de papeles, media docena de libros y algunas libretas. Todo cabía allí. La ropa se la dimos a los necesitados. Las cuatro piezas de loza ni las retiramos de la alacena. Pocos días más tarde, quizá un par de semanas después del entierro, no sé, volví a reparar en las cajas, que habíamos dejado en el mismo cuarto donde Rosaura había pasado sus últimos días, en parte porque no sabíamos muy bien qué hacer con ellas, y me decidí a abrirlas. Eran las libretas de cuentas que usaba para la escuela de los ranchitos, como le he explicado antes, dos o tres libros de poesías, además de la Biblia a la que también he hecho referencia, y algunos otros materiales, la mayor parte de ellos domésticos, certificados, su pasaporte con los sellos recientes de su viaje a la Tierra, recibos pagados, ordenados en sobres de color marrón con el membrete del hospital donde había trabajado y donde la atendieron hasta el final, pero también un fajo de cartas que llamaron mi atención, atadas con una cinta azul. Enseguida supe de quién eran. Al final de sus días Rosaura me abrió su corazón, gastado por el tiempo, supongo que igual que yo le abrí el mío en aquellas largas horas de confianzas. De eso es de lo que quiero hablarle en la presente: de lo que no le hablé en nuestros primeros encuentros, porque no estaba segura de querer hacerlo. ¿Recuerda que en una de nuestras charlas hice alusión, como de pasada, al licenciado Manuel Lobeiras? Hice alusión a él como sin querer, como si no lo recordase entre la retahíla de personajes que en aquellos días se sucedieron. Y usted dijo: «Lobeiras», porque usted sabía de él, de su existencia, como también sabían otros.

De entre todas las personas que figuraron en la vida de Rosaura Castro, el licenciado Manuel Lobeiras Villaverde, que tal era su nombre, representa algo muy especial, y no quiero pasar por él como si no hubiese existido. Rosaura lo llamaba «mi maestro, mi profesor». Las cartas tenían su letra. Las leí. De primeras no. A decir verdad, la primera vez les eché un vistazo por encima, nada más, quizá porque me sentía incómoda asomándome de aquel modo a su intimidad sin estar ella presente. Teníamos muy reciente su pérdida. Les eché un vistazo y las guardé, las escondí en esos rincones oscuros de los que en alguna ocasión le he hablado, donde se

amontonan las cosas que no queremos ver, pero que tampoco somos capaces de deshacernos de ellas. Pero después de sus visitas y de nuestras charlas volví sobre aquellos papeles, desaté la cinta azul y me adentré en las palabras del profesor. Esta vez con atención, con más interés, animada en parte por lo mucho que habíamos hablado entre nosotros. Las cartas de Rosaura. En los días más terribles de aquella juventud humillada, castigada, sometida a la lujuria del tío abusador, el Perro Rabioso, como a veces le llamaba ella, o la Comadreja, cuando le ardían los ojos con el recuerdo de aquella claudicación, Manuel Lobeiras Villaverde, profesor de clases particulares, secretario al parecer de la administración de la Leonesa, la gran empresa de las minas que Martín García dirigía, fue la única luz, el único bálsamo que alivió sus heridas, el único refugio que la niña Rosaura conoció. Eran cartas de amor. Largas cartas de enamorado, muy floreadas, muy refinadas, como ya no se escriben ahora, debo decir, pero también muy sentidas. Cartas de las de antes. Cartas de tiempos antiguos, tal era la devoción que el maestro le tenía a la chiquilla. Me conmovieron muchísimo. Soy mujer y sé de lo que hablo. A las mujeres nos conquistan por las palabras. A través de los ojos también, pero muy principalmente por las palabras. Cuando Rosaura, ya una mujer mayor, por no decir una vieja, igual que yo, no una niña en cualquier caso, hablaba de aquellos días, era como si volviese atrás, retrocediendo en la memoria, y se le encendían los ojos de una forma diferente. No exactamente feliz, pero distinta. Quizá es aquí donde debemos buscar esa cuarta versión de los hechos, como usted apuntó aquella tarde, al final de nuestra segunda conversación.

He de reconocer que cuando murió mi amiga yo no sabía de la existencia de tales cartas. Rosaura nunca me dijo que las conservase, quiero decir. Pero eran de él. Eran las cartas de Manuel Lobeiras. Aquel pobre desgraciado, según yo lo recuerdo, fue la única persona que verdaderamente amó a Rosaura Castro, la niña de la Gaiosa, a quien su tío había metido de puta en un burdel. Manuel Lobeiras fue quien llevó la noticia de lo del Pozo de la Señora al joven de Amaral, su querido hermano, tal vez algo más, no lo sé, condenado a trabajos de redención de pena en los pozos del mineral, como tantos otros. Leer las cartas fue como volver atrás en mi propia vida. Manuel Lobeiras, a quien su amo había encargado el cobro de los pagarés y la recaudación de las apuestas que don Floro y sus amigos estaban empeñando en la batalla del Pasamundos, fue quien encendió la mecha. Cierto es que la Guardia Civil llegó antes, pero no por traición suya, sino porque los lobos del señorío, no los de la montaña, también jugaban con cartas marcadas. El asalto a la del Pasamundos fue doble. De un lado, los huidos de las partidas, los últimos que por entonces quedaban, dejados de la mano de Dios, que era mucha su desesperación. Cuatro gatos. Poco tenían que perder, pues ya lo habían perdido todo. Pero desde la otra parte, los mandados de la gobernación, la tropa armada, tan pronto se dieron cuenta de lo que sucedía, o de lo que podía suceder, la revolución de la Gaiosa, la abundancia de capital que corría en las apuestas de la sierra, movieron sus propias fichas. Don Floro

estaba allí. No sé si presente o por delegación. Pero estaba allí, como estaba en casi todo, también lo recuerdo, como había estado en la de Amaral, si no en persona, sí a través de la gente que había enviado para dar un escarmiento al viejo, para arrebatarse lo poco que tenía, sus tres Marías, que en la mente de Rosaura, tantos años después, seguían vivas: vivas y reventadas en medio del establo, donde las había dejado su amo, mejor muertas que entregadas. Fue Rosaura quien pidió al licenciado que llevase el recado a su hermano, la única persona que le quedaba, quién sabe si su amor de la infancia, cuyo recuerdo guardaba dentro de sí como un tesoro en medio de tanta negrura. Y el licenciado cumplió. No sin esfuerzo, no sin miedos o vacilaciones, pues no era un hombre resuelto, más bien al contrario. Pero cumplió. Eso explica el asalto de los evadidos. No tanto la actuación de la Guardia Civil. A la Guardia Civil la enviaron desde los despachos de la autoridad, o desde el despacho de don Floro, que en su ambición no se conformaba y, ante la posibilidad de perderlo todo, pensó que era mejor echar la zarpa antes de que otros le levantasen el botín. Esa es la explicación que tengo de los acontecimientos que tratamos: mi versión, que se acerca bastante a la suya.

Mientras los guardias y la pequeña partida de Cibrán asaltaban la casa, cada uno por su cuenta, enfrentados a la noche de la montaña, sin sospechar lo que allí estaba sucediendo, Manuel Lobeiras Villaverde tomó una determinación, volvió sobre sus pasos y enfiló el camino de las rías. De Vilanova de Alba a Vigo hay unas tres horas de viaje, un poco más desde el alto de la sierra en aquella noche de lluvia cerrada. Rosaura no quería ir con él. Me lo contó ella después. El terror la tenía sobrecogida. Pero la decisión estaba tomada. El maestro la arrancó de aquella casa. Nadie hizo nada por detener a los prófugos. Allí mismo, en las avenidas, alquilaron un coche y se dirigieron primero hacia Ourense, siguieron después hasta Puebla de Sanabria, y, al día siguiente, a la capital de España. Esa fue su huida, su Gran Escapada, igual que habría de ser la mía años después, en el 64, cuando desaparecí en los muelles de Vigo entre el pasaje del *Guadalupe*, rumbo a las Américas. También en este punto nuestras vidas se parecen. Nunca más habría de volver a la Tierra, Rosaura, excepto cuando vino a pedirme aquel dinero para llevar a su padre de vuelta a la Gaiosa, que quería terminar allí sus días: esa cosa de los gallegos. Tampoco yo regresaré, puede estar seguro. Cuando se me apague la vida, que siento que cada vez se va acercando más la hora, ya he dispuesto dónde tienen que dejarme: al lado de Ignacio, que con tanto respeto y tanta atención me reconcilió conmigo misma.

Así fue como Rosaura y el profesor dejaron el infierno en que vivían. Su equipaje era ligero: apenas las dos sacas del licenciado, pues por lo demás marchaban con lo puesto, con lo poco que ella pudo meter en una maleta. Al parecer no tuvieron tiempo para más, o Lobeiras no se lo dio. En una de las talegas estaban los pagarés, las cartas de compromiso de don Floro para Martín García. Sin las firmas de los amos, de poco les servirían. Pero en la otra estaba el dinero. Y nunca habían visto tanto junto, ni ella ni el enamorado. No era todo el dinero de la partida, ciertamente, pues la mayor parte

estaba en la mesa del Pasamundos, pero era la gran empresa que el Perro Rabioso había conseguido reunir para levantarle la vida a los lugueses con las artes del de Boullón. Ni Manuel ni Rosaura habían tenido nunca tanto en sus manos, quizá tampoco ante sus ojos.

Por lo que ella me contó después, en Madrid se enteraron, no sin dificultades, porque estaban obligados a moverse con mucha cautela, del asalto al Pozo de la Señora y de la muerte de Cibrán. No me pregunte cómo les llegó la noticia porque no lo sé. Habían transcurrido cuatro meses desde la improvisada huida. Cuatro meses pasando por marido y mujer, pero también como cachorros acosados, primero en una pensión de la cuesta de San Vicente, subiendo desde la estación de Príncipe Pío hasta la plaza de España, luego en otras madrigueras. Como no tenían dirección fija en la capital, ni sabían ni habían pensado dónde meterse, improvisando a cada momento, y como tampoco querían dejar huellas de su huida, Lobeiras despachó al taxista en la puerta de la estación, que parece que es donde arriban todos los gallegos, y desde allí subieron a San Vicente. Y de San Vicente, cuatro o cinco días después, a otra pensión algo más apañada, un cuarto luminoso que daba a la parte de atrás de la Plaza Mayor, donde se acomodaron algún tiempo. Y después a otro lugar cerca de Atocha, hacia el final de la calle de Alcalá... Andaban de acá para allá, como quien dice, esperando no sé qué milagro que ninguno de los dos sabía en qué podía consistir, echando mano del dinero de la saca. Estas cosas las sé por Rosaura. Pero no de la primera época, de cuando nos conocimos en Maripérez, sino después, tras su regreso de la Tierra, marcada ya por la enfermedad, cuando empezó a abrir su corazón en nuestra casa. Lo sé por Rosaura y lo sé por las cartas de Manuel Lobeiras Villaverde, una vez que tuve ocasión de detenerme en ellas. Son cerca de noventa. ¡Noventa cartas! Rosaura las guardó todas: las primeras, las que recibía en el pequeño café de Vigo, y las siguientes, porque el licenciado seguía escribiendo para ella. Verdad es que no tanto como al principio, pero la pasión era la misma, o incluso más fuerte. Hay cuatro cartas fechadas en Madrid, durante aquellos días de miedo y ocultamientos, con el dinero robado, que ni siquiera dejaban la pensión por temor a perderlo: cuando salía uno, se quedaba el otro al cuidado del tesoro. Por las cartas podemos adivinar la muerte de Cibrán, aunque el licenciado nunca hablaba de estas cosas directamente. Eran cartas de amor. Quiero insistir en esto. En ellas no se habla de nada ni parece que interese nada que no sea la pasión del poeta, los ojos y las manos de la enamorada, la música de su voz, sus suspiros, la manera en que ella mira la calle a través del cristal viendo caer la nieve, el calor de unas castañas que él trae un día para calentarle las manos por temor a los sabañones, a veces también los silencios, además de príncipes antiguos, cuentos y fantasías varias. Pero son sus cartas, las que Rosaura guardó hasta el final y que yo rescaté de sus cajones privados, porque ella no quiso destruirlas. Quiero decir que pudo hacerlo. Pudo haberlas quemado cuando empezó a notar que entraba en la recta final. Pero no lo hizo. ¿Acaso para que otra persona, quizá yo, pudiese leerlas? No lo creo. Creo que lo que necesitaba era tenerlas

consigo, sentirlas vivas, y que de algún modo la sobreviviesen, o que la acompañasen hasta su última parada. No sé qué grado de intimidad pudo existir entre Rosaura y aquel que ella llamaba su profesor, su maestro. Me refiero a intimidad física, que es de la que se suele hablar en estos casos. Intimidación espiritual, pienso que toda, si he de hacer caso a lo que ella dejaba entrever cuando hablaba de aquellos días, y también por la emoción de las cartas.

Hay otra que está fechada en Lisboa, poco antes de embarcar hacia América. No fue fácil el viaje desde Madrid a la capital portuguesa, por lo que parece. Tardaron bastante tiempo en decidirse, entre otras cosas porque hubo que cruzar fronteras. Nueve meses permanecieron en la capital de España, huyendo de pensión en pensión, temerosos de que alguien diese con ellos. ¡Nueve meses! Lobeiras no era un hombre valiente, pero el hecho de tener a Rosaura a su lado le daba fuerzas para sobreponerse. Arreglaron los papeles. No digo que moviesen influencias, porque no las tenían, más bien al contrario: mejor no ir por ahí. Supongo que hubo que poner dinero, tirar del fondo del saco que habían traído. Era su capital. Con dinero se puede todo, o casi todo: acercarse a la frontera de Badajoz, y desde Badajoz pasar a la villa de Elvas, por ejemplo, no como fugitivos, pero casi. La idea de América fue de ella. América... El joven Cibrán, decía, jugaba a lanzar manzanas a la presa del molino de Amaral, donde se habían criado juntos, e imaginaban que eran barcos camino de las Américas. Eligieron la república de Venezuela porque era la que más tráfico movía, o quizá la más accesible en aquel momento, no lo sé. Podían haber ido a Uruguay, a Brasil, a Argentina... Los vilanoveses están por todas partes, como usted bien sabe. Das una voz en medio de la plaza y aparecen. No se sabe de dónde salen, pero aparecen. Desde Lisboa alguien les consiguió dos pasajes para el puerto de la Guaira. Así fue como al fin llegaron, doce o trece años antes que yo: ella una rosa de primavera, él un poeta, aunque la rosa llegase apagada, que nunca sus ojos volvieron a brillar como en la presa del molino, y el poeta, que ya no era un muchacho, trajese los ánimos muy castigados. Se acomodaron durante un tiempo en la Guaira, quizá para acostumbrarse a la luz del país, a las músicas y a los aromas de la nueva tierra, y desde la Guaira subieron después hacia Caracas. Por aquel entonces el dinero ya comenzaba a escasear, nada dura eternamente, y tuvieron que buscar trabajo. Esta parte tal vez es la más conocida: Rosaura era una mujer dispuesta, aprendía rápido, y fuera de la Tierra, fuera del Infierno, deberíamos decir, recuperó el vigor que le faltaba. Lobeiras hizo lo que sabía: impartir clases particulares. No es que se le diesen muy bien aquí, pero entre los dos iban reuniendo algo, y poco a poco Rosaura descubrió que a ella también le gustaba enseñar, lo ayudaba en las clases, sobre todo cuando empezaron a faltarle fuerzas al licenciado. Este clima es duro para los que no consiguen acostumbrarse a él: estas humedades, estos calores, al parecer al hombre no le sentaban bien... Pero estaba Rosaura.

Lo del padre, don Ramiro, es de esa época. Le cuento todo esto porque la historia del Pasamundos debe quedar como lo que fue: una locura que nos descompuso a

todos, pero que también recolocó algunas cosas, quizá no en el sitio en que deberían haber estado, que eso ya nunca fue posible, pero al menos en sitios distintos. Le cuento lo que ahora sé porque usted es un hombre joven y quizá merece la pena que alguien no permita que se pierda del todo lo poco que queda de aquella memoria. En los días de Madrid era más difícil, pero desde aquí las noticias iban y venían, fluían con más diligencia, una parte de los que están aquí está también allá, y viceversa: una parte de los de allá, incluso sin haber cruzado nunca los mares, sabía que estábamos aquí. Con algún dinero que ambos reunieron, y quizá con lo que quedaba del sonado trance, además de la ayuda de alguna gente de la familia que tenía el sacerdote, la que no se echó atrás, quiero decir, lograron traerlo. Después del desastre del Pasamundos, el de Boullón quedó muy afectado. No en prisión, que a tanto no se atrevieron, pero muy afectado. El arzobispo de Santiago, que al parecer andaba tras él, lo retiró de las misas. El señorío vilanovés fue en este punto implacable. Por lo que se cuenta, el cura vivía en un agujero, apartado del mundo, como un maldito. De vez en cuando, a escondidas, porque el vicio seguía maquinando en todos ellos, había alguna partida, de la que algo se aprovechaba el abad, pero nada que ver con otros tiempos. Según parece, un paisano del lugar, no sé si pariente suyo, más o menos de su misma edad, acaso compañero de antiguas romerías, lo sostuvo, tal vez por compasión, o por caridad. Su nombre no aparece en las cartas del licenciado. Ya he dicho que las cartas no hablan de estas cuestiones. Fue ella quien me lo dijo, la niña Rosaura. Se llamaba Quintín, el Tanguero, músico de oficio, de aquellos que antaño cantaban historias por las ferias. Esos menesteres ya no existen, desaparecieron, se los llevó el tiempo, como se llevó tantas cosas, pero yo aún los recuerdo: los ciegos de los cantares. Rosaura lo recordaba de su niñez, de cuando iba de visita a la casa de la Gaiosa, junto con su padre, y parece que su padre, don Ramiro, también se acordaba de él, mucho más aquí, desde la distancia, que aviva tanto la morriña. Algo debía de haber entre los dos; alguna ley, quizás algún pecado que juntos hubiesen cometido, que también puede ser, o algún remordimiento, alguna mala conciencia. Cuando la maldición cayó sobre el abad, el Tanguero fue el único que le dio cobijo, el único amparo que tuvo, y eso don Ramiro no lo olvidó nunca, ni Rosaura tampoco. Entonces Vilanova de Alba ya era una sombra de lo que había sido. Don Floro murió en la cama, como un señor, todavía no hace tanto tiempo de esto. Tendría noventa y siete o noventa y ocho años, qué sé yo. Los vilanoveses lo lloraron como si fuese un príncipe, patrón benefactor, agradecidos a su látigo y a sus atrocidades. Así es la justicia de los hombres, o de los que por tales se tienen, amigo mío. Del Perro Rabioso, Martín García, la Comadreja, nunca más volvió a haber noticias. Debemos suponer que lo devoró aquella Carolina. Fue Quintín quien localizó a Rosaura y quien le mandó recado de la situación del de Boullón, quizá porque él tampoco podía hacer más. La gente no olvidaba. La gente del común, la gente de los caminos y las aldeas hablaba del caso del Pasamundos como de una extraña romería, hazaña de tiempos pasados, alzamiento de antiguos capitanes, como un ajuste de cuentas entre lobos de la misma camada, como si no

fuese con ellos. La gente del común se pierde con estas historias, que a veces parece que se tejen solas, como una devanadera que nos ayuda a pasar la vida, o a recordarla de otra forma. Pero los dueños del capital, los que se vieron metidos en aquella locura, no olvidaban. El de Boullón era un maldito. Incluso hubo quien dijo que el tal abad andaba repartiendo dinero por las parroquias, entre los humildes y los necesitados, cosa que enervaba aún más al señorío. Estas cosas también llegué a oírlas yo, aunque pienso que son tonterías, fantasías de los pobres, ya digo, que se consuelan de esa manera. El caso es que Rosaura supo del paradero del cura y no paró hasta que logró sacarlo de aquella miseria: a él, a su padre, como parece que la señora Antonia le confesó en su lecho de muerte, para no dejarla sola, aunque tampoco le valió de mucho. Con no pocos trabajos, y ahora sí, moviendo papeles, consiguieron traerlo, ella y Lobeiras Villaverde, que nunca le negó nada. Lo embarcaron en A Coruña, los parientes que allá tenía, y fueron a esperarlo a la Guaira: el poeta enamorado y la muchacha, entonces ya una mujer.

Tal es la historia como yo la sé y como me la contó Rosaura, y como después pude seguirla en los papeles, en las cartas del licenciado principalmente, que está enterrado junto a ella. El nicho es nuestro: de Ignacio y mío. Lo teníamos para nosotros, en el Cementerio del Sur: dos moradas gemelas. Cuando murió mi amiga, creo que tengo derecho a llamarla así, decidí que uno de los nichos fuese para ella, la muchacha de la Gaiosa, una caridad de Dios, si quiere verlo de este modo, o algo que salió de dentro de mí, porque ahora pienso que quizá parte de esta historia también es mía, y junto a ella pusimos al profesor de las pasantías, para que quedasen juntos, ya que juntos habían vivido tanto tiempo. Escribo estas líneas para que conste su existencia, porque las cosas fueron como fueron. Las escribo también porque siento que quizá no voy a tener ocasión de contarle esta otra parte de la historia personalmente, a usted, que vino a buscarla de mí, aunque no sé muy bien por qué razón, tampoco importa. Los días corren mucho más aprisa de lo que quisiéramos. Cuánto me gustaría volver a recibirlo en mi casa antes de partir, y agasajarlo con mi cafecito de la tierra, que no es la achicoria amarga de aquellos tiempos de miseria, pero sospecho que ya no será fácil. Siento no poder darle noticias de su tío Antonio. Intenté hacer averiguaciones, no piense que olvidé su encargo, pero sin resultado. Hágase a la idea de que los que hasta aquí vinimos, empujados por aquel mal aire, tampoco queríamos saber de allá. Hay cosas sobre las que es mejor no volver; es un derecho que nos corresponde y que deberíamos exigir que se nos respetase. Los silencios también hablan. Y las distancias. Y los secretos. La vida a veces nos castiga de tal manera que cualquier mirada que intentemos volver atrás se nos hace insoportable. ¿Por qué su tío iba a ser diferente? Rosaura era un arbolito tronchado. Lo troncharon muy pronto y ya no volvió a renacer, pese a su presencia, que era mucha, y pese a su dignidad, que tampoco perdió nunca. Así es como la veo yo ahora, al hablar con usted, o al escribirle, para dejar constancia de aquellos días, ciertamente llenos de furia, que nos marcaron para siempre. Una pobre muñeca rota.

Tenía cincuenta y cinco años cuando vino a morir con nosotros. Cincuenta y cinco años. Aún no los había cumplido y parecía una anciana. Tendría que haberla visto. Otras veces no. Otras veces, cuando hablaba, cuando abría su corazón, parecía una niña, como si el tiempo no hubiese pasado por ella: las reinetas en el canal del molino, la memoria de Cibrán, ojos de agua, la música del acordeón... Se apagó como esas mariposas nocturnas, tan frágiles, que el viento de la noche aplasta contra el cristal de la ventana. Por eso decidimos ponerla a nuestro lado, en el nicho que teníamos para Ignacio y para mí: porque al final estaba sola, no tenía a nadie más, completamente sola, y no quisimos dejarla a la intemperie. Don Ramiro no. Don Ramiro, consumido en estos lugares, pues nunca logró acostumbrarse a ellos, quiso acabar sus días allá, y la muchacha, igual que lo había traído, se lo llevó, para cumplirle su última voluntad: que repose entre los suyos, ya que esa era su querencia, el dogal que lo ataba a aquellos mundos, a aquellas esclavitudes, otros dirán que a aquellas grandezas, no lo sé, con los años nos volvemos mentes confusas, cachorros de la memoria, que nos vence y encadena. «¿Qué voy a hacer yo aquí?», le decía constantemente el viejo al ver próximo el fin de sus días. La hija invirtió en el viaje el último dinero que le quedaba, o que no le quedaba, porque me lo pidió a mí, a la señora de Serrano, que no quiso cerrarle la puerta y la acompañó hasta el final. Poco más sé que lo que aquí le cuento. Era una buena mujer. Sacamos los restos del licenciado del nicho común donde los tenía y los pusimos junto a ella. Allí están, por si algún día alguien se acuerda de que pasaron por esta vida, ánimas del Purgatorio, que no es otra cosa este pasar que siento que también a mí se me acaba. Quédese con la memoria de los hechos tal y como usted vino a buscarla. Las cartas del licenciado, después de leerlas, las quemé. Discúlpeme esta decisión. Pienso que ese habría sido el deseo de mi amiga, que si llegó a conservarlas hasta el final no eran para nosotros, sino para sentir que, a pesar de todo, en medio de tanta calamidad y de tanta agonía, un hálito de amor también le tocó a ella.

Hasta aquí los papeles de la señora Amalia, no sé si memoria o carta, que dejó para el narrador antes de morir. Lástima que no pudiésemos mantener una tercera entrevista. Sospecho que, a pesar de su discurso distanciado y aparentemente objetivo, ella también llevaba el dogal alrededor del corazón, o alrededor del cuello, como le gustaba decir, apretado y recio, a veces asfixiante, que no la dejaba respirar, y se desahogó conmigo. Quizá porque podía ser su hijo, o su nieto. Quizá porque precisaba un espejo distinto en que mirarse, consciente de que también en su caso la puerta se cerraba. Hasta aquí la memoria de los hechos tal como los recoge el cantar y tal como después, con mi testigo venezolana, pude ir recomponiendo. No volví por la casa. Nunca más volví a saber tampoco de Engracia, que seguramente acabó vendiendo el piso que la señora le había dejado. Qué iba a hacer ella en un espacio tan grande, una mujer sola. Leí los papeles en el hotel y al día siguiente busqué un vuelo que me devolviese a la Tierra. De entonces fue mi visita a la de Quintín de

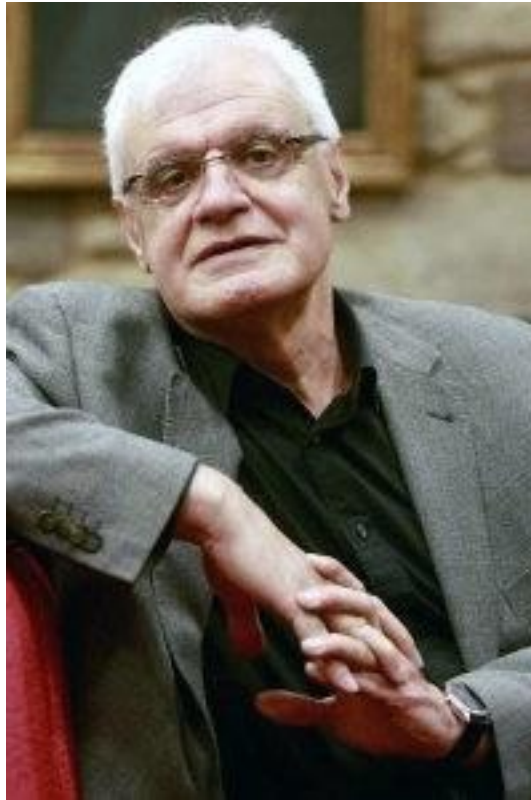
Borela, a mi vuelta de Caracas, para ver si había algo más que el relato mereciese. Me costó dar con el lugar, con su memoria, quiero decir, pues el viejo contador de historias hacía tiempo que también había fallecido. Su hija había dejado la aldea y vivía hacia la parte que llaman de Salcedo, que es una vega fértil, de mucha huerta, hoy casi incorporada a la capital. Me contó que había trabajado algún tiempo en la administración, trabajos auxiliares, pero que ya estaba jubilada, aunque le tiraba la tierra: lechugas y legumbres de casa, que le recordaban los días de la niñez. Rondaría los setenta, bien entrados. Soltera, sin hijos y sin más parientes, ni directos ni indirectos. Poco más conseguí sacarle. Si acaso un cierto interés mío por volver al lugar de la Camposa, al pie del Almofrei, donde bastantes años antes había asistido con mi hermano al velatorio del viejo don Ramiro, tendido en el ataúd, de cuerpo presente, y donde por primera vez había oído narrar la historia del suceso del Pasamundos y la partida de cartas donde Pancho Cibrán había perdido la vida. Pero no me secundó. La hija de Quintín, el hombre que había acogido al de Boullón, Siete al Caballo, en los días difíciles de la Gaiosa, después de los sucesos del Pozo de la Señora, no estaba por remover viejas historias.

—Mejor dejarlas ir —insistió mientras se secaba las manos en el mandil, después de ponerme una copa de aguardiente en la mesa. Aunque añadió—: De la casa de Amaral no queda nada, únicamente piedras y zarzas, y quizá ni eso. Era una buena casa. Casa de señores. Pero nadie la reclamó nunca y ya no queda nadie que vaya a reclamarla. Esa agua ya no mueve molino. Sé que durante algún tiempo mi padre siguió subiendo a la Gaiosa, porque supongo que para él había aún cosas que velar, fantasmas que andan en la memoria, ya sabe, y él era un hombre apegado a sus fantasmas, como todos, pero después de enterrar al señor abad, después de que lo trajera su hija de Venezuela, porque dijo que no quería terminar allá sus días, ya no había nada, ya nada quedaba allí, y tampoco creo que a nadie le interesen ahora aquellos cuentos, poca cosa para nosotros, aunque hayan sido dolorosos para ellos, que padecieron aquellas calamidades.

Igual que a mucha de nuestra gente, una cortina de niebla empañaba sus recuerdos, que tampoco ella quería avivar. Cierro los ojos y parece que todavía lo tengo ante mí, al viejo Quintín, envuelto en su zamarra de pana, la boina entre las manos, acomodado tras la mesa de la cocina, mientras la gente velaba al sacerdote tumbado en el ataúd del cuarto contiguo, mi madre siguiendo el rosario con el resto de las mujeres. Cierro los ojos y la veo también a ella, la Americana, sentada al fondo de la casa, al pie de la lumbre. Corren las copas de aguardiente, la lluvia encharca los caminos y las historias despiden el alma del difunto. Las cosas existen porque las recordamos, que es la manera que tenemos de sobrevivir a nuestra propia muerte. Tal fue la agitación que provocó en mí la noche de la Camposa, cuando el de Borela destapó de pronto el relato de los sucesos que acabo de reconstruir. Quizá el cantar sabe más. Pero yo no he querido dar cuenta de otras músicas. Sobre el puente de Santiago, con sus catorce arcos de medio punto sobre las junqueras del Alba y otras

tantas conchas de piedra labrada en sus tajamares, dicen que el rey Alfonso mandó firmar la paz con Portugal en la guerra de los antiguos reinos. Pero estas cosas ya nadie las recuerda. ¿Para qué? De cuanto fue o les aconteció a los vilanoveses antes y después de desenterrar la carta de San Vicente Mártir, tampoco. Poco más queda por decir. Tío Antonio levantó el campo cuando todavía pudo hacerlo. Su hermano Saturno arrastraba la pierna por los malecones. Fucó Fariña debe de andar todavía por la raya de Portugal, reorganizando las partidas. La abuela Elvira pasó un montón de años sentada a la puerta de su casa, viendo correr el agua entre las junqueras. Recuerdo su mirada clara, casi líquida, fuera del mundo de los vivos ella también. La vida pasa por las cosas, por la memoria de los hechos y por las criaturas que los padecieron. Lo que antaño fue furia y desolación, herida y castigo, materia ponzoñosa que llena de peste el mundo, el bálsamo del tiempo lo cicatriza, no sé si cura, en cualquier caso lo adormece, la mayor parte de las veces para siempre.

O Cabo, Brión, 24-25 de agosto de 2010



VICTOR FERNÁNDEZ FREIXANES (Pontevedra, España, 1951) es un escritor español en lengua gallega, periodista, editor y profesor de universidad, premio Torrente Ballester en 1993.

Hermano del pintor vanguardista Xosé María Fernández Freixanes. Acudió a la Universidad de Santiago de Compostela (USC) para licenciarse en Filosofía y Letras y posteriormente doctorarse en Filología Románica, aunque también llegó a cursar estudios de Geografía e historia y Periodismo.

Tras su estancia en Madrid regresó a Santiago de Compostela en 1974, donde dirigió el Aula de Teatro de la Universidad de Santiago de Compostela durante unos meses hasta su traslado a Vigo en 1975. En la ciudad más grande de Galicia desempeñó funciones de redactor y director del Departamento de Actividades Culturales de Radio Popular Vigo hasta 1980 (prosiguió encargándose de los comentarios políticos y de opinión durante ocho años más), estando muy marcado por su afán de normalización del idioma gallego en los medios de comunicación de masas, y ejerció como profesor colaborador en el Instituto de Ciencias de la Educación (ICE) dependiente de la USC. Además, entre 1986 y 1987 trabajó como director del programa televisivo *A trabe de Ouro*, emitido por la Televisión de Galicia.

A partir de 1988, Freixanes comenzó a mostrar mayor interés y a introducirse en el mundo de las ediciones. En 1989 se le concedió el puesto de director general de Edicións Xerais, que desarrollará hasta 1993, y como tal creó la colección de periodismo Crónica. Entre 1994 y 1998, ejerció a como director general de Alianza

Editorial, siendo el principal impulsor de la colección Alianza Actualidad, y como director del área literaria del Grupo Anaya. Tras el fallecimiento de Carlos Casares, pasa a dirigir la Editorial Galaxia en 2002.